
HOJA DE LATA
OLIVIER MAK-BOUCHARD
La balada del Mistral
Prólogo de Gustavo Martín Garzo
Traducción de Irene Aragón

LA BALADA DEL MISTRAL

OLIVIER MAK-BOUCHARD

PRÓLOGO DE GUSTAVO MARTÍN GARZO
TRADUCCIÓN DE IRENE ARAGÓN




colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

SENSIBLES A LAS LETRAS, 84

Título original: *Le Dit du Mistral,* 2020
Primera edición en Hoja de Lata: septiembre del 2022

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu
Corrección: Olaya González Dopazo

ISBN: 978-84-18918-54-4
Producción del ePub: booqlab

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ace Traductores.

A los miércoles de cloro

PRÓLOGO

LA DIOSA BLANCA

«Los mitos, afirma Isaiah Berlin, son formas de exteriorizar lo que uno es y por lo que uno lucha, y aparecen cuando no se sabe una cosa ni la otra, porque se ha perdido el lugar en el mundo». ¿Hemos perdido nosotros la memoria de ese lugar y volvemos a necesitar la ayuda de mitos y leyendas para recuperarla? Gozamos de un bienestar muy superior al de nuestros padres y abuelos, pero ¿somos más sabios que ellos? Los bosquimanos crearon las historias más hermosas que se han contado nunca y vivían en un mundo de dolorosa escasez. Un pueblo que, según nuestro punto de vista, vivía en las condiciones más penosas era capaz no solo de expresar en sus cuentos las cosas más conmovedoras, sino de dar cuenta de los misterios y zozobras del existir humano con una fuerza poética y una precisión que ya quisieran para sí gran parte de nuestros poetas o nuestros hombres de ciencia.

La técnica ha simplificado extraordinariamente la vida permitiéndonos alcanzar un grado de bienestar impensable hace solo unos años. Pero nuestros niños sanos y bien alimentados ¿qué recuerdos tendrán? Los niños de antes sabían lo que era una fuente, un nido, conocían los animales y recibían con ojos de asombro el cambio de las estaciones. El niño de nuestro mundo tiene una casa cómoda, asiste a la escuela y tiene una multitud de entretenimientos que hacen más grata y fácil su vida. Pero los dibujos animados no pueden sustituir el temblor de un gatito y, tal como supo ver la delicada Marlen Haushofer, puede que su mundo sea mucho más pobre que el de los niños que aun viviendo en países subdesarrollados poseen la experiencia de ese temblor.

De eso trata esta sorprendente novela, de la búsqueda de ese temblor inicial. Sus protagonistas son un campesino de la Provenza y un joven profesor, vecino suyo. Una tormenta provoca el derrumbe de una ladera y hace aflorar a la superficie restos antiguos de cerámica. Se trata de una zona muy rica en hallazgos arqueológicos, y ambos se ponen a investigar por su cuenta, temerosos de que si dan parte a las

autoridades estas ocupen con sus pesquisas y burocracias un lugar que solo a ellos pertenece. Pronto descubrirán una pequeña gruta donde se oculta un manantial presidido por un bajorrelieve con el rostro de una joven. A partir de ese momento se sucederán en sus vidas un sinfín de misteriosos acontecimientos que los pondrán en contacto con un mundo de leyendas e historias relacionadas con la zona en que viven, la Provenza francesa. Leyendas que hablan del origen de los vientos, las montañas, las fuentes, de los misterios que acompañan la noche de San Juan, de la Cabra de Oro, guardiana de los tesoros de los hombres. Leyendas que hablan de un tiempo donde todo estaba vivo, y donde los seres humanos aún no habían perdido esa comunicación con la naturaleza que caracteriza a los hombres y mujeres de hoy.

Nuestro protagonista no tardará en descubrir que la mujer-caliza que preside la gruta es una antigua diosa del lugar. Una representación de esa antigua diosa blanca, a la que Robert Graves dedicó una de sus obras esenciales. Es la Kore griega (*korai* son las muñequitas que en las proximidades de un templo eran colgadas en las ramas). Kore está jugando con otras jóvenes cuando Hades la rapta. Ella era la figura esencial de los misterios de Eleusis. Sus actos y gestos representaban, como afirma Giorgio Agamben, «un tipo de conocimiento que hemos perdido, un conocimiento que permite a los iniciados mirar su propia existencia de un modo completamente nuevo y más feliz».

Es de ese conocimiento perdido del que habla *La balada del Mistral*. Un conocimiento que implica la restauración de ese saber inocente que solo existe en el niño, en esas horas de la infancia en que todo niño es un ser asombroso, el ser —como escribió Bachelard— que realiza el asombro de ser. La novela gira sobre esa continuidad, hoy más amenazada que nunca, entre el hombre y el mundo. En sus páginas se habla de las fuerzas terribles o benéficas de la naturaleza, del placer y de la muerte, de las servidumbres del amor y del sufrimiento. Pero Mak-Bouchard sabe que el verdadero narrador nunca cuenta una historia, por muy dolorosa que sea, para sumir en la desolación a los que le escuchan. Es un mediador. Se ofrece a su comunidad no para aumentar su inquietud, sino para ayudarla a sobreponerse a las amenazas que la apremian o inquietan. Sus relatos son fórmulas de cohesión que le permiten conjurar el efecto desintegrador de esas amenazas.

La balada del Mistral es la novela de un moralista, en el sentido que Camus da a esta palabra: los que tienen la pasión del corazón humano. Su autor forma parte de esa larga tradición de grandes moralistas, que desde Cervantes o Stendhal, se dan en el mundo de la novela. Se confunde con ellos porque busca al hombre en el entorno y la comunidad en que vive; y la verdad en donde se oculta, en sus rasgos

particulares. Mak-Bouchard suscribiría sin dudarlo las palabras de Camus acerca de que el desprecio por los hombres constituye con frecuencia el estigma de un corazón vulgar.

GUSTAVO MARTÍN GARZO

A Lyon ↑

Mont Ventoux

Capilla de la Sainte-Croix

Fontaine-de-Vaucluse

Cañada de Fontiole

A Digne →

Montes de Vaucluse

Valle de la Enrascade

Portón de San Juan

Acantilado de la Madeleine

Apt

Caseneuve

Roca de las Abejas

Mourre Nègre

Roca de los Druidas

← A Avignon

Grand Luberon

El Calavon

Meseta de las Claparèdes

Prado de las Brujas

Valle del Aiguebrun

Fuerte de Buoux

← A Cavaillon

Hoces de Lourmarin

Lourmarin

† Albert Camus
† Henri Bosco

A Marsella ↓

La balada del Mistral - El Mapa
(a partir de un croquis del autor)

PREFACIO

Quan lou vent coumenco, vento très jour, siès ou noun.
(El viento sopla tres, seis o nueve días).

Si el lector quiere entender cómo pudo ocurrir toda esta historia, no debe temer remontarse en el tiempo. Si se quedara limitado al mundo real, en el que transcurre su vida cotidiana, correría el riesgo de no captar el sentido de todo lo que viene a continuación o, peor aún, de no darle crédito en absoluto. Como mucho entendería el *cómo*, pero se le escaparía el *porqué*. Sería como uno de esos turistas que, los días de crecida del Calavon, no dan crédito a sus ojos y se preguntan cómo en unas pocas horas semejante insignificancia puede convertirse en un Amazonas tan ancho como turbulento. En la Antigüedad les habrían dicho que, mire usted, no puede ser de otro modo, es culpa del relieve de la región: una garganta encajonada, una *vallis clausa*[1] con el Calavon como único receptáculo cuando llueve.

Sí, si el lector quiere entender de verdad, tiene que remontarse hasta la creación del mundo. Pero no la que todos conocen, sino la de las leyendas del lugar, la que se les cuenta aquí a los niños para que se duerman.

Cuenta la leyenda que la mañana del séptimo día el buen Dios estaba cansado de su trabajo y decidió descansar. Se sentó al sol, y acariciando su barba blanca contempló su obra: la corteza terrestre, la bóveda celeste y las estrellas, la naturaleza embrionaria, el hombre y la mujer. No estaba descontento de su creación, pero tampoco estaba completamente satisfecho: tenía la sensación de que faltaba algo. Le faltaba la guinda del pastel, un toque final un poco más vistoso que los simples Adán y Eva. Hizo venir a los Cuatro Elementos, y les dijo que quería crear un rinconcito de paraíso aquí en la tierra. Para lograrlo contaba con ellos.

—Después de todo lo que he trabajado esta semana estoy exhausto, me he quedado sin ideas. Cada uno de vosotros tiene que hacerme un regalo, un regalo a la vez útil y sublime, que pondré en esta región en la que hoy estamos reunidos.

El Agua, el Aire, la Tierra y el Fuego se miraron en silencio con desconfianza, preguntándose qué diablos iban a poder responder.

—¿Por qué no les preguntas a Adán y Eva? Después de todo, las joyas de la Creación son ellos —preguntó el Aire, un pelitín socarrón.

—Sí, sí, precisamente, me pregunto si ahí no la habré pifiado un poco… Pero no perdamos más tiempo; Tierra, tú fuiste creada la primera, empieza tú. ¿Qué tienes para ofrecerme?

La Tierra se levantó, muy avergonzada, con la mirada fija en los pies y las manos hundidas en los bolsillos. Pensó durante un minuto largo y luego miró al buen Dios, sonriente, encantada de la idea que acababa de ocurrírsele.

—Yo aportaré la caliza. Cuando la miras no parece gran cosa, no es mármol ni diamante, pero es sólida. Es blanca como la nieve, y se dispone en estratos tan bien que no hace falta ni tallarla, ella sola produce hermosas piedras planas sin hacer nada. Con la caliza los campesinos podrán hacer muros en las laderas de las colinas para cultivar en bancales. Los pastores podrán construir con ella chozas de piedra para refugiarse cuando llegue la noche o cuando estalle la tormenta.

Se hizo el silencio, como en el aula cuando un alumno acaba de dar la lección y toda la clase espera la evaluación del profesor. El buen Dios se pasó los dedos por la barba, alisándola al ritmo de sus pensamientos.

—Sí, la caliza no está mal, tiene su utilidad. Pero en términos de magnificencia, es un poco blancucha, la verdad. Veamos qué han encontrado los otros tres. Fuego, te toca a ti, a ver qué puedes hacer con eso. Venga, dinos.

El Fuego se levantó de un salto, impaciente por mostrar lo que había preparado mientras la Tierra pasaba su mal trago. Carraspeó para aclararse la voz y tomó la palabra:

—Yo tomaré esos estratos de caliza y haré que hermosas llamas los recorran de lado a lado. El blanco, lo cogeré y lo haré pedazos, lo expondré a todos los colores que puedan crear mis llamas. Desde la llamita del mechero hasta la antorcha del pino que arde, le daré a la caliza el púrpura y el escarlata, el amarillo topacio y el rubí, el verde luciérnaga y el azul petróleo, y todo ello en acantilados, en precipicios, en chimeneas de hadas. Yo aportaré el más hermoso de los regalos: el ocre.

—¡Ah, aquí tenemos la magnificencia por fin! Bien, me quedo con la idea, tiene muy buena pinta. Vamos, Agua, ahora te toca a ti, enséñame lo que tienes preparado.

El Agua se levantó, lanzando miradas esquivas en todas direcciones, y haciendo lo posible para no cruzar su mirada con la del

buen Dios. No decía nada, y se mantenía en silencio.

—Vamos, espabila, no tenemos todo el día —dijo el buen Dios.

—No tengo nada —respondió el Agua.

—Vamos, déjate de tonterías. Enséñanos lo que tienes —dijo el buen Dios alzando un poco el tono.

—Le estoy diciendo que no tengo nada —lloriqueó el Agua—. He buscado y rebuscado, y nada de lo que tengo sirve. Ese es el problema de esta región: no hay agua. ¿El mar? Está a dos horas de aquí, y si lo hago subir, despídete de las *calanques*[2]. ¿La lluvia? En cuanto haga caer cuatro gotas, se disolverá vuestra caliza y se despintarán vuestros ocres. Y, de todas formas, ¿cómo queréis que haga venir la lluvia, con este sol? ¿O es que os habéis creído que la raïsse[3] viene por obra y gracia del Espíritu Santo? Todos los años va a ser lo mismo, sequía tras sequía, nada en verano y poco en invierno. Le estoy diciendo que no tengo nada. Está el rocío de la mañana, pero en cuanto a magnificencia, el rocío es una miseria. Cuando digo que no tengo nada, es que no tengo nada de nada.

El buen Dios es severo, pero también compasivo. Comprendió que el Agua había buscado de verdad, y que realmente no había encontrado nada, y que más valía dejar de atosigarla.

—Bueno, bueno, tampoco es para que te pongas así. Vamos a pensar y a buscar una solución juntos. Estoy seguro de que encontraremos algo que estará la mar de bien.

Los otros Elementos, sentados a la sombra de una higuera, se miraron, los ojos llenos de envidia: menuda suerte tenía el Agua, el buen Dios respondía por ella. Se dijeron que no era justo, pero ninguno abrió la boca, y todos se quedaron mirando al suelo.

—Bueno, pues entonces enséñame lo que tienes por los alrededores. Tenemos el lago de la Sainte-Croix, pero lo que se dice al lado no está. Tenemos además el Ródano y el Durance, pero tampoco están muy cerca. No, necesitamos algo de la región, algo que la gente encuentre solo aquí, y no en otros sitios. El Ródano lo pueden ver en Lyon, y el Durance, en Sisteron. ¿Qué río tienes por aquí en la montaña misma?

—Tengo bastantes cositas, pero ninguna muy grande: el Aiguebelle, el Aiguebrun, el Dôa, el Rimayon, el Sénancole… Muchos guijarros y alguna que otra poza por aquí y por allá. Cuando digo que no hay nada es la pura realidad, he buscado por todas partes.

—Pues precisamente porque no hay nada tiene que haber una solución. La naturaleza es como yo: tiene horror al vacío. Esconde la belleza en la simplicidad. Esos guijarros y esas pozas irán a parar a algún sitio, ¿no?

—No, o vuelven directamente al subsuelo o se pierden en la

llanura —dijo el Agua con voz resignada.

—Pues bien, es mi voluntad que a partir de hoy cada gota que caiga del cielo entre esta montaña y la montaña de Lure vaya a parar a todos estos arroyuelos, y que estos arroyuelos desemboquen en una sola y única corriente. Esta corriente será el Calavon. Insignificante todos los días del año, se despertará los días de fuerte tormenta, crecerá hasta convertirse en un río y lo arrancará todo a su paso. Sus aguas serán entonces belicosas, y lo arrastrarán todo hasta el mar, tanto los corderos como las serpientes. El Calavon les recordará a los habitantes del lugar, al menos una vez al año, que la naturaleza siempre se impone y que, aunque aquí pudieran creerse en el paraíso, una nadería bastaría para privarlos de él —dijo el buen Dios.

Hizo una pausa. Estaba pensando en el cariz que tomaban los acontecimientos, y no parecía descontento. Con un sobresalto, se acordó de que faltaba uno por responder, ese mismo que observaba sus pies con gran atención.

—Aire, te toca a ti. Ojo, has tenido tiempo para prepararte, así que voy a ser exigente.

El Aire tomó la palabra a regañadientes, como si acabaran de sorprenderlo preparando alguna fechoría. Hablaba con una voz sorda, que costaba entender.

—Yo he mirado en mis alforjas a ver qué tenía en existencias. Cogiendo mi rosa de los vientos he visto que ya tenemos unos vientecitos bastante buenos en esta región. Viniendo del Norte tenemos la Tramontana que lo limpia todo, desde la montaña hasta el mar. Del Este tenemos el Levante, tan suave como húmedo. Del Oeste tenemos el Narboune, que tras el otoño nos trae el invierno y en primavera se lo vuelve a llevar por donde lo ha traído. Al Sur, tenemos el Siroco, que recorre todo el mar Mediterráneo para crear un nexo entre las arenas del Sahara y aquí.

El buen Dios lo cortó en seco.

—Eh, eh, para, para. No te he llamado para que me hagas inventario de las existencias y me describas con pelos y señales todo lo que ya tenemos, lo sé mejor que tú. Pasa directamente al capítulo siguiente.

—A eso iba. Le presento a mi último pequeñín, que acaba de nacer en una gruta cerca de Burzet. Es mi caganis[4]: lo he llamado Mistral. Si lo que quería es magnificencia, no quedará decepcionado: es un niño caprichoso, un pequeño maleducado que, por ráfagas, puede superar los cien kilómetros por hora. Tiene una personalidad de mil demonios, siempre haciendo de las suyas. La gente lo amará o lo odiará, pero lo que le puedo asegurar es que se acordarán de él, y que dejará huella. Desnudará la región, le atravesará las ropas hasta el cuerpo, le arrancará el capèu[5] de nubes los días de mal tiempo. Si las nubes se

acumulan encima del Mourre Nègre, el Mistral se pondrá a soplar para que se larguen con viento fresco: yo, con él, le ofrezco un cielo siempre azul, una luz radiante y unos colores resplandecientes.

—No es mala idea, en efecto, ese cielo siempre azul. Hará la caliza más blanca y los ocres más rojos. Me gusta —opinó el buen Dios.

Se hizo el silencio. El buen Dios miraba al vacío alisándose la barba, como si ante Él un lienzo invisible esperara el toque final. El Agua, la Tierra, el Aire y el Fuego no decían esta boca es mía, la mar de contentos de que el buen Dios no les pidiera nada más, y esperaban a ver lo que pasaba.

—Bueno, pero hay un detalle que me preocupa, prosiguió el buen Dios. Dime, Aire, con tu Mistral soplando todos los días, ¿no existe el riesgo de que la gente de allá abajo se vuelva completamente tarumba? Si es tan caprichoso como dices, será incapaz de parar y todo esto acabará mal.

El Aire no dijo nada, acusando el golpe. El buen Dios se había anotado un tanto, y el Elemento se devanaba los sesos. Al cabo de un minuto, volvió a tomar la palabra:

—Tiene razón, en eso no había pensado. Pero todo es cuestión de educación: hay que saber poner límites a los niños, sobre todo a los más caprichosos. Le propongo lo siguiente: el Mistral podrá soplar tan fuerte como quiera, pero solo por ciclos sucesivos de tres días. Uno, tres, seis o nueve, no más.

»Me explico: si las nubes hacen ademán de instalarse en lo alto del Mourre Nègre, si empiezan a desenrollar sus espirales, entonces el Mistral podrá soplar. Podrá soplar, pero cuidado, suavemente. La gente lo llamará entonces el mistralet. Si al cabo de un día las nubes no han desaparecido, entonces el Mistral podrá soplar más fuerte hasta el final del tercer día. Cuando digo más fuerte, quiero decir por rachas y ráfagas. La gente lo llamará entonces el rauba-capè[6], porque levantará las capas sobre los hombros y los sombreros encasquetados sobre las cabezas. Si, transcurridos estos tres días, las nubes siguen allí, entonces tendrá vía libre durante tres días más. La gente lo llamará el mistralas: será fuerte y malvado, y obligará a la gente a quedarse en casa, con los postigos cerrados, hasta que haya hecho el trabajo sucio. Si al final de estos seis días en total el buen tiempo absoluto no está de regreso, entonces el Mistral podrá soplar con todas sus fuerzas, tendrá carta blanca con los cumulonimbos durante tres días más. El cielo azul deberá estar de vuelta obligatoriamente al cabo de esos nueve días. Y la gente llamará entonces al Mistral por su título nobiliario, por su nombre completo, el que se anuncia en las antesalas y arranca las puertas de los coches: el broufounié-de-mistrau[7].

Uno, tres, seis o nueve: el Mistral tendrá que contar sus días, hará así y no de otro modo.

El buen Dios no respondió nada, asintiendo en silencio. Los Cuatro Elementos lo miraban, y veían cómo le daba vueltas y más vueltas en la cabeza.

—Perfecto, perfecto. Creo que empezamos a tener algo en condiciones. Sí, con esta regla de tres, seis o nueve, creo que vamos por buen camino. Con esta caliza, este ocre, este Calavon y ahora este Mistral, sí, esto empieza a tomar forma —decía pensando en voz alta.

—Hágase el Luberon —ordenó el Creador.

Y el Luberon se hizo.

1. LOU GRAN CARRI Y LOU PITCHO CARRI

La obsesión de la otra vertiente y la atracción de los lugares invisibles.

HENRI BOSCO

Apagué los faros y bajé del coche. Siempre es un momento extraño: la luz de los faros solo ilumina la oscuridad, y lo único que se oye son los sonidos de la noche. Al abrir la puerta del coche se revela un mundo nuevo, como al ponerse unas gafas de buceo y meter la cabeza debajo del agua. Hace más fresco. La montaña no se ve enseguida, los ojos aún no diferencian entre el negro estrellado y el negro océano del macizo montañoso. Una a una, las estrellas empiezan a revelarse, tímidas. La luna dibuja las cimas, luego las crestas, y la masa del Luberon se deja entrever por fin. No se ve realmente, pero se siente alrededor, con sus ruidos que parecen murmullos, su espesura profunda que se resiste a la mirada, sus animales que se adivinan saliendo para disfrutar del fresco. Es inquietante: la oscuridad y el silencio no consiguen esconder todo lo que está ahí, lo que atisba, al acecho, pero que permanece invisible.

Me quedo dos o tres minutos acodado en el coche, para saborear la presencia del monte. De día es diferente: están las obligaciones que no esperan, el cagnard[8] que te noquea, la luz que te obliga a entrecerrar los ojos. Este es mi momento de soledad, atravieso este río negro y los problemas del día quedan abandonados en la otra orilla.

Aunque soledad es mucho decir: es el momento en que el Húsar viene siempre a enredarse entre mis piernas.

El Húsar llegó a mi vida en circunstancias bastantes sorprendentes. Había en el fondo del jardín una vieja furgoneta Peugeot J7, cubierta de zarzas y de malas hierbas. Un sábado por la mañana suena el teléfono; es el señor Sécaillat, nuestro vecino del final del camino.

—Voy a llevar al vertedero un remolque entero de porquerías y de paso, si quiere, puedo aprovechar para llevarme también su J7.

Me asaltó una duda: aquella camioneta era de la época de mi abuelo, que la usaba para llevar al mercado las cajas de verduras,

conmigo encima. A pesar de las zarzas y las malas hierbas, era parte de mi herencia. Le dije que no, mi mujer Blanche le dijo que sí en nombre de la lucha contra el tétanos, y la vieja J7 fue despachada.

Estábamos mirando cómo sus restos desaparecían tras la curva con el señor Sécaillat cuando apareció el Húsar, subiendo por nuestro camino bordeado de coscoja. Más tarde le pregunté al señor Sécaillat si se había fijado en el gato cuando remolcaba la J7, y me dijo que no, y que además nunca lo había visto antes por allí. Se acordaría: el Húsar es un gato grande, todo blanco, excepto las patas, que son negras, desde las almohadillas hasta la rodilla. Por eso le pusimos el Húsar: parecía salido del regimiento de cazadores alpinos, con sus botas altas de cuero negro caminando a lo largo del Muro de la Peste. El caso es que aquel día el Húsar subió por nuestro camino, nos adelantó tranquilamente y avanzó hasta nuestra puerta. Allí nos esperó sobre el felpudo, orgulloso de su nuevo título, que nosotros aún no conocíamos: el de amo del lugar.

Así que, como de costumbre, el Húsar vino a dar vueltas a mi alrededor cuando bajé del coche. Aunque la fidelidad de los gatos no tiene la reputación de la de sus parientes caninos, el Húsar es la excepción que confirma la regla. Siempre me he preguntado cómo hace para estar ahí cuando llego, como un centinela. No tengo horarios fijos, y a veces vuelvo tarde. Supongo que a la puesta del sol el animal debe de vigilar nuestro camino desde un agujero en la maleza, acechando el ronroneo del motor.

Después de unas cuantas virivueltas, el Húsar puso fin al reencuentro oficialmente y se dirigió hacia la casa, abriendo camino, cosa que le agradecí. Mis ojos aún no se habían acostumbrado a la negrura de la noche, y mi *sherpa* felino me ayudó a sortear varias raíces traidoras. Remontamos juntos un trecho del camino en la oscuridad, pasando junto al pequeño estanque. En él los sapos se llaman toda la noche sin verse nunca: a nuestro paso se callan durante un instante, solo para volver a empezar con ánimos renovados en cuanto los dejamos atrás.

Blanche vuelve del trabajo después que yo, lo que me deja tiempo para poner la mesa y preparar la cena. Esta noche tenemos *croque-monsieurs* con una ensalada de pepino, para que no sea demasiado estoufadou[9]. Abrir la nevera se vuelve un momento de gran hipocresía. Miro lo que hay y me pregunto qué hacer, mientras el Húsar hace monerías delante de la puerta, aunque sabe muy bien que no le daré nada: para mí es una cuestión de honor no darle de comer hasta que no hayamos terminado de cenar nosotros. Así me lo enseñó mi padre: primero las personas, luego los animales. Si viera el lugar que ocupa el Húsar en el sofá del salón, se revolvería en su tumba.

Llega mi mujer y nos sentamos a la mesa. Los *croque-monsieurs* le

encantan, y el pepino no le entusiasma, así que de media no está mal. El Húsar presidía como siempre frente a la mesa, imperial, tumbado con las patas posadas ante sí y los ojos cerrados. Pero vale más no fiarse de su falso aspecto de esfinge desinteresada: está preparado para abalanzarse sobre el más mínimo trozo de jamón que caiga al suelo. Mi mujer se sirvió el último *croque-monsieur* y me dejó acabar la ensalada. Mientras rebañaba el fondo de la ensaladera con una corteza de pan la escuchaba contarme cómo le había ido el día. Es una costumbre de mi infancia que no he perdido con el paso de los años: si te lo comes todo, puedes rebañar el plato. Este privilegio daba lugar a enconadas negociaciones entre mis dos hermanos, Franck y Andréas. Yo soy el del medio, el peor puesto. El mayor tiene una autoridad natural, siempre da su opinión, mientras que el pequeño nunca deja de reivindicar su condición de benjamín ante la autoridad paterna. Dicho de otra forma, de niño no tuve ocasión de rebañar platos muy a menudo, y desde entonces tengo que recuperar el tiempo perdido.

Después, las tareas domésticas se reparten mediante un pacto de no agresión: yo cocino y Blanche friega los platos. Una cláusula adicional me hace responsable del avituallamiento del Húsar. Cojo los restos del jamón, saco una lata de atún, lo mezclo todo en su cuenco y abro la puerta-ventana de la terraza. En invierno el Húsar come en la cocina y duerme en el garaje, en un cesto encima de la cortadora de césped, que nunca usamos. En verano, come y duerme fuera.

Después de darle su pitanza me quedé fuera, escuchando los murmullos nocturnos. La noche centelleaba: serpientes de estrellas ondulaban en la oscuridad del océano, sus escamas rebotaban en constelaciones esotéricas. Nunca he sido muy bueno para leer las estrellas. Soy cegato como un topo y, aunque no lo fuera, no tengo ni idea. Franck y Andréas se peleaban sobre Casiopea, y yo apenas era capaz de ver la Estrella Polar. Aquella noche conseguí llegar al límite de mis capacidades: reconocí la Osa Mayor y la Osa Menor. Cerré los postigos, dejando al Húsar enfrascado en su cena.

2. EL HÚSAR BAJO LA TORMENTA

A la hora en que dormimos despierta un mundo misterioso en la soledad y el silencio.

ALPHONSE DAUDET

No fueron los truenos lo que me hizo abrir los ojos, sino el rumor de la lluvia. Blanche seguía durmiendo, la tormenta no la había despertado. La lluvia hacía un ruido cadencioso, intenso y regular. Me levanté intentando no despertar a mi mujer y bajé a la cocina. La lluvia caía con ganas: a pesar de que era noche cerrada podían verse grandes gotas lavando nuestro ventanal. Se oían retumbar los truenos a lo lejos, aunque no se veían relámpagos. Parecía que la tormenta estaba sobre Caseneuve y se iba acercando. Por encima del rumor de la lluvia se oían rechinar los pinos agitados por el viento, y moverse las viejas tejas. No tenía miedo, pero no es lo mismo ver caer la lluvia que sentir cómo te pasa por encima una tormenta. Es como montar guardia en tiempos de paz o en tiempos de guerra.

De pronto, un relámpago iluminó la noche, tomando una formidable fotografía en blanco y negro de varios segundos que desapareció tan rápido como había aparecido. El relámpago reveló el jardín y la piscina, y el muro de piedra seca que nos separaba de la finca del señor Sécaillat. Durante una fracción de segundo se perfiló claramente la silueta del Húsar, caminando por uno de los bancales del cerezal. Regresó la oscuridad, y con ella un gran asombro. No esperaba encontrarme al Húsar retozando bajo la lluvia en una noche como aquella. Me lo imaginaba más bien durmiendo en el garaje, al que puede acceder por un viejo respiradero roto.

Abrí la puerta-ventana y traté de llamarlo sin despertar a Blanche, pero la lluvia duchó mi intento. Empecé a dudar de mi visión a medida que la impresión de la imagen se apagaba en mis retinas y regresaba la oscuridad. Ya no estaba seguro en absoluto. Lo más probable es que no fuera el Húsar, sino solo la sombra de las piedras. Me quedé aún un momento acodado en el ventanal, acechando un nuevo relámpago para salir de dudas. Pero la tormenta se alejaba ya en dirección a Saint-Saturnin, y el retumbar de los truenos se hacía

cada vez más distante.

Aun así, no estaba preparado para volver a acostarme. La visión me daba vueltas en la cabeza y se colaba tras el velo de mis párpados cada vez que cerraba los ojos. De todas formas, necesitaba algo caliente: en contraste con el calor de la tarde, la tormenta había refrescado bastante el ambiente. Sentí un atisbo de fiebre que quizás se declararía por la mañana. Un aïgo boulido[10] me ayudaría a darle esquinazo a la enfermedad. Mi abuelo se hacía uno todos los domingos por la noche: lo dejaba como nuevo para toda la semana y, como él decía, «qu'a de sauvi din soun jardin a pas besoun de médecin[11]».

Cogí seis dientes de ajo de la alacena, los corté en pedacitos y los aplasté con la cuchara. Los herví durante veinte minutos con sal, aceite de oliva, salvia y dos hojas de laurel. El vapor de agua me pasaba sobre el rostro, cargándose poco a poco de las propiedades del ajo y de la salvia. El agua perdía su color transparente. Apagué el fuego, lo dejé reposar un rato y me serví una buena taza.

Abrí la puerta-ventana de la cocina y salí a la terraza con mi aïgo boulido. La tormenta había dejado su olor antes de irse. El ozono nocturno te azotaba como el yodo a la orilla del océano: daban ganas de respirar a pleno pulmón para impregnarse de aquel bienestar alquímico. Me veía ya a la mañana siguiente dando golpecitos con satisfacción en el tanque de hierro, de abajo arriba, y me imaginaba el sonido característico que marca el nivel del agua. Saqué una tumbona de debajo del cobertizo y empecé a beberme mi taza a sorbitos.

Llamé al Húsar en voz baja, lanzando unos psssss, psssss en la oscuridad. En vano, ni rastro de él. No se oía ni un ruido. Las chicharras, los grillos, las ranas y hasta el viento guardaban silencio, como si tuvieran miedo de hacer que volviera la tormenta, igual que unos colegiales esperando a su profesor ausente.

Por la mañana, la lluvia seguía cayendo. Era sábado, y tenía la alarma del despertador apagada. Como siempre que me quedaba durmiendo hasta tarde, me despertaba varias veces y me volvía a dormir un rato después. La primera vez te dices que todavía es temprano, que aún debe de ser de noche, y que por eso no ha parado de llover. La segunda vez no estás seguro de haber oído bien: es un rumor ligero, una llovizna, nada más. La vez siguiente, la luz se hace cada vez más insistente a través de las persianas y tienes que rendirte a la evidencia: está lloviendo, va a ser un día perdido.

Dos sentimientos se batían en duelo sobre mi almohada: la triste idea de que el tiempo iba a estropearme el fin de semana, y la sorpresa. A finales del verano, aunque las tormentas son frecuentes por culpa del calor, suelen ser muy cortas. Pero ya tocaba levantarse. No podía hacer otra cosa que mirar caer la lluvia con una taza de café.

Los dos somos adeptos incondicionales del café a la italiana. Durante la semana no soy muy exigente, y todas las mañanas me bebo la aguachirle del trabajo. Me cuesta arrancar, y me ayuda a conectar las neuronas. El fin de semana, es otro cantar: adiós a la perfusión de cafeína, y bienvenido sea el expreso. Tenemos una cafetera moka, de esas de ocho lados, de aluminio. Nos costó cierto tiempo domesticarla, e incluso después de todos estos años, el brebaje nauseabundo nunca está muy lejos. Esta vez el resultado estuvo a la altura de mis esperanzas. Me serví una tacita y le puse azúcar con una cucharilla de hojalata.

Blanche ya estaba levantada, trabajando en su ordenador. Empecé a bebérmelo acodado en una ventana del comedor. Grandes nubes entre el gris y el negro tuteaban a las cimas del Luberon, dándole a la montaña un lado siniestro. Hasta pasado un rato no me acordé de la fotografía en blanco y negro de la víspera, la del Húsar paseándose por el muro de piedra en medio de los relámpagos. No había vuelto a acordarme hasta ahora.

—¿Has visto al Húsar esta mañana?

—Sí, estaba arañando la puerta del garaje cuando me levanté.

—¿Sigue ahí, o ha salido?

—¿Con este tiempo, estás de broma? Está dormitando en el sofá del salón. Pero tienes razón, hay que estar pendientes para que no se mee a escondidas como la última vez. Vale más que lo dejes salir.

Allí estaba, hecho una bola en su sillón de siempre. Le acaricié el entrecejo con el borde de la uña, luego le pasé el dedo entre las dos orejas y le recorrí el espinazo. Se desperezó, empujando con la punta de las patas preocupaciones invisibles. Le pregunté dónde había pasado la noche, si era él el que se divertía bailando la farandola entre los relámpagos en el campo del señor Sécaillat. Abrió los ojos y me lanzó una mirada furibunda, la de la gente a la que molestan durante la siesta. Me lo puse sobre el regazo para hacer las paces, y empezó a ronronear.

Encendí nuestro viejo transistor y escuché a Radio France Vaucluse desgranar las noticias matinales. La tormenta había causado grandes daños, los servicios públicos tenían bastante faena. Cerca de Cadenet, un deslizamiento de tierras se había llevado por delante un trozo de carretera. En Apt, el Calavon estaba haciendo de las suyas: el nivel del agua subía de hora en hora, y amenazaba con desbordarse a media tarde. La grúa se había llevado los vehículos de los imprudentes que aún estaban aparcados en la orilla. El ayuntamiento había habilitado un teléfono gratuito para pedir información. El presentador pasó a la sección deportiva.

Dejé de escucharlo, arrullado por los ronroneos del Húsar, mientras me preguntaba qué iba a desenterrar el Calavon esta vez. En

la última crecida, el torrente sacó a la luz, un poco más abajo, cerca de Lumières, las ruinas de una tumba neolítica. Era sorprendente: aunque los vestigios galorrománicos en Apta Julia, Apt la Romana, eran numerosos, las trazas de un pasado aún más antiguo a lo largo de la vía Domitia eran escasos. Nunca me tomé un rato para ir a visitar aquella tumba, a pesar de que llenó las portadas de la prensa local. Estaba exactamente en el sitio donde, treinta años antes, mi padre nos había llevado a mis hermanos y a mí a observar a los castores del Calavon. En aquel punto, la planitud de la llanura obliga al torrente a hacer amplios meandros, perfectos para sus presas. Vimos tres, atareados en el frío matinal. Nos dejaron impresionados sus incisivos y sus colas planas: en cuanto terminaban el trabajo, se daban la vuelta y reforzaban a coletazos sus construcciones hidráulicas. Yo los miraba, aferrado a la pierna de mi padre, imaginándomelo en su taller, siempre arreglando algo, guardando sus herramientas y diciendo con tono de satisfacción: «Lo que está hecho ya no está por hacer».

Su voz aún resonaba en mi cabeza cuando llamaron a la puerta. Como no esperábamos a nadie, me pregunté quién podría ser. Empujé cuidadosamente al Húsar hacia el borde del sofá y fui a abrir. Cuál no sería mi sorpresa al descubrir sobre el felpudo, hecho una sopa, al señor Sécaillat.

—Venga, tengo que enseñarle una cosa —me anunció tranquilamente.

3. POR LAS COLINAS ETRUSCAS

Y en algún lugar que tan solo yo frecuentaba, perdida entre la maleza, estaba aquella superficie inmensa, con taludes y cuatro grandes fosos invadidos por la hierba. Un pueblo antiguo, rudo y prudente, durante una migración enérgica, había establecido allí sin duda, antaño, su campamento, a la sombra de la Tierra.

HENRI BOSCO

Mi vecino caminaba velozmente: o intentaba escapar a la lluvia, o tenía prisa por enseñarme su hallazgo. Me costaba seguirle el paso, resbalando sobre los guijarros mojados y perdiendo el equilibrio cada dos por tres. No estaba vestido para caminar bajo la lluvia. Había cogido mi chubasquero, herencia de una semana de vacaciones en el Mont Saint-Michel, y me lo había puesto por encima del polo y las bermudas. Busqué infructuosamente mis katiuskas, que también databan de la época de las grandes mareas del Mont Saint-Michel, pero como no las encontré me puse unas chanclas a falta de algo mejor, y salí pisándole los talones al señor Sécaillat.

Caminábamos en silencio, yo cinco o seis metros por detrás de él, haciendo lo posible por estar a la altura. Bajó por el sendero y dobló a la derecha en la bifurcación, como para subir a su casa. A medio camino se desvió, atravesando el campo que separa su masía de la nuestra. Lo tenía plantado de cerezos, con unos cuantos almendros en los bordes. Por allí se veían pasar los jabalíes del Luberon que bajaban a la caída de la noche para ir a beber en las aguas del Calavon. El señor Sécaillat subió la cuesta hasta la pared del primer bancal, la siguió durante una veintena de metros y se detuvo bruscamente. No hacía falta preguntar por qué: la pared se había derrumbado a lo largo de cuatro o cinco metros. Las piedras habían rodado entre los troncos de los cerezos, arrancando uno a su paso.

Empecé a sentirme un poco irritado con mi vecino. De acuerdo, era impresionante, y lo sentía por su cerezal, pero tampoco era el fin del mundo ni mucho menos. No había motivos para venir a molestarme y hacerme calar hasta los huesos. A lo mejor esperaba que le echara una mano para volver a levantar el muro. Hacía ya diez años largos que

había contraído una pasión por los muros de piedra seca, y me pasaba los veranos construyendo muretes para ordenar nuestro jardín. El señor Sécaillat hubiera podido esperar al día siguiente y llamarme por teléfono, tanto habría dado. Me volví hacia él y me disponía a poner los puntos sobre las íes cuando, sin decir palabra, levantó el brazo y señaló algo con el dedo entre el montón de piedras.

No era *solo* un montón de piedras. No era solo tierra, raíces y guijarros. En medio de aquel amasijo podía verse algo, algo que no había escapado a su viejo mirar de campesino. Había guijarros que no lo eran, fragmentos de terracota, trozos de vasijas de barro. Movido por la curiosidad y consciente ya de que estaba violando una escena del crimen, trepé a cuatro patas por las piedras desprendidas.

Ese fue el momento en que comenzó todo. Un tipo cualquiera no habría dado ese paso fatídico. Se habría quedado mirando al señor Sécaillat, perplejo, como un pasmarote. Yo no. Y quizás el señor Sécaillat ya se lo olía, y por eso había venido a llamar a mi puerta en aquel día lluvioso.

Me abalancé sobre el montón de piedras, rebuscando entre los terrones como un perro en la temporada de la trufa entre las raíces de un roble. Pasé de un terrón a otro, descubriendo tesoros donde solo había raíces, apartando piedras donde había Dios sabe qué. Oía a César, o incluso a Plinio, en cada gota de lluvia estrellándose sobre mi chubasquero.

Un largo trozo de terracota color verde oliva asomaba de un terrón de tierra. Me pregunté qué podía ser, mientras arañaba la tierra mojada con las uñas: un trozo de ánfora, de candil, o vaya usted a saber qué. Aparté la tierra de alrededor, e imaginé la última vez que un ser humano lo había manipulado. ¿Qué había pensado, qué había dicho?

El señor Sécaillat se acercó a mí y, observando mi hallazgo, sonrió con aire interrogador. Me tiró de la manga y me propuso subir a su casa, dando a entender que íbamos a hablar de ello. Lo seguí, como un niño que se resiste a abandonar el desfile de carnaval, mirando el montón de piedras, soñando ya con averiguar un poco más.

Bordeamos la pared del bancal hasta desembocar en el camino que llevaba a su masía. Me hizo entrar por la puerta del garaje, que se había quedado abierta de par en par. Colgó nuestros impermeables de un clavo en su taller y me hizo subir al piso de arriba, donde vivían él y su mujer. Había en la cocina una mesa enorme de madera maciza, en la que cabían una docena de personas. Debía de haber presenciado bastantes cenas. Quedaba café en la cafetera, pero estaba frío. El señor Sécaillat llenó dos tacitas hasta el borde y las metió un minuto en el microondas. Ni él ni yo hablamos, esperando a que la alarma del temporizador marcara el inicio de la conversación.

—El lunes tiene que llamar al ayuntamiento y decirles que ha encontrado cosas enterradas en su campo. Ellos sabrán a quién tenemos que avisar. Nos mandarán a alguien de la Diputación, a no ser que venga directamente el conservador del museo… —empecé a decir.

—Ni hablar —me interrumpió el señor Sécaillat.

Silencio.

—¿Ni hablar de qué? ¿No quiere que venga el del museo? Lo conozco, es el señor Gardiol, es muy majo. Hice unas prácticas con él cuando estaba en secundaria.

—Ni él ni otro cualquiera, tanto me da. Ni hablar de que vengan a hacer excavaciones aquí. Uno sabe cuándo empiezan, pero no cuándo terminan. Nunca se sabe cuándo van a terminar. Encuentran un pelo del bigote de Vercingétorix y se acabó, el Estado te expulsa de tu propia casa. No tengo ganas de que se pongan a hacer agujeros por todas partes y no poder volver a mis cerezos durante diez años o más.

—¿Y qué piensa hacer entonces?

—En cuanto se seque, limpiarlo con la excavadora y luego reconstruir el muro. Si me puede ayudar a reconstruirlo con piedras, mejor, queda más bonito. Si no, unos cuantos bloques de hormigón, y no se hable más.

Dos horas suplementarias de discusión no cambiaron un ápice. Ya se había hecho su composición de lugar, e insistir no habría servido más que para envenenar las cosas. La hora de comer había pasado hacía rato, y ya era hora de que me marchase. Su mujer estaba enferma de alzhéimer. Casi no salía, y el señor Sécaillat tenía que darle la comida. Me acompañó al garaje, me tendió el impermeable y me estrechó la mano. La lluvia había cesado, hacía un día espléndido. A regañadientes me volví a casa: fou saupre mettre l’aiguo per lou valat[12].

Poco importaba que al señor Sécaillat no le interesara la historia, poco importaba que lo que pensaba hacer fuera ilegal. Su reacción venía de algo enraizado en lo más profundo de su ser. Tenía que ver con sus tierras, con aquel campo que había recorrido de punta a punta, bajo un sol de plomo como en pleno invierno. El simple hecho de que el Estado, o quien fuera, pudiese arrogarse cualquier derecho sobre sus tierras le resultaba inadmisible. Privarlo de su parcela era como cortarle un brazo.

Por un motivo que ignoro, no le conté nada a Blanche de toda esta historia. A mi regreso me preguntó qué quería el señor Sécaillat. Mascullé una excusa cualquiera y fui a encerrarme en mi despacho después de haber comido algo. No tenía mucha hambre, y liquidé

rápidamente unos restos de pollo.

La tarde, entre el bajón de adrenalina y un sentimiento de frustración, resultó deprimente. Bajo los cerezos del señor Sécaillat se encontraba una villa, una tumba, o incluso un templo, quién sabe. En el siglo XVII, la carreta de un campesino chocó con un gran pedrusco en un campo situado sobre la colina de Tourettes. El pedrusco resultó no ser tal: era de forma rectangular, y una larga inscripción lo recorría de lado a lado. Era latín. El cura la descifró y la recogió en los registros de la parroquia:

> Borístenes el alano, imperial caballo de caza, que tan bien sabía volar por la llanura, por las marismas y por las colinas etruscas, que cuando cazaba los jabalíes de Panonia ningún jabalí se atrevió a herirlo con sus colmillos de blanco resplandeciente, ni a salpicar la punta de su cola con la saliva de su boca. Pero en el vigor de su juventud, como a menudo sucede, en plena posesión de sus capacidades, le llegó su último día. Aquí reposa en la tierra.

El obispo mandó hacer investigaciones suplementarias, y en una obra de Dion Casio aparecieron nuevas pistas. Durante una cacería en el sur de la Galia, el emperador Adriano había perdido a su caballo favorito, Borístenes. Hizo que le construyeran un mausoleo y redactó personalmente el epitafio, aquel mismo epitafio que el campesino encontró siglos más tarde. Desgraciadamente, ni la estela ni el emplazamiento exacto del descubrimiento lograron pervivir hasta nuestros días, de modo que nadie sabe dónde está enterrado ese buen Borístenes. A lo mejor el campesino, asustado por el alboroto del cura, se negó a revelar el lugar exacto de su descubrimiento, y prefirió que la lavanda creciera durante unos cuantos siglos más sobre los huesos del fiel compañero imperial. A lo mejor se trataba de un lejano ancestro del señor Sécaillat, y este solo estaba perpetuando la tradición familiar. A lo mejor era incluso la tumba de Borístenes lo que estaba bajo el montón de piedras, quién sabe.

El rechinar de la puerta del despacho me sacó de mis reflexiones ecuestres. Apareció el Húsar, contoneándose.

4. (RE)CONSTRUIR CASTILLOS EN EL AIRE

Quand un home pou pas fiela, debano.
(Cuando un hombre no puede hacer una tontería, hace otra).

Llamé a la puerta principal del señor Sécaillat con grandes golpes enérgicos. Aún era temprano, pero tenía miedo de que estuviese ya en pie de guerra, con el volante del buldócer entre las manos. El señor Sécaillat era un campesino de los de toda la vida, de esos que se acuestan con las gallinas y se levantan antes del alba. La señora Sécaillat abrió la puerta. Estaba en camisón y despeinada. Me sonrió con ojos burlones:

—Vaya, Gens, ¿así que has vuelto a pasar la noche por ahí y te has dejado las llaves? ¿Cuándo vas a madurar un poco? Un día de estos ya me habré ido a trabajar y te quedarás fuera.

Me tomaba por su hijo Gens, que había muerto hacía una treintena de años en un accidente de coche, volviendo de la discoteca. Pertenecía a una generación posterior, la que llevaba vaqueros agujereados a propósito para tener pinta de malote y conducía un Ford Escort.

—Buenos días, señora Sécaillat, quería ver a su marido. ¿Puedo pasar un momento?

—Está bien, Mireille, ya me ocupo yo.

El señor Sécaillat apareció tras ella, con aire avergonzado. No le incomodaba tanto la confusión de su mujer —hacía ya mucho tiempo que su enfermedad no era un secreto— como el hecho de verme. Aun así, me hizo entrar y sentarme, el café estaba hecho y las tostadas listas. Salió cinco minutos para acompañar a su mujer de vuelta a su habitación.

—Ojo, si ha venido a hablarme otra vez de sus galorromanos, desde ya le digo que no merece la pena. Mi decisión está tomada y no voy a cambiar de opinión.

—Nadie va a llamar a nadie. Ni a la Diputación, ni al museo, ni a nadie —le interrumpí yo—. Vamos a ver por nosotros mismos lo que

hay ahí debajo. Usted y yo, los dos solos, sin decirle nada a nadie —continué.

Me miró con aire circunspecto. Había despertado su curiosidad, y ya solo tenía que desenredar el ovillo para jugar con el gato. El señor Sécaillat era un solitario, de los que lo quieren hacer todo por su cuenta, y odiaba que lo ayudaran de una forma u otra.

—He estado buscando en internet. Está claro que si lo hacemos nosotros no saldrá tan bien como si lo hicieran unos arqueólogos de verdad, pero siempre será mejor que su excavadora. Además, no parece tan complicado, si lo hacemos bien. Solo tenemos que ir despacito, tener cuidado con lo que movemos, guardarlo todo y no tirar nada, y anotar bien lo que encontramos, dónde lo hemos encontrado y cómo.

»Mi mujer se va a Japón la semana que viene durante dos meses o más para trabajar en su próximo estudio. No le he dicho nada. De todas formas, no habría estado de acuerdo. Voy a pedir una excedencia en el trabajo, solo unas semanas, seguro que me la dan.

»Por aquí nunca pasa nadie, quitando el cartero y algún excursionista. Es poco probable que alguien nos pregunte qué estamos haciendo. En caso de que alguien pregunte, no tenemos más que decirle que está construyendo una alberca para regar sus cerezos, y que le estoy echando una mano.

»Empezamos por apartar las piedras del muro y las ponemos a un lado. Luego apartamos la tierra del derrumbamiento y la tamizamos, para estar seguros de que no se nos escapa nada por el camino. Una vez que hayamos quitado las piedras y la tierra y que tengamos una superficie plana, cavamos con una paleta de albañil, por estratos sucesivos, digamos que de cincuenta centímetros. No sé hasta qué profundidad cavaremos, pero pongamos que tres metros. Tengo un detector de metales, uno de esos de aficionado que mis padres me regalaron cuando era pitchounet[13]. No es muy preciso, pero aún funciona y hará el apaño. Podemos comprar un par de cedazos más, pero entre usted y yo ya tenemos casi todo el material.

»Numeramos cada cosa que encontramos, y le hacemos una foto en el sitio en el que estaba antes de sacarla de la tierra. Podemos almacenarlas en su garaje hasta que las limpiemos bien. En un mes vemos qué hemos encontrado y decidimos si seguimos cavando o no. Aún tenemos más o menos dos meses de buen tiempo. Cuando nos parezca que ya está bien, lo tapamos todo y reconstruimos el muro. Si encontramos cosas alucinantes, las dejamos una noche delante del museo municipal. Podríamos mandarlas a algún otro museo de los alrededores para que no nos sigan el rastro, pero me gustaría que lo que encontremos se quedase aquí. Tenemos mucho cuidado para que no haya nada que permita identificarnos, y listo.

Hacía ya más de un cuarto de hora que hablaba, y que el señor Sécaillat me escuchaba sin decir palabra. Su taza estaba vacía, y la mía medio llena de café frío. Algo se movió detrás de la puerta. Era el Húsar, que, levantado sobre las patas traseras, nos miraba fijamente a través del cristal y maullaba para que le abriéramos. Debía de haberme seguido hasta aquí.

—Viene mucho por aquí, Mireille le da atún en lata —dijo el señor Sécaillat, respondiendo a mi pregunta silenciosa. Se levantó para abrirle, y luego volvió a cerrar la puerta-ventana, antes de acodarse en el picaporte. Su mirada se perdía en el vacío, en dirección a Viens, hacia las vertientes en las que el gran Luberon comienza a ganar altura—. Hagamos así —concluyó.

5. CAVAR AGUJEROS A CIELO ABIERTO

Y que abran entonces en tu pared, en plena caliza, allá arriba, lejos de las casas habitadas por los hombres, entre el roble negro y el fúnebre laurel, un agujero, oh, Luberon, en las profundidades de tu paraje más agreste.

HENRI BOSCO

¿Quién de nosotros dos iba a quitar la primera piedra? El señor Sécaillat y yo nos mirábamos sin saber muy bien por dónde empezar. Él tenía más habilidad manual que yo, y seguramente le iba a tocar hacer el grueso del trabajo. Pero la idea se me había ocurrido a mí, y planificar el desarrollo de las operaciones era responsabilidad mía. Era un sentimiento raro, entre la emoción del descubrimiento y el miedo a lo prohibido.

En diez días el montón de piedras y tierra se había secado, perdiendo de paso su aspecto de grieta espaciotemporal. No es que hiciera un sol radiante, pero el tiempo seguía siendo agradable. Septiembre es el mejor mes para apreciar el Luberon, *ex aequo* con octubre. Las multitudes veraniegas abandonan el lugar y los pueblos se convierten de nuevo en ciudadelas inexpugnables. Las temperaturas bajan. La luz se vuelve más suave. La naturaleza se hunde a regañadientes en la nueva estación, sin saber muy bien a qué carta quedarse. Duda entre tumbarse un rato más al sol sobre las piedras calizas o prepararse para correr el telón del otoño. A veces aún podía verse un trozo de corteza aferrarse a la vida, subir por las ranuras del pino y ponerse a cantar: era una cigarra que se negaba a enterrarse, queriendo seguir al buen tiempo hasta sus últimos días. El Húsar aprovechó para hacernos compañía y se paseaba sobre el montón de piedras. A lo mejor quería enseñarnos dónde cavar, o a lo mejor quería ser testigo de nuestros inicios en la clandestinidad.

—Podemos empezar por las piedras de la pared: las separamos del resto y las apilamos a un lado.

El señor Sécaillat ya no era ningún jovenzuelo, y a mí me daba apuro hacerlo trabajar. Empecé por los trozos más grandes. Eran

piedras rectangulares, de caliza pura, blanqueadas por un lado por siglos de exposición al sol. Las más grandes pesarían unos quince kilos. Las iba sacando de la tierra, las cogía apretándolas contra mi cuerpo, bajaba con ellas los pocos metros del montón de tierra y las depositaba a los pies del señor Sécaillat. Él tomaba el relevo con una carretilla e iba a ponerlas una decena de metros más allá. Al principio le decía «gracias» cada vez que le traía una piedra. Al cabo de un rato dejé de decir nada: estaba sin aliento y, sobre todo, resultaba ridículo. Era como llamarlo por su nombre: me había dicho sus buenas veinte veces que parara con mis «señor Sécaillat» y que lo llamara Paul. Pero, por una razón incomprensible para mí, era incapaz: no me salía. «Paul» era demasiado familiar, nunca lo habíamos llamado así en casa. Pero es verdad que «señor Sécaillat» era demasiado pomposo. Así que ya no le llamaba de ninguna forma, y hacía todo lo posible para no tener que hacerlo.

Había un buen centenar de piedras, y quitarlas nos llevó dos días enteros. A veces dudaba. ¿Lo que iba a mover era una piedra de la pared, o era un pedazo de mosaico que iba a quebrantar sin darme cuenta? Me hacían falta dos o tres minutos de cuidadosa inspección para tomar una decisión, y luego continuar, con la frustración creciente de tener que pasar por alto cosas que —seguro, seguro— eran cacharros antiguos. Pero era demasiado pronto, aún teníamos que despejar el muro, no era el momento. Apartaba la mirada adrede. Era como en los inicios de una relación de pareja: al principio te ignoras, haces como que no ves al otro, como que no te interesa. Juegas al gato y al ratón. Como aún no estás muy seguro, no te atreves. Y luego sabes. Sabes que va a ocurrir. Es el mejor momento. Experimentaba ese sentimiento ante cada trozo de cerámica que salía de la tierra: sabíamos que íbamos a encontrar, aunque aún no supiéramos qué.

Resultaba difícil adivinar si el señor Sécaillat compartía mi emoción en aquellos momentos. En todo caso, compartía mis bocadillos. El primer día no sabía si iba a volver a su casa a comer con su mujer. Para evitar una situación incómoda, preparé varios bocadillos, y él los aceptó. Pero permaneció en silencio: contemplaba lo que habíamos hecho y pensaba en lo que quedaba por hacer. El segundo día se desarrolló de manera idéntica, tanto los bocadillos como la conversación: el montón de piedras crecía ana coumo l’aiguo a la pento[14].

Para el atardecer del tercer día habíamos despejado completamente las piedras del muro. Una vez guardadas las herramientas, el señor Sécaillat me invitó a cenar, pero decliné la invitación. Estaba exhausto, y lo único que me apetecía era derrumbarme en la cama. Blanche iba a llamar desde Japón. Hacía

ocho días que se había ido, y nos habíamos prometido llamarnos un día sí y otro no. Tirado en el sofá, esperaba su llamada intentando resistir al sueño. No sé cuánto tiempo estuve así, nadando entre dos aguas, pero terminé cerrando un ojo, y luego dos.

6. DESCUBRIMIENTOS Y REENCUENTROS

Hay un compañero con quien estamos todo el tiempo, y es uno mismo: hay que arreglárselas para que sea un compañero agradable.

JEAN GIONO

Eran trozos de terracota. Decenas y decenas de fragmentos de barro cocido. Medían unos quince centímetros de media, todos de arcilla. Eran muy frágiles, y hacíamos todo lo posible para extraerlos intactos. Teníamos la esperanza de encontrar un jarrón entero, un ánfora intacta, pero de momento no había nada por el estilo: los fragmentos surgían de la tierra uno tras otro, en un revoltijo.

Nos habíamos equipado con una paleta de lengua de gato y un gran cepillo de cerdas duras. Desmenuzábamos la tierra con la paleta, raspando y aflojando los terrones de tierra. Cuando no aparecía nada, yo cargaba los escombros en una carretilla pequeña y el señor Sécaillat los iba poniendo un poco más lejos. Luego, pasaba cada montoncito por el cedazo, para estar seguro de que no tirábamos nada por descuido. Una vez revisada, la tierra iba a parar a un montículo que crecía de día en día.

Cuando aparecía un fragmento, yo le hacía una foto con el móvil, como un detective inmortalizando la escena del crimen antes de proseguir con sus investigaciones. A continuación, extraíamos la muestra cepillándola una y otra vez, intentando no romper nada. Con la punta de la paleta, raspábamos la tierra por debajo hasta el momento final, en el que era imposible ir más lejos. Aguantando la respiración, yo sacaba el fragmento de la tierra, rezando para que no se rompiera nada. Al principio no éramos muy eficaces: si nos hubiera visto trabajar un arqueólogo, le habría dado un infarto. Pero a falta de pan buenas son tortas, y al cabo de unos cuantos días empezamos a cogerle el tranquillo. Con cada muestra seguíamos el mismo procedimiento. Le poníamos una pequeña pegatina con un número encima y luego las depositábamos en el cobertizo del señor Sécaillat. Habíamos quitado las cajas que tenía guardadas para la época de las cerezas y habíamos hecho sitio en el centro. Colocábamos cada

fragmento en el suelo, en hileras y en el orden en que los habíamos encontrado.

Al final de la jornada, o cuando nos entraban ganas de tomarnos un descanso, nos armábamos de cepillos de dientes. Limpiábamos cuidadosamente los hallazgos del día, examinando cada átomo de polvo como si fuera un potencial sospechoso. La idea era también ver qué iba con qué, y ordenar las piezas del puzle.

Los fragmentos eran todos de barro cocido, de color uniforme: ámbar grisáceo, verde oliva o rojo ocre. Para mi desesperación no tenían finos ornamentos, como los que se pueden ver en las ánforas de los museos. Solo, a veces, algunos detalles esculpidos: ochos, cruces o eslabones entrelazados. Al cabo de la primera semana habíamos sacado poco más de un centenar de fragmentos y retirado la mitad de los escombros.

Empezamos a elaborar dudosas especulaciones sobre nuestros hallazgos. El señor Sécaillat se inclinaba por un almacén o una casa de postas situada sobre la vía Domitia. No perdía la esperanza de encontrar sestercios, o joyas. También imaginamos un granero agrícola en el que se depositaran mercancías, cosechas. Pensamos también en un alfarero que hubiese almacenado allí el fruto de su trabajo. Quizás en las capas inferiores encontraríamos sus herramientas, su torno o su horno. Nos daba miedo estar completamente desencaminados: quién sabe, a lo mejor solo era material de desecho que algún campesino había usado para rellenar su pared, a principios del siglo pasado.

Por las noches buscaba en internet qué habían encontrado los arqueólogos en la región, intentando limitarme a la cerámica. La idea era doble: conseguir datar nuestros hallazgos, y también averiguar para qué diablos habrían podido servir. Era un juego que oscilaba entre «adivina adivinanza» y «descubre las siete diferencias», entre los «bueno, esto seguro que no es» y los «sí, esto a lo mejor podría ser». Las páginas desfilaban, remontando los siglos mientras el ratón hacía *puenting*, saltando de un lugar a otro. Me enteré de cosas de las que no tenía la menor idea. Entre los resultados de la búsqueda aparecía regularmente Chastelard de Lardiers, una colina de la montaña de Lure de la que jamás había oído hablar. Allí los arqueólogos habían encontrado en los años sesenta un espacio de culto galo: una vía sagrada, un templo y, sobre todo, una cantidad increíble de lamparillas de barro: entre diez mil y cincuenta mil, según las estimaciones. Era tan excepcional que los arqueólogos llamaron al yacimiento la Lourdes gala. Las lamparillas votivas se multiplicaban en la pantalla, y yo me aferraba a la lupa del *zoom* como un verdadero Sherlock Holmes buscando similitudes con nuestros tesoros de barro. Se parecían mucho. En todo caso, parecían de la misma época. El

color uniforme, las formas simples, podían coincidir. ¿Habríamos encontrado el lugar donde las fabricaban, o un último almacén en la vía de peregrinaje antes de llegar al santuario? En cambio, se planteaba una duda en cuanto a las dimensiones: las lamparillas votivas parecían mucho más pequeñas que lo que nosotros encontrábamos al cavar. Le mostré en la pantalla del móvil el resultado de mis búsquedas a un señor Sécaillat dubitativo.

—Sí, podría ser galo, está claro, pero tampoco tiene por qué ser necesariamente de l'an Pèbre[15]. Quién sabe, podría ser del siglo pasado. A lo mejor simplemente este alfarero no era muy bueno, o no tenía muchos medios y hacía cosas sencillas. Además, los fragmentos que estamos encontrando son demasiado grandes para ser de sus lámparas. No concuerda, va usted por mal camino. Lo que está en internet son solo las piezas más bonitas, las más conocidas, pero han podido encontrar muchas otras cosas.

Tenía un don para dejarte chafado. Todo lo que habían encontrado en Chastelard de Lardiers estaba depositado en el museo de Apt. Seguramente habría lámparas votivas expuestas en las vitrinas a la vista del público. Para salir de dudas decidí ir al museo al día siguiente.

—Tenga cuidado de no llamar la atención —me dijo el señor Sécaillat—. Si no, cuando dejemos a su puerta todo lo que hemos encontrado, dentro de cinco o seis meses, podrían atar cabos.

El museo solo abría por las tardes. Ayudé al señor Sécaillat hasta la hora del bocadillo, saqué al Húsar, que hacía la dormiasse[16] en su sofá, me di una ducha y bajé a la ciudad. Del museo tenía recuerdos que remontaban a mis años de colegio, cuando una valerosa profesora de geografía e historia llevó hasta allí a una treintena de chavales ignorantes y ruidosos. No tenía dinero en efectivo, y no quería pagar con tarjeta para no dejar rastros. Las advertencias del señor Sécaillat resonaban aún en mi cabeza. De todas formas, el banco estaba justo al lado. El cajero vomitó los treinta denarios de Judas. Como si el dinero me quemara las manos, lo entregué rápidamente en la ventanilla del museo. Mientras mi cabeza bullía de planes, la empleada me tendió la entrada con la mayor naturalidad del mundo y me deseó una feliz visita. El museo estaba vacío, y mis pasos resonaban como en una iglesia. No tenía muchas ganas de vagar entre las colecciones, así que subí directamente al primer piso, donde estaban expuestas las piezas del periodo galo.

Allí estaban. Era emocionante verlas de verdad, después de haberles dado tantas vueltas en la cabeza. Entre los sestercios y unas espadas lucía poco menos de una decena de lámparas votivas, de un barro cocido rojizo. Frente a cada una, un cartelito indicaba la hora

del crimen:

Lámpara votiva
Siglo II d. C.
Chastelard de Lardiers

Sobrias, sin florituras: el parecido con nuestros fragmentos de cerámica era patente. Hubiera apostado que se trataba del mismo estilo, la misma factura, la misma época. Parecían salidas directamente de nuestra excavación, salidas directamente del taller de nuestro alfarero. La restauración les daba un lustre de repentina virginidad, pero tenían un aire de familia innegable con lo que dormía, aún desnudo y en pedazos, en el cobertizo del señor Sécaillat. En cambio, las dimensiones no encajaban: las lámparas eran mucho más pequeñas, sin comparación posible con los fragmentos que desenterrábamos nosotros. Tal vez nuestros hallazgos eran de la misma época, tenían el mismo origen, pero ciertamente estaban destinados a un uso diferente. Habría que seguir buscando. Me acerqué y, asegurándome de que no había nadie por los alrededores, saqué el móvil. En modo francotirador, sin *flash*, les hice una decena de fotos, para enseñárselas más tarde al señor Sécaillat.

Luego le eché una ojeada rápida al resto de las colecciones del museo. Tenía la cabeza en otra parte, pero tenía que disimular delante de la chica de la entrada. Venir hasta aquí y quedarse diez minutos habría podido resultar sospechoso, como un asesino que regresa a la escena del crimen.

Salí del museo media hora más tarde. El sol me estaba esperando a pie firme, cortando con la penumbra y el frescor de las salas de exposición. Necesitaba una cabina de descompresión antes de reunirme de nuevo con el señor Sécaillat. Me instalé en la terraza de un café de la Place Carnot, entre el museo y la catedral. Pedí una *mauresque*[17] y mientras la saboreaba lentamente me di cuenta de que hacía más de diez días que habíamos empezado a excavar. Aparte de las conversaciones telefónicas con Blanche y los delirios de Mireille Sécaillat, ninguno de los dos teníamos prácticamente ningún contacto con el mundo exterior. Vivíamos en autarquía, replegados sobre nuestra excavación, al margen de la civilización. La verdad es que tampoco la echaba mucho de menos.

Las campanas de la catedral acababan de dar las cinco. Los alumnos salían del colegio, dispersándose en todas direcciones como cazadores bloqueando los caminos en lo que parecía una batida de jabalí. Pagué dejando el dinero justo y me batí en retirada por las callejuelas hasta el paseo Lauze-de-Perret, donde tenía aparcado el coche. Cuando giré la llave en el contacto, el motor empezó a toser y

lanzó a bocajarro su pregunta: ¿Había hecho el señor Sécaillat algún hallazgo nuevo aquella tarde?

7. EL CUERNO DEL HÚSAR

El sol parece ponerse dentro de una copa de vino de Tavel de tonos rubí irisados de topacio. Pero es para amanecer mejor en los corazones.

FRÉDÉRIC MISTRAL

Llegué exactamente a la caída de la tarde, en el momento en que el sol se acaba de poner, pero aún se pueden distinguir las crestas del Luberon de la línea del horizonte. Se me hacía raro volver a casa en coche al anochecer, como después de un día de trabajo. El Húsar, fiel a sus viejas costumbres, esperaba delante de su arbusto, como si nada hubiera cambiado. Tomó el camino de casa, abriendo la marcha, en dirección a la pitanza. Yo pasé de él y partí en dirección a la masía del señor Sécaillat. El Húsar se quedó sorprendido: no entendía lo que estaba pasando y se preguntaba a dónde iba. Se sentó sobre sus patas traseras y maulló: «Pero ¿qué haces? ¡Que por ahí no es!». Le respondí mostrándole con el dedo la masía del señor Sécaillat.

Mi vecino ya había cubierto la excavación con una lona. La puerta del cobertizo estaba abierta: el señor Sécaillat había tenido suerte aquella tarde. Había conseguido ensamblar cinco o seis trozos grandes de cerámica que presidían su mesa de trabajo, a la luz de los neones eléctricos. Nos habíamos equivocado de medio a medio: no formaban un ánfora, como en internet o en el museo. No era un jarrón, ni tampoco una jarra. Los fragmentos de barro cocido formaban una especie de trompeta, de unos cincuenta centímetros aproximadamente. Una trompa, un cuerno de caza. Los trozos encajaban perfectamente unos en otros, no cabía la sombra de una duda. Podían verse dos asas: una estaba intacta, la otra, fisurada por un lado. La embocadura y el pabellón eran a todas luces las partes que más habían sufrido, vista la infinidad de pedacitos que los formaban. El señor Sécaillat había hecho un trabajo de chinos y lo había reconstruido todo. Aunque el color estaba mortecino y necesitaba una mano de barniz, se adivinaba una bonita tonalidad oscura, azul petróleo, que había logrado mantenerse a flote pese a la marejada de los años.

—No está mal, ¿eh? —exclamó el señor Sécaillat, sobresaltándome.

No lo había oído llegar. Sonreía, y parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Por fin hemos conseguido encontrar una completa —continuó. Empezaba a hacer fresco y, bajo los neones eléctricos, la trompa se ponía a respirar, contenta de volver a encontrarse al aire libre y de recuperar sus formas. Nos lanzaba miradas revoltosas, nos desafiaba a adivinar cuáles eran las últimas manos que la habían tocado. Una a una, sus fracturas me susurraban épocas que atravesaban mi cabeza.

—¿Qué cree que puede ser, para qué serviría? —le pregunté al señor Sécaillat.

—Ni idea. Lo que está claro es que no es una vasija o un ánfora como pensábamos. He estado muy atento a los dos extremos, no falta nada.

Hizo una pausa, como para convencerse a sí mismo de lo que acababa de decir. Siguió hablando:

—Para mí que es un cuerno de caza. Para cuando llamaban a los perros o hacían batidas de jabalí. Los galos tendrían ese tipo de cosas, ¿no?

Debía de tener razón, no veía qué otra cosa podía ser. No dije nada, pero el que calla otorga.

—De todas formas, no tenemos más que probarla, hace ya un buen rato que el pegamento está seco —dijo cogiéndola delicadamente por la embocadura.

Yo solo no me habría atrevido, pero, en efecto, era la mejor forma de saber si estábamos en lo cierto o no. Se llevó la embocadura a los labios y se puso a soplar con fuerza en el interior. No salió nada, aparte de un sonido hueco, un sonido de vacío. Tomó aire de nuevo y volvió a intentarlo, sin mayor éxito. Estaba rojo como un tomate. Con un gesto, el señor Sécaillat me la tendió diciendo:

—Tome, inténtelo, a lo mejor tiene usted más maña.

Cuando estaba en el instituto pasamos un mes en Australia para mejorar nuestro inglés. Servir no sirvió para nada, pero al menos visité el museo aborigen de Sídney. Tenían didyeridús, con carteles en los que se explicaba cómo tocarlos. Hice lo posible por acordarme de algo, y soplé dentro de la trompa. No pasó nada. El mismo sonido hueco, el mismo sonido vacío. Cerré los ojos, fruncí los labios como nos habían enseñado en Sídney y volví a soplar. Una nota grave y torturada resonó en el cobertizo, una nota que conseguí mantener mal que bien durante una decena de segundos. Sin aliento, abrí los ojos, y eso fue todo.

El Húsar permanecía en la puerta, alejado de las luces de neón. Fuera empezó a soplar un ligero mistral. El gato se había quedado exactamente en la frontera, allí donde la luz fría y la oscuridad negra

dibujaban en el suelo una línea recta. Cansado de esperarme, había decidido aventurarse hasta el cobertizo de los Sécaillat. Su estómago vacío lo impulsó a manifestarse ante nosotros y maulló. Como un eco, el señor Sécaillat me preguntó si había cenado, y si quería venir a cenar con ellos. No era su comportamiento habitual: normalmente prefería estar solo para poder ocuparse de su mujer.

Se adelantó a mis pensamientos cortando por lo sano:

—Vamos, después del tiempo que llevamos cavando, esto hay que celebrarlo. Y, de todas formas, aquí hay uno que se lamenta de hambre y no le deja elección.

Para mi sorpresa, era la señora Sécaillat la que había hecho la cena. Me había equivocado sobre su nivel de dependencia. Parecía en plena posesión de sus capacidades físicas, y se afanaba frente al horno. Había dispuesto sobre la mesa un hermoso mantel provenzal y había hecho una ensalada de endivias, con *magret* de pato, cubos de gruyer y nueces. Había pasado por la trituradora unos restos de pato y los había puesto en un platillo de café, en el suelo. Vi al Húsar abalanzarse sobre él, y pensé que luego no iba a haber quien le hiciera comer ninguna otra cosa. El señor iba a criar gustos de lujo después de aquel menú de tres estrellas.

—Venga, Gens, ve a lavarte las manos, es hora de cenar —dijo la señora Sécaillat mientras se sentaba a la mesa. Seguía tomándome por su hijo desaparecido. Mascullé cualquier cosa, sin saber si debía desengañarla o seguirle la corriente. El aspecto avergonzado del señor Sécaillat, que parecía el portador de un secreto inconfesable, me hizo comprender que no servía de nada sacarla de su error. Este tipo de confusiones debía de mortificarlo en el día a día.

Ella hablaba de esto y de aquello, de lo de más allá y lo de más acá. Habían renovado el pavimento de la Grand-Rue de Apt. El ayuntamiento había quitado los antiguos adoquines, que eran del año de la polca, y los había sustituido por un pavimento de grandes losas lisas a lo largo de toda la Grand-Rue. Las señoras estaban contentas: daos cuenta, caminar con tacones por los antiguos adoquines era como jugar una partida de tres en raya. Otros estaban enfadados: todo el encanto provenzal del viejo Apt estaba desapareciendo a la velocidad del rayo. Y encima las losas, con la lluvia, resbalaban, como te puedes imaginar. Se terminó la ensalada. El señor Sécaillat rebañó el cuenco sin decir esta boca es mía.

—¿Y qué tal te ha ido en el instituto? ¿Qué habéis hecho hoy? —me preguntó su mujer desde la cocina, donde había ido a buscar el segundo plato. Regresó con una paletilla de cordero asada con ajo y alcaparras, y una cazuela de tirabeques rehogados como acompañamiento. Le respondí que habíamos hecho una salida

pedagógica: por la mañana habíamos ido al museo, y por la tarde, a un yacimiento arqueológico. El señor Sécaillat me lanzó una mirada asesina, como si Gens acabara de decirle a su madre que había estado aprendiendo a conducir por las carreterillas de montaña de la meseta de Sault antes de cumplir los dieciocho años. Ella no se dio cuenta de nada y siguió interesándose por la jornada de su hijo.

—¿Y de qué época era ese yacimiento arqueológico?

—Como mínimo de la época romana, eso seguro. Quizás date incluso de antes, de la época de los galos, pero aún no lo saben exactamente.

—¿Y por dónde queda?

—En lo alto de la colina de Puits. No muy lejos de aquí, de hecho, en mitad de un campo de cerezos.

—¿Y saben lo que es? ¿Qué han encontrado en las excavaciones?

—Han encontrado un montón de fragmentos de cerámica. Acaban de conseguir reconstruir una pieza entera, un cuerno de caza o algo por el estilo. Creen que se trata de un taller de cerámica, o de la tienda de un alfarero.

El señor Sécaillat había trinchado la paletilla de cordero y descorchado una botella de Châteauneuf-du-Pape. Olisqueó el corcho y, aparentemente satisfecho, nos sirvió un vasito a cada uno. Su mujer posó un dedo sobre el borde de su vaso y le dijo:

—Un poquito nada más, Paul —aunque no lo paró. Mojó los labios y continuó—: Mucho me extrañaría. Para hacer cerámica hace falta arcilla, y la arcilla, hay que ir hasta el lecho del Calavon para encontrarla. En todo caso, en la cima de la colina de Puits, seguro que no hay. Allí solo hay caliza, mucho habría que buscar para encontrar arcilla ahí arriba. Y, además, está lejísimos de la vía Domitia, qué se le iba a haber perdido allí a un alfarero, vamos, digo yo.

Entre una cucharada de tirabeques y un bocado de cordero, la señora Sécaillat acababa de tirar por tierra todas nuestras teorías eruditas. El señor Sécaillat y yo nos miramos sin cruzar palabra. Tenía razón. Tenía más razón que un santo. Aquel campo era cualquier cosa menos arcilloso: los estratos de caliza afloraban a la superficie, y a cada pasada de arado salían piedras para dar y tomar. Cuando construimos nuestra casa, encontramos el baou[18] a dos metros de profundidad. Un alfarero se las habría visto y deseado para instalarse allí, a menos que subiera la arcilla a lomos de burro desde la ribera del Calavon.

El silencio estaba acompañado por quesitos de cabra, que la señora Sécaillat había curado metiéndolos en frascos de mermelada llenos de aceite de oliva y hierbas provenzales. Me quedé mirando aquel ecosistema sin verlo, masticando maquinalmente un currusco de pan

mientras daba vueltas a sus últimas palabras.

—Y si no es un alfarero, ¿qué es lo que han encontrado entonces, tú que eres tan lista? —preguntó el señor Sécaillat a su mujer. Me quedé callado, esperando con impaciencia la respuesta de aquella Sibila que nos caía del cielo.

—Caray, ¿y yo qué demonios sé? Un foui tra uno pèiro dins un pous mai fau proun sage pèr l'avura[19] —sonrió ella.

El Húsar se subió de un salto a su regazo.

8. DURO COMO EL ALMA DEL DIABLO

Era, probablemente, un poco más allá de mediodía. Todo indicaba la proximidad de esa hora perfecta: la altura del sol, el silencio, y ese no sé qué preciso y sencillo que divide al mundo en dos mitades radiantes.

HENRI BOSCO

Una veintena de trompas siguieron el camino abierto por el descubrimiento del señor Sécaillat. Era siempre el mismo *modus operandi*: meteoros de un puzle descompuesto que volvían a la vida sobre el suelo del cobertizo. Colores similares por aquí, trozos que se juntan por allá. Las trompas medían unos cincuenta centímetros de alto, a veces un metro. No tenían decoraciones ni ornamentos. Algunas tenían asas. Eran todas de un solo color, que iba del verde oliva al azul océano. ¿Para qué habrían podido servir? Misterio. Cada noche, nuestra pequeña colección se levantaba, como si fueran menhires, sobre el suelo del garaje, inmóvil y sin dignarse a respondernos.

Los días se iban haciendo sensiblemente más cortos. En los primeros tiempos de la excavación, guardábamos las herramientas cuando estábamos cansados y el señor Sécaillat venía a tomar el aperitivo en la terraza. Trazábamos planes para el día siguiente y digeríamos los hallazgos de la jornada. Pero ahora, eso se había acabado: recogíamos las herramientas a las cinco en punto, e incluso así teníamos que encender el proyector, porque no se veía ni torta.

La semana anterior aún parecía que estábamos en pleno verano, pero en los últimos días había refrescado de golpe. Las hojas de los cerezos habían virado al rojo y empezaban a caerse. Parecían páginas de pergamino de terciopelo púrpura, agrietadas por el tiempo, que un copista impaciente hubiera arrancado y arrojado a los cuatro vientos. Su nervadura en filigrana parecía una escritura fina e intrincada, un latín o griego que el monje no hubiera tenido ganas de terminar. Cada noche sacábamos un cubo lleno del fondo de la zanja, pero era en vano: al día siguiente volvía a haber las mismas, si no más. El mistral se complacía maliciosamente en desprenderlas de las ramas, hacerlas revolotear por los aires, y traerlas a caer precisamente en la zanja.

Habíamos excavado un foso de un metro cincuenta de profundidad, puede que dos metros. Empecé a creer en las leyendas que le atribuían al mistral aquel carácter tan travieso.

Seguía pasando mucho tiempo en internet, intentando identificar lo que encontrábamos. Ánforas, urnas funerarias, vasijas decorativas: nuestros hallazgos no eran ninguna de aquellas cosas. Me hubiera gustado poder decir que habíamos encontrado osamentas, que seguíamos la pista de la enigmática tumba de un caudillo galo. O que estábamos desenterrando sestercios y joyas, que habíamos encontrado un fabuloso tesoro. No era el caso. Por un lado, me sentía feliz de haber podido, *al menos*, descubrir algo, un privilegio del que pocos pueden jactarse; por el otro, estaba decepcionado por no encontrar nada más, nada más emocionante, más extraordinario. Nos creíamos Indiana Jones, cuando no éramos más que los excavadores de un vertedero viejo. Al señor Sécaillat parecía bastarle, contento con lo que la tierra nos había regalado desde la primera palada. Yo, agachado en el fondo de la zanja, raspando la tierra con desgana, no me atrevía a confesarle mi decepción, por miedo a que me preguntase que qué me esperaba, y a confesarle mis sueños de chiquillo.

La paleta de albañil hizo un ruido que sonó tan áspero a mis oídos como a mi corazón: empezaba a rascar la roca. Veinte años antes, cuando construimos la casa, el mismo sonido nos había llenado de alegría. Quería decir que podíamos empezar a edificar los cimientos. Los albañiles vinieron a buscarnos, a Blanche y a mí, para celebrar aquella primera etapa, y nosotros los invitamos a champán. Hoy, este sonido significaba que no podíamos cavar más hondo, y que ya habíamos encontrado todo lo que había que encontrar. El señor Sécaillat estaba arriba, fuera del agujero. Asomó la cabeza por el borde, me miró y nos entendimos. Sin mediar palabra llegamos a la misma conclusión.

—Hay que coger el cepillo y limpiar la roca, para estar seguros de que no nos dejamos nada —anunció. En el cobertizo aún teníamos numerosos fragmentos que seguían sin encajar unos con otros. A todas luces aún quedaban pequeñas cosas por encontrar.

Yo estaba decepcionado, pero intenté que no se me notara. Como un niño malcriado, me fui a enfurruñarme al cobertizo, haciendo como que iba a trabajar en nuestro puzle cotidiano, aunque era poco creíble. Hacía dos días que no sacábamos nada de la tierra, y ya habíamos pasado un montón de horas dándoles vueltas a todos aquellos fragmentos. Era evidente que no encajaban entre ellos, y que sin nuevos elementos no se podía reconstruir ninguna pieza. Era casi mediodía, y decidí irme a comer a casa, sin esperar más. Rodeé los cerezos escarlata, evitando cuidadosamente al señor Sécaillat, y subí

en dirección a la masía. El Luberon parecía decidido, él también, a bajarme los ánimos. Sus pendientes anaranjadas y sus crestas amarillas desafiaban al azul del cielo y le gritaban: A ti también te ha llegado tu hora. Pronto estarás tú también vestido de invierno.

Me senté a comer en la terraza. No tenía mucha hambre. Saqué unos rataillons[20] de rosbif fríos, y preparé rápidamente un aliño para la lechuga. También cogí un bote de mayonesa y un frasco de pepinillos. Aunque hacía bastante fresco decidí quedarme a almorzar en la terraza: la cocina olía a cerrado. El Húsar estaba sentado junto a las crasas, y me observaba.

—Debería venir a echar un vistazo —dijo una voz a mis espaldas.

Era el señor Sécaillat, al que no había oído llegar. Sonreía, con la mirada llena de malicia. No valía la pena preguntarle por qué: tenía aquel aire suyo de misterio, y me habría dado una respuesta de las suyas de esas de *ya lo verá*. Era especialista en responder a la gallega, y muchas veces te quedabas sin saber si estaba subiendo o bajando la escalera. Le volví a poner la tapa al frasco de pepinillos y fui tras él. Me recordó aquella mañana de agosto en la que me precedía entre los cerezos bajo la lluvia. Me incliné sobre la zanja: el señor Sécaillat había limpiado con el cepillo una pequeña parte de la roca, dejando al descubierto la caliza, blanca y mate. Parecía casi mármol. Aparte de aquello, no había nada de particular. Junto a la roca aún quedaba mucha tierra por quitar. No había ningún resto de cerámica que sacar, así que no veía qué es lo que había podido llamarle tanto la atención. Le dirigí una mirada inquisitiva; él sonrió y me indicó que bajara al fondo de la fosa. Bajé yo primero. Mientras el señor Sécaillat descendía a su vez por la escalerilla, escudriñé el suelo, pero seguía sin ver nada. Él señaló con el dedo la roca que asomaba, a la que le había pasado el cepillo. Seguía sin distinguir nada. Había limpiado una buena parte, por lo menos un metro. Me hizo agacharme sobre un punto en el que la roca estaba fracturada, y señaló algo con el dedo. Lo que había tomado por una grieta de la roca no era tal. Aquella arista en la roca no era fruto de la geología o de la erosión. Había sido tallada por la mano del hombre. Era nítida y regular, un ángulo perfecto de noventa grados. Era el comienzo del borde de un muro, o de un parapeto, de alguna cosa por descubrir.

Me había equivocado: no habíamos llegado a la roca, al término de la excavación, sino a los cimientos de algo. Había que cavar todo alrededor, desenterrar aquel trozo de parapeto. Todos los fragmentos de cerámica que habíamos encontrado no eran más que la punta del iceberg: aún había restos que encontrar bajo nuestros pies. Emocionados, nos pusimos a trabajar como locos. Normalmente uno cavaba en el fondo del hoyo mientras el otro se quedaba arriba

subiendo la tierra o pasándola por el cedazo. Esta vez estábamos los dos en el fondo del agujero, estorbándonos uno al otro, trabajando mano a mano en el mismo centímetro, queriendo hacer más deprisa lo que el otro acababa de empezar. Despejar la roca. Retirar la tierra. Echarla a un lado. Subirla cuando ya no había sitio donde ponerla. Volver a bajar con el cubo vacío. Pasarle el cepillo a la roca. Liberar el borde un poco más. Rascar con la punta de la paleta. Retirar la tierra. Volver a empezar. Una y otra vez.

El reborde de roca estaba tallado en ángulo recto, un ángulo fino y bien definido. Aquí y allá podían apreciarse los golpes de cincel. Después de haber desenterrado una línea recta de unos dos metros, apareció un ángulo. La roca partía en otra dirección, perpendicular a la que habíamos descubierto. La paleta y el cepillo siguieron, centímetro a centímetro, aquel hilo de Ariadna. Sobre las cinco, el señor Sécaillat bajó el proyector en un trípode, para que pudiéramos seguir trabajando de noche. La visibilidad era peor, pero estábamos demasiado excitados para parar.

Después de cinco horas enteras de idas y vueltas frenéticas entre el fondo del pozo y la superficie se cerró el círculo: habíamos seguido y desenterrado el reborde de roca hasta volver al punto de partida.

Un rectángulo vacío de dos metros por tres había emergido de la tierra. ¿Era la parte superior de un muro o la base de unos cimientos? ¿El brocal de un pozo, de una cisterna de agua de lluvia? ¿Las paredes del horno del alfarero? Había que excavar entre ellas para averiguarlo.

Nos miramos preguntándonos qué podía reservarnos la tierra bajo nuestros pies. Era como una vuelta atrás en el tiempo, a una mañana de tormenta en la que nos hacíamos la misma pregunta, varios metros por encima de nuestras cabezas. Apagamos el proyector y cubrimos la zanja con la lona sin preocuparnos de recoger las herramientas. Era noche cerrada y estábamos reventados.

En casa, me encontré en el buzón un sobre pequeño con sello de Japón. El personal del laboratorio había llevado a Blanche a visitar Fujiyoshida Sengen, un templo consagrado a la diosa del monte Fuji, en las laderas del volcán. En la carta, mi mujer me contaba la leyenda de la diosa, porque sabía que me gustaban esa clase de historias:

> *Hola, cariño*:
>
> *Kono-Hana era la hija del dios de las montañas, Oho-Yama. Símbolo de la delicada vida terrestre, a menudo se la asocia con los brotes del cerezo, el sakura, que representa el renacimiento de la vida inmaculada tras un largo invierno. Un día, a orillas del agua, conoció a su futuro marido, Ninigi, el hijo del dios sol. Ninigi le pidió a su padre la mano de Kono-Hana, pero este se la negó. Le*

propuso a cambio a su hija mayor, Iwa-Naga, la princesa roca, que era menos hermosa, pero mucho más estable, mucho más sosegada. El dios de las montañas le hizo ver que los humanos serían frágiles y efímeros, lo mismo que los pétalos del cerezo. Aun así, Ninigi se negó y, frente a su insistencia, Oho-Yama terminó cediendo y le concedió la mano de su hija menor.

Kono-Hana se quedó embarazada muy rápidamente: al día siguiente de la boda, le anunció a Ninigi que esperaba un feliz acontecimiento. A Ninigi lo asaltaron las dudas: ¿era él realmente el padre, o lo habían engañado en aquella historia? Las dudas de su esposo ofendieron a Kono-Hana, que recurrió a una solución radical para defender su honor. Se encerró en la casa de maternidad y, con todas las puertas cerradas, le prendió fuego, proclamando que si sus hijos eran efectivamente de Ninigi vivirían. Si eran de una relación adúltera, entonces perecerían entre las llamas.

El fuego comenzó a devorar la casa, y entre los silbidos de las llamas pronto se oyeron llantos de recién nacido. Kono-Hana trajo al mundo dos gemelos: Hoderi, el fuego brillante, y Hoori, el fuego que se apaga. Ambos niños sobrevivieron a las llamas, pero no así su madre. De dolor, Oho-Yama erigió sobre la casa de maternidad el monte Fuji, e hizo plantar en sus laderas centenares de cerezos. Los ríos de lava son las lágrimas de Kono-Hana, y las flores de cerezo, sus risas que regresan cada año.

Te echo de menos.

Te quiero,

BLANCHE

P. D.: Saluda al Húsar de mi parte.

9. LA MUJER-CALIZA ABRE LOS OJOS

Lou mounde est uno esacalo, qu mounto, qu calo.
(El mundo es una escalera, unos suben, otros se paran).

Era bien entrada la mañana, hacía mucho que se había hecho de día. El sol se colaba a través de las persianas, el Húsar arañaba la puerta del dormitorio. Debía de tener hambre. Me di la larga ducha que no había sido capaz de darme la noche anterior. Me había derrumbado en la cama directamente, sin tiempo siquiera para hacerme algo de cenar.

Eran las once pasadas. Hice un termo de café negro y bajé entre los cerezos con dos tazas. El señor Sécaillat ya estaba manos a la obra. El ruido de las herramientas se iba haciendo más fuerte a medida que uno se acercaba a la excavación. Nuestras miradas se encontraron, y paró de trabajar.

Le propuse que viniera a tomarse un café. No se lo tuve que decir dos veces. El señor Sécaillat subió lentamente por la escalera, un travesaño tras otro. Cuando empezamos la excavación, yo protestaba cada vez que él quería bajar a la zanja, o levantar cualquier cosa que pesara un poco. Me ofrecía a hacerlo en su lugar, pero no había manera: el señor Sécaillat estaba hecho de un metal al que lo único que lo salvaba de la herrumbre era el trabajo. No había jubilación ni vacaciones que valieran, para él el trabajo era la mejor manera de mantenerse activo. Pese a su avanzada edad, seguía estando en forma. Era seco como una caña y tenía la piel curtida por el sol, en verano como en invierno. Sus dedos se crisparon alrededor de la taza, como los zarcillos de una viña alrededor de los tutores. Se veía que por los sarmientos habían pasado un buen número de años. Sentado encima del muro de piedra seca, le dio un primer sorbo a la taza y luego volvió a dejarla sobre una piedra plana.

—Menuda fiesta la de ayer, ¿eh?

Asentí con la cabeza.

—¿Ha encontrado alguna cosa esta mañana?

—No, nada. He excavado otros cincuenta centímetros de profundidad, y lo único que hay en el rectángulo que desenterramos

ayer es tierra.

—¿Y trozos de cerámica?

—No, cerámica no hay. Solo tierra, casi arena. Aparte de eso, degun[21].

—¿A qué profundidad estamos?

—A cuatro o cinco metros. Cuando estás abajo ya no ves el sol.

—No, digo respecto al reborde. Respecto al antepecho que desenterramos anoche.

—Ah, un metro, menos de un metro. De pie, el reborde me llega por la cadera, un poco menos —dijo uniendo el gesto a la palabra.

Saboreaba el café, puntuando con sorbitos cada una de sus frases. A modo de conclusión se puso en pie, desafió con la mirada al Luberon, que no se inmutó, y, como para lavar la afrenta, vació de un gesto los posos del café en los cerezos.

—No he tenido ánimos para subir toda la tierra que he sacado, solo la he puesto a un lado. Estaría bien si pudiéramos subirla entre los dos antes de mediodía.

Lo seguí pisándole los talones, avergonzado como un colegial con retraso, que llega con la clase ya empezada. Había sacado adelante más trabajo del que hubiera imaginado. Había traído del cobertizo un gran cubo de hojalata, que normalmente usaba para las cerezas. Tenía un gancho atado al asa, con el que los recolectores lo colgaban de las ramas mientras lo llenaban de cerezas. Atamos al gancho una cuerda gruesa y yo me quedé arriba, mientras el cubo y el señor Sécaillat bajaban por la escalera. La escalera también era de la época de las cerezas: era más bien una escalera de tijera, a la que debía de parecerle cuando menos rara su reconversión en saqueadora de ruinas.

«A ti también, pobrecito cubo, te han arrastrado a este infierno. Me pregunto a dónde terminará llevándonos todo esto», parecía decir la escalera desde el fondo de la zanja.

El señor Sécaillat terminó de llenar el primer cubo. Nos habíamos intercambiado los roles: si antes era yo el que desenterraba los fragmentos de terracota y el señor Sécaillat el que manejaba el cedazo, ahora era al revés. Una razón era que el cubo pesaba lo suyo, y el señor Sécaillat ya no tenía edad para subirlo a pulso hasta arriba. Otra razón era que a mi vecino le había picado la curiosidad y se moría por saber lo que había allí debajo.

Los cubos iban desfilando, uno tras otro. Yo vaciaba el contenido en una carretilla y lo volvía a bajar inmediatamente. En general hacían falta tres o cuatro cubos para llenar la carretilla. Luego iba a descargarla al sitio de costumbre, el lugar donde el señor Sécaillat tamizaba la tierra. Al cabo de más o menos una hora habíamos subido toda la tierra que había retirado aquella mañana. Ahora que se

internaba de nuevo en terreno desconocido y que había que volver a retirar la tierra, el ritmo de los cubos se había vuelto más lento. Antes me costaba seguirle el ritmo, pero ahora tenía que esperar antes de oír el *¡clang!* del golpe de pala contra el cubo, la señal que habíamos convenido para que lo subiera.

Con aquel cubo, la espera fue especialmente larga, demasiado larga incluso. Me empecé a preocupar: ya no se veía al señor Sécaillat ajetreándose en el fondo del agujero. Estaba de rodillas y no se movía.

—¿Va todo bien?

No hubo respuesta. Largo silencio. Mi voz resonando en el vacío y la desagradable sensación de estar solo en el mundo. El corazón se me para dentro del pecho: al señor Sécaillat le ha dado un síncope y la ha palmado, se ha ido al otro barrio.

—¡Eh, eh! ¡Ahí abajo! ¿Va todo bien?

—Sí, sí, todo va bien, tampoco hace falta que grite como un descosido. Eso sí, no sería mala idea que viniera por aquí a echar un ojo.

—¿Algo va mal? ¿Qué pasa?

—Le estoy diciendo que baje y venga a mirar.

Solté la cuerda y bajé rápidamente por la escalera. El señor Sécaillat estaba en cuclillas junto a una de las paredes. Vi enseguida de qué se trataba. Había relieves grabados en la piedra, asomando entre la tierra. Tres pequeños triángulos, apuntando hacia arriba, nos invitaban a descubrir lo que venía después. ¿Espigas, picos? ¿Dientes de sierra, pirámides o zigzags? Era difícil de decir, pero era evidente que la mano del hombre había pasado por allí. Bajo la tierra, grabado en la caliza, nos esperaba el resto.

—¿Qué cree que es? —pregunté.

—Noun sai[22]... Montañas. O la parte superior de una corona. A lo mejor hay un príncipe ahí debajo, o incluso un rey, quién sabe, y han decorado las paredes de la tumba. O puede que no represente nada, solo formas geométricas, como la parte de arriba de un friso.

Un maullido se hizo oír por encima de nuestras cabezas. Levanté los ojos al cielo y vi la cabeza del Húsar asomando por el borde de la zanja. Aunque el agujero no era lo bastante profundo para sumirnos en la oscuridad, la luz de la superficie nos hacía fruncir los ojos. Nos miró y volvió a maullar. Seguramente tenía hambre, ya era más de mediodía.

—¿Qué hacemos? ¿Nos vamos a comer o seguimos cavando? —me preguntó el señor Sécaillat.

—Seguimos, ¿no? Sería una pena dejarlo ahora que estamos tan cerca. Peor para el Húsar, que cace lagartos, así adelgazará un poco —le contesté.

Cogí dos cepillitos de cerdas suaves y dos paletas de hoja fina, de las que utilizábamos cuando aparecía un trozo de cerámica, para extraerlo cuidadosamente. No podíamos correr el riesgo de estropear lo que estaba grabado en el muro, aunque nos llevara más tiempo desenterrarlo. El señor Sécaillat se puso manos a la obra por la izquierda y yo por la derecha. A veces nos estorbábamos el uno al otro, pero ni él ni yo éramos capaces de decidirnos a volver a la superficie y limitarnos a arrastrar cubos.

Los triángulos continuaban hundiéndose en el suelo, tomando forma paulatinamente con cada centímetro de profundidad.

A los golosos les habrían parecido brioches trenzados; a los góticos, nidos de serpiente. No avanzábamos tan rápido como hubiéramos querido: para ganar un precioso centímetro teníamos que raspar y limpiar cinco veces más. Alrededor de nuestras rodillas la tierra empezaba a acumularse en montoncitos que se desmoronaban a cada instante.

Triángulos, serpientes, brioches, corona, ninguna de esas cosas y, sin embargo, todo a la vez: lo que estábamos sacando a la luz era lo alto de una cabellera, una cabellera tupida y considerable, una mata de pelo redonda y entrelazada que enmarcaba una frente. Dos grandes ojos surgieron de las arenas movedizas. Miraban directamente al frente, indiferentes a nuestros esfuerzos de socorristas, como los de un ahogado traído de vuelta a la playa.

—Pero ¿para quién son las serpientes que silban sobre esta cabeza?
23 —pregunté, divertido, al señor Sécaillat. Era un rostro lo que estábamos sacando a la luz, un rostro de más de dos mil años de antigüedad y que no había visto a nadie en todo ese tiempo. Yo me complacía imaginando a las últimas personas que habían podido contemplar aquellos ojos antes de que los cubriera un manto de tierra. ¿El Luberon era ya ese pergamino púrpura esperando a que lo leyera el invierno? ¿O era entonces de un azul oscuro como el cielo antes de la tormenta? ¿En qué pensaba el último interlocutor de aquel rostro de piedra? ¿Era consciente de que era el último en hablarle, aquellos ojos habían sido cubiertos de tierra voluntariamente? ¿O bien habían sido simplemente el olvido y el abandono sus últimos compañeros? ¿Un desprendimiento, un deslizamiento de tierras habían sido los jueces que habían condenado a aquellos ojos al enterramiento?

Nos llevó más de tres horas poder contemplar por fin aquel retrato mineral en su totalidad. Era el rostro de una mujer, esculpido en bloque en la piedra. La caliza le daba un brillo inmaculado, como un retrato sobre un velo de mármol. Miraba fijamente ante sí, con una mirada que te atravesaba y te penetraba. Era imposible escapar a ella. Ahora teníamos con nosotros a un tercero en discordia: un maestro de

obras, un inspector vigilante. Nuestro dúo había dejado de ser uno.

La parte inferior de su rostro la ocupaba una boca abierta de par en par en un círculo casi perfecto, formado por una anfractuosidad natural de la roca. Era el único elemento no esculpido de todo el rostro, pero los labios que rodeaban aquel círculo perfecto habían sido tallados por la mano del hombre. La boca estaba llena de tierra y gravilla, que podía escarbarse con el dedo. Era como si aquella mujer estuviera a punto de dirigirse a uno, de pedir ayuda o un favor, pero una jugada del destino la hubiera detenido justo antes.

Habíamos conseguido desenterrarla hasta la altura de la barbilla. Nuestra prioridad había sido limpiar la pared, pero todavía teníamos mucha tierra que subir a la superficie. Eran alrededor de las cuatro. Aún debía de quedar una hora larga de sol, pero empezábamos a acusar el cansancio, y todavía no habíamos comido nada. Era como una caminata por los Alpes: a mediodía has coronado una cima y te preguntas si aún te da tiempo a subir otra. Todavía te queda energía, pero ¿será suficiente para que no se te eche la noche encima? En circunstancias normales, habría dicho: adelante. Al diablo con la razón, y si existe la menor posibilidad de convertir una vulgar caminata en una formidable aventura en la que todo corre el riesgo de terminar mal, venga, intentémoslo. Pero, solo por esta vez, aquella tarde estuvimos los dos de acuerdo: dijimos basta, y la jornada terminó allí.

Bajo la mirada de nuestra nueva jefa recogimos las herramientas, antes de dejarla sola durante la noche. Como para asegurarme de que no se escapaba, le hice varios retratos con el móvil. Cuando volvimos a la superficie aún había mucha luz: nos hizo falta un rato para volver a acostumbrarnos y recuperar la orientación. El señor Sécaillat me invitó a venir a comer con ellos. Ya se había convertido en una tradición: a cada uno de nuestros descubrimientos, la señora Sécaillat se ponía seria con el menú, y el Húsar se ponía las botas. Muy mala costumbre, la verdad: pasaba cada vez una semana antes de que el señorito se dignara a volver a comerse sus croquetas sin rechistar. Le propuse al señor Sécaillat que mejor viniesen él y su mujer a comer a casa: me tocaba a mí corresponder a la invitación. Él protestó sin mucha convicción, y alegó el estado de su mujer. Luego, que si patatín que si patatán, aceptó, y quedamos para las ocho.

10. LAS PRESENTACIONES

Court sermoun, long dîna.
(Sermones cortos, cenas largas).

-Venga, venga, está a punto de llegar la caballería, no hay tiempo que perder, tenemos que prepararnos —le dije a la esfinge que montaba guardia sobre nuestro felpudo. Él se estiró: primero las patas delanteras, luego las traseras y, por último, la punta del rabo. Me fui directamente al cuarto de baño a darme una ducha: empezaba a hacer un fresco otoñal, y el sol se hacía cada vez más escaso en el fondo de nuestro agujero. Metí la cabeza bajo el agua caliente y luego, al cabo de un rato, subí la temperatura al máximo. Me quedé postrado bajo el chorro, con los brazos colgando, dejando escurrir el agua desde lo alto de mi frente hasta la punta de mis pies. Los ojos de la mujer-caliza continuaban escrutándome a pesar de la cortina de agua y el velo de mis párpados. Cuando salí de la ducha, el cuarto de baño se había convertido en una sauna. No era la única vez: cada mañana disfruto de esa pequeña recámara entre el gran vacío amniótico y el mundo exterior. Me afeité cuidadosamente, una excusa para quedarme un poco más en la cabina de descompresión y tomarle el pulso a la despresurización.

Cuando abrí la puerta, el Húsar me estaba esperando en nuestra cama, tumbado panza arriba con las cuatro patas al aire. El señor aprovechaba que Blanche estaba en Japón para ir tomándose poco a poco libertades que normalmente le estaban vedadas. No tuve valor para echarlo de la cama, pero rezongué por lo bajo para guardar las apariencias. Me vestí rápidamente, porque las agujas del reloj se acercaban a la línea del horizonte. Puse un CD que escuchábamos las mañanas de domingo lluviosas, *Quiet is the new loud*, de los Kings of Convenience, y saqué el *whisky* que Blanche me había traído de una anterior estancia en Japón. Lo guardábamos para las grandes ocasiones, y esta noche era una de ellas.

No sabía qué hacer de cena y de todas formas no hubiera podido rivalizar con la señora Sécaillat. Por mucho que me esforzara, ella siempre estaría en un nivel superior. Me decidí por una antigua receta

de mi abuela, el pastel de atún y aceitunas. Nos lo hacía cada vez que íbamos a su casa los días en que no había colegio, cuando mis hermanos y yo éramos niños, y siguió haciéndomelo cuando me fui a estudiar a Marsella.

Nada más abrir las latas de atún, el Húsar se volvió majareta, y se puso a dar vueltas como un loco a mis pies. Yo hice como que no lo veía, y seguí con lo mío. El pastel de atún estaría listo en menos de una hora. Para acompañarlo, había pensado en una salsa a base de nata líquida. Mi abuela la servía con el pastel frío, y era una delicia. El señor Sécaillat tenía buen saque, y como ni él ni yo habíamos comido a mediodía, corría el riesgo de quedarme un poco corto. Valía más añadir un plato al menú, y me decidí por un tian[24] de calabacines.

Para el postre no quise complicarme la vida, e hice algo sencillo y fácil, una macedonia de fruta. Me serví un segundo *whisky*, mientras sonaba *I'd rather dance with you*. Era una canción que a Blanche le gustaba mucho, la ponía en bucle.

Unos golpecitos corteses tocaron a la puerta. Era la primera vez que los Sécaillat venían a casa. Se habían puesto de punta en blanco, lo que me hizo sonreír: hacía unas horas estábamos sentados en la tierra contemplando un rostro de una belleza calcárea. Pasaron al salón. El señor Sécaillat había traído una botella de vino de nueces.

—Lo hacemos nosotros. Compramos garrafas de *mourvèdre*[25] en la cooperativa y luego le añadimos nueces partidas. Son de los tres nogales que están al final del campo. Le pongo unos cuantos clavos y un chorrito de aguardiente para estabilizar el conjunto. Este tiene cuatro años, espero que no se haya picado. Me fastidiaría, tenemos veinte botellas esperando en la bodega.

Le propuse que saliéramos de dudas ahora mismo, y lo serví para el aperitivo. Estaba delicioso.

—Eres muy amable invitando a tus ancianos padres a tu nueva casa. Nos alegra mucho. Es muy bonita —me dijo la señora Sécaillat dándole sorbitos a su vino. Era enternecedor. Sabía que los enfermos de alzhéimer confundían el pasado con el presente, pero la señora Sécaillat iba más allá: construía pasarelas imaginarias entre la realidad y la ficción, entre sus recuerdos y sus delirios. No estaba seguro de que su hijo hubiera llegado a irse de casa, murió demasiado joven. El señor Sécaillat debía de vivir un calvario, desgarrado entre sus recuerdos y los que habría podido tener. Me pregunté si debería entrar en este doloroso juego; tenía que escoger entre hacerlo sufrir a él o hacerla sufrir a ella durante toda la velada.

—Hombre, con todo lo que nos hemos sacrificado por él, ahora que el señorito se gana la vida, es normal que nos corresponda un poco, ¿no?

El señor Sécaillat había resuelto por sí mismo la cuestión, obligándome a pillarla al vuelo. ¿Lo había hecho por ella o por mí? ¿Lo había hecho para sacarme del atolladero? ¿O para evitar que un mistral desenfrenado soplara sobre un montón de pelusones de polvo?

—Es normal, lo hago con gusto —respondí, aceptando el papel que me había tocado en el juego, e intentando no llevar la broma hasta el punto de llamarlos papá y mamá.

—Entonces, ¿aquí es donde el señor ha establecido su residencia principal? —preguntó el señor Sécaillat señalando con la barbilla al Húsar, que se regodeaba hecho una bola en su sillón favorito—. Este es como los parisinos, ha hecho de mi campo de cerezos su segunda residencia. —El Húsar fingía no darse cuenta de que estábamos hablando de él.

Apagué la música y los hice sentarse a la mesa: uno enfrente del otro, y yo en medio, con la puerta de la cocina a mis espaldas. Así era más práctico para servir. Fui a la terraza a buscar el pastel de atún: se había enfriado bien, estaba completamente frío. Lo puse sobre la mesa, pidiéndole de paso al señor Sécaillat que lo cortara y que sirviera, y fui a buscar la mayonesa a la nevera. Abrí una botella de Tariquet: con lo refrescante que era, entraría solo.

—Entonces, ¿qué es lo que haces en tu trabajo? Explícamelo, que sigo sin entenderlo —empezó la señora Sécaillat, después de haberme felicitado por el pastel de atún—. Riquísimo, de verdad.

—¿Te acuerdas de la excavación arqueológica aquella de la que hablamos la última vez? La que pensaban que era el taller de un alfarero. Bueno, pues me han contratado, y… —empecé a responderle.

—¿Tú en una excavación arqueológica? ¡Pero si siempre has sido un desastre en historia! ¡Esta sí que es buena! —me interrumpió ella.

—Bueno, tampoco hace falta ser un experto en historia, solo hay que cavar y limpiar la tierra. Además, es un contrato indefinido, así que tampoco está tan mal —repliqué, un pelín molesto.

—Vamos, hombre, no te lo tomes a mal, solo lo decía para hacerte rabiar, no se te puede decir nada —suspiró ella.

—Sí, Mireille, no están las cosas como para hacerle ascos a un contrato indefinido —insistió el señor Sécaillat. Decididamente, aquella noche estaba de humor guasón.

Como todo el mundo había terminado su pastel y yo estaba un poquito irritado por la reacción de la señora Sécaillat, me levanté para ir a buscar los calabacines al gratín. Los oí cuchichear en el salón, como si el señor Sécaillat le estuviera reprochando a su mujer sus comentarios.

El tian estaba bien doradito por encima, y a través de las paredes transparentes de la fuente podían verse finas burbujas, como las del

champán. Como si se las hubiera tragado la tierra, las manoplas no aparecían por ninguna parte, así que cogí dos trapos de cocina y saqué la fuente del horno quemándome los dedos. Cuando volví al comedor los Sécaillat estaban la mar de sonrientes charlando largo y tendido con el Húsar, que los miraba desdeñosamente desde lo alto de su sofá.

—Es curioso verlo así, en nuestra casa también tiene sus costumbres. Debe de comer ocho veces al día, en todas partes se invita, este papadour[26] —dijo la señora Sécaillat.

—Sí, a veces me pregunto si no irá también a casa de los Bourgues. Es un paseíto, pero no me extrañaría —le respondí yo. Los Bourgues vivían a un kilómetro por debajo de nosotros.

—Bueno, y entonces, ¿qué haces exactamente en tu excavación arqueológica?

—Pues cavar. Somos dos, trabajando para un arqueólogo. Cavamos muy despacito, a veces con una paleta de albañil, a veces con una pala. Lo pasamos todo por el cedazo, para estar seguros de que no tiramos nada importante. Cuando encontramos alguna cosa, le limpiamos bien toda la tierra de alrededor, muy delicadamente, teniendo mucho cuidado para que no se nos rompa nada.

—¿Y eso lo haces tú?

—Al principio no, era el arqueólogo. Pero poco a poco nos ha ido enseñando y ahora nos las arreglamos solos, con él al lado.

—¿Y qué habéis encontrado hasta ahora?

—Fragmentos de barro cocido. Por eso la última vez pensaban que se trataba de un taller de alfarería. Pero les conté lo que me habías dicho, y ahora ya no saben muy bien.

Saqué el móvil del bolsillo y le enseñé las fotos de las trompas que habíamos reconstruido.

—Han reconstruido unas quince como estas.

—¿Y habéis encontrado algo más?

—Más abajo, a unos tres o cuatro metros de profundidad, encontramos una escultura, una mujer tallada en la caliza.

—¿Habéis encontrado una estatua?

—No, no es una estatua. Es un rostro esculpido directamente en la caliza, en la pared. Es el rostro de una mujer. Muy guapa. Tranquila. Serena. Con rasgos finos, delicados. El rostro está completamente intacto. Pura caliza blanca. Podría pensarse que es mármol.

Le quité el móvil de las manos a la señora Sécaillat y pasé las fotos hasta llegar a las de aquella tarde. No eran nada buenas. Había poca luz en el fondo de nuestro agujero, y el *flash* no le hacía justicia a la mujer-caliza. Además, como tenía las manos sucias, no había enfocado. No importaba, le tendí el teléfono a la señora Sécaillat.

—Tienes razón, es muy guapa. Mira al horizonte, fijamente, y aun

así da la impresión de que está mirando dentro de uno. Es curioso que tenga la boca abierta, da la sensación de que va a decir algo, a empezar a hablar. No se sabe muy bien lo que va a decir, pero se nota que es importante.

Escuché a la señora Sécaillat sin decir nada. Su descripción me hizo pensar en la *Bocca della Verità*. Habíamos ido a verla una vez que mi padre nos cogió a toda la familia y nos llevó durante una semana de vacaciones a Roma. Nos había contado la leyenda de aquella estatua y de su boca hueca, que se suponía que les cortaría la mano a todos los que no dijeran la verdad. Franck y Andréas estuvieron jugando, a que no te atreves, a que sí, a ver quién era el que metía la mano el primero. A mí me amedrentaron tanto que no me atreví a meter la mano por culpa de dos o tres caramelos que había birlado recientemente. Acabé llorando y yendo a refugiarme entre los brazos de mi madre, que no sabía qué mosca me había picado.

Todo el mundo repitió pastel de atún y se terminó el gratín, así que fui a buscar la macedonia de fruta. Cuando volví, la señora Sécaillat había vuelto a dejar el móvil junto a mi plato. Su marido se había levantado y estaba delante de la biblioteca mirando mi colección de cómics. Tengo una barbaridad. No son ejemplares caros, primeras ediciones, pero debo de tener más de quinientos, entre los cuales muchas colecciones completas.

—En eso, por lo menos, no has cambiado —dijo—. De pequeñito ya te gastabas todo el dinero que te dábamos en estas tontunas.

—Sí, solo que ahora es mi dinero, y hago con él lo que quiero.

—Harías bien en ahorrar un poco, ¿eh? Piensa en tu jubilación —insistió la señora Sécaillat.

—Hum… —comentó el señor Sécaillat con la mirada perdida en el vacío—. Ou noun a paire ni maire, de se-meme lou déu faire[27].

11. TRES LATIDOS DE CORAZÓN

Los árboles se sacuden como si los niños quisieran hacer caer sus frutos. Las mieses de los alrededores agitan las espigas, que, al golpearse, hacen un ruido que no es ni el del viento ni el de la hoz.

Terremoto de 1909, archivos municipales de Pertuis

Tres golpes resonaron en la puerta y me sacaron de la cama en menos de un segundo. Es curioso cómo todo depende del contexto. Cuando suena el despertador entre semana, necesito mis buenos diez minutos para conseguir salir de la cama. Al primer timbrazo, machaco el botón con determinación, concediéndome ya de entrada una prórroga de varios minutos. Al segundo, me hago el muerto. A la tercera llamada, como en el teatro, ya no hay manera de aplazarlo más, y empiezo un largo repaso de prensa en mi teléfono móvil.

El hecho de que hubieran llamado hoy a la puerta provocó una reacción completamente inversa. Era poco habitual, y sinónimo de malas noticias. No hay razón para que nadie venga a llamar a tu puerta de buena mañana, a menos que sea la policía para anunciar un fallecimiento o alguna tragedia por el estilo.

La última vez que ocurrió, fue por el accidente de tráfico que le costó la vida a mi hermano Andréas. No fueron unos golpes en la puerta lo que lo empezó todo, sino el timbre del portón de la entrada. Oí la voz soñolienta de mi padre respondiendo, y luego el ruido de un coche que subía por el camino. No me levanté, aún estaba entre dos aguas, y no entendía que estaba pasando algo grave. Poco después, un ruido de sollozos ahogados me hizo levantarme. Estaba amaneciendo, y mis pasos me llevaron a lo largo del pasillo que iba de mi habitación a la cocina. La puerta se acercaba con cada uno de mis pasos, y adiviné que algo grave me esperaba tras ella. No tenía la menor idea de lo que podía ser. Al abrir la puerta, lo primero que vi fue a mi padre, con su vieja bata gris de andar por casa, sentado en una silla, hundido, inmóvil, mirando al vacío. Luego vi a los gendarmes que, junto con Franck, sostenían a mi madre, doblada en dos. No se tenía en pie, lloraba y decía cosas incoherentes. Franck me miró y me dijo con un hilo de voz:

—Andréas se ha matado en un accidente de coche.

Nuestro perro Tarzán estaba en medio de la habitación. Normalmente no era demasiado sociable y se ponía a ladrar como un loco cada vez que teníamos visitas en casa, hasta el punto de que mi padre siempre tenía que cogerlo por el collar y encerrarlo fuera. Aquella mañana, Tarzán estaba sentado en medio de la cocina y tenía un comportamiento inusual. No ladraba, no pedía nada de comer, ni que lo dejaran salir. Simplemente se quedó en la habitación, pasando de uno a otro, dejándose acariciar por todos. Muchos años más tarde, cuando los atentados en Estados Unidos, salieron por la tele perros entrenados para apoyar a las víctimas: me recordaron a Tarzán aquella mañana.

Los golpes martilleaban en la puerta insistentemente, y yo bajaba las escaleras. Cada golpe y cada paso me alejaban del sueño y me acercaban a la noticia aún por conocer. A cada golpe, a cada escalón, una cámara lenta, una imagen congelada, una sensación de ingravidez.

Pensé con aprensión en Blanche. Tuve miedo de que le hubiera pasado algo en Japón. Pensé también en mi madre, que aún vivía. Me pregunté qué cara tendría aquella mala noticia, detrás de la puerta de entrada. Era la cara del señor Sécaillat.

—Vístase rápido, tengo que enseñarle algo —anunció.

—¿Pasa algo grave? —le pregunté.

—Dese prisa. Lo espero aquí —me respondió.

—Pero ¿es grave?

—Que se dé prisa, le digo.

No servía de nada insistir. Pero me sentí aliviado: quería decir que no le había pasado nada a Blanche, ni siquiera a la señora Sécaillat. No parecía consternado, más bien parecía tener prisa. Cerré la puerta y fui a vestirme. Si hay una cosa que odio es tener que empezar el día sin pasar por el paréntesis de la ducha. Sobre todo, cuando hace frío, como aquella mañana. Me sentía como un astronauta que tiene que salir al espacio y hacer frente al frío intersideral sin poder enfundarse su traje espacial. Me puse uno de mis vaqueros viejos, gastados hasta decir basta, y un jersey gordo de cuello alto que me gusta mucho: a falta de traje espacial, buena es al menos una segunda piel.

El señor Sécaillat me esperaba, listo para volver a marcharse. Seguí sus pasos por el camino, a través del campo de cerezos. No continuó en dirección a su casa, sino que se fue directo a la excavación y se detuvo en seco al borde de la zanja. Miré dentro. Estaba llena de agua hasta dos tercios de su altura.

—¿Ha llovido esta noche? —pregunté—. No he oído nada.

—No es la lluvia la que la ha llenado. Es un manantial. ¡Hemos encontrado un manantial! —exclamó.

Me miró sonriente. Un escalofrío me recorrió la espalda. Era como si hubiera encontrado petróleo. Mirando los ojos risueños del señor Sécaillat, se podía ver en ellos la llama que había debido de brillar en ciertas retinas de Texas, a principios del siglo pasado. La fiebre del que ha encontrado, y que ya no ve lo que tiene, sino lo que va a tener. En la Provenza, el agua es escasa. Siglos y siglos de sequía la han colocado sobre un pedestal en el panteón provenzal. Aunque ahora se haya vuelto más accesible gracias a la apertura del canal de Provenza, sigue formando parte aún hoy de esos tesoros que se veneran en las masías. Los libros de historia muestran a menudo la iglesia y el ayuntamiento, uno frente al otro en la plaza del pueblo, pero olvidan que siempre hay una fuente, y que además estaba allí primero. Olvidan que es la razón por la que el pueblo se fundó en ese lugar, un olvido que llega hasta los catastros: hay plazas de la Iglesia a patadas, plazas del Ayuntamiento, pero plazas de la Fuente hay muchas menos.

Buscar una fuente fue una de las primeras tareas que mi padre emprendió después de comprar el terreno. Nos machacaba con aquella historia cada vez que olvidábamos cerrar un grifo o que malgastábamos agua. Había hecho venir al señor Guigou, un zahorí muy conocido de la región, que había recorrido el campo a lo largo y a lo ancho durante toda una tarde. Tenía una varita en forma de Y, de madera de avellano, si mal no recuerdo. El señor Guigou la sostenía con las palmas de las manos vueltas hacia el cielo, y caminaba despacio, cuadriculando la parcela. A veces se detenía, daba media vuelta y volvía a pasar despacio por donde acababa de pisar. Nos había dicho que cuando pasaba por encima de una corriente la varita reaccionaba, pero también, y sobre todo, que sentía una ligera contracción en la nuca. Como una especie de suave cosquilleo. Mi padre contaba que estuvo viéndolo hacer aquello durante cuatro o cinco horas. Al final del día, el señor Guigou le había mostrado dos puntos y, mirándolo fijamente, le había dicho: «Es aqui que fou cava per veire se li a d’aiguo[28]».

En el primer punto, dijo que había detectado un caudal débil, a una profundidad de unos quince metros. Respecto al otro, era entusiasta y categórico: decía haber encontrado la intersección de dos corrientes de agua, con un caudal mucho más importante, pero también a una profundidad mucho mayor. Mi padre era libre de decidir si perforar o no. Para darle las gracias, mi padre lo invitó a quedarse a cenar en casa. Unos días más tarde, sin decir nada, mi padre, que era zorro viejo, hizo venir a otro zahorí que no era de por allí, era de Aix, creo. *Grosso modo*, había empleado las mismas técnicas. Había encontrado solo un punto, el que el señor Guigou

había identificado como el cruce de dos corrientes, a gran profundidad.

Aun así, mi padre decidió perforar en los dos sitios. Nos dijo que los zahoríes no le habían salido muy caros, pero que, en cambio, la perforación le había costado un ojo de la cara. La primera perforación no había sido precisamente un éxito: enseguida dieron con el roucas[29], no pudieron llegar a la profundidad que querían y no encontraron agua en absoluto. La segunda perforación llevó más tiempo. A mi padre le seguían brillando los ojos cuando nos lo contaba. Vino el señor Guigou, no tanto para dirigir la perforación como para enterarse de en qué quedaba la cosa. No encontraron nada a la profundidad que había dicho el zahorí, pero mi padre les dijo que siguieran perforando unos diez metros más. Bien que hizo, porque unos metros más abajo empezaron a sacar tierra húmeda y luego decididamente mojada. Por fin salió agua, no tanta como habían previsto, pero pese a todo bastante. Mi viejo sacó el champán e invitó a brindar al señor Guigou y a los obreros, los pies en el lodo y las burbujas en los labios. Se acostó feliz, con la sensación del deber cumplido y de haber hecho algo bueno. Ahora tendríamos una fuente en casa, una bégude. Eso significaba poder regar y, por tanto, cultivar. Significaba multiplicar el precio del metro cuadrado por cinco en un segundo. También era poner una cruz en el mapa: fuentes, no es que hubiera ochocientas mil, y enseguida se sabría en la región. Los años de sequía, vendrían los de Infraestructuras para saber si nuestra fuente estaba seca o si se podía contar con ella. Mi padre debió soñar con aquello durante toda la noche.

¡Poco le duró la alegría! Al día siguiente, la perforación estaba seca como el alma del diablo. El agua había desaparecido durante la noche. El señor Guigou había debido de encontrar una bolsa de agua que se habría acumulado allí con el paso del tiempo, pero no una corriente subterránea ni, mucho menos, un manantial. Fue la decepción definitiva que terminó de una vez por todas con las ambiciones hidrológicas paternas, y desde aquella época se zanjó que no había agua debajo de nuestro terreno.

Por lo que quedé bastante sorprendido de encontrar agua en el lugar desde el que el día anterior nos escrutaba la mujer-caliza. A lo mejor no era más que una reminiscencia de la bolsa del señor Guigou, que hoy afloraba de nuevo y mañana habría desaparecido. Le confié mis reservas al señor Sécaillat, que me miró como si fuera jobastre[30].

—Tendría que ser condenadamente grande, su bolsa de agua, para producir esa cantidad en una noche —exclamó.

—No lo sé, solo le digo lo que le pasó a mi padre hace cincuenta años en el terreno de al lado.

—Con este caudal, es imposible. No, ¿ve estas burbujas y este

color? Lo que hemos encontrado es un manantial, un manantial ferruginoso, además. No sabía que los hubiera en la región. En Auvernia los hay por todas partes, pero aquí le prometo que es la primera vez que veo algo así. Eso es lo que hemos encontrado, no un taller de alfarería o sabe Dios qué. Aquí había una fuente en tiempos de los galos, como en Glanum. Y por la razón que sea, el manantial se secó, o desviaron la corriente. Son cosas que pasan, por culpa de un terremoto, por ejemplo, o de un deslizamiento de tierras. Y como la fuente ya no servía para nada, lo taparon todo con lo que tenían más a mano, que son todos esos fragmentos de barro cocido que hemos encontrado —concluyó.

El señor Sécaillat no andaba desencaminado. El origen de toda aquella historia debía de ser la fuente. Hay una pedanía cerca de Villars donde pasó eso: Fumeirasse, que en provenzal quiere decir «fumarola». Quien vaya hoy a Fumeirasse no encontrará nada de particular, aparte de una linda capillita. En todo caso, nada que justifique ese nombre: no hay agua caliente, ni siquiera agua a secas. Pero unas excavaciones junto a la capilla pusieron al descubierto unas termas y montones de exvotos que mostraban que allí había habido actividad termal en la Antigüedad. Un seísmo, un deslizamiento de tierras había debido de secar la fuente de Fumeirasse, exactamente como la que habíamos encontrado. Era una explicación verosímil.

No me había dado cuenta de que unas burbujas agitaban la superficie del agua, que, además, lejos de ser cristalina, estaba teñida de rojo. Un ligero vapor emanaba de la superficie: el agua debía de estar a cierta temperatura. Probablemente bajaba de la meseta de Sault y atravesaba los ocres de Rustrel, absorbiendo a su paso su color y algunas de sus propiedades. Desde el punto de vista geológico, nunca se entendió de qué forma habían llegado hasta allí los ocres del Colorado, restos de barcos oxidados en medio de un océano de caliza.

Como buen provenzal, debo volverme una vez más hacia la leyenda para obtener algo parecido a una explicación.

Los ocres recuerdan que en el siglo XII vivía en el Rosellón el señor Raymond, apasionado cazador y señor de aquellas tierras. Vivía en la parte más alta del pueblo, con su esposa, la dama Sirmonde.

El señor de Chabestan, que vivía por encima de Sisteron, deseaba perfeccionar la educación como caballero de su hijo Guilhem, y decidió enviarlo al Rosellón para completar su aprendizaje. Lo que tenía que ocurrir ocurrió: Raymond pasaba más tiempo cazando jabalíes en la garriga que ocupándose de su mujer o instruyendo al joven Guilhem. Solos en el Rosellón, aquellos dos encontraron la forma de matar el tiempo en su ausencia, y pronto las callejuelas del pueblo se llenaron de cotilleos y habladurías. Cuando Raymond

regresó de su partida de caza, no pasó mucho tiempo antes de que los rumores llegaran a sus oídos.

Como Raymond era perro viejo, fue lo suficientemente astuto para tragarse su ira y se guardó muy bien de montar un escándalo, por miedo a pasar por el cornudo de turno delante de todo el mundo. Se contentó con invitar a Guilhem a una cacería, una batida de jabalíes, los dos solos.

Y en los montes de Vaucluse, entre frondosos bojes y robles de oscuro follaje, le pidió a Guilhem que pasara delante, abriendo el camino. Mientras este se internaba en la espesura de bojes, Raymond sacó su daga y la plantó cuan larga era en la espalda del desdichado amante. Raymond le dio la vuelta al cuerpo sobre la alfombra de verde musgo y le sacó el corazón a Guilhem, como hacía con los gamos y los jabatos. El corazón era la parte de sus presas que más le gustaba. No había vez que volviera de una cacería que no confiara sus trofeos a su cocinero, para que los preparara en salsa de alcaparras, que era su favorita. Escondió el cuerpo entre los arbustos, echó el corazón en el fondo de su zurrón y tomó el camino de vuelta al Rosellón.

Cuando llegó, le entregó su presa al cocinero como solía, e invitó a cenar a la bella Sirmonde. Ella extrañó la ausencia de Guilhem, y Raymond le contó unas cuantas pamplinas al respecto. Cuando llegó el plato principal, no dijo nada, ni una palabra, y contempló a Sirmonde degustar el plato que le servían. Terminado el último bocado, el salvaje de su marido rompió a reír, y entre dos carcajadas le informó de la innoble realidad: acababa de saborear el corazón de su amante.

Pero el que fue por lana volvió trasquilado: Raymond obtuvo bien poca compensación por su horrible puesta en escena. Sirmonde no le ofreció ni lágrimas ni gritos. No hubo ninguna discusión de pareja, ninguna compunción. No, nada por el estilo. Cogió su servilleta, se limpió las comisuras de los labios y, muy educadamente, con calma, dijo que había comido muy bien, y para siempre. Se levantó, abandonó la sala y, en lugar de volver a sus aposentos, se dirigió a las murallas y pidió que le abrieran las puertas de la ciudad. Llegó a unos acantilados cercanos y, sin volverse, sin mirar atrás una sola vez, se lanzó al vacío. Su cuerpo se estrelló unas decenas de metros más abajo, y las paredes se volvieron rojas de sangre para siempre.

Antes de detenerse, su corazón aún latió tres veces. El primer latido, todavía fuerte, maculó los acantilados de Rustrel, y formó el Colorado provenzal. El segundo tiñó los de Villars. Finalmente, con un último estremecimiento, emborronó los de Gargas, y se detuvo definitivamente. Los habitantes del pueblo cuentan que en el lugar en el que cayó el cuerpo surgió un manantial. Se apresuraron a ocultarlo bajo un pozo cubierto, para evitar que los maridos celosos vinieran a

atormentar a la pobre Sirmonde en su reposo.

Ni el señor Sécaillat ni yo éramos maridos celosos: a lo mejor el destino nos había hecho encontrar la fuente del corazón de Sirmonde.

12. EL GRAN TERREMOTO

Es arriva ounte leis ase descargoun.
(Llegó allí donde los asnos descargan).

Toda aquella agua había firmado la sentencia de muerte de nuestras excavaciones arqueológicas. Ya no podíamos cavar, precisamente en el momento en que la cosa se ponía prometedora. Yo no decía nada, y la naturaleza tampoco, de hecho. Aparte del gorgoteo del agua en el agujero, no se oía ni un ruido.

Estábamos en los últimos días de noviembre. Empezaba a hacer mucho frío, y la madre naturaleza comenzaba a funcionar a medio gas, ahorrando fuerzas para luchar contra el invierno. El cielo estaba de un azul transparente, se acercaba al blanco translúcido de la pared de un glaciar. El Luberon parecía un grueso edredón color azul de metileno encima de una cama deshecha. Cada una de nuestras espiraciones liberaba un ligero vaho que se desvanecía inmediatamente, desapareciendo con el vapor de agua que emanaba de la fuente. El señor Sécaillat me miró sin decir palabra. Después de todo el tiempo que habíamos pasado en aquel agujero, leía en mí como en un libro abierto.

—Está decepcionado, ¿verdad? ¿Por la excavación? Fan de chichourle[31], nunca está contento, ¡acabamos de encontrar un manantial! —dijo exasperado.

—No, no es eso, no estoy decepcionado. Está bien haber encontrado este manantial. Está mejor que bien. Es solo que…, es solo que pienso en la escultura que encontramos ayer. Es una pena dejarla debajo del agua. Y a lo mejor hubiéramos podido encontrar más cosas. Si su teoría es correcta, de hecho, los trozos de cerámica que encontramos solo eran material de relleno, lo que usaron para tapar la fuente. Y justo cuando acabamos de encontrar esa mujer-caliza, ¡zas!, el agua nos la vuelve a quitar. Estará de acuerdo en que es mala pata —le respondí.

—Bueno, sí…, pero así es la vida, qué le vamos a hacer. Bueno, venga, nos estamos helando, no nos vamos a quedar aquí de cháchara todo el día. Véngase a casa a tomar un café —dijo invitándome con un

movimiento de cabeza.

Partimos en dirección a su casa. Entre dos cerezos apareció el Húsar, que, sin pedir permiso a nadie, se vino con nosotros siguiendo nuestros pasos a carreritas. El señor Sécaillat se puso a darle conversación, preguntándole dónde había pasado la noche, y si había cazado muchos ratones. El Húsar le respondía maullando a cada pregunta, como si entendiera.

Una vez en la cocina, el señor Sécaillat cogió una cafetera de émbolo, de esas en las que hay que empujar el filtro hasta el fondo para quitar los posos del café. Sacó café de una lata y puso el agua a hervir. Luego rebuscó un rato en una alacena, antes de sacar una lata de sardinas de Marsella. Desenrolló una lámina de papel albal y echó encima el contenido de la lata de sardinas.

—Hale, para ti, hoy es día de fiesta —dijo dándole las sardinas al Húsar y pasándole la mano por el lomo.

—¿Qué quiere, un cuenco o una taza? —me preguntó.

—Una taza, gracias —le respondí.

Vertió el agua hirviendo en la cafetera y esperó un poco sin decir nada. Se oía al Húsar haciendo un ruido de mil demonios sobre el papel de aluminio. Cuando le pareció que había esperado lo suficiente, el señor Sécaillat empujó el filtro con la palma de la mano abierta, con la mirada perdida en los posos del café. Debía de estar consultándolos, viendo lo que le deparaba el futuro a la mujer-caliza, porque justo después empezó a hablar.

—Bueno, tampoco tenemos mil opciones, y de todas formas no vamos a dejar la fuente en ese estado. Hay que averiguar por dónde llega el agua y canalizarla. Voy a mandarla a analizar a ver si es potable, aunque con ese color, me extrañaría —declaró el señor Sécaillat.

—¿Y con la mujer-caliza qué hacemos? ¿La dejamos debajo del agua? —pregunté.

—No estoy seguro de que el nivel actual del agua sea su nivel natural. Ayer cavamos, pero cuando nos fuimos aún quedaba mucha tierra, no habíamos llegado al roucas. Tengo una bomba de succión que uso una vez al año, para limpiar un pequeño estanque que tenemos. No es muy potente, pero hay que probar, no sé muy bien cómo resultará. La bajamos, bombeamos el agua y apartamos la tierra hasta que demos con la roca. Ya veremos si encontramos algo, aunque si es así va a ser difícil extraerlo sin estropearlo. Con todo lo que vamos a sacar, debería bajar el nivel del agua. Vamos, eso espero.

—¿Y si es una bolsa de agua?

—Para empezar, me extrañaría mucho que lo fuera. Pero bueno, si lo es, la secamos, se perderá el agua, pero qué se le va a hacer. De

todas formas, le aseguro que no es una bolsa de agua. Hay que darse prisa, porque estamos a las puertas del invierno, y cada día de lluvia nos va a dar más trabajo —dijo terminándose el café de un trago.

El general había expuesto las grandes líneas, y el plan de batalla solo pedía ser ejecutado. Se adivinaba en el señor Sécaillat esa fuerza campesina que nada doblega y que lo soporta todo, obstinadamente, sin inmutarse. Con él había, es verdad, un tiempo para la reflexión, pero una vez sopesado el asunto y tomada una decisión, no se podía hacer otra cosa que avanzar, hombro con hombro, haciendo de tripas corazón, sin importar lo duro que fuera el camino que hubiera que recorrer. Podías preguntarle si era el mejor momento para arar, si no se iba a poner a llover, si no sería mejor esperar un poco. Podías, pero una vez que tomaba una decisión, una vez que la reja del arado penetraba en la tierra, nada ni nadie podía desviarlo de su camino. Trazar una línea recta hasta la otra punta del campo y, una vez allí, volver siguiendo un surco paralelo. Ya podía soplar un mistral de mil demonios o granizar pedruscos, lo que estaba decidido estaba decidido.

El señor Sécaillat era como su forma de hablar: alto y enjuto como un alambre, sin galimatias[32] ni chichi bellis[33]. Se podría pensar que no era más que piel y huesos, que un papirotazo habría bastado para enviarlo al suelo, pero esta impresión era a la vez errónea y engañosa. Errónea, porque no había más que observarlo trabajar para verlo levantar pesos que ninguno de nosotros hubiéramos logrado desplazar ni un milímetro. Engañosa, porque la utilizaba a su favor: flacucho como un atoumié[34], pasaba por un pobrecillo, y al final siempre se salía con la suya. Tan solo sus ojos lo traicionaban: unos ojos finos como briznas de lavanda, bien ocultos tras una maraña de párpados, que lo escrutaban todo y a los que no se les escapaba nada.

Se fue al cobertizo a buscar su bomba de succión y yo me volví a casa, a por un viejo traje de neopreno que tenía de cuando estudiaba en Marsella para ir de pesca submarina. Nunca pesqué nada, era solo para bucear entre las rocas y coquetear con las doradas. Tardé un buen rato en recuperarlo. Estaba agujereado por todas partes. Mis viejas gafas de buceo estaban totalmente corroídas por el salitre, estaban para tirar. En su lugar, cogí las gafas de natación, que usaba para ir a nadar a la piscina municipal todos los martes por la noche. No estaba seguro de que me fueran a servir de algo, pero por si acaso me las enrollé alrededor de la muñeca.

Las gafas de natación me hicieron acordarme de Blanche: nos habíamos conocido en la piscina cuando éramos estudiantes. Sin lentillas no ve tres en un burro, y se me había echado encima nadando por el lado malo del carril. Así empezó todo, yo nunca hubiera tenido

valor para acercarme a hablar con ella. Me había esperado a la salida de la piscina para excusarse una vez más. Sin el gorro y las gafas de natación, era otra persona.

Cuando llegué a la excavación, el señor Sécaillat ya estaba metido en faena con su bomba. Parecía una boca de incendio, pero más pequeña. Estaba unida a una gruesa manguera negra, de unos diez metros de largo, para evacuar el agua. Había atado la bomba a una cuerda y estaba preparándose para bajarla a la zanja. Se echó a reír cuando me vio ponerme el neopreno. Nunca he sido muy hábil para estas cosas: meter las piernas no tiene mayor dificultad, pero a la altura del torso la cosa se complica, y más aún en la última etapa, la de cerrar la cremallera de la espalda, sistema engorroso donde los haya. Había perdido la costumbre, desde los tiempos en que iba a Les Goudes, y también había cogido unos cuantos kilos. El proceso me llevó sus buenos diez minutos, bajo la mirada socarrona del señor Sécaillat, que hubiera podido ofrecerse a ayudarme, pero no lo hizo.

—Venga, Cousteau, es hora de ir a salvar el Calypso —sonrió.

La escalera seguía estando en la zanja, medio sumergida por el agua. Me agarré a los travesaños, como un escafandrista partiendo al asalto de un barco hundido. El agua estaba caliente. Nunca he sido muy bueno calculando cosas, ni la temperatura aproximada, ni las distancias a vuelo de pájaro, ni el número de habitantes a ojo de buen cubero. Digamos que estaba calentucha. Daba ganas de refugiarse allí rápidamente, de acurrucarse en ella para protegerse del aire frío. El traje de neopreno casi sobraba, una muda de serpiente de la que apetecía desembarazarse antes de la llegada del verano. El agua me llegaba a la parte superior del pecho. Estaba ligeramente turbia, debido al calor, o quizás a los minerales de los que estaba cargada. Mis pies se adivinaban más que se veían.

El señor Sécaillat me pasó la bomba, atada a la cuerda que sostenía en vilo. Pesaba un quintal, y no me hubiera gustado que me cayera en los dedos de los pies. La puse sobre el reborde de caliza que habíamos desenterrado ayer. Como las motosierras, tenía un mecanismo de puesta en marcha. Tiré de la cuerda varias veces para arrancar el motor, pero sin éxito. Al cuarto intento, se oyó un ruido sordo. Pasé la mano cerca y sentí una ligera corriente. No era demasiado fuerte, pero menos daba una piedra.

Me puse las gafas de natación e intenté averiguar por dónde llegaba el agua. No hubo manera: no se veía nada, tanto por el color del agua como por las burbujas que la removían. La labor de la bomba de succión tampoco ayudaba. Sin los lastres, el neopreno me hacía flotar y me devolvía obstinadamente a la superficie. A grandes brazadas, conseguí acercarme a la mujer-caliza. No la vi hasta el

último momento, cuando mi cara estaba a pocos centímetros de la suya. Era como mirar a alguien a través de una copa de champán: las burbujas y el color le daban un aspecto diferente del de ayer. Buscaba con la mirada, como si quisiese encontrar a una persona entre los invitados de una fiesta, desorientada por los movimientos de unos y otros, desorientada por la música y el alcohol que se le subía a la cabeza. Con la boca abierta de par en par, parecía como si estuviese llamando a alguien, pero su voz no consiguiera hacerse oír sobre el bullicio de los invitados. Lo intentaba, una y otra vez, pero sin éxito: nadie le respondía. El señor Sécaillat puso punto final a la fiesta, mandándonos a todos a la cama.

—Venga, ahora ya no tenemos más que dejar que trabaje la bomba y volver dentro de unas horas.

—¿No quiere que empecemos a excavar para limpiar el fondo? Con un cubo y una pala, algo adelantaremos, ¿no?

—Bah, con esa cantidad de agua no va a hacer más que cansarse inútilmente, y además va a ser una guarrería de trabajo. Qu au bastis sus la graveno, perdi soun tems emai sa peno[35]. Vale más volver dentro de unas horas.

Con los puños aferrados a los travesaños de la escalera, ascendí pesadamente, como un escafandrista que sube de nuevo al barco después de una larga inmersión. Después, no sé lo que pasó. A lo mejor fue el hecho de no haber desayunado. O a lo mejor la diferencia de temperatura entre el agua caliente y el aire frío, como cuando uno sale del baño. O tal vez era el alcohol de la fiesta en la que nos habíamos avistado la mujer-caliza y yo, que se me había subido a la cabeza.

Un ruido intenso y estridente resuena en mi cabeza, una mezcla entre tamboril zumbón y pífano ensordecedor. El Luberon pasa de azul a naranja sanguina, y luego a rojo carmesí. Los cerezos se cogen de las ramas y se ponen a dar vueltas a mi alrededor, se arraciman bailando farandolas cada vez más rápidas. Cierro los ojos e intento apoyarme en el hombro del señor Sécaillat. La cabeza me da vueltas, me duele, la tierra se aproxima. Es el gran terremoto, y todo desaparece detrás de un velo negro.

Abrí los ojos. Estaba tumbado en el suelo. No oía nada, solo aquel ruido estridente que todavía resonaba en mi cabeza. La cara del señor Sécaillat estaba encima de la mía, sus labios se movían, pero no emitían ningún sonido. Hacía mucho calor, sentía retumbar unos golpes en el interior de mis sienes. Poco a poco, el ruido disminuye, el calor también. Alguien me ha abierto el traje de neopreno, vuelvo a oír otra vez.

—¿Cómo está? ¿Cómo está? Caray, me ha pegado usted un susto

de muerte. Se ha desmayado. ¿Se encuentra mejor? Ah, ya le están volviendo los colores —me dijo el señor Sécaillat—. Bueno, siéntese, quédese ahí sentado. Voy a casa a buscarle agua fresca y unos azucarillos. No haga ninguna tontería, ¿eh? Vuelvo enseguida —continuó.

El señor Sécaillat partió renqueando en dirección a su casa. Me senté y apoyé la espalda contra el muro. El contacto con las piedras frías me ayudó a recuperarme. El oxígeno invadió mis pulmones, poniendo en fuga el sordo eco de los latidos del corazón contra las paredes del cráneo. Ya está, ya se me había pasado. Seguramente había abusado de mis fuerzas allí abajo, y el agua caliente se me había subido a la cabeza. Con lo que me pareció un esfuerzo sobrehumano, conseguí acabar de quitarme el neopreno. El aire fresco me sentó bien, pero pronto empecé a sentir frío. Me envolví en la toalla, pero no tuve fuerzas suficientes para volver a ponerme la ropa. Vi regresar al señor Sécaillat, con una cantimplora de agua fresca en la que había disuelto dos terrones de azúcar, me dijo. Bebí un gran trago.

—¿Se encuentra mejor? Menos mal que no se ha desmayado ahí abajo —dijo indicando la fuente con la barbilla—. Habría sido incapaz de ir a buscarlo dentro de aquel caldo, en el agua me hundo como una piedra, y para cuando hubiera llegado la ambulancia habría sido demasiado tarde.

—No tiene por qué preocuparse. Solo ha sido la diferencia de temperatura. Parece que no, pero el agua está supercaliente. Todo va bien, ya se me ha pasado —le contesté.

—Bueno, en todo caso se acabó por hoy. Esta tarde tengo que ocuparme de los cerezos. Vamos a dejar la bomba funcionando toda la tarde y toda la noche, y a ver mañana por la mañana con qué nos encontramos. Además, así nos haremos una idea del caudal de la fuente. ¿Consiguió averiguar de dónde viene el agua? —me preguntó.

—No, no noté ninguna corriente, aparte de la que producía la bomba. Apenas conseguí ver a la mujer-caliza. Con el traje de neopreno, flotaba demasiado para sumergirme.

El señor Sécaillat me preguntó una vez más cómo me encontraba, e insistió en acompañarme hasta casa. El ruido sordo de la bomba que empezaba su trabajo de esclavo se fue apagando a medida que subíamos por el camino.

13. LA BÉGUDE POMPEIA ANTIOPA BORBANO V[otum] S[oluit].

(Pompeia Antiopa cumplió los votos hechos a Borbanus).
Exvoto, Aix-en-Provence

La bomba había hecho un buen trabajo durante la noche. El nivel del agua había bajado más de un metro, y ahora nos llegaba a medio muslo. Yo estaba solo abajo, el señor Sécaillat se había quedado en la superficie. Atados con una cuerda, me había bajado una pala y dos cubos con gancho. La bomba seguía funcionando. El agua había convertido la tierra en una especie de barro viscoso, más fácil de excavar, pero en cambio más pesado de transportar. Nuestras excavaciones arqueológicas ya eran más un trabajo de esclavos que otra cosa. Rasqué el fondo con la pala y recogí tanta tierra como pude. Era un verdadero suplicio de Tántalo: si cogías el barro demasiado lentamente, tardabas horas. Si lo cogías demasiado rápido, los remolinos de agua se lo llevaban y acababas con la pala medio vacía. Tuve que probar varias veces antes de conseguir pillarle el punto y manejar la pala a la velocidad adecuada. Eché dos o tres paladas en el cubo y le di un golpe de pala en el aro; era la señal que había acordado con el señor Sécaillat para que lo subiera. Pesaba mucho, así que estaba cargado como una mula. Entre los remolinos que formaba la bomba y mis idas y venidas, aquello bouléguait[36] de lo lindo: estaba chapoteando en un caldo caliente que contrastaba con el aire helado de diciembre, un poco más frío cada mañana. El señor Sécaillat seguía pasando lentamente el barro por el cedazo, pero en vano, de allí ya no salía nada. Su teoría era la correcta: habíamos encontrado unas termas, que estuvieron en uso en la Antigüedad, y que luego habían sido rellenadas con toda una palanquée[37] de cacharros de arcilla.

Hora tras hora, el nivel del agua iba bajando, y la mujer-caliza volvió gradualmente a la superficie. Sentí que aquello ya lo había vivido antes. Hacía unos días la habíamos sacado de la tierra, estrato por estrato, centímetro a centímetro. Hoy era igual, pero en el líquido elemento: onda a onda, ondulación tras ondulación, la mujer-caliza regresaba a nuestro mundo. Sus ojos inmaculados salían del agua,

volvían a escrutarnos a los dos. Parecía un cocodrilo inmóvil, dispuesto a pasar a la acción. A mediodía, el rostro entero había salido al aire libre, mientras yo seguía excavando en la corteza oceánica.

Un reflejo me llamó la atención: un delgado hilo de agua se escurría a través de su boca abierta de par en par. Tuve que acercarme para cerciorarme. No, no era la resaca de una olita que hubiera besado los labios de la mujer-caliza. Hice un cuenco con mis manos y las pegué contra la roca, como hacen los peregrinos en Lourdes. El agua empezó a gotear y a acumularse dentro de mis palmas. Efectivamente, era el manantial, que brotaba entre sus labios esculpidos.

La señorita bégude estaba frente a mí. La habíamos encontrado por fin. Nadie había debido de recoger sus aguas desde hacía por lo menos varios siglos. Me quedé un momento así, sin moverme, con las manos pegadas a la pared. El agua empezaba rebosar de ellas, con un ruidito de flauta cristalina. Llamé al señor Sécaillat, que asomó la cabeza por el borde de la zanja.

—¡Ya está, la hemos encontrado! ¡Hemos encontrado la fuente! —le grité.

—¿Sale mucha agua? —preguntó.

—No, poquita, muy poquita.

—Pero ¿es un gota a gota, o un chorro continuo?

—No, no, sale un chorro continuo. Finito, pero corre todo el tiempo.

—Tome, llene esto. Procure coger solo agua que salga directamente de la roca, ¿eh? La vamos a llevar a analizar. Pero ojo con no mezclarla con el caldo ese en el que está chapoteando, con lo que lo ha revuelto tendríamos resultados negativos.

Me tendió un frasco de cristal con la tapa de metal. Era un bote de mermelada, ponía *Bonne Maman* en relieve en un lado. Puse el frasco entre los labios de la mujer-caliza, igual que cuando das de beber a un niño. El agua goteaba de su boca. El frasco se llenó lentamente. Me dieron ganas de llevármela a los labios y probar, aunque fuera un traguito, solo para ver. La presencia del señor Sécaillat me lo impidió, como a un chiquillo que fuera a hacer algo malo, prohibido, hasta el punto de que ni siquiera mereciera la pena pedir permiso. Cuando las tres cuartas partes del bote estuvieron llenas, le volví a poner la tapa y se lo alcancé estirando el brazo al señor Sécaillat.

El resto de la tarde pasó rápidamente. Había puesto el piloto automático y ya ni siquiera veía los cubos llenándose uno tras otro. Mis músculos obedecían a una cantinela precisa como un reloj. La pala, los cubos y la bomba eran el estribillo de la melodía del nivel del agua. Había dejado de estar allí, estaba en otra parte. Mis pensamientos vagaban siguiendo las pistas que desentrañaba mi

imaginación. ¿Por qué los antiguos habían tapado el manantial, si parecía que seguía brotando? ¿Puede una fuente secarse y resurgir varios siglos más tarde? El nivel del agua no dejaba de bajar, y mi mente, de divagar. En un momento dado, la bomba se paró: había aspirado aire y el motor se había ahogado. En esos casos, había que volver a poner en marcha el mecanismo a mano, lo que podía llevar su tiempo. Aquel hipido marcó el fin de la tarde.

—Venga, zou maï[38], se acabó por hoy. Mañana voy a ir al servicio de aguas para que la analicen y sabremos si es potable —anunció el señor Sécaillat.

—Le preguntarán de dónde viene, y cuando entreguemos la cerámica atarán cabos. Nos van a pillar por su culpa.

—Pero ¿qué cabos quiere que aten? ¿No tiene usted un poco de manía persecutoria? No hay más que decir que es de un aljibe de agua de lluvia y listo, no van a investigar más.

—Bueno, si se empeña —abdiqué yo—. Está bien que vaya mañana, porque yo por la mañana tengo que ir al aeropuerto a buscar a mi mujer, que vuelve de Japón.

—¡Ay, ay, ay, la jefa está de vuelta! Sé de uno al que lo van a poner más derecho que una vela. Ahora tenemos que ir con tiento, ¿eh? —me dijo con un guiño.

No sabía cuánta razón tenía. No le había dicho ni una sola palabra de toda aquella historia a Blanche, ni siquiera le conté que había pedido una excedencia, y había evitado el tema en todas y cada una de nuestras conversaciones. Había preferido eludir sus preguntas, desviarlas pidiéndole que me contara qué había hecho durante el día, o qué le llamaba la atención de Japón. Después de todo, que dis ren jamais mente[39]. Seguía buscando la mejor forma de contárselo. Mañana se iba a armar una buena.

De regreso a casa tuve que pasar por la cabina de descompresión de la ducha para digerir las novedades del día. Seguía con el neopreno puesto, y me metí con él directamente en el cuarto de baño. Abrí al máximo el agua de la ducha, puse la cabeza bajo el chorro y me quité el neopreno a medida que iba llegando el agua caliente. Con los ojos cerrados, las gotas venían a restallar contra mis párpados y, con ellas, las escenas que habían podido tener lugar en la fuente, hace más de dos mil años. Debía de estar custodiada por sacerdotes o druidas, que solo permitían el acceso a los peregrinos más meritorios. ¿Había que hacer una ofrenda a los sacerdotes para poder beneficiarse de sus virtudes? ¿Era mixta, o los hombres se bañaban por un lado y las mujeres por otro? Debía de ser como en Lourdes: un druida te pedía que te desvistieras, y solo tenías unos segundos para sumergirte completamente, agarrado al borde. A lo mejor algunos también

besaban los labios de caliza, como otros besan la roca de Lourdes. Lo más asombroso de toda aquella historia es que la Provenza tiene una memoria de elefante para las fuentes y las leyendas. Raro sería que un provenzal olvidara el emplazamiento de una fuente. No obstante, en todos los cuentos y leyendas del Luberon, jamás había oído el más mínimo rastro de un rumor sobre la existencia de una fuente en los alrededores. Sus trazas se habían borrado completamente con el paso de los siglos.

Salí de la ducha y me senté delante del ordenador. No bien se hubo encendido la pantalla, mi inquilino de cuatro patas vino a instalarse en mi regazo. Había entendido que aún no era la hora del rancho, y que no servía de nada montar guardia delante de la alacena de las croquetas. Asomó el hocico por encima del escritorio y esperó a ver qué nos deparaba la red. Tecleé DIOSA + GALA.

Había para escoger, existían tropecientas mil. Una página enumeraba más de trescientas. Cada poblado, cada tribu parecía haber desplegado su propio panteón para la fuente o la montaña locales. Iba a tener que levantarme pronto y acostarme tarde si quería tener una posibilidad de identificar a la mujer-caliza. Cambié de estrategia, y dirigí mi búsqueda hacia Chastelard des Lardiers, esa especie de Lourdes gala, y sus miles de lámparas votivas que ya se me habían vuelto tan familiares. ¿En nombre de quién habían realizado todas aquellas procesiones nuestros antepasados, a quién habían dirigido todos sus ruegos? Por sorprendente que pueda parecer, los arqueólogos no tenían ni la menor idea. A quién estaba consagrado aquel santuario seguía siendo un misterio: de la excavación de sus restos no se había filtrado ningún nombre. Todas las ofrendas, todas las piedras de los muros habían permanecido desesperadamente mudas. Mala elección.

Retomé mi primera búsqueda y añadí un criterio: DIOSA + GALA + LUBERON. Aquello parecía más interesante. Había que rebuscar un poco por aquí y por allá, pero me enteré de cosas de las que no tenía la menor idea. En las primeras estribaciones montañosas después del Durance habían encontrado, cerca de Cadenet, los vestigios de un lugar de culto galo, el Castellar. Había pasado por allí con el coche cientos de veces, sin sospechar jamás que los arqueólogos habían desenterrado en las inmediaciones toda una serie de vestigios, estelas y otros exvotos. Aquel trozo de muro y aquel pedazo de colina adquirían de repente un aspecto completamente distinto. Algunos de los exvotos que sacaron de la tierra hacían referencia a una tal Dexua. La vertiente sur del Luberon parecía ser su único lugar de culto: no se habían encontrado menciones a aquella diosa en ningún otro lugar de la Galia. Y aparte de su nombre en las estelas, no se sabía prácticamente nada sobre ella, ni de sus atribuciones ni del ámbito de

sus funciones. Los arqueólogos habían encontrado gran cantidad de monedas en el Castellar: una teoría entre muchas otras sostenía que Dexua era la diosa de la fortuna, de la buena suerte. ¿Podría ser que la mujer-caliza fuera su representación? Vete a saber. No habíamos encontrado ninguna moneda en nuestras excavaciones, solo aquellos trozos de barro cocido sin ninguna inscripción. Tampoco había ningún vestigio de fuente en el Castellar. No me convencía, se me quedaba un poco corto.

Decidí partir en otra dirección y tecleé DIOSA + GALA + FUENTE: el primer resultado que salió fue una tal Bormona. Tenía una página en Wikipedia, y su nombre también aparecía en distintos foros de arqueología. Era la diosa de las fuentes y los ríos. Estaba asociada al dios galo Borbanus, un dios que curaba mediante las aguas. En Aix-en-Provence habían encontrado una estela con una mención a este último, en cambio el culto de Bormona parecía concentrarse más en Borgoña y en Charente. Había fuentes consagradas a ella y se habían encontrado un buen número de exvotos pidiéndole sanación y salud. Bañarse en su fuente era un acto de devoción que permitía disfrutar de sus favores. También podía comunicarse con el peregrino a través del sueño: quien durmiera cerca de la fuente recibiría los mensajes de la diosa.

Lancé otra búsqueda, esta vez sobre las representaciones de Bormona. Habían descubierto estatuas en varias ciudades termales, una de ellas bien conservada, en Champaña-Ardenas. Por desgracia la estatua terminaba en el busto. Busqué otras imágenes, mosaicos o cerámicas que hubieran podido encontrar, pero sin éxito. No había nada que permitiera establecer una comparación entre Bormona y la mujer-caliza, aunque solo fuera para buscar un parecido, un aire de semejanza. Dejé mensajes en distintos foros preguntando dónde se podía encontrar una representación del rostro de Bormona.

El Húsar seguía sobre mi regazo. Tenía la mirada fija en las imágenes que aparecían en la pantalla y, sobre todo, en el cursor del ratón, que se paseaba de un lado a otro. Miraba todo aquello sin decir ni pío, la atención absorta por el roedor electrónico y los siglos que desfilaban ante él.

14. OTRAS LAURAS Y OTROS PETRARCAS

Siento vergüenza delante de todo el mundo, hasta de los árboles.

MARCEL PAGNOL

-No, pero, en serio, sois unos enfermos mentales —me cortó Blanche. Había ido a buscarla en coche a Marignane y había esperado a entrar en las hoces de Lourmarin para empezar a contarle toda aquella historia. En este lugar existe una frontera. Es invisible, pero cada vez que pasamos por allí tengo la impresión de pasar la aduana. Lourmarin es donde están enterrados Camus y Bosco. Parece mentira, ni que lo hubieran hecho a propósito, despreciar el Panthéon para poder custodiar las puertas del Luberon, ese Olimpo provenzal. Y, además, sobre todo, en Lourmarin están las hoces.

Las hoces de Lourmarin son la laguna Estigia, las murallas del Luberon, que lo separan del resto de la Provenza, de Francia y del mundo moderno. Lo separan del mundo exterior, del mundo real, el de los aeropuertos y las autopistas, el de las ciudades y las invasiones bárbaras. Es un laberinto de curvas cerradas, de rocas cayendo, de precipicios escabrosos. Es, ante todo y mucho antes de que los peones camineros las domaran mediante una vulgar carretera comarcal, una espléndida quimera geológica.

Mi abuela me contaba que antiguamente, en el pueblo de Fontaine-de-Vaucluse, vivía una criatura mitad salamandra, mitad dragón. En Fontaine-de-Vaucluse, en el fondo de una sima, está el nacimiento del río Sorgue, y era en los remolinos del Sorgue donde el animal tenía su nido. No era malo, y los habitantes del lugar lo llamaban la Coulobre, que en provenzal significa «la culebra». Una culebra es un bicho cariñoso: puede morder, pero no tiene veneno, de modo que, quitando un buen susto, no hay gran cosa que temer. No ocurre igual con la víbora áspid, cuyo veneno te produce una fiebre de mucho cuidado y te manda derecho al hospital.

En resumidas cuentas, la Coulobre, que no era mala, pero sí un poco cagole[40], conoció un buen día a un atractivo dragón que le hizo

un hijo y luego la abandonó a su triste suerte. La pobre Coulobre, repudiada y tristísima, intentó como buenamente pudo encontrarse un nuevo esposo antes del nacimiento. Pero tuvo que soportar un rechazo tras otro, de modo que a la hora del nacimiento las entretelas de su alma se habían vuelto más negras que los remolinos del Sorgue. Con el corazón rebosante de odio, ahogaba a todos los que se atrevían a decirle que no, es decir, a todos los que se encontraba a orillas del Sorgue.

Como Fontaine-de-Vaucluse está precisamente a orillas del Sorgue, aquella pena de amor se convirtió en un problema de primer orden para los habitantes del pueblo, quienes pidieron ayuda a un eremita de los alrededores, Véran. Este se apostó a la entrada de la fuente, al pie de una higuera que solo bebe agua una vez al año, cuando el Sorgue alcanza su máximo nivel en invierno. Véran montó guardia durante varios días hasta que una mañana divisó a la Coulobre, y en cuanto la vio le blandió frente al hocico un crucifijo de madera de olivo. Ella se dio media vuelta al instante y quiso refugiarse en el fondo de la sima. Pero Véran la agarró por la punta de la cola, y el pobre animal se debatió, abriendo el abismo que hoy conocemos. En un último esfuerzo, Véran tiró con todas sus fuerzas, la sacó de su agujero y la lanzó bien alto por los aires.

La Coulobre se elevó hasta el cielo y luego volvió a caer pesadamente sobre el Luberon, la cabeza en Lourmarin y la punta de la cola en Bonnieux. Del golpe rompió el macizo en dos, creando el Pequeño Luberon a su izquierda y el gran Luberon a su derecha. Sus convulsiones de dolor al hundirse en la caliza crearon las hoces de Lourmarin. La Coulobre no se contentó con esto: con una última sacudida, rebotó sobre las pendientes de los Alpes, cerca de un pueblo donde murió, y al que llamaron por este motivo Saint-Véran. Además de ser canonizado, cosa de la que no todo el mundo puede jactarse, Véran fue nombrado obispo de Cavaillon. Desde aquella época ya no hay salamandras en el Sorgue: podéis buscar, que no encontraréis ni una.

Así pues, fue entre dos convulsiones de la Coulobre donde empecé a contarle a mi mujer mis aventuras con el señor Sécaillat. Me costaba encontrar el tono adecuado. Estos últimos meses habían sido especialmente emocionantes. Hubiera resultado más fácil contárselos a mi sobrina Estelle, como si fuera una película de Indiana Jones de la que se hubiera perdido el principio. Pero no estaba hablando con una niña, y tratar de hacer volar la imaginación de Blanche no parecía una buena idea. Probé más bien con un tono de confesión, como un niño que ha hecho una enorme tontería y viene a pedir perdón a regañadientes. Pecado confesado, a medias perdonado. Pero no

funcionó: el tiempo mostraba una tendencia claramente borrascosa, y, con cada curva, la atmósfera del coche se volvía más pesada.

—¡Pero tú te has vuelto loco de remate! Estoy segura de que ha sido idea tuya y de que eres tú el que se lo ha propuesto al señor Sécaillat —me acusó ella.

—¡Ah, no, eso sí que no! ¡Para nada! Es él el que lo ha tramado todo, yo lo único que he hecho es echarle una mano de vez en cuando.

Aquello no era totalmente cierto, pero el señor Sécaillat me cubriría la retaguardia si alguna vez se acababa sabiendo todo.

—¿De vez en cuando? ¡Pero si me acabas de decir que has dejado el trabajo para dedicarte solo a eso!

—No he «dejado» el trabajo, me he tomado una excedencia nada más. Y buena falta me hacía, de todas formas: hace quince años que no hago más que trabajar, necesitaba hacer una pausa.

—Deja de tergiversar las cosas. Está prohibido, es ilegal.

—Pero ¿no ves que lo iba a sepultar todo? Eso también es ilegal.

—¡Bueno, pues eso es problema suyo! Mira, igual hasta hubiera sido mejor. ¿Te das cuenta de la que os puede caer si os pillan?

Lo cierto es que sí, me daba perfecta cuenta. Era una de las primeras cosas que había buscado en internet cuando empezó toda esta aventura: de uno a dos años de prisión, más una multa equivalente al doble de la cantidad obtenida por la venta de los objetos. Esta última disposición concernía a los que comerciaban y no me había inquietado sobremanera. Los dos años de prisión, en cambio, eran más preocupantes. Como no quería echarle más aceite al fuego, no se lo dije a Blanche y cambié de tema.

—De todas formas, esto tiene los días contados. Ya hemos encontrado todo lo que había que encontrar. Lo vamos a dejar todo discretamente en el museo, voy a volver al trabajo, y se acabó.

—Ya. Precisamente cuando yo vuelvo, qué casualidad. ¡No me puedo creer que no me hayas dicho nada durante todo este tiempo y que me hayas mentido cada vez que hablábamos por teléfono!

—No te he mentido, es solo que no te lo he contado todo para que no te preocuparas. Es diferente.

—Deja de jugar con las palabras, me vas a acabar cabreando. Mira, anda, mejor cállate —dijo ella, justo cuando pasábamos por el cartel del puerto del Pointu. Está a 499 metros de altura, casi una cifra redonda.

Con esto se zanjó la conversación, y no volvimos a intercambiar palabra hasta que llegamos a casa. Mejor así: tenía el tron de l'air[41], más valía darle tiempo para digerir la noticia. Cuando llegamos, cogí su equipaje y le abrí la puerta. El Húsar vino a hacerle fiestas, ronroneando y pidiendo mimos. Me sorprendió, porque el Húsar es

más bien arisco con ella, y solo se ablanda a la hora de pedir croquetas. Por lo menos estar de vuelta en casa tenía la ventaja de distender el ambiente.

—Venga, es hora de ir a ver la escena del crimen. El asesino siempre vuelve al lugar del crimen, ¿no? —dijo sin mirarme.

Asomamos la cabeza por el borde de la zanja. El señor Sécaillat había realizado un trabajo impresionante, cualquiera diría que trabajaba mejor cuando yo no estaba. La fuente estaba completamente desenterrada, y el rostro, limpio como los chorros del oro. La caliza era blanca e inerte como el mármol, y el agua, ligeramente ocre, estaba salpicada de burbujas. Nuestras dos sombras cayeron sobre el agua, y el señor Sécaillat levantó la cabeza.

—¡Hombre! Aquí tenemos al inspector. Pobre de mí, ahora sí que voy a tener que trabajar con ganas —dijo riendo.

Le lancé una mirada de advertencia, como para decirle que no exagerara. Blanche bajó por la escalera; cuando hubo llegado abajo, bajé yo a mi vez. Se me hacía raro verla allí, como si estuviera fuera de lugar. Hasta ahora, los únicos que habíamos estado en el fondo de aquel agujero éramos el señor Sécaillat y yo. La mujer-caliza se nos había unido hacía poco, y por si no fuera ya bastante difícil tener que trabajar bajo su mirada inquisidora, ahora teníamos que ampliar nuestro club, como un secreto que hubiéramos jurado guardar y que, pese a todas las precauciones, se hubiera acabado divulgando a los cuatro vientos. Blanche miró atentamente a la mujer-caliza y, como un ciego que viera con los dedos, pasó las manos sobre el rostro tallado en la pared. Sus manos siguieron las cuencas de los ojos y recorrieron luego la línea recta de la nariz hasta la punta. Las yemas de sus dedos rozaron a continuación los labios. Al contacto con el agua que manaba de ellos, intentó examinar sus propiedades, frotando el índice y el corazón contra el pulgar. Luego puso las manos en cuenco, como se hace en misa durante la comunión, y las pegó bajo los labios de la diosa. Un chorrito de agua llenó lentamente el hueco de sus manos.

—Es potable —interrumpió el señor Sécaillat—. De hecho, conocía a la chica que trabaja en recepción en el servicio de aguas, es la pequeña de los Soubeyran. Su padre no me había dicho que trabajaba allí. No les llevó mucho tiempo hacer los análisis. Casi no había terminado de llegar a casa y ya me estaban llamando. Es potable, pero tiene mucho hierro, así que no hay que abusar, diez años bebiéndola todos los días y te volverías loco, te haría ver elefantes al pie del Mont Ventoux. Me han dicho que, de todas formas, el hierro le debe de dar un sabor asqueroso.

—¿La ha probado? —le preguntó mi mujer.

—Ah, no, hay que esperar a los invitados antes de descorchar el

champán. Las damas primero —sonrió él.

Había traído unos vasos Duralex, como los que se usan en los comedores de los colegios. Tienen todos un número de serie grabado en el fondo, y cuando éramos niños había una leyenda de patio de colegio que decía que era el número de años que te quedaban por vivir. En cada comida, cerrábamos un ojo y mirábamos dentro, para ver cuál iba a ser el primero en morir. Hoy, un vistazo al interior me informó de que me quedaba menos de un año. Para no aguar la fiesta, me lo guardé para mí. Mi mujer había sido la primera en llenar su vaso, y nos esperaba. El vaso del señor Sécaillat enseguida estuvo lleno. Daba una curiosa impresión verlo allí, agachado, llevando aquel vaso a los labios de la mujer-caliza, como si la caliza la estuviera matando de sed y le estuviésemos salvando la vida dándole de beber. Me hizo pensar en un pasaje de *Tierra de hombres*, en el que Saint-Exupéry se pasa tres días en el desierto sin una gota de agua y lo salva un beduino que le da de beber: «Agua, eres la riqueza más grande del mundo. Eres una divinidad recelosa…».

El señor Sécaillat me dejó el sitio, y llevé a mi vez el Duralex a los labios de la mujer-caliza. Un hilillo de agua rebotó contra las paredes del vaso. Aunque tenía los ojos fijos en el nivel del agua, sentía su mirada pesando sobre mis hombros. Estaba evaluando a su futuro discípulo, a su futuro apóstol, y destilaba en el precioso líquido los poderes que le iba a otorgar. El señor Sécaillat y mi mujer me esperaban, con los vasos en la mano.

—¿Por qué brindamos? —preguntó mi mujer. Tenía el rostro sereno, como el cielo después de la tormenta. Estaba dispuesta a hacer las paces.

—Eso tiene que decirlo el propietario de la fuente —respondí volviéndome hacia el señor Sécaillat.

Él no dijo nada y se quedó un momento pensando. Miró el agua, un poco rojiza, como si observara la capa de un vino. Alzó el vaso y, sonriendo con los ojos, dijo:

—Eici l’aiguo es d’or[42].

15. LOS REGALOS DEL SIROCO

Lo scirocco oggi nasce, domani cresce, dopodomani pasce.
(El siroco hoy nace, mañana crece y pasado mañana fenece).

Cuando a Blanche se le mete una idea en la cabeza, lo menos que se puede decir es que es difícil sacársela. Con mi mujer es pensado y hecho. Me había emplazado a poner fin a las excavaciones antes de Navidad. El señor Sécaillat y yo borrábamos una a una nuestras huellas, como un asesino limpiando la escena del crimen. Era imposible saber qué alcance tomaría el asunto, lo que la policía haría y lo que no, y si todas nuestras precauciones eran una demostración de manía persecutoria o puro y simple sentido común. Fui a Aviñón a comprar unas grandes cajas de plástico blanco, que pagué en metálico, para meter dentro las trompas, y también compré plástico de burbujas para embalar. Me puse una gorra, por si la policía lograba seguir la pista de las cajas hasta la tienda y revisaba las cámaras de seguridad. También compramos guantes de goma, como los que se usan para limpiar el baño. Cogíamos las trompas que habíamos reconstruido y, con un trapo, borrábamos nuestras huellas. Una vez limpia y envuelta en papel de burbujas, la trompa iba a reunirse con sus hermanas en las grandes cajas blancas. Metimos unas quince por caja. También estaban todos los fragmentos de cerámica que no habíamos conseguido reconstruir: cada uno tenía cita con una bolsita de plástico transparente, como las que se usan para el congelador. De esta forma llenamos una decena de cajas en total. También fui a un cibercafé de Aviñón e imprimí en mayúsculas en una hoja A4: NO INVESTIGUEN.

Empezamos con las piezas de cerámica porque eran las pruebas más fáciles de limpiar y de hacer enmudecer ante los investigadores, pero no fueron las únicas. Borré de mi teléfono todas las fotos de los últimos meses: los objetos del museo, el rostro de la mujer-caliza y, por supuesto, las trompas. Había una buena cantidad, desde fragmentos recién sacados de la tierra hasta reconstrucciones completas presidiendo el cobertizo del señor Sécaillat. Mientras remontaba el tiempo, borrándolas una a una, se me encogió el corazón: eran los rastros de una hermosa aventura lo que se estaba

yendo a la papelera.

Hice lo mismo con nuestros historiales de internet. El señor Sécaillat se encogió de hombros, diciéndome que era completamente inútil: si conseguían llegar hasta nosotros, los gendarmes encontrarían sin duda la forma de hacer hablar a nuestros ordenadores. Lo más probable es que tuviera razón, pero más valía pasarse de precavido que quedarse corto. Quité de mis favoritos las colecciones de los museos, todas mis búsquedas sobre ánforas, diosas galas y un largo etcétera.

Quedaba el rostro, esculpido en el muro. No conseguíamos decidirnos. El señor Sécaillat terminó encogiéndose de hombros:

—De todas formas, aquí nunca viene nadie, ya sería mala pata que viniese alguien a meter las narices dentro de mi fuente. Además: los anticuarios de L'Isle-sur-Sorgue y las ferreterías están repletas de decoraciones de ese tipo. Si alguien me pregunta, digo que lo puse yo y listo, no sería la primera vez que paso por un excéntrico.

Estaba seguro de que ese tipo de explicaciones no resistiría mucho frente a los gendarmes, pero no sería yo el que abogase por el buril o la radial. No había otra solución. No insistí mucho. Yo era el que menos riesgo corría en aquella historia, la fuente no estaba en mi propiedad y, si venían mal dadas, el señor Sécaillat no era de los que delatan a sus cómplices cuando caen.

Mi coche no era lo bastante grande para transportarlo todo, así que decidimos coger el pequeño Renault 4L del señor Sécaillat, que tenía más espacio en el maletero. Me ayudó a meterlo todo dentro. Era una tartana fabricada en tiempos de Matusalén, pero aun así indestructible, todavía en plena forma y aplazando un año tras otro la cita con el desguace. El señor Sécaillat no decía esta boca es mía. Había ganado una fuente en esta historia, pero a los dos nos entristecía poner fin a la aventura. Íbamos a tener que retomar nuestra vieja rutina, que ahora nos parecía de lo más sosa. Se ofreció a venir conmigo a depositar las cajas por la mañana temprano, pero decliné su oferta diciéndole que no merecía la pena. Solo hubiera faltado que nos pillaran a los dos si algo salía mal. Quand l'on es ei dins l'aiguo, fau nada[43].

Me levanté un poco antes de las cinco. El sol aún no estaba en pie. Hubiera preferido ir a dejar las cajas la víspera sobre medianoche, cuando todo está desierto, pero tuve miedo de que alguien las birlara antes de que abrieran. El 4L tenía encima una fina capa de arena, lo que contribuía a darle un toque lunar a la expedición. El siroco había soplado aquella noche. Me gustaba la idea de pensar que la arena que tocaba con el dedo ayer aún estaba en las dunas del Sahara, y que había cruzado el Mediterráneo mientras todo el mundo dormía.

Di varias vueltas a la Place Carnot, para estar completamente seguro de que no había nadie. Aparqué delante del museo dejando el motor encendido y abrí el maletero. Seguía sin haber nadie en las inmediaciones. Una primera caja fue depositada con precaución en los grandes escalones del museo. Dos, cuatro, y por último diez. Cerré el maletero sin ruido, volví a sentarme al volante y me marché en un santiamén.

Aparqué del otro lado, al final de la plaza, desde donde podía ver las cajas en los escalones. No es que sirviera de mucho: si alguien viniera a husmear en ellas, sería complicado intervenir sin estropear toda la puesta en escena. Pero me podía la curiosidad, y no conseguía hacerme a la idea de abandonarlo todo allí sin más ni más. Me acomodé en el asiento trasero del 4L, donde era completamente invisible, y me envolví en el saco de dormir que había traído conmigo a propósito. El museo abría a las nueve, no tenía más que esperar. También me había traído un termo de café. Lo metí dentro del saco de dormir para que me hiciera las veces de bolsa de agua caliente. Hacía muchísimo frío, y era imposible encender la calefacción del coche sin revelar mi presencia. No había un alma viviente. En el silencio de la plaza, el ruido de la fuente hacía un estruendo ensordecedor.

El sabor del café y el frío del amanecer me recordaron mi primera mañana de caza con mi abuelo, en la que no me dieron permiso más que para llevar la escopeta. Había muchas sendas debajo de su casa, y una vez, por la mañana temprano, mi abuelo me llevó a ver pasar los jabalíes y los ciervos. Él fue el que me hizo probar el café por primera vez. En casa no me dejaban, aún era muy pequeño, mi madre no quería. Era fuerte y cálido, y me encantó desde el primer sorbo. Aquella mañana me descubrió el gusto por el café y la repugnancia por la caza: ver morir a un animal no era para mí. Después siguió una escena interminable con mi abuelo, que entendió que la había pifiado a base de bien, y que ya nunca más lo dejaría tranquilo.

Alguien salió de una casa, se dirigió hacia un coche aparcado en la plaza y lo puso en marcha. No se fijó en las cajas blancas sobre los escalones del museo. La ciudad se iba despertando poco a poco, y empezaban las idas y venidas por la plaza. Una segunda taza de café vino a recibir el alba. Un transeúnte subió por la plaza hasta la callejuela del museo y pasó a pocos metros de los escalones sin dirigirles una mirada. Mis temores eran exagerados, a todo el mundo le traía sin cuidado. Se me empezó a hacer largo el tiempo. Una tercera taza de café se hizo eco de las ocho campanadas que sonaron en la catedral. ¿Por qué no venía a abrir la empleada de la taquilla? A lo mejor hoy era el día de cierre del museo. Pero no podía ser, lo habíamos verificado en internet.

Mientras me hacía todas aquellas preguntas, pasó una figura rolliza

que reconocí al instante. Era el señor Gardiol, el conservador del museo. No había cambiado prácticamente desde mis trece años, cuando hice con él las prácticas en el instituto. Era un hombre de escasa estatura, un poco paticorto, bajo y fornido, bien entrada la cincuentena, con un enorme bigote blanco que hubiera hecho las delicias de Jean Ferrat y cejas a juego.

Caminaba tranquilamente, hasta que vino a tropezarse con los peldaños de la escalera. Contempló las cajas blancas, inmóvil y en silencio. Sin duda se preguntaba si estaban destinadas al museo o si se trataba de desechos que algún gamberro había dejado allí abandonados. Debió de inclinarse por la segunda opción, porque sorteó las cajas, subió uno a uno los peldaños y se enfrascó en algo frente a la puerta del museo. Buscó la llave en el bolsillo, abrió y desapareció en el interior. La cosa no iba nada bien, con aquello no habíamos contado. Ni por un momento se nos pasó por la imaginación que las cajas quedarían huérfanas y abandonadas a su suerte hasta que se las llevara el camión de la basura.

Pasó un rato que me pareció una eternidad. ¿Había ido a dejar sus cosas en su despacho? ¿A llamar a la policía? A saber. De pronto, volvió a asomar la cabeza. Abrió la primera caja y miró dentro con desconfianza. Empezó a abrir cuidadosamente el plástico de burbujas y sacó una primera trompa. Era como un niño desenvolviendo su regalo de Navidad, quitándole delicadamente el papel de regalo para no correr el riesgo de romper lo que hay dentro. Desde las profundidades de mi saco de dormir, con el café caliente entre las manos, me sentía como un padre mirando a su hijo abrir su regalo, esperando que le gustara y que lo apreciara en toda su valía. Sacó la trompa y la levantó, poniéndola a la luz del sol para verla mejor. Tras unos estoicos segundos de examen estático, el señor Gardiol hizo ademán de retroceder. Sus neuronas acababan de establecer la relación entre lo que tenía en la mano y sus primas lejanas que dormían en las vitrinas del segundo piso.

Depositó la trompa en la acera delicadamente, se incorporó y miró a su alrededor. Debía de sentirse observado. A lo mejor presentía que el Santa Claus de aquella noche de diciembre no podía andar muy lejos, y que aún no se había marchado en su trineo. Escrutó la plaza con un movimiento circular muy lento, buscando con la mirada la huella que el asesino deja siempre en la escena del crimen. Primero las paredes de la catedral. Luego la vitrina de la biblioteca municipal. Por último, la fuente y los coches aparcados a su alrededor. Sentí su mirada resbalando por las carrocerías, intentando penetrar en la oscuridad de los habitáculos. El frío se coló en mi saco de dormir y me cortó la respiración. La fuente había dejado de hacer ruido alguno. Cada segundo se hacía interminable: hubiera dado tiempo a matar un

cerdo a besos. Los latidos de mi corazón retumbaban en las paredes de la taza de café. El señor Gardiol recorrió la plaza con la mirada, desde las casas hasta lo alto de la colina Saint-Michel. Por fin, se acabó. El oxígeno me volvió a los pulmones, llenando el gran vacío que había dejado. Ahora el conservador estaba desembalando las trompas una tras otra, poniéndolas en fila sobre la acera, entre la excitación y la desconfianza. Los habitantes de Apt ya estaban empezando sus actividades cotidianas, yendo de aquí para allá. Pasaban junto al señor Gardiol sin sospechar la historia que estaba teniendo lugar, pero este apenas los veía. Llegó al sobre, que abrió como una carta llegada por correo, y se quedó un instante pensativo delante de nuestro mensaje.

Apareció una transeúnte y empezó a decirle algo. Reconocí a la chica que trabajaba en la recepción del museo, era la que me había dado la entrada cuando lo visité en septiembre. El señor Gardiol le respondía, haciendo amplios gestos en el aire con los brazos y enseñándole con el dedo las trompas, las cajas, y luego otra vez las trompas. Ella lo escuchaba. Hablaron aún un minuto más y luego se pusieron a meterlo todo en el museo. El señor Gardiol recogió la última caja, echó una postrera ojeada a la plaza, subió los escalones y cerró la pesada puerta tras de sí. Me quedé un rato más en el asiento trasero del 4L. A lo mejor el señor Gardiol estaba atisbando tras una de las ventanas del museo, intentando aún descubrir quién le estaba tomando el pelo.

16. DESÈMBRE, A LA ESPERA DE LOS ACONTECIMIENTOS

Un pin fai un pin, un aglan fai un roure.
(Un pino da un pino, una bellota da un roble).

Aparqué el 4L del señor Sécaillat bajo el chopo, junto a su masía. No estaba, me había dicho que tenía que ir a la cooperativa. Al pasar junto a la fuente, se oía a la mujer-caliza gorgoteando en el fondo de su agujero. No pude resistir la tentación de bajar a contemplarla una vez más. Me agaché junto al reborde y metí la mano en el agua caliente. Después del frío de la mañana, aquel calor se agradecía.

En la gelidez de diciembre, la casa parecía deshabitada. El Húsar estaba desaparecido, y Blanche se había ido a trabajar. Me había dejado una nota pidiéndome que fuera a coger musgo para el belén. Hoy era Santa Bárbara: faltaban menos de tres semanas para Navidad, y si queríamos que se secase a tiempo era ahora o nunca.

El día de Santa Bárbara mis padres no solo iban a buscar musgo para el nacimiento, también plantaban trigo. Cada 4 de diciembre, metían en tres cuencos trigo o lentejas con unos algodones y un poco de agua. Estos brotes paganos siempre nos habían acompañado durante las fiestas de fin de año: se ponen en la mesa de Navidad el 24 de diciembre, para añadir un toque de verdor entre la cristalería y la loza. En el nacimiento, hacen las veces de juncos en las orillas del arroyo de papel de plata. Allí se quedan hasta que llegan los Reyes Magos, el 6 de enero, día de la Epifanía. Cuando llegaba la época de desmontar el belén, en febrero, nuestro padre se llevaba los brotes al invernadero del fondo del jardín, donde esperaban hasta la primavera, mientras pasaban la helada y las granizadas. Entonces los plantaba en un rincón de nuestro terreno cerca de Céreste, para incitar a los cultivos a renacer. Mi padre era el primero que se burlaba de todas aquellas historias de la abuela, pero aun así me parece que le estoy viendo ponerlos, mascullando para sí: «Quan lou blad vèn bèn, tout vèn bèn[44]».

Después de todas las emociones de aquella mañana, me entró una pereza tremenda, y la nota de Blanche me pesaba en la mano como si fuera de plomo. Me prometí que subiría a Banon por la tarde para ir a buscar el musgo. Me repantingué en el sofá y me eché sobre las piernas una manta que habíamos traído de Islandia. Volverse a dormir por la mañana es muy distinto de echarse la siesta. La siesta de la tarde es como hacer noche en un refugio en una excursión de dos días: hemos recorrido una buena parte del camino y hacemos una pausa reparadora para recuperar fuerzas. Echar una cabezada por la mañana es diferente. Es como empezar mal, como si te hubieras levantado con el pie izquierdo y para conjurar la mala suerte, no hubiera más remedio que volver a empezar el ritual desde el principio. No había hecho más que cerrar un ojo, y después el otro, cuando sentí un peso sobre los tobillos jugando a hacerme de bolsa de agua caliente. El Húsar había salido de sabe Dios dónde, dispuesto él también a acurrucarse de nuevo en los brazos de Morfeo.

17. PRIMERAS NUBES EN EL HORIZONTE

La bello plumo fa lou bel auceù.
(Las bellas plumas hacen bellos pájaros).

«Sorpresa de fin de año en el museo municipal». Sobre la mesa de la cocina se desplegaba el titular de *La Provence* del 21 de diciembre. Justo debajo había una gran fotografía de nuestras trompas, perfectamente alineadas, con el señor Gardiol y un oficial de la gendarmería en segundo plano. La noticia venía publicada a doble página.

El señor Sécaillat vino a traerme el periódico aquella mañana. Sus visitas se habían espaciado cada vez más desde que Blanche había vuelto de Japón. Seguí echándole una mano de vez en cuando, pero mi mujer arrugaba la nariz cada vez que iba, y de todas formas ya no quedaba gran cosa por hacer. El lobo había debido de olerse que la pastora había ido al pueblo aquel día, y había decidido asomar la punta del hocico.

—Hay novedades —pregonó desde el umbral tendiéndome el periódico. Tras él, unas gruesas nubes se acumulaban sobre el Mourre Nègre, la cima del Luberon. Era mala señal: quería decir que iba a llover ese mismo día. Dada la temperatura que hacía, quizás incluso quería decir que iba a nevar, vete a saber. Comparado con los años anteriores, aquel diciembre era más frío. Ya había nevado dos días antes, y aunque la nieve no hubiera aguantado más de un día, era excepcional. De niños, nuestras vacaciones de Navidad estaban salpicadas de largas sesiones de observación meteorológica a través de los cristales: cada treinta segundos le preguntábamos a mi padre si iba a nevar al día siguiente. Él observaba con aire misterioso las nubes sobre el Mourre Nègre y nos respondía que era muy posible. Nosotros mirábamos a nuestra vez, sin saber muy bien qué mirar en aquella bola de cristal ni cómo agitarla. No basta con querer para ser meteorólogo. Nieve durante las vacaciones de Navidad no la había habido casi nunca. Aunque si hubiéramos tenido dos dedos de frente, en vez de pedirle a nuestro padre que mirara en su bola de cristal, le

habríamos pedido que nos llevara a Lure. La montaña de Lure está a una hora de aquí, y tiene una pequeña estación de esquí en la cima, perfecta para tirarse en trineo y hacer bolas de nieve.

Antes de ayer, cuando cayeron los primeros copos, me precipité como un niño para ver la fuente. El señor Sécaillat había hecho un trabajo impecable, como de costumbre. Ahora los alrededores estaban limpios como una patena. Había desaparecido toda traza de excavación, escombros o lo que fuera. Se accedía a la fuente por una escalerita de piedra. Ya no se parecía en absoluto a una excavación clandestina, sino a un lavadero, como los que se ven en la entrada de los pueblos. El pilón y la cara de la mujer-caliza se mimetizaban con el paisaje como si siempre hubieran estado allí.

Un bello rectángulo blanco la rodeaba, y del centro se desprendía vapor de agua. Blanche había venido conmigo. Me hacía gracia observarla: aunque odiara todo lo que tuviera que ver con la excavación, era incapaz de refrenar su interés por los manantiales, los *spas*, el bienestar corporal y todas esas bobadas. Hasta ahora se había hecho la remilgada, como el zorro de Saint-Exupéry, que quería que lo domesticaran. Al principio te ignora olímpicamente y viene a llevarse la comida por la noche, cuando la has dejado allí y te has ido, cansado de esperar a que se decida. Unas semanas más tarde consigues observarlo, apostado a una decena de metros, cuando viene a birlar su comida. A fuerza de perseverancia, metro a metro, día tras día, te vas acercando. Un día, acepta comer en tu presencia. Lo mejor de la historia es ver todos los aspavientos que hace el zorro. Se tumba en el suelo, gime, da chillidos, se martiriza, como para hacerse perdonar el haber abandonado su instinto animal.

Con Blanche pasaba exactamente lo mismo. Se hacía la estrecha, jamás decía una palabra sobre la excavación, no mostraba por ella más que indiferencia, pero se había aferrado al pretexto de la nieve para venir a ver la fuente.

—¡Diantre! La cosa se está poniendo seria —le respondí al señor Sécaillat invitándolo a pasar. Le ofrecí un café y abrí un paquete de galletas de mantequilla, por guardar un poco las formas.

No me esperaba que la prensa se hiciera eco de nuestra historia. Los dos confiábamos, un poco ingenuamente, debo reconocer, en que el asunto se archivaría sin más: nos equivocábamos. Estaban todos revolucionados. El periodista explicaba en un suelto que las cerámicas galas habían sido depositadas de manera anónima a la entrada del museo y que procedían de una excavación ilegal. Según el señor Gardiol, las trompas databan del siglo III antes de Cristo, de la época de los álbicos, es decir, mucho antes de la conquista de las Galias por Julio César. Esta no se había producido hasta dos siglos después.

Calificaba nuestros hallazgos de extraordinarios, ya que los testimonios del pasado de la región anteriores a la invasión romana eran escasos.

«Es pura y simplemente excepcional —se enardecía el señor Gardiol—. Sabemos que la región era el país de los *álbicos*, una federación de tres tribus: los albienses de la meseta de Albion, los vulgientes de los alrededores de Apt y, por último, los vordenses de las estribaciones de los montes de Vaucluse. Tenemos muy poca información sobre ellos, sobre todo del periodo anterior a la colonización romana. Los romanos destruyeron Apt un siglo antes de Cristo. Casi todo lo que sabemos es del periodo galorromano, cuando, cien años más tarde, Julio César, cuando se dirigía a conquistar las Galias, remodeló la ciudad dejándola tal como la conocemos. El fondo de objetos de cerámica depositado ante nuestra puerta es de una riqueza excepcional, tanto por su datación como por su cantidad. Constituye una ocasión única para averiguar un poco más sobre los *álbicos*, cómo y dónde vivían, más concretamente.»

De nuestro brillante trabajo de restauración no se decía una palabra. Sin duda, las necesidades de la investigación requerían que ciertos elementos se mantuvieran en secreto. O bien el señor Gardiol prefería no pronunciarse sobre nuestra labor de gougnafier[45].

«Lo más triste es que para nosotros todos estos objetos están mudos —continuaba el conservador—. No sabemos de dónde vienen, ni siquiera si los han encontrado en la región. Falta todo lo que puede aportarnos el emplazamiento de la excavación: el porqué y el cómo llegaron allí estas cerámicas, cómo vivían los *álbicos* en aquella época.»

A continuación, el gendarme exponía las razones por las cuales las cerámicas habían podido ser depositadas a la entrada del museo:

«Lo más probable es que una empresa de construcción haya encontrado los restos haciendo unas obras, y no lo haya declarado. Vamos a examinar minuciosamente las licencias de obra concedidas en la región y acabaremos encontrándolos. Quizás no sea demasiado tarde: a lo mejor los vestigios aún están accesibles, así que invito a nuestros arqueólogos aficionados a que se manifiesten con la mayor brevedad posible.»

El periodista repasaba las penas a las que se exponían los autores de los hechos e invitaba a quienes pudiesen tener información sobre el asunto a ponerse en contacto con la gendarmería. Era un poco burdo, pero podía funcionar, quién sabe. El señor Sécaillat me miraba con ojos de mendicante. Sus ojeras eran subtítulos en los que se leía:

—¿Entonces? ¿Cómo lo ve?

—La verdad, me parece buena señal. Si acuden a la prensa, eso significa que no tienen ninguna pista. Y si tiran de las licencias de

obra, mejor aún, por ese lado no tenemos nada que temer. Si no hacemos nada, estamos tranquilos.

Me levanté para hacer un segundo café. Blanche había puesto en la barandilla de la terraza margarina, pipas de girasol y migas de pan para ayudar a los pájaros a pasar el invierno. Por delante de nuestras ventanas desfilaba todo lo que había en el Luberon en materia de emplumados y ladronzuelos. Entre las agasses[46] y los arrendajos, nuestro balcón tenía un ambiente entre comedor social y batalla campal. A veces conseguíamos espiarlos a través de los postigos entornados, y entonces teníamos el placer de observar al carbonero común, al jilguero lúgano o a la alondra totovía.

Esta vez, una pareja de carboneros había decidido sentarse a la mesa: uno se ponía las botas mientras el otro montaba guardia sobre las ramas, oteando a derecha e izquierda. Era para preguntarse cómo se repartían los papeles: quizás el que tenía más hambre era el primero en servirse y dejaba al otro a cargo de la vigilancia si quería que le tocase algo la próxima vez. El carbonero común vive todo el año en el Luberon, pero por algún extraño motivo que nunca conseguí explicarme, desde nuestra ventana solo se ven en invierno. Me imaginaba a esas arlesianas maquillándose en su nido las mañanas de invierno, delante de un espejo oval, antes de venir a desfilar frente a nosotros. Un poco de base de maquillaje color alabastro, para que destaque el rímel negro de sus ojos ahumados. En los largos cabellos recogidos en un moño, bien a la vista, una pañoleta azul a juego con el pico. Un bolero blanco de encaje de Montmirail cubre delicadamente la parte superior de sus alas, por encima del largo chal azul ultramar que les ciñe el busto. Ya no tienen más que ponerse un hermoso vestido de satén ocre amarillento, bien ajustado en la cintura, para salir a causar sensación entre los jilgueros y los bulliciosos escribanos.

Entre la legión de tímidos enamorados se encontraba el Húsar, que ignoraba olímpicamente *La Provence* abierta sobre la mesa y no tenía ojos más que para aquellas arlesianas. Con los ojos como platos, seguía su desfile medio hipnotizado. No suspiraba, pero de vez en cuando emitía un pequeño ruidito, apenas audible más allá de la punta de sus bigotes. No era un maullido normal, era casi un chillido de ratón, procedente de las profundidades de su garganta y de la noche de los tiempos.

De pronto oímos el ruido de la puerta de entrada, seguido de unos pasos, y Blanche apareció en la cocina. Tenía *La Provence* bajo el brazo, y un aspecto furibundo.

—¡Hombre, mira tú por dónde, pero si son los aventureros de la fuente perdida! —nos lanzó de sopetón. Hubiera querido tirarnos el periódico a la cabeza, pero se contuvo. Por muy delincuente que

fuera, el señor Sécaillat seguía siendo un invitado, y como tal gozaba de inmunidad diplomática. Sintiendo llegar la tormenta, los carboneros habían desaparecido. También el Húsar, sin que nadie lo viera, había tomado las de Villadiego.

Para mi gran sorpresa, el señor Sécaillat repitió con resolución lo que nos acabábamos de decir: que aquel artículo era buena señal, que los investigadores no tenían ninguna pista a la que hincarle el diente y que no había razón para inquietarse más de la cuenta. Cuando terminó, nos quedamos todos callados un instante. Mi mujer no quería reconocer su derrota antes de tiempo. Al final, el señor Sécaillat rompió el silencio cambiando de tema.

—He venido a invitarlos a cenar en Nochebuena. No sé si tenían algo previsto, pero Mireille y yo estaremos solos, así que los invitamos con mucho gusto —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—Es muy amable por su parte, pero habíamos previsto celebrarlo en familia. La hermana de Blanche viene a pasar las fiestas con nosotros un año sí y otro no —le contesté.

Me sorprendió mucho aquella invitación, que llegaba de manera tan inesperada. Pero no me estaba inventando una excusa para eludirla: era la pura realidad.

—¿Por qué no vienen ustedes a cenar con nosotros? No van a pasar la Nochebuena los dos solos —objetó mi mujer.

Aquella proposición era completamente improvisada, pero tenía el mérito de darle la vuelta a la tortilla. Jamás nos habíamos preocupado por cómo pasaban la Navidad nuestros vecinos. Habíamos supuesto que tenían familia, potenciales amigos, pero nunca nos habíamos interesado por ellos de verdad. Sentí una mezcla de culpabilidad y vergüenza. Desde que murió su hijo, el señor Sécaillat había debido de pasar las Navidades bien solo, con su mujer codeándose con las hadas. La verdad es que vivíamos a doscientos metros de su casa y que habríamos podido invitarlos antes, pero nunca, lo que se dice nunca, se nos había pasado por la cabeza.

Le seguí la corriente a Blanche y secundé su propuesta, no por quedar bien, sino porque me sentía la mar de culpable. Claro que sí, era una idea estupenda, y no, por supuesto que no, qué nos iba a molestar, en absoluto. Me acordé de mi madre, que en Navidad siempre ponía un plato de más en la mesa: era el plato del pordiosero, por si alguien llamaba a la puerta aquella noche. Nunca vino nadie, y el plato nunca llegó a usarse. Quizás esta vez le iban a dar uso los Sécaillat. El señor Sécaillat nos dio las gracias por la invitación y aceptó con mucho gusto.

Se marchó saludando educadamente, con su *Provence* debajo del brazo. Fuera se había reanudado el desfile de carboneros, con el Húsar en primera fila.

18. LOU GROS SOUPA

Cacho-fiò, / bouto-fiò, / se noun sian pas mai, / que noun fuguen pas mens.
(Danos el fuego, / Tronco de Navidad, / que no seamos menos / si no somos más).

En la Provenza, la Navidad es uno de esos rituales que nada en el mundo puede cambiar. Tanto ayer con mis hermanos como hoy con Blanche, es como si ese día el tiempo se hubiese detenido, inmutable. Todo empieza el 24 por la tarde: es la calma antes de la tormenta, una sabia mezcla de actividad e inactividad. Actividad porque van a llegar los invitados de por la noche, todo tiene que estar listo y, precisamente, nada está listo. Inactividad porque es invierno y hace frío, uno está un poco resfriado y en la tele solo ponen dibujos animados.

Después de comer, mi padre se echaba la siesta, por aquello de coger fuerzas antes de la batalla en la cocina, donde mi madre ya lo estaba esperando a pie firme. Andréas, mi hermano mayor, había escogido su bando y la ayudaba a preparar los pestiños, aprovechando de paso para probar uno o dos. Yo me quedaba con Franck en el comedor, intentando birlarle a mi padre el mando de la tele mientras dormía, derrochando grandes dosis de ingenio para no despertarlo y poder cambiar a *Las misteriosas ciudades de oro*.

Una vez, solo una, habíamos quebrantado ese ritual. Nuestro padre, impulsado por una repentina necesidad de ejercicio, nos llevó a los tres a la cima del Mourre Nègre. Cansado de oírnos lloriquear por la nieve el día entero, pensó que podría utilizar el buen tiempo a su favor, sacar partido del cielo azul y llevarnos a ver el mar desde la cima. El mar lo vimos, cierto, pero volvimos los tres con una fiebre de cuidado: a mi padre le cayó un rapapolvo tremendo y la excursión del día de Navidad quedó en una aventura que nunca llegó a convertirse en tradición.

La siesta de mi padre me hacía mucha gracia cuando era pequeño, pero desde entonces he seguido su ejemplo con entusiasmo. Puse un buen tronco en la chimenea, el tocón de un cerezo que el mistral había

arrancado de cuajo la primavera pasada y que habíamos guardado todo el año para el *cacho-fiò*, y le añadí tres buenos manojos de sarmientos para que prendiera. Cinco años de *boy scout* me han proporcionado una gran afición por las salchichas chamuscadas y una técnica imbatible para encender un fuego. Lo primero es coger tres o cuatro hojas de papel de periódico, hacerlas una bola y formar con ellas una pequeña pirámide. Alrededor se construye con los sarmientos de vid un tipi de unos quince centímetros de alto. Lo sarmientos son perfectos para este fin: prenden enseguida y tardan mucho en consumirse. Después se ponen dos troncos apoyados sobre el tipi: uno tumbado en el suelo y el otro vertical. El primero sirve de protección, el segundo proporciona un horizonte a las llamas, les pide que se estiren cuan largas son para conseguir algo que comer.

En el fondo de la chimenea, mi tronco de cerezo esperaba a que las llamas alcanzasen su altura y vinieran a lamerlo. No soy supersticioso, pero siempre es buena señal cuando el *cacho-fiò* de Navidad prende bien, sin tener que volver a empezar cuarenta veces. No hay relación causa-efecto, pero qu'e se noun sian pas mai, que noun fuguen pas mens[47]. Unas crepitaciones secas empezaron a restallar en el hogar: sorprendentes al principio, se iban volviendo familiares, como el tictac de un viejo despertador sin el cual no somos capaces de conciliar el sueño. (Cuando te regalan un despertador, la primera noche es una pesadilla, y el despertador acaba en el salón. Diez años después, estás dispuesto a pagar una fortuna para repararlo, porque eres incapaz de dormir sin él). Las llamas rojas y azules que nacen y van creciendo a medida que lamen la madera son un espectáculo del que no me he cansado nunca. Es siempre la misma película, que podría ver una y otra vez, cientos de veces. Al principio son solo unas llamitas que intentan mordisquear tímidamente el papel de periódico. Un soplo de viento bastaría para reducir a la nada tus esfuerzos, para que todo se apague y te encuentres contemplando un astro muerto. Pero si sabes cómo hacerlo, si sabes fruncir los labios y hacer pasar por ellos la ilusión de un soplo de vida, quizás tengas una oportunidad. Hay que soplar sobre las brasas para que prendan. El tipi se convierte en pira y empieza su carrera en la Inquisición: las llamitas se convierten en verdaderas llamas, aunque pequeñas. Todavía están en la pubertad, y son un poquito melindrosas: ponen todo su empeño en morder la madera, pero a la primera desilusión corren de vuelta al tipi, a refugiarse en el hogar. Allí se reconstruyen y parten de nuevo, poco después, al asalto del cerezo. Este cruje y silba frente al Húsar, que se abandona, con el garigou[48] al aire delante de las llamas, más feliz una perdiz.

Me desperecé en el sofá y le dije al Húsar que ya era hora de activarse un poco. Blanche había terminado los pestiños y estaba

preparando los cardos. Los pone todas las Navidades, seguramente porque es un plato típico provenzal. Serán todo lo provenzales que quiera, pero son un asco. No saben a nada, tienen un color desvaído, están llenos de filamentos, no hay quien los mastique y menos quien los trague. Todos los años, mi mujer se las ve y se las desea para encontrarlos, pero no por ello se desanima. En los supermercados no los tienen, pero los sábados por la mañana hay una vieja en el mercado que los vende. Total, que todas las Navidades tocan cardos, supuestamente para complacer a los invitados, incluido yo.

—Estoy terminando con los cardos. Si puedes empezar a preparar el jabalí… —fue la bienvenida que me recibió cuando entré en la cocina.

El jabalí se lo habíamos pedido a Sylvère, un antiguo amigo del instituto, además de gran cazador, en el que confiábamos desde hacía años. Sylvère nunca te daba un sí rotundo: le pedías tal animal para tantas personas y te respondía que lo intentaría, pero que iba a depender de lo que se pusiera por delante del cañón de su escopeta. Solo se comprometía a proporcionarte un trozo de carne suficiente para el número de personas que le habías pedido.

El cañón de su escopeta había tenido encuentros afortunados entre Gordes y Murs, no muy lejos del Mourre Blanc. Sylvère se había cruzado con una pequeña familia de jabalíes: cuatro rayones, sus padres y un tercer compinche, quizás el cuñado. En resumen, dos días antes me había entregado un buen jamón de cuatro kilos.

En cuanto al primer plato, discutimos durante un buen rato hasta decidirnos por una tríada, un plato combinado de tres aperitivos: buñuelos de flor de calabaza, caviar de berenjenas y alcachofas rellenas de rabasse[49]. Si no era suficiente, que los invitados se desquitaran con el jabalí. Estos tres entrantes eran de mi abuela, que nos los ponía a menudo. Se suponía que eran fáciles, pero no los había hecho nunca. Esto en sí mismo ya es un error: la primera vez que preparas una receta vale más estar en *petit comité* para no tener que apurar el cáliz en público si el vino se vuelve vinagre. Pero en el libro de cocina de mi abuela no parecía tan complicado. Era enternecedor ver su letra: anotaciones salpicadas entre una receta de *gratin dauphinois* y otra de *clafoutis*, proporciones que había corregido, tiempos de cocción que había prolongado. Además, hubiera debido leerme bien las recetas antes: para los buñuelos, la masa debía reposar por lo menos dos horas. Tenía que ponerme a ello inmediatamente si quería poder servirlos. Con el caviar de berenjenas, mi abuela no me tenía preparada ninguna encerrona: sobre el papel todo era tal como lo había imaginado. Era fácil, e iba a estar bueno.

—Por fin he acabado con los cardos. Iba a hacer más, pero estoy agotada, así que lo dejamos así. Habrá que completar con un poco de

espelta, acompaña muy bien el jabalí —me dijo Blanche.

—Sí, tienes razón, vale más tener dos guarniciones que una sola —le respondí, encantado por el cariz que tomaban los acontecimientos.

—Si no necesitas ayuda con los entrantes, me voy a preparar la mesa —añadió Blanche, yéndose para el comedor.

Me faltaban por hacer las alcachofas rellenas. Mi abuela no las ponía de entrante, sino de guarnición, pero para el caso servirían igual. No suelo hacer alcachofas, no me apaño bien con ellas. Habíamos decidido hacer una versión de lujo de la receta y añadirle rabasse mezclada con quesitos de cabra de Banon. Me daba miedo que el sabor del relleno se diera de tortas con el de la alcachofa, pero, bueno, el que no se arriesga no pasa la mar.

Había ido al mercado el sábado anterior, a comprarla en la Place de la Bouquerie. Comprar rabasses en Apt es como comprar marihuana en Marsella. Se venden de extranjis, aunque todo el mundo está al corriente, y hay tíos con los bolsillos rebosantes de dinero en efectivo. Al lado de la fuente de la plaza están los vendedores, con el maletero de la furgoneta abierto y una riñonera alrededor de la cintura. Vas a verlos y les dices cuántos invitados tienes, o si eres un especialista, le pides directamente los gramos que quieres. A más de mil euros el kilo, más te vale no equivocarte. El tipo hace como que se devana un poco los sesos, pero no es más que un paripé: sabe exactamente todas las trufas que tiene y, como no quiere cortarlas, ya ha pensado cuál es la que más te conviene y el precio. Se da la vuelta y logras vislumbrar la cueva de Alí Babá: el maletero está lleno de cajas, y en cada una de las cajas hay bolas de papel de periódico arrugado, y en cada bola de papel de periódico hay una trufa. Encuentra la tuya, te la enseña y le das la cantidad en metálico. Mete el dinero en la riñonera, y en ese breve instante consigues entrever un montonazo de billetes, prueba de que el negocio va bien.

Corté en láminas finitas mi diamante negro. Daba un poco de impresión saber que tenía entre los dedos tanto dinero, y que más me valía no pifiarla. Rellené las alcachofas hasta el borde y puse luego dos laminitas de trufa en cada una. Habíamos contado una alcachofa por persona.

Eso era todo, pero estaba para el arrastre. Lo más agotador es el miedo a cagarla irremediablemente unas horas antes de que lleguen los invitados. Me reuní en el comedor con Blanche, que estaba terminando de poner la mesa. Había puesto tres manteles superpuestos, dos de color amarillo dorado separados por uno azul lavanda. La diagonal azul lavanda hacía juego con nuestra vajilla, del mismo color. Blanche puso el toque final en el centro de la mesa, con los tres cuencos de trigo del día de Santa Bárbara. Había crecido bastante, cosa de un palmo, buena señal para los tiempos venideros.

Los invitados ya podían llegar.

19. LA CUARTA MISA

¡Tilín, tilín, tilín! ¡Tilín, tilín, tilín! De prisa, de prisa…
Cuanto antes acabemos, antes nos sentaremos a la mesa.

ALPHONSE DAUDET

-¿Quieres ir a la misa del gallo, o intentamos ir a la de por la tarde? —me preguntó Blanche.

—No sé si los Sécaillat van a la misa del gallo. Además, tu sobrina va a tener frío —le respondí.

Todos los años era el eterno debate. Había misa del gallo en la catedral de Apt. La tradición está muy bien, pero choca con realidades no negociables. Para empezar, requiere tener la voluntad suficiente para abandonar la mesa de Nochebuena antes del tronco de Navidad[50] y de los regalos. No era moco de pavo. En la época en que la cena de Nochebuena era escasa y tu regalo una única naranja, como tantas veces nos había repetido mi abuela, debía de ser más fácil. Hoy en día no era lo mismo. Está la temperatura. Hace un frío helador en esa catedral. Hay que llegar pronto, con la esperanza de poder sentarse cerca de uno de los radiadores, tan escasos como ineficaces.

En cambio, Saignon es una pequeña parroquia al pie de las Claparèdes que tiene, por su parte, la doble ventaja de poseer una iglesia minúscula, fácil de calentar, y una misa de Nochebuena a las seis de la tarde. Añádele un belén viviente, y tendrás una palabra de Dios mucho más atractiva. Había un montón de gente, un rebaño de ovejas descarriadas que debían de haber hecho el mismo cálculo que nosotros. Vimos algunos rostros conocidos: por aquí nuestro antiguo profesor de geografía e historia del instituto, por allá la hija del cartero, que se había hecho mayor y ahora trabajaba en la cooperativa.

Entraron los niños del coro, seguidos de los pastorcillos y de unos María y José que no levantaban tres palmos del suelo. Para el Niño Jesús, la mula y el buey, habían echado mano de una muñeca y dos grandes peluches. El cura empezó la lectura de los Evangelios. Era viejo y estaba ya un poco cascado, y casi no se le oía: la gente se miraba en silencio, con cara de estar pensando: «No le entiendo ni

torta, ¿y tú?». Lo que me hizo acordarme de las tres misas del cuento de Daudet, y de mi jabalí. Lo había dejado cocinándose a fuego lento y estaba un poco preocupado, tanto por la casa como por el riesgo de que se pegara al fondo de la cacerola.

Cuando estaban pasando el cepillo me di cuenta de que no había avisado a Blanche de que la señora Sécaillat padecía de alzhéimer. Tendría que decirle algo antes de que llegaran los invitados. Empecé a considerar con aprensión aquella cena, en la que se iban a reunir personas tan diferentes.

Además de los Sécaillat estaría Albane, mi cuñada, madre soltera y urbanita convencida de Aix-en-Provence, que veía el Luberon como lo veían desde París. Mucho Pagnol, un poco de Giono, chalés y piscinas. Estelle, su única hija, también estaba incluida. Acababa de empezar el instituto. Cuando era niña teníamos muy buena relación, la llevaba a construir cabañas al bosque de los cedros, pero la adolescente se había distanciado. Se ve que soy mejor cortando cuerdas con la navaja para atar ramas que comentando las últimas tendencias en maquillaje.

Blanche me miró con una gran sonrisa: debía de ser el momento de darse la paz. Cuando te das la paz pasa un poco como cuando te cuelas en una fiesta de Nochevieja: a las doce y un minuto estás dándote besos con gente a la que no conoces de nada. En Nochevieja es un poco más fácil, porque la concentración de alcohol en la sangre ayuda, pero en misa es más difícil: tiendes la mano, pero siempre hay alguien dispuesto a darte dos besos. Mi mujer me ofreció la paz de Cristo, que acepté gustoso, esperando que incluyera al señor Sécaillat y a la mujer-caliza. El cura terminó la misa recordando los horarios de las misas de enero y los funerales y bautizos previstos para la semana siguiente.

Cuando volvimos, el Húsar nos estaba esperando sobre el felpudo, erguido sobre sus botas como un general que pasa revista a sus tropas antes de lanzar sus fuerzas a la batalla. Llegábamos justo a tiempo, los invitados estaban al caer.

20. EL SUEÑO DEL RAVI[51]

Breve sueño es cuanto place al mundo.

PETRARCA

Los Sécaillat llegaron los primeros. Alguien llamó a la puerta, y la que fue a abrir fue mi mujer. Yo estaba ocupado con la chimenea, pinchando el tronco de cerezo para sacarle brasas y avivar el fuego. Blanche no conocía a nuestra vecina, y oí al señor Sécaillat hacer las presentaciones en la entrada. Al oírlo, me di cuenta de que se me había pasado hablarle a mi mujer del estado de salud de la señora Sécaillat y decirle que me tomaba todo el tiempo por Gens, su hijo desaparecido. Alguien se iba a llevar un buen tirón de orejas después de la cena.

Pasaron los tres al comedor y los invité a tomar asiento. Habían traído una botella de Châteauneuf-du-Pape, que iría de maravilla con el jabalí. La señora Sécaillat se fijó en nuestro belén y se inclinó para contemplarlo mejor. No había visto el suyo, pero, aunque esté mal que lo diga, sabía que el nuestro se salía de lo común. Mi madre había coleccionado figuritas de belén durante toda su vida, y todas las Navidades le regalábamos una, cuidadosamente seleccionada en función de los detalles del traje o la expresión del rostro. La señora Sécaillat reparó en el apicultor y el quesero, exclamando que este último se parecía a su marido. Nunca nos habíamos fijado, pero era cierto: era clavadito al señor Sécaillat. Cualquiera diría que había servido de modelo.

Llegó la hora del aperitivo. Teníamos licor de hisopo del que Blanche compraba en Sault, *whisky* japonés y el vino de nueces que me habían regalado los Sécaillat. En un intercambio de buenas maneras, mi vecino probó el *whisky*, y su mujer y yo nos servimos del vino de nueces. No hacía falta elogiárselo: la botella medio vacía después de solo tres meses hablaba por sí misma. Blanche se excusó y fue a hacer algo en la cocina. La señora Sécaillat me miró sonriendo:

—Te has buscado una chica la mar de mona, ¿eh? —dijo guiñándome un ojo.

Me quedé estupefacto, sin saber qué responderle. Otra vez se ponía

a hablarle a su hijo. No sabía si había decidido disimular delante de mi mujer y dar rienda suelta a su locura en privado, o qué. Aquello no tenía sentido. Le lancé una mirada interrogadora al señor Sécaillat, pero lo salvó la campana: volvían a llamar a la puerta. Eran mi cuñada y su hija. Estaban ateridas y las hicimos entrar rápidamente, a ellas y su equipaje. A mi cuñada Albane le daba pánico conducir de noche por las hoces de Lourmarin para volver a Aix, y prefería quedarse a pasar la noche. Habían traído el tronco de Navidad, con el sempiterno comentario de todos los años: no hacía falta meterlo en la nevera, con dejarlo fuera en la terraza bastaba. Mi sobrina Estelle había crecido una barbaridad desde la época en la que le hacíamos fiestas de pijamas. Se estaba convirtiendo en el vivo retrato de su madre. A su padre no lo conocí, se largó cuando nació ella. Ni siquiera sé si ella lo había visto alguna vez. Iba a cumplir quince años.

Mi mujer volvió de la cocina para recibirlas e hizo las presentaciones, que fueron rápidas. En cuanto estas concluyeron, madre e hija fueron a acurrucarse delante de la chimenea, donde mi *cacho-fiò* ardía a más y mejor.

Blanche nos invitó a todos a sentarnos a la mesa. El señor Sécaillat estaba en plena charla con Albane, explicándole la influencia de la luna sobre los cultivos y sobre la naturaleza humana. Decía que cortándose el pelo en función de la luna se ahorraba como mínimo una visita al peluquero por año. Estaba empezando a contarle por qué «cuando mengua la luna no siembres cosa alguna», cuando Blanche le hizo a su hermana una señal para que continuaran la conversación en la mesa.

Por una vez no habíamos pensado en cómo colocar a los invitados. Cada uno se sentó donde quiso, y estuvo muy bien así. Mi sitio ya estaba previsto, a la cabecera de la mesa y al lado de la puerta de la cocina. Sería más práctico para ir a buscar los platos sin tener que molestar a todo el mundo. Blanche se sentó a mi derecha por la misma razón. Luego venía su hermana Albane. Mi sobrina estaba sentada del lado opuesto, enfrente de mí, presidiendo la mesa. Luego venían el señor Sécaillat y su mujer. Como en un juego de sillas musicales al revés, entre la señora Sécaillat y yo había un último plato, el del pordiosero. Si alguien venía a llamar a la puerta aquella noche, estábamos listos para recibirlo.

La casualidad había hecho las cosas bien, porque el señor Sécaillat y mi cuñada parecían llevarse a las mil maravillas y, sentados uno frente al otro, continuaban su conversación lunar.

—¿Así que han encontrado un manantial en su terreno, me ha dicho mi hermana? —le espetó Albane al señor Sécaillat.

Fue como si me hubiera caído una cuchara de plomo encima del

dedo gordo. El señor Sécaillat me miró con una mueca de escartefigue[52]; miré a mi mujer, que clavó los ojos en su corazón de alcachofa. No podía ser. No daba crédito a mis oídos. Estaba convencido de que estábamos todos ligados por el secreto de los culpables, el que te une una vez cometido el crimen, inventadas tus coartadas y selladas tus varias versiones de una vez por todas. Pero nada más lejos de ello: Blanche era una auténtica chivata, nos había delatado. Claro que su hermana no era de la policía, formaba parte de nuestro primer círculo, aunque viviera del otro lado del Luberon, en la ciudad, dicho sea de paso. Pero un secreto divulgado ya no es un secreto, es un jersey que empieza a deshilvanarse, y antes de que te des cuenta estás desnudo.

El señor Sécaillat me miró, sin saber muy bien lo que pensar, preguntándose si yo sabía que ella sabía, o si estaba *in albis*. Mi cuñada había dicho algo sobre una fuente, pero nada sobre la mujer-caliza. ¿Hasta qué punto se había desvelado el secreto? ¿Qué le había dicho Blanche exactamente? El señor Sécaillat cogió una tostada de caviar de berenjena, le pegó un buen bocado y la masticó concienzudamente mientras preparaba su respuesta. Alrededor de su plato, constelaciones de migas de pan se lanzaron al asalto del mantel. Él las barrió con un gesto de la mano, reagrupando aquel polvo de estrellas en una vía láctea bien recta.

—Oh, un manantial es mucho decir. Es solo un venero, un chorrito de agua, fino como la palma de la mano —respondió el señor Sécaillat haciéndose el modesto e inventando, como buen campesino, mentiras para encubrir la verdad. Albane no reaccionó: o bien estaba esperando a ver por dónde salía el señor Sécaillat, o bien no sabía nada de la mujer-caliza. Prometí mentalmente poner una vela en la iglesia por que fuera lo segundo. Aunque delante de Blanche procuraba que no se me notara, el hecho de que la policía hubiese metido las narices en el asunto me había tenido preocupado aquellas últimas semanas. Tener que lidiar con un puñado de cotorras no ayudaba.

—Quería usarlo para regar mis cerezos, pero el caudal no da para mucho. Este verano quería poner un gota a gota por las noches, para ayudar a los árboles a pasar la sequía —continuó.

—Pero ¿es potable, se puede beber? —preguntó Albane.

—Técnicamente sí. Pero tiene mucho hierro, es ferruginosa, como diría Bourvil[53]. No tiene muy buen sabor. Te parecería estar bebiendo de un charco de óxido.

—¿Y cómo la encontró? ¿Contrató a un zahorí? —preguntó Estelle.

—Apareció sola. Hubo una tormenta, se derrumbó un trozo de muro y empezó a manar. Lo más curioso es que hace unos buenos cuarenta años contraté a un zahorí y no encontró nada. Pasó a su lado por lo menos veinte veces, y su varita no se movió ni un ápice. O era

un zahorí muy malo, o todo eso de los zahoríes no son más que tonterías —concluyó nuestro vecino sirviéndose más vino.

Me tranquilicé un poco. Las preguntas que habían hecho Albane y Estelle mostraban que no estaban al corriente de toda la historia, y que la mujer-caliza les era desconocida. Como todo el mundo había terminado, recogí los platos y volví a la cocina para servir el jabalí.

—Te ayudo —dijo Blanche levantándose y cogiendo algunos platos.

—No, no, quédate sentada, no merece la pena —le respondí, totalmente consciente de su pequeña estratagema. Ella hizo oídos sordos, recogió los cubiertos y me siguió entre bastidores, lejos de la mirada del público.

El aroma del jabalí perfumaba toda la cocina. La espelta se había esponjado bien, no hacía falta más que escurrirla. Los cardos también estaban listos. Ligeramente gratinados, ya solo había que sacarlos del horno y servirlos en los platos.

—¡No me puedo creer que se lo hayas contado todo a tu hermana! Te has vuelto completamente loca. ¿Te das cuenta de lo que pasará si lo va diciendo por ahí, o si ve lo del periódico y ata cabos? ¡Eres una inconsciente, tendrías que haberme dicho que se lo habías contado! —le lancé a mi mujer, comenzando el inicio de las hostilidades.

—Bueno, vale, lo siento, ha sido más fuerte que yo. No sé qué pasó, me salió solo mientras hablábamos por teléfono. Tenía que desahogarme con alguien, me tenéis preocupada con vuestros trapicheos.

La puerta que nos separaba del comedor se abrió, poniendo fin a nuestro conciliábulo. Sentí una presencia deslizándose por mis pantorrillas: era el Húsar, que venía a ver lo que se tramaba entre bambalinas y por qué ese jabalí tardaba tanto en salir a escena. El director de orquesta tenía razón, los espectadores debían de estar empezando a impacientarse, eso suponiendo que no nos hubieran oído. Pusimos el estofado de jabalí en una hermosa sopera amarilla de porcelana de Apt que mi abuela había recibido como regalo de bodas, y que heredamos nosotros cuando murió, y la espelta en tres grandes cuencos azules, para que los invitados se los fueran pasando. Mi mujer cogió una pila de platos limpios, los cardos y su máscara de anfitriona perfecta, y regresó al comedor. Yo la seguí una primera vez con el jabalí y luego volví a buscar los cuencos de espelta.

El plato causó sensación y puso punto en boca: ya nadie dijo nada más. Me serví unos cardos por mantener la tradición y, francamente, estaban menos malos que de costumbre.

Hablamos de todo un poco, de esto, lo otro y lo de más allá, de lo

que hacía Estelle en el instituto y de lo que pensaba hacer más adelante. La señora Sécaillat tomaba parte en la conversación, haciendo preguntas de abuela solícita: para qué servía tal o cual programa académico, cuándo eran los exámenes, etc. Era impresionante: parecía que estaba completamente bien de la cabeza. Nadie hubiera podido imaginar, bajo ningún concepto, que hacía apenas un mes se quedaba mirando a las musarañas cuando le hablabas. En el fondo de sus ojos había una llamita que brillaba y que decía que sí, que de nuevo había alguien viviendo en el interior de su mollera.

—Está usted resplandeciente, señora Sécaillat —le dije mientras le servía un poco más de jabalí, viendo su plato vacío.

—La verdad es que sí. Y todo gracias a vuestra fuente de la eterna juventud, gracias a vosotros dos —respondió ella con una sonrisa pícara.

La miré estupefacto, sin entender qué quería decir. Un efluvio de silencio se arremolinó alrededor de la sopera. Blanche hizo sonar la sirena de niebla para disiparlo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Todos los días Paul me trae una botellita llena de agua de la fuente. Me bebo un vaso entero, con la comida —nos contó la señora Sécaillat.

—¡Pero está sin tratar! ¡Y sabe a rayos!

—Sí, pero es como el aceite de hígado de bacalao: en la boca está muy malo, pero para el cuerpo es muy bueno. Al principio tuve que hacer un esfuerzo, pero la verdad es que ahora me he acostumbrado y entra sola. Me da hierro, y vigor, que buena falta me hace. Un poquito cada día nunca le ha hecho daño a nadie —dijo la señora Sécaillat apurando su vaso de vino.

—¡Macanille[54], pero esto que habéis encontrado aquí es mejor que el elixir del reverendo padre Gaucher! —dijo Albane—. ¡Nosotras también queremos hierro! ¿Podemos ir a llenar una botella antes de irnos?

—¡Oh, sí! Yo también quiero probar el agua de la fuente. ¿Podemos ir a llenar una botella? ¡Tito, por favor! —se puso a suplicar Estelle.

Decididamente, no sé qué le había hecho yo al buen Dios, pero aquel no era mi día. El señor Sécaillat y yo nos miramos, incómodos, sin saber muy bien qué responder. Podías estar seguro de que si mi cuñada veía a la mujer-caliza, la cosa no iba a quedar ahí, y habría preguntas para dar y tomar. Eso es lo que sacas hablando a troche y moche, como vaca sin cencerro. Fue el señor Sécaillat el que detuvo el asalto y evitó la escaramuza:

—La bégude está en medio del campo de cerezos. Con esos tacones y endomingadas como estáis, os ibais a poner perdidas. Después del postre iré a llenaros dos botellitas para que os las llevéis.

—No, por favor, no queremos abusar, no le vamos a hacer salir al campo la noche de Nochebuena —sonrió Albane haciéndose la tonta.

—Por Dios, si no me molesta en absoluto. Solo espero que la fuente no se haya helado, con el frío que está haciendo esta noche. Aunque con la temperatura a la que brota me extrañaría, pero nunca se sabe.

—Ah, ¿porque además es una fuente de agua termal? —volvió a la carga Albane.

Alcé los ojos al cielo: decididamente, iba a ser una noche difícil.

—Hombre, caliente, lo que se dice caliente no está, solo tibia —le contestó la señora Sécaillat—. Por ahora aún hace demasiado frío, pero estoy deseando ir a darme un bañito en cuanto venga el buen tiempo. Paul me ha dicho que ha construido un pequeño pilón para recoger el agua. Me sentará bien, al menos para las articulaciones.

Bebió un sorbito de vino y luego continuó:

—Vosotras también deberíais ir cuando llegue la primavera, hay que aprovechar lo que la naturaleza nos ofrece —dijo invitando con una sonrisa a las dos hermanas.

—Sí, su marido ya me ha invitado, es muy amable por su parte. Estoy deseando que haga menos frío para poder ir —respondió Blanche.

—Podríamos ir todas juntas una tarde —se acopló Albane de pasada, que no estaba dispuesta a quedarse atrás.

El secreto de la mujer-caliza no iba a seguir siéndolo por mucho tiempo. Ya oía las sirenas en el jardín y a la policía llamando a la puerta, con el señor Gardiol alucinado sobre el felpudo diciéndome: «Si alguien me llega a decir que eras tú, no me lo creo».

Mi mujer empezó a recoger los platos para que pudiésemos pasar al queso. En circunstancias normales me habría levantado para ayudarla, pero estaba tan enfadado con ella que me fingí absorto en la contemplación de la puntera de mis zapatos. Volvió con una bandeja de buenos quesos que habíamos comprado el sábado anterior en la Place Saint-Pierre.

Cuanto más trataba de no pensar en las tres náyades comulgando con la mujer-caliza, más convencido estaba de que todo aquello iba a acabar mal. Mientras la mujer-caliza no era más que una excavación fangosa entre el señor Sécaillat y yo, mientras solo se trataba de cavar y bombear agua, los límites de aquel universo habían permanecido dentro de lo conocido, y la tierra había seguido siendo redonda. Pero, a poco que los labios se movieran, que las palabras escaparan sobre

las montañas, los suelos se volvían movedizos, y los horizontes, inciertos.

Salí al exterior, más para tomar el aire que para ir a buscar el tronco de Navidad. El frío me recibió a través del jerseicito de algodón que Blanche me había regalado por mi cumpleaños. Normalmente me habría dado prisa, precipitándome fuera sin cerrar siquiera la puerta-ventana, y hubiera vuelto rápidamente al calor. Cualquiera diría que la preocupación hace quemar calorías, porque ni me enteré del frío, y eso que me tomé mi tiempo para ir a buscar el postre. Albane se había superado: lo había encargado en la pastelería japonesa del Cours Mirabeau, toda una institución en Aix. Había elegido un tronco Sakura, formado por una *mousse* aromatizada con té a la flor de cerezo y un bizcocho relleno de guindas. Casi habría sido capaz de perdonarle que supiera lo de la fuente. Cuando volví a entrar, mi mujer ya había puesto sobre la mesa los pestiños, los pastelillos y, por supuesto, los trece postres[55]. También había servido infusiones de tila con azahar, que perfumaban todo el comedor. Solo faltaba el tronco en el centro. Estos trece postres suelen ser un calvario: nunca te acuerdas de cuáles son, siempre tienes que ir a mirarlo en internet y al final siempre falta alguno que hay que ir a buscar al centro a última hora. Este año tampoco falló la costumbre: pensábamos que teníamos frutas confitadas y no, se nos habían acabado. Blanche había ido a buscarlas por la mañana a la tienda del muelle.

Teníamos un invitado adicional: el Húsar había aprovechado mi ausencia para dar un golpe de Estado e instalarse en la silla del pordiosero. Como un inspector de obras, miraba los postres y, quizás, verificaba el número. Nos examinaba con desaprobación a todos, como si fuera a rezongar para sus bigotes: «¡Y ni siquiera ibais a esperarme para el tronco de Navidad, hatajo de maleducados!». Lo que me hizo sonreír y acordarme de aquella vieja historia que me contaba mi madre cuando éramos pitchounes: la noche de Nochebuena, a las doce en punto y solamente durante un minuto, los animales se ponen a hablar en provenzal. Durante años habíamos luchado contra el sueño, cerrándosenos los párpados, pasando de las agujas del reloj a nuestro perro Tarzán, esperando pescar alguna palabra ladrada por aquí o por allá. Nunca pude salir de dudas: siempre me había quedado dormido antes.

Por alguna razón que solo entienden los gatos, el Húsar decidió cambiar de aires. Saltó al suelo, dio unos cuantos pasos y se subió al regazo de Estelle. Aquello me sorprendió, porque normalmente era el primero en desaparecer cuando teníamos invitados. Iba a esconderse sabe Dios dónde y volvía a aparecer cuando todo el mundo se había marchado.

Blanche miró su reloj y vio que se nos había pasado la medianoche

sin darnos cuenta. Ya era más que hora de poner al Niño Jesús en el pesebre: mi mujer fue a buscar la figurita minúscula al aparador donde esperaba su venida al mundo desde principios de diciembre. Decidimos por mayoría que le tocaba a Estelle hacer de comadrona. Con un brazo tenía cogido al Húsar como a un bebé, y con la mano libre puso al Niño Jesús entre la mula y el buey. Todo el mundo le dijo que esa era la mejor manera de desbaratarlo todo, que tenía que soltar al gato, pero ella no hizo caso. El Húsar se puso a examinar las figuritas con grandes ojos de cazador: aquí el pastor con su cuerno colgado al hombro, allá la gitana con su cesta de mandarinas. Entrecerró los ojos y luego le preguntó al Raví, encaramado en su colina de cartón piedra: «Raví, de que vas pantaia aquesto nue?[56]».

21. CASTRÉ Y SANGLIÉS[57]

Cantaremos por último a tus animales: zorros, martas, garduñas, tejones, animales nocturnos y el jabalí, que es, tal vez, tu último dios.

HENRI BOSCO

Llegados a este punto de la historia, el lector puede decidir detenerse aquí: habrá leído así un hermoso cuento de Navidad provenzal, cosa que no le es dada a todo el mundo.

Pero si decide seguir leyendo, debemos ponerlo sobre aviso. Deberá recordar que las leyendas, aunque en parte se cuentan para soñar, para ponerle un toque de misterio a un mundo gris, también se cuentan para explicar lo incomprensible, para desentrañar lo inexplicable. Deberá tener presente que todas las leyendas, sin excepción, tienen un trasfondo de verdad. Nunca se sabe exactamente qué. Qué es lo que es verdad y qué es lo que es mentira, habría que ser muy listo para averiguarlo.

Aquel día, el buen Dios se sentía muy satisfecho de cómo estaba yendo el mundo. Es verdad que no todo era de color de rosa: había tenido que llamar a su Hijo junto a sí, pero desde entonces las cosas empezaban a tomar forma. Roma, las Galias, todo aquello había llevado su tiempo, pero ahora la cristianización iba viento en popa: se construían catedrales a diestro y siniestro, y todos los domingos había misas para dar y tomar. El buen Dios se inclinó por encima de su nube y recorrió con la mirada la superficie del globo terráqueo: estaba contento, había iglesias en todos los pueblos y cruces en la cima de todas las montañas. Examinó más de cerca el Luberon, encajonado entre la Sainte-Victoire y el Ventoux, y frunció el entrecejo. Cierto es que había unas cuantas cruces por aquí y por allá, pero también había muchas supersticiones tenaces, leyendas que se aferraban como arapèdes[58] a las almas del lugar. Nada del otro jueves, pero precisamente en el sitio que había escogido para ser el paraíso en la tierra, la verdad es que no daba muy buena impresión.

Convocó al obispo de Marsella y le preguntó si no podía mandar allí a alguien que pusiera un poco de orden en el Luberon. El obispo rebuscó en sus cajones y no encontró a nadie que quisiese ir a

enterrarse en aquel agujero perdido donde, según se decía, druidas y hechiceras aún bailaban la farandola las noches de luna llena. Siguió buscando, y tuvo que ir hasta Nimes para encontrar un candidato. Ese candidato era Cástor.

Por aquel entonces Cástor ya había consumido su juventud. Había colgado los hábitos, se había casado y su mujer era, precisamente, del Luberon: su familia tenía tierras en la región. El obispo le propuso el puesto: se acabaron las tonterías en Nimes, toleramos tus asuntos de familia, pero ahora es momento de ponerse a la tarea y meter en vereda a los amiguitos de tu mujer.

La historia no dice si Cástor aceptó de buena gana o muy a su pesar, pero el caso es que cogió sus bártulos y, con su mujer, se puso en camino hacia el Luberon.

La catedral aún no era tal. Saint Auspice había construido cuatro siglos antes una pequeña iglesia que, pese a su tamaño, resultó demasiado grande para el primer oficio de Cástor: solo estaba ocupada la primera fila, con unas cuantas viejas beatas diseminadas por aquí y allá. Aspirar a llenar la iglesia parecía un deseo inalcanzable, y los domingos por la mañana Cástor se sentía muy solo y bastante desamparado. «Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?», se lamentaba mientras la criada sacaba el pollo del horno. «Señor, Señor, pero ¿a dónde van mis feligreses cuando toco las campanas?», continuaba, mientras separaba el muslo de la pechuga.

—A dónde van, a dónde van, tampoco hay que ser el Maligno para saber a dónde van —refunfuñó la criada, con la nariz metida en el gratín de verduras que traía de la cocina. Era la vieja Finaude, una aptesiana de toda la vida, del barrio de Saint-Pierre, que venía a hacerle la comida y la limpieza tres veces por semana.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Se puede saber? —preguntó Cástor, un pelín irritado con tanto secreto y tanta superstición.

—En vez de ir a misa, sus feligreses van a ver a los druidas, y sus feligresas van a ver a las mascas, las brujas —le respondió sin inmutarse la vieja Finaude.

—Druidas y brujas, lo que hay que oír, ¿no te da vergüenza inventar esas cosas? Hace siglos que ya no existen.

—Las cosas hay que decirlas como son, padre Cástor. Druidas los hay en la roca de los Druidas y mascas, en el prat dei Mascas[59], está más claro que el agua —rezongó la vieja Finaude desde el fondo de su cocina.

La criada no mentía, se refería a dos lugares que el Luberon esconde entre dos pliegues de su manta. La roca de los Druidas está situada por encima de la aldea de Rocsalière, subiendo a la meseta de

las Claparèdes, yendo hacia el fuerte de Buoux y las hoces de Lourmarin. Es un desgarrón en la manta, un farallón de caliza pura, un arrecife separado de la meseta de las Claparèdes por unos cuantos metros, mistral y robles centenarios. Aquella roca estaba llena de casas troglodíticas, en las que se decía que vivían mujeres de mala vida. Cástor frunció el ceño, preocupado por el hecho de que prefirieran los riscos de caliza a las bóvedas de su iglesia. En cuanto al prat dei Mascas, jamás lo había oído mencionar, pero se imaginaba perfectamente lo que podía pasar en él a la caída de la noche. Sumido en sus pensamientos, jugueteaba maquinalmente con los cubiertos que estaban sobre la mesa. La Finaude lo vio y lo detuvo sin contemplaciones: «No se les da vueltas a los cuchillos en la mesa, trae mala suerte». Cástor alzó los ojos al cielo y se dijo que, decididamente, el Luberon iba a ser complicado.

Durante la semana siguiente, Cástor no fue capaz de pegar ojo, y miraba raro a sus feligreses cuando se cruzaba con ellos en la calle Mayor. «¿Y este, irá a la roca de los Druidas? ¿Y esta, irá al prat dei Mascas?», se preguntaba durante todo el día. El miércoles por la noche no aguantó más. Cogió su báculo de peregrino, su capéou[60], una gran capa negra y cruzó la puerta de Saignon en dirección a Rocsalière. No estaba lo que se dice al lado, había que caminar bastante; nada que no se pudiese hacer, pero era un buen paseo. Llegó a la caída de la noche, y no quedó decepcionado por el espectáculo. Había una casa de piedra haciéndose uno con la roca, y a través de la puerta de madera se oían música, grititos y risas. Cástor se caló el sombrero hasta las cejas para que no lo reconocieran y entornó la puerta. Había sillas y mesas, hombres sobre las sillas y mujeres sobre las mesas haciendo cosas muy poco santas. Reconoció a dos o tres de sus feligreses, vendedores de sal de la Place de la Bouquerie. Al fondo de la habitación, doce peldaños subían a sabe Dios dónde. Para no quedarse allí plantado, Cástor hizo como que sabía a dónde iba, cruzó la sala rápidamente y empezó a subir los peldaños. Trepaban por el borde de la roca e iban a parar a una pequeña explanada, completamente llana. Desde allá arriba se dominaba todo el valle del Calavon, y casi se podía rozar la copa de los robles, que una media luna salpicaba aquí y allá de luz blanca.

En el extremo de la roca, un anciano de larga barba miraba las estrellas con aire docto; parecía estar flotando entre el follaje de los robles, sujeto a las ramas de muérdago tan solo por la mecánica celeste. Tenía en las manos un cuerno largo y fino de barro cocido, que se llevó lentamente a los labios. Un sonido grave invadió el silencio de la noche, y el follaje de los robles se puso a susurrar por efecto del viento. Cástor iba a dirigirle la palabra, pero se contuvo: hay preguntas que vale más no hacer, por miedo a las respuestas que

uno puede recibir. No, ya había visto bastante por aquella noche y prefirió volver a su diócesis, con el alma sobrecogida.

La noche del viernes siguiente se repitió la escena: cogió su báculo de peregrino, su capéou y su gran capa negra, cruzó la puerta de Saignon y partió en dirección a la meseta de las Claparèdes. Pasó la aldea de Rocsalière, el pueblo de Saignon y por fin llegó a donde la Finaude le había dicho que encontraría lou prat dei Mascas. Era un prado grande, en el lindero del bosque que cubría las Claparèdes. La luna había cambiado de cuarto y ahora estaba llena: se veía como a plena luz del día. Por un lado, el Luberon subía hasta el Mourre Nègre. Las crestas dibujaban una línea negra que se recortaba contra el gris del cielo, el mismo gris de la lavanda cuando sale del alambique, una vez destilada. Por el otro lado, se distinguían los montes de Vaucluse, que dormitaban al pie del Mont Ventoux. Aquella noche, su corona blanca estaba cubierta por un velo negro, pero era fácil reconocerlo por su ligera pendiente, que ascendía suave pero firmemente.

Cástor soltó un suspiro de alivio. Había trepado hasta allí atenazado por el miedo, miedo a encontrarse de nuevo con el viejo del cuerno de caza que había visto dos días antes frente a la copa de los robles. Había tenido un nudo en la garganta durante todo el camino, pero una vez que llegó por fin al prat dei Mascas, este empezó a aflojarse poco a poco, a medida que recuperaba el aliento. El prado estaba desierto de lado a lado, desde las piedras calizas del sendero hasta el follaje de la maleza. No había más brujas que en la palma de su mano, ni más aquelarre que escobas bailando la farandola, ni más sacrificios que gatos negros parlantes. Solo había una suave brisa de mistral que hacía susurrar las hojas de los robles y, a lo lejos, una docena de jabalíes con el hocico hundido en la tierra. Cástor empezó a respirar mejor y se dijo que, decididamente, la Finaude había conseguido impresionarlo y que él había caído como un pardillo. Se prometió que el domingo siguiente les daría vueltas a los cuchillos en la mesa, para hacerla rabiar.

En el momento en que el mistral tomaba fuerzas y Cástor se ajustaba la capa y se preparaba para dar media vuelta, un jabalí se irguió sobre sus patas traseras y se puso en pie. Colocando las patas delanteras en las caderas, hizo unos estiramientos, como si le sentara bien enderezarse después de pasar tantas horas con el hocico en tierra. Cástor no daba crédito a sus ojos y se preguntaba por qué milagro aquel jabalí había conseguido levantarse así. Un rayo de luna respondió a su pregunta: no era un rebaño de jabalíes, sino de provenzales. Encorvados como cerdos, escarbaban la tierra en busca de rabasses, aquellos deliciosos frutos cuya semilla, según se decía, había sido escondida por el diablo. Una leyenda pretendía que, las noches de luna llena su olor se hacía más fuerte y que bastaba con

husmear con cuidado para dar con ellas.

Cástor no daba crédito a sus ojos y soltó una palabrota. No, la Finaude no le había mentido, aquella era realmente una tierra de descreídos. Eran, sí, sus feligresas, las mismas que habrían debido saberse de carrerilla el avemaría, y que habrían debido agolparse el domingo por la mañana para recibir la comunión. Lo traicionaban, preferían darles la espalda a las sagradas escrituras y prestar oídos a las sirenas del Luberon. Cástor se atragantaba de rabia, maldiciendo a aquel rebaño de ovejas negras que se reían de él al claro de luna y echaban por tierra todos sus esfuerzos. Levantó los brazos al cielo y echó a correr entre los clapas[61]; cruzando hecho una furia el prat dei Mascas se puso a perseguir, una tras otra, a las infames descreídas.

—¡Malditas! ¡Malditas! ¡Malditas seáis todas, que a la luz del Señor preferís las oscuras vertientes de vuestro Luberon, vuestras leyendas y vuestras creencias paganas! ¡Malditas seáis, vosotras que preferís doblar la cerviz bajo el peso de vuestras leyendas en vez de alzaros por la gracia del Eterno! ¡Malditas seáis, vosotras que preferís las ramas y las raíces de los robles a la santa cruz de la Iglesia! ¡Malditas seáis, vosotras que preferís la rabasse a la hostia!

Cástor, poseído por la ira, tropezó con los guijarros, cayó y se dio de bruces en el suelo. Alzó los ojos llenos de lágrimas justo a tiempo para ver cómo su rebaño se dispersaba y corría a esconderse entre las sombras de los robles. Con un sabor a tierra y a sangre en la boca, continuó:

—Podéis esconderos, pero eso no cambia nada, no necesito veros para maldeciros. Maldigo a todos aquellos que no han dado la espalda a sus viejas creencias, maldigo a todos aquellos que aún creen en sus leyendas. ¡Condenados seáis a transformaros en jabalíes cuando cae la noche y el sol se oculta, condenados seáis a errar por la noche a cuatro patas y a buscar bellotas con el hocico en tierra! ¡Condenados seáis a buscar tantas bellotas como leyendas hay en esta maldita montaña! ¡Condenados seáis a comerlas mientras una sola persona crea aún en esas leyendas sobre vuestro Luberon!

Cástor oyó cómo unas risas le respondían a través de la penumbra del follaje. Pero pronto dejaron de ser risas para convertirse en hipidos; y luego ya no fueron hipidos, sino gruñidos y ruido de hocicos lo que venía de detrás de los robles. Cástor no creía estar en tan buenas relaciones con el buen Dios como para que sus palabras provocaran de aquel modo una reacción divina; fue el primer sorprendido, pero tampoco iba a quejarse de haber sido escuchado por una vez.

Pasaron los años y aunque, por influencia de Cástor, los bancos de la iglesia se llenaron de fieles, lo mismo ocurrió con los jabalíes en las

laderas del Luberon. Nunca habían sido tan numerosos y lo removían todo por las noches, lo mismo los viñedos que los campos de lavanda. Cástor se había resignado, y se decía que, decididamente, aquellas dichosas leyendas provenzales eran más duras que una piedra. A veces el jardín del obispado amanecía revuelto por los jabalíes, y entonces Cástor se decía que el Luberon no carecía de sentido del humor. Cierto, sus fieles venían a escuchar sus sermones, pero seguían creyendo a pies juntillas en el muérdago y el serpol, en la rabasse que huele más fuerte a la luz de la luna, en los cuchillos a los que no hay que dar vueltas en la mesa y, fatche[62], en toda una retahíla de patrañas. Les hacía algunos reproches por principio, para cubrir el expediente, cuando en los velatorios los oía hablar del mistouflon[63] o de los cantos para detener el mistral, pero ya no se enfadaba con ellos: sabía que era su manera de creer en el buen Dios.

Un domingo por la mañana, mientras subía a Bonnieux para decir la misa matutina, su camino se cruzó con el de un jabato. El animal, perseguido por los cazadores, salió de la maleza con estrépito, y en vez de meterse otra vez entre las breñas vino a refugiarse entre los pies de Cástor. Por entonces Cástor era viejo, y hacía tiempo que ya no se dejaba llevar por la ira como antes. Pasó su mano callosa por las cerdas del jabato, que se dejó acariciar gruñendo.

Los cazadores irrumpieron entre los matorrales y, viendo al hombre santo con el animal, le pidieron a Cástor que les devolviera su presa. Cástor dio unos golpecitos en los flancos del jabato y se dijo que, decididamente, al Luberon le gustaba jugar. Tenía a sus pies al hijo de los druidas y las brujas, de los droudes y las mascas, alimentado cada noche por las bellotas de los robles y las leyendas de los provenzales. Sintió el mistral alborotándole el cabello y se preguntó cuál de los dos, si el buen Dios o el Luberon, lo estaba poniendo a prueba. Buscó con la mirada una zarza ardiente que le dijera qué hacer pero a su alrededor solo vio lavandas silvestres, salpicadas aquí y allá de tomillo y de romero. Y recordando que, en la cima del monte Sinaí, Dios había sido misericordioso, Cástor se dijo que no había razón para que en las laderas del Luberon fuese de otro modo. Cubrió con su sayal las cerdas del jabalí y respondió a los cazadores que siguieran su camino. Estos se quedaron sorprendidos, porque normalmente Cástor no era muy amigo de los jabalíes: no había sermón en que no cargara contra ellos.

Tras la muerte de su mujer, ya nada retenía a Cástor en el Luberon. Había cumplido la misión que le confió la Iglesia y era libre para regresar al Gard, a la región de su desenfrenada mocedad. Pero no hizo tal: se convirtió en eremita y se fue a vivir a una caverna por encima de Ménerbes. El día de su muerte, una fuente ferruginosa comenzó a manar a la entrada de la caverna. Es la fuente de San

Castré. Dicen que la noche del 21 de septiembre, día de San Cástor, se vuelve límpida, y que los jabalíes y los animales salvajes vienen a apagar su sed en ella. Hoy en día ya no se sabe exactamente dónde está la fuente de San Castré, o si se ha secado con el paso de los siglos. En cambio, los jabalíes son más numerosos que nunca y, aún hoy, sigue trayendo mala suerte dar vueltas a los cuchillos en la mesa.

22. LOS CABALLEROS DE BONELLI

Los caminos trillados apenas ofrecen riqueza alguna; los otros rebosan de ellas.

JEAN GIONO

Volví al trabajo la primera semana de enero. Soy director adjunto en el instituto René-Char de L'Isle-sur-Sorgue; el colmo, sabiendo hasta qué punto detesté el colegio, a los profesores y a los demás alumnos, que me correspondieron con creces. No es que fuera lo que se dice un alumno malo, lo que pasaba es que cada minuto transcurrido en el pupitre del colegio me parecía un minuto perdido, demasiado cerca de los demás y demasiado lejos de los caminos. Cuando llegó el momento de buscar trabajo, terminada la universidad, no había mucho donde escoger, y las oposiciones del Ministerio de Educación eran algo a mi alcance. Aprobé con bastante nota, y hasta hubiera podido optar a un buen puesto en París, pero como no tenía ningunas ganas de abandonar la región rechacé la capital. Como primer destino me propusieron el colegio de Coustellet o el instituto René-Char de L'Isle-sur-Sorgue, advirtiéndome que mi carrera tendría más posibilidades de evolución si empezaba directamente en un instituto, en vez de en un colegio. Así que escogí René-Char, pero me la dieron con queso a base de bien: quince años más tarde, seguía en el despacho donde me habían plantificado el primer día. Aubre souven transplanta, douna pas fruit en quantita[64].

Enterrado en la caliza con el señor Sécaillat había penetrado en otro mundo, abriendo en mi vida un paréntesis difícil de cerrar. La vuelta al trabajo fue dura. Hacía seis meses que no había pisado un despacho. El perchero donde mi abrigo había estado colgado durante quince años me miraba de hito en hito y se burlaba de mí, como un cadalso que el condenado a muerte viera cada mañana a través de los barrotes de su celda. Mis colegas evitaban cuidadosamente hacer alusión al motivo de mi ausencia, lo mismo que yo evitaba cuidadosamente mencionarlo. Por los pasillos, la administración murmuraba discretamente: «depresión».

Lo más duro no es todo lo que ha pasado en tu ausencia, que te cae

encima de golpe como un mazazo y te deja noqueado. Tampoco es la buena de Ghislaine, que, en cuanto vuelves, se aferra a ti y te acribilla a preguntas sobre expedientes que habías olvidado hacía siglos. Le explicas muy pacientemente que acabas de volver, que así, de buenas a primeras, no tienes ni idea, y le aseguras que le vas a dar prioridad a lo suyo, pero no te va a dejar tranquilo, al menos hasta que no la mandes a freír espárragos.

No, lo más duro es volver a tomar conciencia de todas las exigencias y todas las absurdidades con las que has aprendido a contemporizar a lo largo de todos estos años. Lo más duro es ver lo ridículo que es todo y lo mal organizado que está y, sobre todo, cómo lo has aceptado sin inmutarte durante todo este tiempo. Sientes un hormigueo en la nuca: es tu ego de persona dotada de razón escandalizándose. Un hormigueo que habías aprendido a no sentir, a cortar de raíz, pero que tu vuelta reanima, como una vieja herida que se abriera por culpa de un esfuerzo. Sí, se me hacía raro estar de nuevo en el despacho: me sentía como una pieza de un puzle hinchada por la humedad que ya no encaja en su sitio. El traje, que antes era como mi segunda piel, ahora me apretaba, y lo sentía frío e incómodo. Mis manos se habían vuelto callosas, llenas de durezas en las palmas y en las yemas de los dedos. Tecleaba en el ordenador a la velocidad de un funcionario de policía bisoño, y no me acordaba de ninguna de mis contraseñas ni del lugar de las teclas en el teclado.

Aquella primera semana no fue más que una serie de días comatosos después de un lunes de infarto, y vi acercarse el fin de semana con alegría. Era domingo de Reyes. Blanche y yo no teníamos previsto hacer nada de particular, solo comer el roscón y darnos un paseo por el campo, si el tiempo lo permitía. El trigo del belén había aguantado bien, pero hacía ya un buen rato que el tronco de cerezo se había hecho humo. El *cacho-fiò* no había durado hasta el día de Reyes, lo que no presagiaba un buen año en cuanto a incendios se refiere. No teníamos benjamín que se metiera bajo la mesa[65], y a mi mujer le tocó la sorpresa cuando cortamos el roscón. Podíamos verla a través de una fruta confitada, una figurita de porcelana pequeñita, pero los dos hicimos como que no la veíamos. Le correspondió pues a ella poner a los tres Reyes Magos en el belén: después de tan largo periplo habían llegado por fin frente al pesebre, los tres bien alineados delante del Niño Jesús, Baltasar el primero. Era justo: se decía que, después de dejar Belén, Baltasar había continuado su viaje hasta la Provenza, donde había fundado la dinastía de los Baux-de-Provence, dándole al escudo de armas de la familia su estrella de plata de dieciséis puntas y su divisa: «Au hasard Balthazar!».

Hacía bueno, y salimos a caminar por el campo. Yo había

propuesto las gargantas de Oppedette, pero Blanche no estaba convencida, y tenía razón: era un enero muy frío, y hacer una excursión por una garganta sombría no era la mejor idea del mundo. Al fin optamos por la roca de las Abejas, un sendero que yo había recorrido a menudo durante mi adolescencia, pero al que no había vuelto desde entonces.

Recorrer un camino por el que no has pasado desde hace mucho tiempo siempre se hace un poco raro. No necesitas estar mirando el mapa todo el tiempo, pero el sendero resulta difícil de seguir: se te hace familiar, esas rocas y esas curvas te suenan, pero tampoco las conoces del todo. Es como acordarse de un sueño, o como revivir una situación que ya has vivido o una conversación que ya has tenido, pero que no consigues ubicar. Ya no sabes si realmente ocurrió, si lo soñaste hace mucho tiempo o si no es más que el fruto de tu imaginación en ese instante.

Cuando era adolescente, una familia de águilas anidó en los acantilados que rodean la roca de las Abejas. Mis hermanos y yo íbamos en bicicleta a observarlas con los prismáticos a la salida del colegio. Les habíamos sacado una foto y el profesor de biología de Andréas le había dicho que eran águilas perdiceras, una especie descubierta por un ornitólogo italiano llamado Bonelli. Así que decidimos llamarnos los Caballeros de Bonelli. El profesor también le había explicado que era una especie relicta, es decir, una especie que vivía allí desde hacía mucho tiempo, y de la que ya no quedaban muchos ejemplares, y que no había que molestarlas. Por supuesto, corrimos a hacer todo lo contrario: intentamos domesticar a los aguiluchos en primavera, cuando se lanzaban en sus primeros vuelos. Al principio probamos a llamarlas con nuestros tarraietos. Los tarraietos son reclamos de terracota. Los llenas con un chorrito de agua, soplas dentro y el tarraieto imita el canto del ruiseñor. Nuestro abuelo los usaba para cazar con reclamo, y nos había regalado uno a cada uno. Nosotros los rompíamos cada dos por tres, nuestro abuelo nos los volvía a comprar, y listo. Un día Franck se dio cuenta de que, pegando un chicle dentro, el sonido se volvía mucho más agudo, más estridente, como el grito de un águila. Evidentemente, el descubrimiento no cayó en oídos sordos. Pasamos una primera tarde en la roca de las Abejas soplando como descosidos en nuestros tarraietos, pero en vano: ningún águila hizo acto de presencia. Así que cambiamos de método: compramos carne picada en el supermercado, la pusimos encima de la roca y esperamos los acontecimientos sentados una veintena de metros más lejos. Seguimos intentándolo, en vano, varias tardes, y luego Andréas se echó su primera novia y nos dejó tirados. Sin él, los Caballeros de Bonelli no duraron mucho: abandonamos la roca de las Abejas y a otra cosa, mariposa.

Aquella tarde seguía habiendo águilas. No sé si los aguiluchos de ayer se habían convertido en las águilas de hoy, ni si seguían siendo águilas perdiceras, pero había una pareja volando por encima de nosotros. Por suerte, Blanche llevaba unos prismáticos en la mochila. Los ojos de las rapaces estaban rodeados por unas pequeñas gafas de oro, muy discretas, y que no opacaban la profundidad de su mirada. Sus alas estaban cubiertas de un hermoso abrigo de *tweed* oscuro que centelleaba al sol. Un elegante chaleco de franela blanca, con unas cuantas plumas oscuras que hacían resaltar su brillo, ceñía sus cuerpos.

Quizá una de las dos me reconocería y cumpliría por fin los deseos de los Caballeros de Bonelli. Le pedí a Blanche que se quedara abajo y trepé a lo alto del pico. Ella me miró atónita, preguntándose qué demonios pasaba. Hacía mucho que ya no tenía ningún tarraieto. Fruncí los labios y emití un silbido estridente, varias veces. No era lo que se dice un grito de águila, pero era la mejor imitación de la que fui capaz. No debí de ser muy convincente, porque la única respuesta que obtuve fue la del eco, cargado de sarcasmo. Esperé inmóvil, mirando fluir el Calavon allá abajo. Las hormigas empezaron a corretearme por las piernas. No pasó nada, así que volví a bajar.

Blanche propuso hacer una pausa para merendar. Ella es más de dulce y yo más de salado, así que ella se acabó los restos del roscón y me dejó el salchichón. Mi mujer había llenado una cantimplora de hojalata en la fuente del señor Sécaillat. Desde las pasadas Navidades, se había convertido en su nueva manía. Siguiendo los buenos consejos de la señora Sécaillat, nos bebíamos un litro al día, porque, ya se sabe, el hierro revigoriza. Todas las mañanas, Blanche iba a llenar dos botellas enteras antes de irse a trabajar. Una se la llevaba con ella al trabajo y la otra nos la bebíamos con la cena. Al principio el agua tenía un sabor acre y, para ser sincero, confieso que me había tenido que forzar. Al cabo de unos días nos habíamos acostumbrado, y ahora ya se dejaba beber. Al levantar el codo para llevarme la cantimplora a los labios vi un águila, allá en lo alto. Daba vueltas exactamente por encima de nosotros, pero, como las de mi infancia, no parecía decidida a bajar.

23. PALABRA DE CALIZA

Lou ben quauqueis fes ven en dourmen.
(A veces el bien llega mientras dormimos).

-¿Por qué no vamos esta tarde a bañarnos a la fuente? —me preguntó Blanche acabándose el café. Llevaba ya un tiempo con ganas, y ahora era oficial: no iba a conseguir aguantarse más.

Febrero y marzo habían pasado en un soplo, como dos amigos de la infancia que se encuentran y se cuentan sus veinte últimos años a cámara rápida. Unas veces había hecho mal tiempo y otras estábamos demasiado cansados para hacer nada interesante. Seguía siendo difícil retomar el trabajo. Tampoco es que fuera agotador en sí: era más bien que entrabas en un calendario en el que tu vida, la de verdad, estaba entre paréntesis durante cinco días por semana. No es que el tiempo se detuviera, todo lo contrario, seguía corriendo, pero sin control alguno por tu parte. Cinco días de cada siete estás bajo el efecto de la anestesia, y los médicos se afanan a tu alrededor. Cuando despiertas, te alegras de seguir vivo, pero te das cuenta de que tus músculos se han atrofiado y de que es difícil retomar las cosas donde las dejaste cinco días antes. Y sin embargo es necesario, la vida sigue. En resumidas cuentas, los fines de semana habían pasado como hojas secas arrastradas por la corriente.

Aquel sábado hacía un tiempo espléndido, parecía que estábamos en pleno mes de junio. Dormimos hasta tarde y a las once hicimos un buen *brunch*. El Húsar holgazaneaba en el suelo del salón, absorbiendo el sol que entraba a través de los cristales. Empezaba a perder su manto de invierno y no podía cogerlo en brazos sin llenarme el jersey de pelos. Había que acariciarlo de lejos, manteniéndolo a distancia, en plan sí-sí-te-quiero-mucho-pero-no-te-me-acerques. Aquella cuarentena a la que lo teníamos sometido lo ofendía, e intentaba subírseme al regazo. Blanche me contemplaba mientras me terminaba mi café, y por fin se decidió a tirarse a la piscina: hoy quería ir a darse un chapuzón a la fuente y no se atrevía a ir sola.

Cada vez que el señor Sécaillat lo había mencionado, ella no se había dado por enterada, aunque no conseguía engañar a nadie. Pero

lo que me hacía dudar era el señor Sécaillat: seguramente había dicho aquello por cortesía, pero a saber si lo pensaba de verdad. Mi mujer insistió, aprovechando de paso para reescribir la historia:

—Si ahora puede regar sus cerezos es gracias a ti, ¿o no? Con todo lo que has trabajado, es lo mínimo que puede hacer para agradecértelo un poco. Venga, vamos a llamarlo y listo, estoy segura de que no tendrá inconveniente.

Aún no me había dado tiempo a responder cuando el teléfono ya me había caído entre las manos por obra y gracia del Espíritu Santo. Se me hizo raro oír su voz: entre el trabajo y unas cosas y otras, no habíamos vuelto a hablar desde Navidad. Una diferencia enorme respecto al año pasado, en el que durante cuatro meses habíamos pasado juntos todos los santos días.

—¿Cómo están desde estas Navidades?

—Bien, muy bien. Hace una barbaridad que no hablamos. ¿Ha vuelto al trabajo? ¿Qué tal, no se le ha hecho muy cuesta arriba?

—Un poco, sí, pero voy tirando. No le negaré que echo de menos el trabajo duro del campo, pero bueno, tiene que haber gente para todos los oficios.

—Muy bien, muy bien. ¿Y qué le trae por aquí?

—Mi mujer. Está aquí escondida detrás del auricular. Como hace muy bueno, le gustaría ir a bañarse a la fuente esta tarde. Le llamamos para preguntarle si no le molesta, y si le sigue pareciendo bien que vayamos.

—Pues claro que sí, se lo he dicho mil veces, vayan cuando quieran. No me tienen que pedir permiso.

—Vale, pues entonces iremos sobre las tres, y muchísimas gracias, es usted muy amable.

—¿Por qué no vienen los dos a tomar el aperitivo después del chapuzón? Ya es hora de que correspondamos a su invitación de estas Navidades, fue muy amable por su parte.

Interrogué a Blanche con la mirada. No parecía especialmente motivada, ni yo tampoco, la verdad. Pero encontrar una excusa, así de repente, nunca ha sido mi fuerte, y además habría sido de muy mala educación rechazar su invitación justo después de pedirle que nos dejara ir a bañarnos. Así que quedamos en que iríamos a tomar el aperitivo por la tarde a casa de los Sécaillat, y colgamos.

Cogimos los bañadores, dos toallas y bajamos a pie hasta la fuente. El señor Sécaillat había adecentado aún más los alrededores, y todo estaba perfecto. Parecía un antiguo lavadero, como los que hay a la entrada de los pueblos. La mujer-caliza asomaba sobre el nivel del agua, como el sol justo antes de ponerse en el mar.

El aire era bastante fresquito. En cuanto nos cambiamos, nos metimos en el agua sin perder más tiempo. No había vuelto desde la vez aquella que me había desmayado y el señor Sécaillat me había sacado del neopreno. Ahora era mucho más agradable: sentías el aire frío en el rostro, pero el agua calentaba todo el resto de tu cuerpo. Podías encontrar un punto medio jugando con ambos, metiéndote más o menos en el agua y apoyándote contra el borde. Me acordé de los escandinavos, cuando se revuelcan por la nieve al salir de la sauna. Blanche no decía nada, saboreaba el bienestar que le ofrecía el agua, reposando la cabeza en el borde y con los ojos cerrados. Nuestros cuerpos se veían turbios debido al calor y al color del agua, y se mecían al antojo de las ondas.

Miré el rostro de la mujer-caliza. Dos mil años antes, peregrinos y druidas debieron de estar exactamente donde nosotros estábamos ahora, disfrutando de los mismos beneficios. ¿En aquella época podrían bañarse juntos hombres y mujeres? ¿Serían los hombres los únicos con derecho a acceder al santuario, o bien serían solo las mujeres las que podrían entrar en comunión con la mujer-caliza? Sus grandes ojos blancos me miraban fijamente, tranquilos e imperturbables, dejando mis preguntas sin respuesta. En la excavación no habíamos encontrado ninguna moneda, ninguna joya, cosa sorprendente. En Fontaine-de-Vaucluse los buzos habían encontrado en el fondo de la sima un montón de monedas, tantas como ofrendas lanzadas por generaciones de creyentes para acompañar sus deseos. A lo mejor para los sacerdotes de la época el dinero era una ofensa y habían prohibido que se mancillara la fuente.

La mujer-caliza me contemplaba fijamente. Si no fuera por el fino hilillo de agua que escapaba de sus labios, habría podido ponerse a sonreír, única conocedora de la clave de aquellos misterios y encantada de guardárselos. El chapoteo del agua hacía pensar en un murmullo, en un cuchicheo, pero incluso afinando bien el oído, costaba distinguirlo. La mujer-caliza hubiera podido demostrar más agradecimiento hacia los que la habían sacado de aquel amasijo de cacharros rotos y le habían permitido contemplar de nuevo el cielo de la Provenza. Yo seguía preguntándome por qué habrían tapado la fuente. Lo había pensado mucho en mis ratos muertos, y no había llegado a ninguna conclusión satisfactoria. La hipótesis más probable es que la fuente se hubiera secado y que entonces hubieran preferido construir un muro encima. Luego la fuente había reaparecido, varios siglos después, sin decir nada a nadie. Era una explicación plausible. Pero mi imaginación, en medio de los vapores del agua rojiza, se exaltaba y tomaba otros derroteros. Quizás durante la cristianización de la Provenza la Iglesia se había sentido agraviada por el prestigio de aquella ninfa de mirada caliza. No soportando competencia alguna, el

clero había mandado cubrir la fuente, prefiriendo enterrar a la ninfa para siempre, condenarla al olvido y despreciar el don precioso de su agua.

Esta hipótesis era mucho más emocionante que la del banal deslizamiento de tierras. Entre dos vapores de agua vi en sus ojos calcáreos, como un guiño, una especie de reflejo, como para decirme que no iba desencaminado.

Cerré los ojos y sumergí la cabeza en la fuente. El agua se deslizó hasta mis tímpanos y empezó a susurrar: «Mucho has tardado en volver a visitarme… ¿Es Vintur el que te envía?».

24. GRABADO EN LA CALIZA

VENTVRI/VSLM/M.VIBIVUS
Inscripción descubierta por Joseph-François de Réméréville, en Apt (Vaucluse), 1700.

VENTVRI/CADIENSES/VSLM
Inscripción descubierta por Esprit Calvet, en Notre-Dame de Beaulieu (Drôme), siglo XVIII.

VINTVRI
Inscripción descubierta en la capilla de Saint-Véran, en las inmediaciones de Goult (Vaucluse), 1993.

Tres inscripciones, nada más.

25. EL CIELO SE CUBRE

En los mapas del siglo XVIII, el verdadero nombre del Mont Ventoux no era Ventoux[66]*, sino Ventour. Este nombre procede, indudablemente, del nombre de una divinidad, Venturius, a la que están consagradas dos inscripciones romanas, una documentada en Mirabel, cerca de Vaison, y la otra en Buoux, en el norte del Luberon. Es muy posible que esta divinidad no solo haya sido la del Mont Ventoux, sino la divinidad general de las montañas de toda la región provenzal.*

C. M. CLERC, *Anales de la Asoc. de Estudios Provenzales*, 1904

-¡Eh, cariño, despierta! ¿En qué estás pensando? —Blanche me miraba toda sonriente. El vapor de agua me despegaba las lentillas, y tenía que entrecerrar los ojos para que no se me cayeran. Pasé de los ojos de la mujer-caliza a los de mi mujer, confundido, sin saber muy bien qué responder a quién. Miré a Blanche y la interrogué en silencio, con una vaga aprensión, temiendo pasar por un loco. ¿No había oído ella esa voz cristalina que salía de ninguna parte? ¿O era precisamente mi mujer la que acababa de hablar de aquel Vintur?

Ella me miraba con aire interrogante, preguntándose qué estaba pasando. Como yo no decía nada, vino a acurrucarse entre mis brazos, haciéndose un hueco bajo mi hombro, y añadió:

—Sienta de maravilla, ¿no te parece? Te relaja de todo el cansancio de la semana. ¡Podría quedarme toda la tarde!

Me llevó un cierto tiempo conseguir articular un embrión de respuesta.

—Sí, creo que me he quedado dormido y estaba soñando. ¿Qué hora es? ¿Tienes hora?

—Mi reloj está en mi albornoz, ahí en el borde.

Alargué el brazo, tratando de no molestarla: eran las cinco, llevábamos ya tres horas en remojo como huevos al baño maría.

—Caray, tenemos que salir pitando si no queremos hacer esperar a los Sécaillat.

No nos daba tiempo a pasar por casa. Nos desnudamos completamente, ocultándonos tras las toallas, como para no escandalizar a la mujer-caliza. Quitarse los bañadores, secarse, volver

a vestirse rápidamente. No hacía calor ninguno. Teníamos las puntas de los dedos arrugadas como un papel secante que hubiera absorbido demasiada tinta de la pluma y se hubiera deformado. La piel se me había puesto suave, reluciente como madera bruñida por la pátina del tiempo. Se me hizo raro volver a ponerme la ropa: mi epidermis se sentía bien sin ella, y la flor de la piel rechazaba aquella capa inútil. Era como cuando te pasas el día en la playa, tienes la piel cubierta de yodo y salpicada de quemaduras del sol y tienes que volver a ponerte la camisa.

Fue la señora Sécaillat quien nos abrió la puerta con una gran sonrisa. No había quien la reconociera: tuve la impresión de haber dado marcha atrás en el tiempo y de verla en la época en que yo era adolescente y ella tenía veinte años menos. Blanche la felicitó por su aspecto y la señora Sécaillat se echó a reír y dijo que no era ningún misterio: un vasito diario de agua de la fuente la tenía como una rosa. Estaba rejuvenecida, y parecía en plena posesión de sus facultades mentales. Reconoció inmediatamente a mi mujer, y a mí ya no me tomaba por su hijo sino por el vecino que venía a tomar el aperitivo. El señor Sécaillat cerró su periódico y nos recibió señalando un sofá con el dedo:

—Tenemos un invitado sorpresa, se ha pasado toda la tarde ahí, ni que hubiera venido a esperarlos.

El Húsar estaba repantingado en el sofá como una marlusse[67]. Cuando nos oyó movió una oreja, abrió un ojo, bostezó y volvió a quedarse dormido. Había debido pasarse la noche cazando ratones de campo. La señora Sécaillat había puesto sobre la mesa tres fougasses[68]. Luego se fue a la cocina y volvió con un alioli dentro de un hermoso mortero de piedra, color blanco hueso. Debía de pesar un quintal. Para mojar, había puesto al lado un plato lleno de cuscurritos de pan duro frotados con ajo y sal gorda. Cuando era niño mi madre me los hacía de vez en cuando para merendar. Valía más no tener que besar a nadie en lo que quedaba de día. Un segundo viaje y llegó el resto del huerto en pleno, sobre una bandeja de madera: filetes de abadejo, judías, zanahorias, patatas y huevos cocidos.

—Venga, servíos, que ya está todo aquí. Quitando esto, no hay más que regardelles[69] —dijo ella haciendo una cruz en el pan con un cuchillo y preguntándonos qué queríamos beber.

—Oh, no se preocupe, con esto no nos vamos a morir de hambre —le dijo Blanche. Aquello era mucho más que un simple aperitivo.

—Para los bebedores empedernidos hay guignolet[70], lo hemos hecho con las cerezas que se helaron el año pasado. Para los demás tenemos mosto o Gambetta[71].

El señor Sécaillat y mi mujer se dieron al guignolet. A mí, el baño

de tres horas me había relajado tanto que me dio miedo el efecto del alcohol, como cuando te has pasado una semana trabajando como un loco, saltándote comidas, y el viernes tienes una fiesta. Una sola copa y ya estás tirado por el suelo. Opté por el Gambetta: la señora Sécaillat no tenía gaseosa, pero lo servía con agua fría y cubitos de hielo. Hacía años que no me había bebido uno. La primera vez que lo probé fue en el campamento de verano, con una gorra americana y unas bermudas Waikiki. Lo tomábamos mezclado con gaseosa: te cosquilleaba las papilas y te susurraba palabras de amor en las amígdalas. Estaba aún más bueno de lo que recordaba.

—Entonces, qué, ¿os ha sentado bien la fuente? ¿Os habéis recuperado?

—Ay, sí, ha sido genial. Se nos pasó la tarde y ni nos enteramos. ¡Este hasta se quedó dormido un rato en el pilón, me parece! Qué bárbaro, no sabía que se pudiera uno dormir en el agua. Nos ha sentado a los dos de maravilla —respondió Blanche.

—No sé lo que tiene el agua de esta fuente, pero parece cosa de magia. Es una fuente de la eterna juventud, os lo aseguro. Estoy impaciente por ver qué les hace a los cerezos ahora que Paul los riega con su agua, estoy segura de que algún efecto les va a hacer.

—Ya veremos. En todo caso, al menos me darán picotas más gordas.

—Sea como sea, no hace falta esperar a la cosecha, yo ya le estoy dando uso a base de bien. ¿Veis el acompañamiento para el alioli? Pues viene de la fuente. Ayer lo cocí todo en ella. Envolví el pescado, las verduras y los huevos en papel de aluminio, en paquetes diferentes. Lo calculé a ojo de buen cubero: los huevos los dejé toda la mañana, las verduras tres horas y el pescado solo una hora. Ah, bueno, y con las verduras también había brócoli, pero olvídate, estaba hecho puré. Pero con lo demás atiné bastante bien: ayer por la noche cocimos un huevo para probar, y quedó perfecto. No hay mejor marmita que tu fuente—, le dijo la señora Sécaillat a su marido.

—Al final del pasillo, segunda puerta a la izquierda.

Pretexté que tenía que ir a lavarme las manos. No bien hube cerrado la puerta, me abalancé sobre el móvil para intentar averiguar por fin quién era ese Vintur cuyo nombre me habían susurrado al oído una hora antes en la fuente. Por el momento, valía más no preguntarse de quién era aquella voz. Me dije que internet dirimiría la cuestión, no había otra manera de salir de dudas.

Tecleé Vintur con los dedos aún arrugados por el agua de la fuente. La conexión era desesperantemente lenta, el señor Sécaillat y el wifi no debían de hacer muy buenas migas. La impaciencia me hacía

contar los segundos como minutos. Los primeros resultados aparecieron por fin, como los de la noche de una gran jornada electoral. Caían con cuentagotas, píxel a píxel, colegio electoral tras colegio electoral.

Eran más bien escasos, no había gran cosa a la que hincarle el diente. El tal Vintur existía realmente: era el dios galo del Mont Ventoux, que seguramente le debía su nombre. Aparte de dos o tres páginas que explicaban lo mismo con mayor o menor detalle, no había nada más. Habían encontrado varias inscripciones, algún que otro exvoto, pero quitando eso, los historiadores no parecían saber nada más.

Yo, en cualquier caso, nunca había oído hablar de él. O bien lo había olvidado. ¿Podría ser que lo hubieran mencionado en mi presencia cuando era niño y que mi subconsciente lo volviera a sacar ahora, ayudado por alguna propiedad alucinógena del agua de la fuente? Era la explicación más plausible. Para ser honestos: era la única.

—Eh, ¿va todo bien ahí dentro? No se encontrará usted mal, espero.

Abrí la puerta del cuarto de baño y me di de bruces con el señor Sécaillat, que estaba montando guardia en el pasillo. Me agarró por el codo y me hizo un gesto de que lo siguiera a la habitación de al lado. Me miró con aire contrito y empezó a susurrar para que nadie nos oyera.

—Me han pillado los de los impuestos por el pilón de la fuente. No sé cómo me han encontrado, seguramente por fotografía aérea. Antes de ayer había un tío dando vueltas por mis cerezos. Fui detrás de él y lo pillé cuando ya se estaba montando en el coche. Me dijo que era de la Agencia Tributaria, y que estaba inspeccionando las piscinas construidas sin licencia.

—¿Y qué conclusiones sacó de su visita?

—Le dije que no era una piscina, que como podía ver era un pilón de agua de lluvia, y que lo usaba para regar los cerezos. Me dijo que de todas formas tenía que haberlo declarado y que tenía que haber pedido una licencia. El ayuntamiento me va a mandar una carta para la liquidación de las tasas.

Se hizo un silencio que se cortaba con un cuchillo. Nos iban a echar el guante igual que a Al Capone atrapado por el fisco. Blanche y Mireille charlaban en el comedor. Qué gilipollez, habíamos caído como unos principiantes.

—Todo esto es una estupidez. Nos van a pillar por una vulgar cuestión de impuestos. ¿Vio a la mujer-caliza? ¿Dijo algo sobre ella?

—No, ni pío. No creo que haya visto la estatua. Me parece que ni siquiera bajó a la fuente.

—Tendría que ser realmente empégué[72], porque si es su trabajo, salta a la vista. Sería una lástima que nos pillaran por esta tontería. Tendríamos que haber cubierto el pilón, hemos sido unos idiotas dejándolo así, a la vista de todo el mundo.

—Hum… Si la mar bouilhissie très ouro, les ouvri prounn de peissoun cuech[73]. No habría cambiado nada, habrían visto el recubrimiento y habrían venido de todas formas por construcción ilegal. ¿Qué se le ocurre que podemos hacer?

—Ni idea. Estamos atrapados: esta historia de la licencia puede poner a la policía sobre nuestra pista.

—Bueno, tampoco es que los de la gendarmería sean Nestor Burma. Entre un depósito de agua de lluvia sin declarar y una excavación arqueológica clandestina hay un abismo.

—Lo mejor sería que le manden una multa y que la cosa se quede ahí, en agua de borrajas. Pero si se les ocurre venir a hacer una inspección y ven a la mujer-caliza, me extrañaría mucho que no hiciesen averiguaciones.

—En el peor de los casos, quitamos a su mujer-caliza. Comprendo que no le entusiasme la idea, pero siempre será mejor que acabar en chirona por receptación de antigüedades. Cortamos con la radial todo alrededor de la escultura y sacamos el bloque con el desencofrador. Así se puede quedar con ella y ya no corremos ningún riesgo. Rellenamos el hueco con hormigón, y aquí no ha pasado nada.

Me costó un momento responderle.

—¿Y cree usted que la fuente lo va a aguantar? Una vez que haya terminado con su hormigón, puede decirle adiós al agua.

Se hizo un silencio. Ni él ni yo sabíamos qué más decir, ni siquiera si había algo más que decir. No tenía ningunas ganas de cortar a la mujer-caliza con la radial, como si estuviéramos cortando en pedacitos un cadáver del que hubiera que deshacerse. Sacarla de su envoltura de caliza era cortarla del Luberon. Me la imaginé presidiendo mi salón, como una Sainte-Victoire de Cézanne deportada a una pared de París, muy lejos de la tectónica que la había hecho nacer. A través de las piedras de la pared de la cocina oímos las voces cristalinas de Blanche y la señora Sécaillat.

—¿Habéis acabado con vuestros cuchicheos ahí detrás, vosotros dos? ¿Qué estáis tramando ahora?

La verdad es que no tenía ni la menor idea.

26. TU T’EN VAS A IÈU DÈMORE[74]

La cima del Mont Ventoux, cubierta de nieve durante todo el invierno y de piedras blancas durante el resto del año, fue consagrada a Vintur, el dios solar, el «blanco», el «brillante», el «luminoso», debido a su persistente blancura. En cuanto a la famosa fuente del Groseau al pie del Mont Ventoux, ha sido considerada como salutífera, al estar protegida por el dios sanador Vintur.

JEAN-FRANÇOIS DELFINI, *Grande Provence*, invierno 2010, n.º 2

Lo bueno de trabajar en el sistema educativo es que tienes libres todos los miércoles por la tarde, así tienes una pequeña pausa a mitad de semana que te permite aguantar hasta el sábado. Está la mar de bien, porque es tiempo libre fuera del tiempo, no como los sábados y los domingos. El miércoles por la tarde todo el mundo está trabajando, puedes hacer lo que te dé la gana y tener la impresión de estar solo en el mundo. Si te quieres ir a pasear sin encontrarte con nadie, puedes hacerlo, y nadie lo sabrá nunca. El bosque de los cedros puede convertirse en la cordillera del Líbano, y las gargantas de Oppedette, en el Gran Cañón.

Aquel miércoles por la tarde quería aprovechar para ir a bañarme en la fuente sin riesgo de encontrarme con nadie. Desde nuestro baño con Blanche, hacía quince días, la voz no había vuelto a mi cabeza. Había debido de soñarlo, eso era todo. Por si acaso, dejé de beber el agua de la fuente. Más valía evitar una nueva alucinación. Dejaba mi vaso lleno durante la cena y tiraba el agua por el fregadero al quitar la mesa. No le dije nada a Blanche: no servía de nada preocuparla. Aquel baño del miércoles lo consideraba como una última comprobación, una visita al médico para estar seguro de que todo va bien, y de que realmente no hay razón para preocuparse.

Pero, aunque fuera miércoles, no me encontraba en mi mejor día: ayer habíamos celebrado el Martes de Carnaval y estaba derrengado. Un día al año, ese día concretamente, los chavales consiguen, no sé por qué milagro, multiplicar por diez su exceso de energía, ya de por sí elevado el resto del curso. Indias con faldas de flecos y plumas de urraca corren tras astronautas en mono de esquí y casco de moto.

Caballeros con escudos de *tablex* se baten en duelo con espray de serpentina y juran fidelidad a sus sueños en lo alto de los toboganes, con el puño en alto.

Si todos estos boufetaires[75] se divirtieran entre ellos sin pedir nada a nadie, la cosa sería distinta, pero puedes contar con estos encantadores gaznates para ponerte la cabeza como un bombo y gritarte machaconamente entre dos crepes de Nutella:

Tu t'en vas a ièu dèmore. Tu t'en vas et je demeure.
Adiéu paure, adiéu paure. Adieu pauvre, adieu pauvre.
Adiéu paure Carmentran. Adieu pauvre Carmentran.
Se revèiren l'an que vèn. On se reverra l'an prochain.

¡Ah, este Carmentran! Los profesores llevan toda la semana preparándolo, en una operación en la que intervienen kilos de periódicos, cola y alambre. Cuando suena la campana, el director despacha su proceso: le achaca al hombrecillo de papel maché todos los males de los últimos trimestres y el veredicto es el mismo todos los años: no falla, hay que quemarlo. Es mi pequeña especialidad, por eso me llaman todos los años para el Carnaval.

Un par de cerillas después, los trozos de cajas de madera empiezan a inflamarse y a acariciar los pies de Carmentran, rozándolo como sin querer. Luego las llamas se van animando y suben por sus piernas lánguidamente, cada vez unos centímetros más alto. La vista de este condenado a muerte y el deseo de disfrutar de sus últimos momentos les abren el apetito y las ayudan a devorar cada una de las páginas de *La Provence* delicadamente encoladas durante la semana.

Al principio, Carmentran hace como si la cosa no fuera con él, indiferente a aquellas hermosas llamas que dan vueltas a su alrededor. Finge mirar para otro lado, insensible a aquellas lenguas rojas y amarillas. Y cuando el dolor llega a su apogeo, el papel silba, tan estridente y agudo como un pífano. Los artículos de estas últimas semanas, momentos del día a día y retratos de la vida cotidiana se nimban de ocre, viran al negro y por último salen volando. En el culmen del éxtasis, el busto erguido, Carmentran alza los ojos al cielo y, a través de los cotilleos de pueblos y aldeas, dice adiós a su invierno de papel. Como el año pasado, como el año que viene, Carmentran acaba de diñarla sobre el pavimento de un patio de colegio, con los garabatos de ceniza y las rayuelas de tiza como único epitafio.

Los almendros estaban en plena floración. Las flores constelaban sus ramas y sus troncos. Resplandecían al sol, auténticas estrellas vegetales que marcaban la ruta hacia la fuente. Es por aquí, es por ahí, ya casi estás, no te salgas del camino, solo unos metros más. Tenía la

impresión de ser Ulises, incapaz de resistir a los cantos de las sirenas. Un cuco con plumas nuevas se hizo oír, saludando por tres veces a su interlocutor. En mi bañador no había una sola moneda: este iba a ser un año de vacas flacas[76].

La mujer-caliza estaba sola, destilando su líquido amniótico a través de la pared. No decía nada, se contentaba con mirar fijamente ante sí. Con el corazón encogido, me metí en el agua hasta la barbilla, los lóbulos de las orejas rozando el nivel del agua. Los alegatos contra Carmentran, las cantinelas de princesas y astronautas desaparecían, onda tras onda, respiración tras respiración. Cerré los ojos, temiendo oír aquella voz cristalina sonar de nuevo en mi mente, y metí la cabeza debajo del agua.

Nada de nada, silencio. Qué alivio, no estaba loco. Dejar de pensar, no oír nada más. Regresé a la superficie de mala gana, lamentando que el oxígeno pusiera fin a mi viaje inmóvil. La mujer-caliza me observaba y yo podía volver a sostenerle la mirada sin dudar de mi salud mental.

Me puse a hacer el muerto, flotando sobre el agua. La caricia fría del aire sobre mi pecho se conjugaba a las mil maravillas con el manto caliente que envolvía el resto de mi cuerpo. Habría podido quedarme así una eternidad. Los ojos cerrados, entre dos aguas, un sueño vino a llamar a los postigos de mis párpados.

Estoy delante de los montes de Vaucluse: su terciopelo azul baja en una suave pendiente hasta mis pies. Estoy al borde de un precipicio: cae verticalmente, enhiesto frente al cielo e inmaculado en su toga de caliza. A sus pies dormita una aldea minúscula, como un gato delante de la chimenea. Esta aldea es Lioux, y el precipicio es el acantilado de la Madeleine. El sol se refleja en sus paredes, blanquea la caliza como si fuera mármol. El mistral sopla con fuerza: a cada ráfaga se le oye reír, como un niño travieso que se divierte con el miedo que provocan sus petardos. Me hace perder el equilibrio hacia un lado o hacia el otro, y hago todo lo posible para no caerme por el precipicio. He venido a observar con los prismáticos una pareja de águilas culebreras que tienen su nido en las paredes del acantilado. Se oye a los polluelos desgañitarse a voz en cuello, los acantilados amplifican el sonido. El padre vuelve de caza, con una culebra debatiéndose en el pico.

Me inclino para verlos más de cerca, apoyado en el borde del acantilado para no caerme. Es cosa del pícaro mistral o de la caliza celosa, el caso es que la esclava que llevo puesta se me escurre de la muñeca, rebota en la caliza y desaparece en el vacío. Estoy consternado: era la pulsera de mi abuelo, que heredé cuando murió. Tiene engarzado el escudo de Lioux, una barra de oro y un elefante de azur, referencia a Aníbal buscando un paso a través de los Alpes. Miro

el abismo, pero no veo nada. Me muerdo los labios maldiciendo mi torpeza y pensando en mi abuelo, que debe de estar revolviéndose en su tumba.

A mis espaldas hay un revuelo de aire y un batir de alas: es el águila culebrera, que acaba de posarse a mi lado. Sus ojos hipnóticos escrutan cada centímetro cuadrado de la escarpadura. Imperturbable, la rapaz busca dónde ha podido caer mi pulsera: las crestas, los agujeros, las asperezas de la caliza. En el interior de mi cráneo la oigo desgranar su búsqueda del elefante de azur.

«Alfombra de musgo al pie del acantilado - STOP - Sin novedad - STOP.»

«Aguja rocosa - STOP - Cara sur - STOP - Sin novedad - STOP - Cara norte - STOP - Sin novedad - STOP.»

Ya está, ha localizado la pulsera: ha caído sobre un reborde rocoso y se balancea en el vacío en delicado equilibrio. La veo, tan claramente como si la tuviera en la palma de la mano: sin embargo, está cincuenta metros más abajo. El escudo centellea al sol. Cada una de las ráfagas de mistral que viene a estrellarse contra el acantilado hace temblar la cadena y amenaza con precipitarla al vacío. Intento en vano extender el brazo y recuperar mi pulsera, pero sigue estando fuera de mi alcance. A cada uno de mis intentos, una ráfaga aún más fuerte se estrella contra la roca. Cada vez, la risa del mistral retumba sobre las paredes.

La única manera de recuperarla es bajar hasta Lioux por la carretera y luego bordear el acantilado por su base y escalarlo. Me echo a correr como un poseso, esperando llegar antes que la ráfaga fatídica.

El águila culebrera no se ha movido, permanece como un vigía en su puesto de observación. Siento a mis espaldas su mirada, sus ojos sobre mi cabeza siguiendo cada uno de mis pasos. Corro riesgos que no debería correr, saltando por encima de grietas que más valdría rodear. Llego rápidamente al final del acantilado, el camino empieza a descender. Es un verdadero camino de cabras, abrupto, con guijarros que se desprenden y ruedan al ponerles el pie encima. Estoy a punto de romperme la crisma varias veces y tengo que aferrarme a las ramas para mantener el equilibrio.

Una vez abajo, me detengo un instante para recobrar el aliento. Tengo los pulmones ardiendo, punzadas en los tobillos, las rodillas y las manos todas arañadas. No muy lejos, se oye un escopetazo, luego otro, que hacen eco en las paredes rocosas. Se hace el silencio, el mistral se calma como por arte de magia, los polluelos de aguilucho ya no emiten ruido ninguno. Empapado en sudor, empiezo a seguir el pie del acantilado. Se está bien allí, a su sombra crece una alfombra de musgo, y el aire es fresco sin ser frío. Miro la pared de roca que se

eleva verticalmente sobre mi cabeza, intentando orientarme, averiguar dónde estaba yo hace unos minutos y dónde localizó mi pulsera el águila culebrera. No es fácil: la pared vista desde abajo no se parece a la pared vista desde arriba. Intento retomar contacto con el águila, pero nadie responde a mi llamada. Miro la pared de roca. Sin la ayuda de sus ojos telescópicos es como buscar una aguja en un pajar.

Oigo ruido de pasos: es un cazador que viene en sentido contrario. Camina a buen paso, con la escopeta en bandolera. Cuando nos cruzamos, me mira directamente a los ojos.

Sigo caminando. Ya no estoy sin aliento y, con la ropa empapada, empiezo a tener frío. Con la caída del día, la sombra de la Madeleine se vuelve menos acogedora: empieza a hacer fresco. Se oyen ruidos detrás de un arbusto, un aletear y un rascar de huesos. Hay un amasijo rojo de hojas y plumas: es el águila culebrera, ensangrentada y agonizante. Está cubierta de perdigones, en las alas, en el pecho, por todas partes. En cuanto la veo me doy cuenta de que es demasiado tarde y no sirve de nada llevarla al veterinario. Se ha escondido allí para morir. Me mira, y en sus ojos telescópicos veo que ha comprendido. Me arrodillo y la cojo en mis manos, es ligera como un peso pluma.

«Gerónimo a Bonelli - STOP - Gerónimo a Bonelli - STOP - Esos perdigones no los vi llegar - STOP - Qué estupidez - STOP - El elefante de azur está…»

Se detiene para tomar aliento. El mistral se ha puesto a soplar nuevamente: se había callado un instante por respeto al herido agonizante, pero se nota que se está reteniendo, que está listo para batirse, lleno de cólera contra la estupidez humana. Deja correr una pequeña brisa, como para acompañar en su último vuelo al espíritu del águila culebrera. Se oye piar a los polluelos, llamando a su padre: el viento arrastra sus voces a lo largo del muro de caliza.

«Gerónimo a Bonelli - STOP- Gerónimo a Bonelli - STOP- ¿Los oye, Bonelli? - STOP - Son mis aguiluchos - STOP - Mis aguiluchos que pronto alzarán el vuelo por primera vez - STOP.»

Después nada, el silencio. El mistral empieza a rugir: sus ráfagas cada vez más fuertes chocan contra el acantilado de la Madeleine como olas contra el espigón. Aúlla con todas sus fuerzas, golpeando con los puños la caliza, que a duras penas puede soportar sus embates sin recular. Los pinos crujen, se aferran como lapas con todas sus raíces para mantenerse en pie y no caer. El mistral ruge su ira, el sonido del eco araña las paredes como un pífano los tímpanos. Hasta las hormigas se tapan los oídos, y en el interior de mi cabeza la voz cristalina de la mujer-caliza se pone a gritar con todas sus fuerzas.

27. EN PRIMERA PÁGINA DE *LA PROVENCE*

A veces la vida se presenta vulgar, pero el sabio, para elevarla por encima de su mezquindad original, tiene el recurso de soñar.

PAUL ARÈNE

«Otra rapaz abatida por un cazador furtivo en Lioux»: el gran titular me saltó a la vista inmediatamente y me hizo empezar con mal pie para toda la semana. Normalmente necesito tomarme un ratito por las mañanas en el trabajo antes de arrancar. Antes de abrir mis *mails* me gusta ir a la sala de profesores a tomarme un café y a leer la prensa. El instituto está suscrito a dos periódicos: *Le Monde* y *La Provence*. En *Le Monde* leo la sección internacional para ver lo que pasa en el mundo, y en *La Provence* voy directamente a la sección regional para ver lo que pasa por aquí.

Un vecino de Lioux había encontrado la semana pasada un águila culebrera muerta al pie del acantilado de la Madeleine, exactamente igual que en mi sueño. Empecé a leer sin enterarme de lo que leía, devorando las palabras sin darme tiempo a asimilarlas. El cuerpo del águila estaba acribillado de perdigones. La gendarmería había abierto una investigación por furtivismo: un búho real había sido abatido en el mismo lugar hacía exactamente un año; dos años antes había sido un milano negro. El periodista daba la palabra a la responsable de la Liga para la Protección de las Aves, ubicada no lejos de allí, en Buoux: «Esto no es un accidente de caza, es un acto completamente premeditado. El hecho de que sea todos los años el mismo día prueba que alguien está visiblemente resentido contra las rapaces y se lo está haciendo pagar. Las rapaces son depredadoras naturales de los conejos, los faisanes y las perdices, por lo que no son las mejores amigas de los cazadores. Pero también se alimentan de ratones de campo y musarañas y, en el caso del águila culebrera, de serpientes y culebras, y cumplen un papel importante dentro del ecosistema. Tanto los pesticidas como las líneas de alta tensión han reducido sus poblaciones, por lo que son especies protegidas y no hay que disparar contra ellas».

El presidente de la Sociedad de Cazadores de Lioux también había tomado cartas en el asunto. Condenaba enérgicamente estos actos malintencionados y pedía que no se metiera en el mismo saco a cazadores y furtivos: —Por una oveja tiñosa no llevemos a todo el rebaño al matadero. Esperamos que la investigación dé sus frutos y que la gendarmería atrape a este cazador furtivo para que no vuelva a suceder lo mismo el año que viene—. La gendarmería decía estar sobre su pista y recordaba que los autores se exponían a una pena máxima de dos años de prisión incondicional y 150 000 euros de multa, además de la confiscación de las armas y la retirada del permiso de caza.

Eso era todo. Era increíble. Línea tras línea, el sabor de mi café se iba haciendo más amargo, como si le fueran quitando azúcar sorbo tras sorbo. Ya no se oía ni un ruido, solo el silencio y una voz que desgranaba el artículo en mi cabeza palabra por palabra. El olor del café se había desvanecido, remplazado por el gusto acre del agua de la fuente.

Me volví a mi despacho con el periódico debajo del brazo, cosa que estaba estrictamente prohibida por el reglamento: los periódicos tenían que quedarse en la sala de profesores. Estuve dando vueltas por internet sin encontrar nada más. El artículo de *La Provence* estaba en línea, pero no daba más información. La página de la Liga para la Protección de las Aves, al igual que la de la Sociedad de Cazadores de Lioux, permanecían mudas. Visité las páginas de las asociaciones de caza de los alrededores con la esperanza de encontrar en una de ellas la cara del cazador de mi sueño. No logré enterarme de nada más. Habría sido demasiado bonito para ser verdad: página tras página, el rostro permanecía en el anonimato, el cazador seguía sin nombre. Volví a hacer otra búsqueda sobre aquel dichoso Vintur, esta más detallada, y no encontré nada que no supiera ya. Me puse a trabajar de mala gana, avanzando de palabra en palabra en un expediente y volviendo otra vez al acantilado de la Madeleine.

El timbre de las cinco marcó el final de una jornada improductiva a más no poder, y puso fin a mi tormento. Dejé pasar la marabunta de alumnos y el tumulto de sus motocicletas antes de ir a buscar mi coche. Hubiera podido volver directamente por la comarcal: es mi recorrido cotidiano, que me sé de memoria, el que hago ida y vuelta todos los días, con el piloto automático puesto. Sin embargo, un gesto de mi mano puso el intermitente y el coche se metió por las carreteras secundarias. Una cantinela me atenazaba el estómago, me machacaba el cerebro y dirigía mis ruedas hacia las laderas de los montes de Vaucluse. Me movía un deseo irrefrenable, el de recorrer la base del acantilado de la Madeleine, no tanto para ver la escena del crimen como para tener las ideas claras sobre mi sueño.

Llegué justo antes de la caída de la noche. Me quedaban apenas diez minutos de sol, menos incluso. Empecé a caminar a la sombra del acantilado; hacía una temperatura glacial, como en la cripta de una iglesia. Iba deslizando la palma de la mano a lo largo de la pared de caliza, buscando la aspereza de la piedra y la mordedura del frío para probarme a mí mismo que todo aquello era real. Lo necesitaba: el acantilado era como una barandilla a la que agarrarse en una escalera sumida en la oscuridad, te dice qué dirección seguir al tiempo que te sirve de apoyo, un peldaño tras otro. Hacía más de cinco años que no había puesto los pies en Lioux y sin embargo todo me resultaba familiar: los bojes que jugaban con el viento, el olor de la sombra donde nunca daba el sol, el musgo que amortiguaba cada uno de mis pasos. Hacía una eternidad que no había venido por aquel camino pero reconocía cada piedra como si la hubiese visto la semana anterior.

Llegué al lugar donde habían encontrado al águila culebrera. Aunque su despojo ya no estaba era fácil comprobar que, efectivamente, era allí donde había tenido lugar el drama: los bojes estaban ajados, el musgo aplastado, y manchas negras de sangre seca salpicaban la caliza. Había plumas y plumón revoloteando aún por aquí y por allá, a merced del viento.

Oí un alboroto por encima de mí: al levantar los ojos al cielo vi que los aguiluchos habían alzado el vuelo por primera vez. Sobrevolaban el acantilado de parte a parte, probando a planear, a dejarse caer en picado y a volar en semicírculos. Acompañaban sus logros con chillidos, con los que se animaban unos a otros. Oírlos por encima de la tumba vacía de su padre añadía solemnidad al momento, sus gritos hacían su silencio más ensordecedor. El viento los sostenía suavemente, como si tuviera miedo de desestabilizarlos durante su vuelo, a no ser que lo hiciera por respeto hacia aquel lugar que todavía hedía a muerte.

El mistral se puso a soplar con más fuerza, y fue entonces cuando una voz empezó a susurrar suavemente en mis oídos. Una vez más, era una voz cristalina, una voz que no conocía y que, no obstante, me resultaba familiar. ¿Era la mujer-caliza tratando de guiarme de nuevo, o simplemente el mistral resonando en mis oídos? No lo sé y, a decir verdad, apenas tiene importancia.

La voz continuaba *in crescendo*, haciendo silbar los agujeros de la roca y las fisuras de la Madeleine. Ya no susurraba: las palabras le quemaban los labios, las lanzaba desde lo alto del acantilado para que el eco las recogiese y las hiciese rebotar contra mis tímpanos. Los bojes se estremecían, los pinos crujían por todas sus costuras. Ya no se veía a los aguiluchos: con aquellas ráfagas, habían debido de volver al

nido. Costaba trabajo entenderla, parecían sílabas entrecortadas por los sollozos, palabras cortadas con lágrimas.

El mistral soplaba y soplaba, ráfaga tras ráfaga, y el acantilado de caliza se hizo eco de algo que se convirtió en un nombre y un apellido. Dos piedras lanzadas al vacío. Mis labios se pusieron a pronunciarlos, como un miembro del jurado murmurando exhausto desde el estrado el nombre del culpable, aquel nombre maldito que me ofrecían los elementos. Como para asegurarme, como para convencerme a mí mismo, repetí el nombre y el apellido una vez, luego dos, luego tres.

Nada más pronunciarlo, el viento se calmó: el mistral dejó de soplar y desapareció como por ensalmo. Dormía, extenuado por sus caprichos, con una respiración tan apacible como profunda. Los aguiluchos ya no gritaban: la pared rocosa de la Madeleine estaba ahora en silencio, preparándose ella también para el sueño. La noche cayó tan repentinamente como había parado el mistral. Las luces de Lioux parpadeaban en la distancia como brasas bajo los sarmientos. Tonto de mí, me había venido sin la linterna, y me costó un trabajo tremendo volver al coche. Avanzaba a ciegas con una mano pegada a la pared rocosa y la otra extendida delante de mí para evitar las ramas, tropezándome con las raíces de los pinos.

La luz de los faros barrió la garriga con un gesto de la mano antes de coger la comarcal para no soltarla ya más. El color sepia desgranaba kilómetros, y las palabras que escuché al pie de la Madeleine redoblaban en mi cabeza. Era, obviamente, el nombre del cazador furtivo. Me parecía complicado ir a la gendarmería y soltarles su nombre de sopetón. Y más complicado aún me parecía explicarles que había obtenido esta información simplemente escuchando soplar el viento contra la caliza. Que yo supiera, el último al que le había hablado el viento era Gerónimo, y me temía que a los gendarmes les pareciese una jurisprudencia un poco escasa.

Lo mejor era enviar una carta anónima a la Liga para la Protección de las Aves y que fueran ellos los que se ocuparan de convencer a la policía. Tenía que haber alguna forma de relacionar su escopeta de caza con los perdigones que habían encontrado en el cuerpo del águila. Eso bastaría para meterlo entre rejas, o al menos para quitarle las ganas de volver a hacer algo semejante.

La luz de los faros hizo emerger al Húsar, esfinge inmóvil fiel a su puesto. Desde mi vuelta al trabajo había retomado sus antiguos hábitos: cada noche esperaba pacientemente el regreso del amo y la llamada del pienso. Blanche aún no había vuelto, pero debía de estar al caer. Apenas había tenido tiempo de aparcar el coche y bajarme cuando se oyó el ruido de su motor. Subimos los dos por el camino, con el Húsar de avanzadilla.

No podía dormir, llevaba una hora dando vueltas en la cama. Después de cenar, Blanche me propuso que miráramos vuelos para ir a Barcelona en Semana Santa. Estuvimos brujuleando por las páginas de las compañías aéreas durante dos horas y luego nos fuimos a la cama. Blanche cayó como un tronco, pero el nombre del cazador que le había disparado al águila culebrera seguía redoblando en el interior de mi cabeza, impidiéndome pegar ojo. Era ya más de la una de la mañana, y hasta las ovejas se habían hartado de saltar la valla y se habían esfumado. Me levanté sin ruido, buscando mis cosas a tientas en la oscuridad, y bajé al salón.

El Húsar estaba en su sofá: abrió un ojo, se estiró y se hizo una bola para el otro lado antes de volver a dormirse. Me hacía falta algo caliente, las noches eran frías. Ni el café, ni siquiera el té, eran opciones válidas si quería tener alguna oportunidad de volver a dormirme aquella noche. Me hice una tila con agua de la fuente. Cada dos o tres años, Blanche recogía un montón de flores de tilo, varias bolsas, que luego dejaba secar. Siempre teníamos dos tarros grandes encima del horno. Mi mujer recurría a ellos de vez en cuando, yo prácticamente nunca.

El dulzor de la tila contrarrestaba el sabor acre del agua de la fuente: resultaba, a fin de cuentas, una tisana muy agradable. Encendí el ordenador y empecé a indagar en internet sobre el nombre que el viento había pronunciado aquella tarde. No me costó mucho trabajo, el tipo estaba en la guía de teléfonos: vivía hacia el norte, entre Javon y Sault. No había dos nombres iguales, ningún homónimo: solo podía ser él. La sociedad de cazadores de Sault tenía una página web, que empecé a examinar minuciosamente. Había una sección llamada —Trofeos—, en la que los socios posaban con sus mejores presas. Desfilaban jabalíes, liebres y perdices. Al cabo de una decena de fotos, posando junto a un hermoso jabato, su rostro atravesó los píxeles. Era él. El que había aparecido en mi sueño. Clavadito, no había duda posible. Con una gran sonrisa y la carabina al hombro, miraba directamente al objetivo. Lo contemplé durante unos instantes, intentando comprender qué era lo que tenía contra las águilas culebreras, los búhos reales o los milanos negros.

Me levanté y estuve paseando arriba y abajo por el salón. El Húsar vio la ocasión de tomar un tentempié nocturno y vino a tamborilear en la alacena donde guardábamos sus croquetas, nunca se sabe. Yo no estaba de humor; lo cogí en brazos y fui a darme una vuelta por la terraza. No hacía calor ninguno, y el Húsar me miró preguntándose qué estaba pasando, y si con tanta monserga no iba a terminar durmiendo al raso. Aquella historia me daba vueltas en la cabeza, la carta anónima a la Liga para la Protección de las Aves, sus pros y sus contras. A lo mejor valía más llamarlos desde una cabina, sería más

rápido y dejaría menos pistas que una carta. Por qué no. Por un lado había algo que me incomodaba: no me veía escribiendo un anónimo. Pero las últimas palabras del águila culebrera y su mirada henchida de dolor me daban vueltas en la cabeza, y era incapaz de limitarme al papel de Poncio Pilatos, a hacer una simple llamada de teléfono y lavarme las manos. La mujer-caliza no había hecho todo aquello para tan poco, los aguiluchos merecían un poco más de justicia.

El Húsar maulló, quería volver dentro, empezaba a hacer frío. No tenía ganas ni de quedarme en el salón ni de volver a acostarme, seguía sin tener sueño. Javon no estaba muy lejos, y me entraron ganas de ir hasta allí a dar una vuelta para tranquilizarme y airearme un poco. No entra dentro de mis costumbres largarme de casa en plena noche; si Blanche se despertaba, encontraría la casa vacía y se preocuparía. Le dejé una nota bien visible sobre la mesa de la cocina: «NO PUEDO DORMIR. HE IDO A DAR UN PASEO EN COCHE».

Salí, bajé a buscar el coche y tomé el camino de Javon. Cuando estaba en la meseta de Sault, a mitad de trayecto, puse en el GPS la dirección que había encontrado en la guía. Ya no estaba muy lejos. En una bifurcación, la voz electrónica anunció la sentencia: había llegado a mi destino. A la derecha salía un camino de tierra. Seguí por la carretera unos cincuenta metros más sin saber muy bien qué hacer, sin saber muy bien por qué había subido hasta allí arriba. Había querido satisfacer una curiosidad malsana, había tenido ganas de ver dónde vivía, qué aspecto tenía. Como cuando estás en pareja y te dicen que se acabó, y no puedes evitar preguntar, querer saber cómo es el Otro y qué tiene que tú no tengas. Giré la llave de contacto: el ronroneo del motor y la luz de los faros me dejaron solo con la noche.

La oscuridad no decía nada, se preguntaba qué es lo que querían de ella y esperaba a que el otro hablase primero. Abrí la puerta: el frío y el estridor de los saltamontes me hicieron dudar y preguntarme si de verdad era eso lo que quería hacer. No tenía ni idea, pero le contesté convirtiendo mi móvil en linterna y recorriendo la carretera en sentido inverso hasta la bifurcación. Diez metros más allá, a la entrada del camino, había un buzón con un nombre escrito. Efectivamente, era el suyo, no me había equivocado. Había también otro nombre, el de una pequeña empresa de cría de animales para la caza menor: faisanes, perdigones, liebres y conejos.

Al cabo de un centenar de metros me encontré con una granja, un cobertizo y algo que parecían dos grandes corrales cubiertos. Uno para las aves y otro para los conejos, seguramente. Me quedé un rato allí plantado, sin saber muy bien qué hacer. No quería volver al coche. Los ojos del águila culebrera parpadearon en mi cabeza y me preguntaron por qué iba a abandonar ahora, tan cerca del objetivo.

Di unos pasos en dirección a los criaderos. Algo se movió en el interior. Patas y colitas corrieron a esconderse en los rincones, varios ojos se reflejaron en el haz de luz. Ponerlos a todos en libertad sería una venganza irrisoria, el mínimo sindical. Supondría pérdidas para él en la próxima temporada de caza y alimento suplementario para las rapaces de la región. Las paredes de los corrales eran de tela metálica, pero no tenía alicates ni ninguna otra cosa para cortarla. Abrí la puerta de par en par y la calcé con una piedra para que no se cerrase. No es seguro que se fueran a escapar todos, pero algo era algo. El corral de las perdices corrió la misma suerte.

Luego me dirigí al almacén de las herramientas. La puerta estaba abierta de par en par. Dentro no se veía ni torta, estaba oscuro como boca de lobo, a pesar de la linterna del móvil. Parpadeé para acostumbrarme a la oscuridad. Había dos desbrozadoras, sacos de semillas, pacas de heno y un tractor.

Pensé en abrir el tapón del depósito de gasolina del tractor y empapar varios puñados de heno. Hubiera podido coger mi jersey, rasgarlo en dos y empapar cada una de las mangas en el depósito. Un poco de heno en cada manga junto a las dos pacas y listo. Aquel almacén olía a seco por los cuatro costados. Las llamas habrían prendido al instante, sin la menor vacilación.

Pero no hice nada. En vez de eso, me eché a correr como un descosido. Fuera estaba todo lleno de conejos que se me metían entre las piernas y no me dejaban correr en línea recta. El buzón, la bifurcación y por último el coche pasaron a toda velocidad, como una película a cámara rápida. Arranqué y di media vuelta, con el corazón a doscientos por hora.

28. LA BARCO ET LEIS ARANGE[77]

La lenguo n'a ges d'os, mai n'en fa roumpre.
(La lengua no tiene huesos, pero puede romperlos).

Abrí los ojos como quien vuelve en sí después de un desmayo: sin porqué, sin previo aviso. Hacía una eternidad que no había dormido tan bien. Las otras mañanas duermo entre dos aguas: me despierto a ratos, el despertador me vigila por el rabillo del ojo, persigo al sueño hasta en los últimos recovecos de mi almohada. Aquella mañana no: mis ojos se abrieron como los de un paciente que sale del coma diez años después de su accidente. Es imposible decir por qué, en ese preciso instante, termina el coma: el subconsciente decide que se acabó y es inútil pedirle cuentas. En el interior de mi cabeza había un gran vacío: había caído una bomba mientras dormía y el viento del impacto lo había arrasado todo a su paso. Los pájaros de mis tímpanos permanecían mudos, la hierba de mi pulso estaba aplastada, la calma de la tregua reinaba sobre mis hombros. Cuando me levanté, las paredes del pasillo desfilaron lentamente, como si mis pies hubieran pulsado el botón de «ralentí» al salir de la cama.

La casa estaba silenciosa, como si ella también se estuviese despertando, abriendo sus postigos uno tras otro. Blanche ya se había ido: la víspera me dijo que iba a ir a Aix a pasar el día con su hermana. El mes de junio acababa de llamar a la puerta del calendario sin bombo ni platillo. Por el momento las cigarras aún estaban mudas, y aunque el aire seguía siendo fresco, pequeños anticipos de calor hacían acto de presencia de vez en cuando. Fuera soplaba una brisa muy ligera, los pinos se saludaban agitando las ramas. Abrí la puerta-ventana: el mistral silbaba alegremente, celebrando mi proeza de la noche anterior.

Acodado en la barandilla, la noche de Javon me volvió a la cabeza. El Húsar se puso a dar vueltas entre mis piernas. Había en el aire un sentimiento de plenitud, de calma: el del deber cumplido. El sonido de mi respiración me recordó al del mistral contra los acantilados de la Madeleine, y pensé en el águila culebrera diciéndome que se había hecho justicia. Los aguiluchos estaban huérfanos de padre, pero

habían sido vengados. El mistral ya había debido de llevarle la noticia a la mujer-caliza. Me entraron unas ganas locas de ir a verla, de meter la cabeza entre las ondas para captar sus palabras.

Cogí el bañador y bajé a la fuente. El coche de los Sécaillat estaba aparcado delante de su casa, pero él no estaba en el campo: el sol ya brillaba alto, supuse que prefería el fresco de su taller. El ruido del agua goteando me dio la bienvenida: daba gusto sentirse en casa. La mujer-caliza estaba resplandeciente, como la pared de un iceberg que acaba de desprenderse de un banco de hielo. Su blancura, inmaculada al sol, casi hacía daño a la vista. Sentí vergüenza mientras me ponía el bañador, desnudo como un gusano frente a ella. El agua me envolvió, lavando rápidamente la afrenta.

Nunca me he sentido realmente cómodo en tierra. Cualquiera diría que cuando nací me equivoqué de elemento. Desde pequeño arrastro unos brazos demasiado largos y unas piernas demasiado rígidas. En el agua es distinto, como si este elemento le ofreciera a mi cuerpo una segunda piel, una segunda oportunidad, una coraza para compensar los errores de la madre naturaleza. Cada pieza de la armadura encuentra su sitio con una facilidad desconcertante. En cuanto mis pies se deslizaron dentro de la fuente, el agua los cubrió con unos botines flexibles y robustos. A medida que iba metiendo las piernas, centímetro a centímetro, el agua me regalaba grebas, rodilleras y musleras. Hice una pequeña pausa, no tanto para apreciar la agradable temperatura como para acostumbrarme a aquella nueva cota de malla que me proporcionaba una ingravidez lunar. Con los brazos en alto, como para dejar lo mejor para el final, me metí de golpe hasta los hombros. Llegaron de una vez peto y hombreras: me quedé sin aliento, rodeado por todas partes. Me costó recobrar la respiración, tanto a causa de aquel corsé como por el sentimiento de invulnerabilidad que me proporcionaba.

Deslicé las manos, y luego los brazos, en el agua roja. La mujer-caliza me regaló guanteletes y brazales. Mis manos empezaron a ondular naturalmente bajo el agua, produciéndome un sentimiento de poder. Con las manos desnudas siempre le temo al contacto, me da miedo tocar o coger los objetos, como si fuera a romperlos o, peor aún, como si fueran ellos los que me fuesen a romper a mí. Con aquellos guantes era distinto: mis manos se habían vuelto firmes, dos pinzas implacables, dos tenazas seguras de sí mismas. El agua fluía, ondulaba; obedecía sin rechistar a mi voluntad. No había nada que añadir, nada que esperar: todo estaba ya listo para armarme caballero, para entregarme la última pieza de mi armadura.

Cogí una buena bocanada de aire, cerré los ojos y metí la cabeza bajo el agua. El casco de la mujer-caliza me rodeó la cabeza, envolvió

mi cráneo y me aisló del mundo exterior. La luz del día desapareció, el ruido de los grillos y de los pinares se desvaneció, remplazado por el gorgotear de la fuente, los latidos del corazón de Sirmonde. Callo, espero, y al fin, sin sorpresa, resuena la voz cristalina dentro de mi cabeza.

—Por fin has vuelto.

Trato de responderle, de hablarle, pero las palabras se ahogan en mi garganta, buscan el camino de salida sin encontrarlo.

—Gracias por haber hecho justicia. La muerte del águila culebrera pedía reparación, no podía quedar impune. Hacía años que ese cazador furtivo venía a cobrarles su tributo estúpido y egoísta a los habitantes del Luberon, había llevado la ofensa hasta el búho real, hasta el milano real. Y ahora, el águila culebrera, leal entre los leales a Vintur.

»Veo que hace siglos que sus montañas son mancilladas, que sus súbditos son acosados hasta la extinción, que su existencia, al igual que su nombre, han sido olvidados. Esto tiene que acabar; ¿sabes a dónde ha ido Vintur?, ¿sabes por qué ha desaparecido?

Saqué la cabeza del agua para respirar. Frente a mí, la mujer-caliza miraba a lo lejos, mientras su boca destilaba su precioso licor. Sentado en el reborde, el señor Sécaillat me miraba tranquilamente, regocijándose de mi aspecto sorprendido.

—¿No me oyó llegar desde ahí abajo? —preguntó—. Lleva un buen rato debajo del agua, es impresionante lo que es capaz de aguantar la respiración.

El agua me goteaba del pelo, me caía sobre los ojos y se me metía en los oídos: me costó un rato conseguir quitarme el yelmo y conectar de nuevo con el mundo exterior. Busqué con la mirada mi toalla de baño, el señor Sécaillat me la alcanzó. Salí del agua y me sequé, sintiéndome desnudo sin aquella armadura líquida.

—He venido a llenar nuestra botella diaria, desaparece a toda velocidad. La usamos desde por la mañana para hacer el café. Le da un gustito intenso muy particular, lo llamamos Arábica Cerecil. A Mireille la pone en marcha al instante —añadió sonriendo.

Había algo más: se estaba yendo por las ramas de una forma que no era habitual en él. Al final lo acabó soltando.

—Qué bien que esté usted aquí, tengo que enseñarle una cosa —dijo sacándose un papel del bolsillo—. Lo trajo ayer el cartero, no me da muy buena espina —continuó, tendiéndome el trozo de papel.

Aún tenía las manos mojadas, pero qué más daba. El sobre hizo de papel secante, y mis dedos dejaron unos cercos grises junto al sello de correos y el escudo de la ciudad. Era una carta oficial enviada por el

ayuntamiento, por el catastro, concretamente. La leí en diagonal, mientras las gotas que caían de mi frente se incrustaban entre las vocales y las consonantes. El catastro informaba al señor Sécaillat de una visita de inspección a su depósito de agua que tendría lugar el próximo 6 de julio, es decir, dentro de un mes. La carta adjuntaba un extracto del registro catastral y una fotografía aérea de la parcela; el pilón estaba marcado en rosa fluorescente. Le pedían que presentara todos los planos disponibles, si los tenía. También adjuntaban una tabla con las multas por construir sin licencia, en función de la superficie de la construcción. Una gota de agua de mis cabellos cayó sobre la fotografía aérea, exactamente sobre el emplazamiento del pilón, diluyendo el marcador fluorescente. En efecto, no tenía muy buena pinta.

—Por lo menos han tenido el detalle de avisar, algo es algo. Imagínese la cara de tontos que se nos habría quedado si toda esa gente se hubiera presentado delante de su puerta sin previo aviso—, le dije al señor Sécaillat devolviéndole la carta.

Se hizo el silencio. Oíamos el rumor del agua abrirse camino entre dos bloques de silencio. Los pájaros habían dejado de cantar, como si se hubieran dado cuenta de que lo mejor que podían hacer en ese momento era cerrar el pico. Como no había nada que decir, el señor Sécaillat empezó a hablar por hablar. Lo primero que se le ocurrió fue llenar en la fuente la botella que había traído. Era una botella grande de cristal, cuya boca llevó a los labios de la mujer-caliza. Temblaba, seguramente porque no estaba en una postura fácil: tenía que ponerse en cuclillas para alcanzar la fuente. La mujer-caliza ya no decía nada, destilando su elixir con parsimonia.

—Listo, podemos darle las gracias una vez más a la fuente de la eterna juventud —dijo el señor Sécaillat cuando hubo terminado. Apretó bien fuerte con el pulgar un corcho dentro del cuello de la botella—. Puede parecer una estupidez —dijo riendo—, pero es la pura verdad. Antes de que encontráramos la fuente, a Mireille cada vez se le iba más la cabeza. Fuimos a todos los médicos habidos y por haber, hasta fuimos a Marsella a ver al especialista. Todos me decían que era alzhéimer, y que no tenía remedio. Le daban unas pastillas que la ensuquaient[78] completamente. Vivíamos pensando que un buen día se despertaría y ya no sabría quién soy. Pero desde que bebe el agua de la fuente, fan de chichourle, tiene veinte años menos y la cabeza perfecta. No hay día que no le dé las gracias al buen Dios por habernos mandado esa tormenta que me derribó el muro.

—Las gracias se las tiene que dar a ella, el buen Dios no tiene nada que ver en esto —dije indicando con la barbilla a la mujer-caliza.

Se hizo de nuevo el silencio. Alguna otra cosa preocupaba al señor Sécaillat, un carbón al rojo que le quemaba la lengua, pero que no

sabía cómo escupir. Lo miré tranquilamente sin decir nada: entendió que lo había entendido y se decidió a tirarse a la piscina.

—Respecto a la carta esa y la inspección, no sé muy bien qué hacer. Cuando vean la escultura, se van a poner a hacer preguntas a punta pala. Y aunque no la relacionen inmediatamente con las trompas que dejamos en el museo, llegará un momento en que alguno ate cabos. Y entonces la cosa se va a poner fea.

—Sí, no hay que ser un genio para darse cuenta —le respondí, esperando a ver por dónde salía. Ya me lo imaginaba haciendo una cubierta de hormigón todo alrededor de la mujer-caliza. Lo dejé que hablara, dispuesto a cortar en pedacitos cada uno de sus argumentos y a oponerme con todas mis fuerzas.

—Ayer pasé por Leroy Merlin y tienen cubas prefabricadas de polietileno. Las hay muy grandes, claro, pero también hay otras mucho más pequeñas, casi como un depósito de agua. No he tomado las medidas exactas, pero, a primera vista, deberían caber en la fosa que cavamos. Así que mi idea es la siguiente: ponemos dos vigas grandes por encima de la fuente, y sobre esas dos vigas, bien horizontal, instalamos la cuba. Después ponemos a funcionar una bomba para subir el agua de la fuente hasta la cuba. Desde fuera, la gente va a ver un estanque vulgar y corriente. A lo mejor les parece raro que haya usado una cuba prefabricada para construir un estanque agrícola, pero bueno, ya estoy acostumbrado a pasar por un excéntrico, me la refanfinfla. Así ya no se ve la fuente excavada en la piedra, no se ve a la buena mujer, y listo. No le hemos tocado un pelo a su escultura y yo sigo teniendo mi agua para los cerezos. Salimos ganando en todos los aspectos, y el catastro no se dará cuenta de nada.

Yo callaba, escuchando hablar al señor Sécaillat en silencio, con el rostro inexpresivo. Es algo que se me da bastante bien, no demostrar ninguna emoción, ningún indicio que le permita a tu interlocutor saber lo que piensas. No juego al póquer, pero me han dicho muchas veces que habría sido un jugador la mar de bueno. Miré al señor Sécaillat sin decir palabra, con los ojos muy abiertos.

Volvió a tomar la palabra, pensando que no lo había entendido, que más detalles técnicos me ayudarían a comprender, me ayudarían a visualizar su proyecto y a aceptarlo. Incluso se sacó otro papel del bolsillo: era un croquis, un plano a lápiz en el que había dibujado su proyecto.

—¿Lo ve? Aquí ponemos las dos gruesas vigas horizontales. Podríamos poner aquí y allá dos o tres puntales, para asegurarnos de estabilizarla bien, y que no se venga todo abajo cuando esté llena de agua. Y ahí ponemos la bomba para subir el agua de la fuente y llenar la cuba.

Alargó el brazo y me tendió el papel, sosteniéndolo con la punta de los dedos, buscando una respuesta de mi parte, una reacción, como si aceptar su boceto equivaliera a aceptar su proyecto. Yo seguía teniendo las manos mojadas y las oculté secándolas en los repliegues de mi toalla. Pensé en la mujer-caliza. En su sueño de más de dos mil años. Desde que la liberamos, solo nos había traído cosas buenas: la señora Sécaillat había recuperado completamente sus facultades mentales, y yo nunca me había sentido más vivo que desde la última noche. Y ahora la íbamos a esquicher[79] bajo una tapadera de plástico, dentro de un sarcófago de baquelita. Era injusto. Con su piscina, el señor Sécaillat quería seguir aprovechándose de los beneficios de la mujer-caliza al mismo tiempo que la condenaba al calabozo. Quería que Mireille siguiera disfrutando del elixir de vida negándole a la vez a su benefactora la posibilidad de ver el azul del cielo y sentir sobre su rostro la furia del mistral. Yo seguía sin decir nada, sin manifestar nada. Mi rostro estaba liso como un muro que los sentimientos intentaran escalar sin éxito, aupándose sobre mi pulso. No había ningún asidero, nada a lo que agarrarse. Mi rostro no expresaba nada, imperturbable e indescifrable para un señor Sécaillat que ya no sabía a qué santo encomendarse.

—Usando mi excavadora deberíamos poder levantar la cuba y ponerla en su sitio. Solo necesito que me eche una mano para ayudarme a manipularla, a empujarla en el momento adecuado para ponerla en el lugar adecuada.

Ya está, ya lo había dicho. Ese fue el instante en que algo hizo clic, el instante en que todo se desbordó sin previo aviso, como un cazo de leche al fuego. Palabras que no conocía escaparon de mi boca una tras otra, frases que no pensaba lo golpearon una tras otra, le dije cuatro verdades que no eran tales, falsedades para dar y tomar.

En el fondo de la zanja, frente a la mujer-caliza, pasó un ángel. Se oía gotear el agua de la fuente.

—¿Y se puede saber qué propone usted si no? —dijo el señor Sécaillat, blanco como la cal.

—No propongo nada, porque no hay nada que proponer. No podemos hacer eso, no podemos hacerle eso solo porque corremos el riesgo de que nos pongan una multa o de ir a la cárcel.

—Pues no sé usted, pero lo que es yo, dinero para la multa no tengo, y a la cárcel no tengo ningunas ganas de ir. Así que…

—¿Y su mujer, no ha pensado en su mujer? ¿No se da cuenta de que si se queda sin la fuente Mireille se va a volver completamente majareta?

—Pero ¿cómo se lo tengo que decir? ¡Solo vamos a esconder la fuente, el agua seguirá manando, pero irá a parar a la cuba!

—Ya lo he pillado, gracias, pero ¿no tiene miedo de secar la fuente, con todos esos tejemanejes? ¿De que deje de manar y desaparezca?

—No veo por qué se iba a secar la fuente y, en cualquier caso, ¡vale más intentarlo que quedarse con los brazos cruzados sin hacer nada y que nos pillen! ¿Está mal de la cabeza, o qué? ¡No tenemos elección! —dijo el señor Sécaillat enojado. Enseguida añadió de sopetón, como si las palabras le quemaran los labios—: ¡Además, es mi fuente, maldita sea, esta es mi casa! ¿A qué viene esta cagade[80]? ¡Si no está contento, fan de con[81], que le den, nadie le ha preguntado su opinión!

Si hubiera podido, me habría cogido por la piel del cuello y me habría sacado *manu militari* de la fuente. Pero, con un esfuerzo supremo, dominó su ira y volvió a subir las escaleras, echando fuego por los ojos. Me quedé solo con la mujer-caliza. Con la boca abierta, me miraba y me preguntaba qué iba a ser de ella, los ojos fijos en el mañana.

29. LOU MISTRAU N’A GES D’AMI, NIMAÏ D’ABRI[82]

Se han encontrado gran cantidad de fragmentos de cerámica en la cima del Mont Ventoux, durante la construcción de los cimientos del observatorio meteorológico. Una reconstrucción ha permitido identificar embocaduras, pabellones y formas semicirculares, y determinar que procedían de trompetas de terracota. El doctor Hyacinthe Chobaut, que ha informado de este descubrimiento y ha llevado a cabo su descripción, explica que este yacimiento votivo proviene de una antigua civilización pastoril y fue realizado para conjurar los efectos de «maese viento», sobrenombre dado al mistral en la Provenza.

JEAN-JACQUES JULLY, *Acerca de tres tipos de objetos de culto de la época prerromana en la Francia meridional*

El Mistral, antes de venir a soplar como un descosido en el Vaucluse, había crecido más al norte, en los lindes de la Ardèche, en el Vivarais. No se le conocían padres ni familia. El huérfano aterrorizaba a los campesinos aventando los sembrados, enojaba a las amas de casa haciendo caer de las cuerdas los manteles tendidos a secar, y asustaba a las colegialas levantándoles las faldas.

Un día, ya hartos, los habitantes se quejan al ayuntamiento, reclamando que se tomen medidas contra ese golfo, ese mocoso insoportable, ese viento loco de atar. El alcalde se estruja las meninges un buen rato y luego, con el mayor secreto, elabora un plan para dar satisfacción a sus conciudadanos.

Al día siguiente, por la mañana temprano, el alcalde enciende una velita en la plaza del pueblo y la coloca junto al pozo. Enseguida, el Mistral se apresura a apagarla riendo. Sopla una buena ráfaga, y de paso aprovecha para volarle el sombrero al alcalde. El representante electo no se deja amilanar: pone la vela en el brocal del pozo y la vuelve a encender. El viento loco le coge gusto al juego y acepta el reto. Reúne todas sus fuerzas y vuelve a apagar la vela, con un soplo tan fuerte que hace sonar las campanas de la iglesia. Tozudo como una mula, el alcalde no se inmuta. Coge la vela, la pone dentro del cubo y la baja hasta el fondo del pozo, teniendo mucho cuidado de no

apagar la llama. En cuanto el cubo toca la superficie del agua, el Mistral siente que le han planteado un desafío a su medida: es un pozo muy profundo, que se hunde al menos veinte metros bajo la superficie. El viento loco acepta el reto: después de todo, por algo le llaman *Mistral ganador*[83]. Sale del pueblo, abandona el Vivarais, recula hasta el Ródano y sube hasta Lyon. Allí tensa todos sus músculos, coge carrerilla y se lanza con todas sus fuerzas, tumbándolo todo a su paso. Baja por el Ródano, llega a la plaza del pueblo y se tira sin reservas al fondo del pozo para apagar la vela. Era precisamente lo que el alcalde estaba esperando: en cuanto el Mistral se abalanza dentro del pozo, lo cubre con tres grandes piedras de caliza, bien planas y pesadas.

Solo en la oscuridad, el Mistral comprende que lo han engañado. Y este esperloufi[84] que hacía el cacou[85] delante de todo el mundo se echa a llorar, y sus lágrimas gotean y hacen *plic, ploc* en el agua del pozo. Los habitantes del pueblo, que habían estado encerrados en sus casas durante toda la escena, salen a la plaza del pueblo y felicitan al señor alcalde.

Sin embargo, un viejo objeta que todo aquello está muy bien, pero que, si bien es cierto que el pueblo ya no tiene mistral, tampoco tiene agua. ¿Cómo hacer para sacar el agua sin dejar escapar al Mistral? Entonces el alcalde se enfada y rezonga que, desde luego, hay que ver, nunca están contentos y que, si esas tenemos, ellos lo habrán querido, prefiere devolver el bastón de mando.

Se hace un silencio, y es el cura el que da la solución: el Mistral es como un niño, que no entiende las consecuencias de sus actos. Hay que llamarle la atención, leerle la cartilla, hacerle jurar sobre la Biblia que no lo hará más. Los habitantes del pueblo se miran: no están muy convencidos, pero llegados a este punto, no tienen elección. Entre tener agua y no tener Mistral, prefieren tener agua. El cura le habla al Mistral a través de las piedras, le pide que prometa sobre la santa cruz que se estará quietecito si lo dejan salir, o bien que se irá a soplar a otra parte. El Mistral, que, solo en la oscuridad, en el fondo de su agujero, no las tiene todas consigo, jura todo lo que le piden y más. Sí, dejará de hacer rabiar a la gente del Vivarais y, sí, sí, será tan apacible como la tramontana, palabrita del Niño Jesús. El cura aparta una piedra, cuelga un pequeño rosario de madera de olivo encima del orificio y, como un exorcista, le ordena al Mistral que salga de su agujero. El Mistral sale todo avergonzado, delante de los lugareños chacoteros, que están encantados de pagarle con la misma moneda y empiezan a llamarlo Mistral perdedor.

Pero apenas ha avanzado unos metros por la plaza del pueblo, el Mistral ve el azul infinito del cielo que solía recorrer en todas direcciones. Ve el amarillo del sol que solía saludar todas las mañanas. En lo alto de las colinas ve los pinares, a los que solía incordiar a

conciencia. Y entonces, con el alma en pedazos, se vuelve hacia los lugareños, el alcalde y el cura, que aún tiene en la mano su rosario de madera de olivo. Suspira que no puede luchar contra su propia naturaleza, que no puede limitarse a soplar flojito como la tramontana. No es mala voluntad por su parte, es solo que él es así y nada más, y no hay nada en el mundo que lo pueda hacer cambiar. No puede cambiar, y como lo ha prometido, que lo parta un rayo si miente, prefiere marcharse, abandonar lou païs[86].

Los habitantes del pueblo se miran, incómodos y sin saber muy bien qué decir. Un hijo del país que se marcha es siempre algo triste. No será el primero ni el último. El silencio se instala durante un largo rato, mientras el Mistral prepara su hatillo. Al cabo de una eternidad, alguien carraspea. Es el señor maestro, siempre rubicundo detrás de sus gafas. Toma la palabra, como en el dictado:

—Vamos, no hace falta que vayas muy lejos, granujilla. Solo tienes que ir un poco más al sur, al Vaucluse. Parece que allí los seres humanos son tercos como mulas por culpa del sol que les recuece la mollera como una olla a presión durante todo el día. Nada los hace doblegarse ni cambiar de opinión, según dicen. Podrás soplar tan fuerte como quieras, nada se humillará a tu paso y los hombres te harán frente hasta que te desplomes de agotamiento.

Sus palabras no cayeron en oídos sordos. El Mistral cogió sus bártulos, saltó por encima del Ródano y empezó a soplar sobre el Vaucluse, solo para verificar si eran ciertas las palabras del maestro. Lo menos que se puede decir es que no quedó decepcionado. Allí sigue soplando, desde la cima del Ventoux hasta las crestas del Luberon, con tanta fuerza que a veces uno se pregunta si son los postes los que aguantan los cables, o los cables los que aguantan los postes.

30. SOBRE LAS HOGUERAS DE SAN JUAN

Lou fue eis miejo vido.
(El fuego es la mitad de la vida).

Estábamos a 24 de junio, que es un día muy especial porque es el día de San Juan, pero también, sobre todo, nuestro aniversario de bodas. No lo hicimos a propósito. Escogimos esa fecha por la sencilla razón de que tanto el cura como el alcalde estaban disponibles aquel día. Con el transcurso de los años, al celebrar nuestro aniversario nos acostumbramos a esta coincidencia y le asignamos un pequeño ritual: todos los años vamos a Caseneuve, uno de los pocos pueblos del Luberon en el que hacen algo especial la noche de San Juan. A la entrada del pueblo hay un pequeño restaurante sin pretensiones, que con el paso del tiempo se ha impuesto como nuestro lugar fetiche. No es nada del otro jueves, pero ir a otro sitio sería una traición, un sacrilegio. Significaría interrumpir un ritual que marca oficialmente un momento señalado del calendario.

Aquel año también salí del trabajo un poco antes que de costumbre. Las vacaciones de verano aún no habían llegado, pero ya se intuía el final de curso. En el instituto, las aulas se vaciaban una tras otra. La junta de evaluación de cuarto y la de primero de bachillerato ya habían pasado, y la distribución de las aulas para septiembre ya estaba liquidada, lo mismo que los preparativos para la selectividad. Ya no quedaba gran cosa que hacer y el trabajo se resumía, más que nada, en hacer acto de presencia.

El menú era simple y sin elección: primero, segundo y postre, se comía lo que estuviera escrito en la pizarra. Blanche hablaba de unas cosas y otras y me preguntaba si me acordaba de lo que le respondió al cura el día D, ¿te acuerdas?, lo que nos reímos. Me dijo que cuando volviéramos a casa le apetecía que fuéramos los dos a bañarnos a la fuente, un baño nocturno sería una buena idea, ¿no te parece?

Su propuesta me arrancó una mueca: no le había contado mi

discusión con el señor Sécaillat, hacía ya quince días. No porque hubiera nada que ocultar, sino porque no había nada que decir. Nos habíamos peleado y seguramente él tenía razón, pero mi arrogancia no me permitía reconocerlo. No sabía cómo salir del aprieto en que nos metía aquella visita del catastro y me parecía peliagudo explicarle todo aquello a mi mujer mientras se comía el melón, arriesgándome a arruinar nuestra velada. Tampoco me veía llevándola a la fuente sin luz y sin ruido para que no nos pillara el señor Sécaillat. Iba a ser complicado. Con un poco de suerte, para cuando regresáramos a casa se le habrían pasado las ganas, y yo me habría librado de una conversación incómoda.

El sol se ponía sobre Cavaillon, cubriendo el otro lado del Luberon con el manto de la noche. Se notaba cómo empezaba a despertar el pueblo con la caída de la tarde. Para la fiesta de San Juan, el ayuntamiento y Radio Guinda, la radio local, habían montado un escenario junto a la capilla con un grupo de *rock*, tres chicos y una chica, que tenían toda la pinta de acabar de salir del instituto. Empezaron a encadenar éxitos de los años ochenta, los *Partenaire particulier* y los *Femme liberée*. Las típicas canciones que a Blanche le encantaban: bastaba con que las pusieran en la radio para que ella empezara a balancearse y a bailar. En cuanto comenzaron a oírse los chasquidos de los micrófonos, la gente encendió las hogueras, unas quince repartidas por toda la plaza.

Son montones de gruesos leños, ramas dispuestas en forma de pirámide, que prenden al instante. Casi siempre son de pino, la noche de verano se pone a oler a resina y a heno, y se oye cómo se callan las chicharras y cómo crepita la resina. Los niños juegan a su alrededor mientras les dicen mil veces que no se acerquen demasiado a las llamas. Los adolescentes empiezan a hacer el tonto, a brincar alrededor de las hogueras y a saltar por encima de las llamas. Los más pequeños se mueren de ganas de hacer lo mismo, pero aún no tienen edad, el año que viene, sé razonable, cuando seas más mayor. Las madres los retienen, los ayudan a ensartar nubes dulces en palitos para tostarlas en las llamas, ¿ves?, se hace así. Gracias a eso consiguen esperar mal que bien hasta el año siguiente. Mi madre hacía lo mismo; sin embargo, saltar por encima de las llamas no es muy peligroso. Siempre me encantó hacerlo, creo que desobedecí desde mi primer San Juan, cuando ni siquiera a Andréas le dejaban hacerlo. Desde entonces no he parado. A partir de una cierta edad, tienes una pinta un poco bétassout[87] cuando estás haciendo cola con chavales a los que les llevas veinte años. Te miran raro, como diciéndote: «Ya no tienes edad, tú ya has disfrutado lo tuyo, déjame pasar».

Si Blanche y yo hemos conseguido mantener nuestro ritual de San Juan a lo largo de los años es porque, por un acuerdo tácito, cada uno

de nosotros sale ganando por su lado. Ella puede bailar todo lo que quiera con canciones que ya no ponen desde hace siglos sin tener que arrastrarme a la discoteca, que detesto. Por su parte a Blanche no le ha pasado desapercibido que estoy más alegre que de costumbre, y que mis ojos brillan en cuanto hay fuego y llamas de por medio.

La acompañaba y bailaba un rato con ella para cubrir el expediente, pero entre dos canciones me iba a saltar por encima de las llamas, esas amantes que me llamaban incansablemente incitándome al adulterio. Cojo carrerilla, respiro hondo y salto: las llamas me reconocen y se abren para dejarme pasar, como las cortinas de la entrada de un burdel. Intento tocarlas, besarlas, pero ellas guardan las distancias, juegan al ratón y al gato. Entre dos llamaradas se revela la noche provenzal, salpicada de estrellas que brillan y de chispas que centellean. Las primeras miran desde arriba, las segundas se elevan para reunirse con ellas. Esas luciérnagas púrpuras se apartan a mi paso, postrera reverencia de las cortesanas. Blanche me mira como quien mira a un niño, con los brazos en jarras: venga, se acabó, que nos vamos, eres peor que un chiquillo. Le suplico que me deje saltar una vez más sobre las llamas, acercarme a ellas una última vez, la última-última-última, de verdad de la buena, te lo juro.

La fuente estaba igual que siempre. Vete a saber si el señor Sécaillat había renunciado a llevar a cabo su plan, o si simplemente aún no había empezado. Llegué con miedo de encontrármelo todo lleno de herramientas, de andamios alrededor del pilón, pero no, no había nada. Mi linterna iluminó los peldaños de la escalera, el suelo, el pilón, antes de revelar el rostro de la mujer-caliza. Allí estaba, como un conejo frente la luz de los faros, inmóvil, con los ojos abiertos de par en par. Blanche se desvistió y se metió en el agua de golpe. Cuando el haz de la linterna pasó sobre su cuerpo se echó a reír, me tachó de *voyeur* y me salpicó, diciéndome que viniera a reunirme con ella. Yo no las tenía todas conmigo: habíamos venido directamente desde el coche, sin pasar por casa a buscar los bañadores. Caminamos al son de las ranas, guiados por la linterna. Yo seguía sin haberle dicho nada a mi mujer, y recé para mis adentros para que el señor Sécaillat estuviese ya en la cama.

Hice exactamente lo contrario que mi mujer, me metí en el agua por partes, centímetro a centímetro. Hacía quince días que no me había puesto mi armadura líquida. A medida que penetraba en el agua, las piezas de la armadura se acoplaban unas a otras, naturalmente, sin forzar. En la oscuridad, Blanche vino a acurrucarse entre mis brazos. No me veía rechazándola, pero aquella intimidad repentina delante de la mujer-caliza me hacía sentir incómodo. Ella me miraba fijamente. Yo la suponía celosa y posesiva, poco deseosa de

compartir.

Me equivocaba de medio a medio: la mujer-caliza me guiñó un ojo, luego el otro. Entonces inspiré profundamente, cerré los ojos y sumergí la cabeza bajo el agua. La visera del yelmo se cerró y me aisló del resto del mundo, anunciando un nuevo mensaje.

31. CANIS LUPUS Y CABRO D’OR

E piei lou matin lou loup la mangé.
(Y por la mañana, el lobo se la comió).
ALPHONSE DAUDET

Voy caminando sobre los acantilados de la garganta del Aiguebrun. Estamos a última hora de la tarde, el sol ya está bajo en el cielo. El tomillo está requemado por el sol y destila su fragancia fuerte, embriagante, que invade las fosas nasales y da dolor de cabeza. Se nota que la naturaleza lleva todo el día abrumada por el sol, que está toda mouligasse[88], y que recibe con alivio el final del día. Los pinos respiran, se enderezan, los pájaros empiezan a volar de nuevo, las lagartijas se pasean por aquí y por allá. Se percibe que, durante una hora o dos, la naturaleza se toma un respiro, aprovecha para dedicarse a sus cosas después de haber pasado todo el día encerrada. Hace como en los países nórdicos, procura disfrutar al máximo del verano después de tan largo invierno. Como bajo el efecto de un sol de medianoche, las sombras se alargan y exhalan una frescura insomne. Camino rápidamente entre los bojes con el valle a mis pies. El sendero es muy accidentado: sigue la cresta de la roca, sube y baja sin cesar, de peñasco en peñasco.

Al salir de una curva cerrada, mis pasos se detienen de golpe: en el sendero, un poco más lejos, chivos y cabras juegan a los equilibristas entre los bloques de caliza. No me han visto llegar: me agacho sin hacer ruido y me agazapo entre los bojes para observarlos un rato. Hay unos quince, y son espléndidos. Los machos son cuatro, uno de ellos parece más viejo que los demás. Son negros, moteados de marrón, con la punta de las patas toda blanca. Tienen un hermoso pelaje, largo y lacio como el cabello de un anciano. Lo más impresionante de toda la escena son sus cuernos: los de uno de ellos forman un círculo perfecto, los de otro ondulan en espirales y volutas. Los del más viejo se rebelan en ángulo recto, y van cada uno por su lado: sus vidas han evolucionado en direcciones opuestas y ya no tienen nada que decirse. Los señores de los saltimbanquis se desafían, se provocan uno al otro. Miden sus fuerzas, se baten en duelo. La

elección de las armas está hecha. Se alzan sobre sus patas traseras y se quedan inmóviles contra el mistral durante un tiempo que parece una eternidad. Luego, vuelven a caer con la fuerza de todo su peso y entrechocan sus cuernos, como dos piedras calizas golpeadas una contra otra. El choque hace un ruido sordo, un ruido seco, que desgarra el silencio y no pide respuesta. A un ritmo incomprensible, que solo ellos conocen, los machos se desafían y se abaten el uno sobre el otro, asalto tras asalto, minuto tras minuto. Cada vez que se yerguen, enhiestos contra el cielo, recortándose frente a la línea del horizonte, puedo contemplarlos a mis anchas. Me doy cuenta de que estaba en un error: el más viejo no es un macho cabrío, sino un mistouflon. Se aprecian claramente sus dos patas suplementarias y los reflejos azulados de su pelaje. Es la primera vez que tengo la ocasión de ver uno, uno de carne y hueso, no un dibujo en un libro. De hecho, pensaba que ya no existían, que habían desaparecido del Luberon. Le doy las gracias para mis adentros a la mujer-caliza por regalarme semejante espectáculo. Indiferentes a los duelos que tienen lugar ante sus ojos, las cabras pacen las cuatro briznas de hierba que crecen en los agujeros de la roca. Hay chivitos agarrados a sus faldas, jugando a los mosqueteros y a saltar por encima de las grietas.

Detrás de mis bojes empiezo a tener calambres e intento incorporarme. Nada que hacer, imposible: sigo a cuatro patas, incapaz de ponerme en pie. Trato de entender por qué y miro mis pies: ya no tengo piernas, sino patas vellosas cubiertas de pelos negros. Lo mismo ocurre con mis brazos: son patas delanteras. De tanto quedarme allí plantado, mirando a las cabras, he perdido toda forma humana y me he convertido en perro.

Desde el fondo de la garganta suena un cuerno repetidas veces. Se escucha una, luego dos, luego tres largas llamadas, e inmediatamente el rebaño reacciona y se pone en marcha para bajar al valle. Es el cuerno del albergue de los Seguin, escondido en el fondo del valle, llamando a sus cabras a la caída de la noche. Los machos cabríos no se quedan atrás y siguen a las cabras en dirección al establo. El mistouflon les dice adiós con la pata y desaparece entre los arbustos: él no vuelve al establo, se queda lejos de los caminos, duerme al sereno. El Luberon es su establo. Tan solo una cabra joven permanece encaramada sobre una roca. Es blanca de la cabeza a los pies, de un blanco alabastro mate, con el pelaje corto. La cabrita no parece tener mucha edad: en la cabeza le crecen dos cuernecitos que apenas empiezan a redondearse. Bajo el mentón tiene una barbita cuya punta se levanta orgullosamente. La chivita ha encontrado una mata de junquillo azul que crece en el ángulo de una grieta. Saborea con fruición las flores azules listadas de violeta, una tras otra, como haría un niño con una bolsa de peladillas. Por supuesto que ha escuchado el

cuerno, pero prefiere hacer oídos sordos: no vale la pena correr, unas cuantas flores más, son tan suaves, tan delicadamente azucaradas. No hay prisa, ya habrá tiempo para volver al establo apresurando un poco el paso en el camino de vuelta. Una flor más, solo una, prometido, la última y me vuelvo a casa.

Me adelanto para reunir a las tropas, para darles la orden de volver al redil. Después de todo, cada uno tiene su oficio. Ella me ve llegar y se queda inmóvil, paralizada. En sus ojos desorbitados puede leerse el miedo, un miedo ancestral que su instinto acaba de despertar. En el negro de sus pupilas agrandadas por el miedo aparece reflejada mi imagen. Empiezo a comprender: no soy un perro. No soy un buen perro pastor, un buen perro guardián de rebaños. Soy el lobo. La cabrita mira a derecha e izquierda, buscando la forma de alcanzar al rebaño. No hay escapatoria, está acorralada contra el abismo. Apiadándose de ella, el sol ha enlentecido su marcha, hace lo posible para no ponerse, para no desaparecer detrás del horizonte. Lucha radián tras radián, impulsa sus rayos tan lejos y tanto tiempo como puede. Pero la luna ya asoma por el lado opuesto, sobre la cresta de la montaña de La Garde, y lo mira con severidad: venga, Lorenzo, espabila, que vamos a llegar tarde por tu capricho de jugar a los caballeros andantes.

La cabrita lanza una mirada hacia el fondo del valle, hacia el albergue de los Seguin en el que ha crecido. Qué lejana le parece ya la época en que jugaba con otros cabritos, cuando era pequeña, con el cencerro al cuello, así si te pierdes, Blanquita, te podremos encontrar más fácilmente. ¡Ah, aquella esquila que tanto detestaba, aquel estorbo que le irritaba el cuello, lo que daría por tenerlo ahora y hacerlo sonar bien fuerte! Tiene sed. Daría lo que fuera por estar abajo en el valle una vez más, a orillas del Aiguebrun, por mojar sus belfos en su agua tan fresca y sentirla gotear de la punta de su barba. Pasa un soplo de mistral y juega con las briznas del junquillo, como un sádico que le murmura al oído, ¿ves, Blanquita? ¡Si no hubieras sido tan glotona! Por efecto del viento, las flores azules juegan al metrónomo con el mistral, midiendo la cadencia de sus ráfagas. Precisas como un reloj, cuentan los segundos, los últimos segundos de la chivita. Junquillo azul…

La cabrita se da la vuelta y me hace frente. Algo ha cambiado en su mirada. Es una mirada que ha visto cómo van a terminar las cosas y que, pese a todo, ha decidido asumir la situación en lugar de someterse. Afianza sus cascos en los salientes de las aristas de caliza, baja la cabeza y muestra sus cuernecitos: está preparada para lo que venga, venderá cara su piel. Me aproximo con pasos silenciosos, como el Húsar cuando ve un gorrión en la barandilla de la terraza. Sin prisa,

tengo todo el tiempo del mundo. Como si quisiera acabar cuanto antes, Blanquita ataca la primera. Con la cabeza baja y enseñando los cuernos, se precipita a toda velocidad desde lo alto de la roca. Me coge por sorpresa, no me lo esperaba. La punta de mi hocico escapa a sus cuernos por los pelos. Sacando los colmillos, contraataco, intento atraparla por el cuello, atinarle en la yugular. No lo logro: se defiende bien, Blanquita responde a los ataques. Consigo acorralarla, empujarla cada vez más cerca del borde del precipicio, pero en vano: ella rechaza cada uno de mis asaltos con toda la violencia de sus pequeños músculos, tensados al máximo bajo su pelaje blanco. La luna empieza a elevarse en el cielo. Hay luna llena, se ve como en pleno día. El lucero del alba brilla en el cielo y a cada uno de mis asaltos le hace un guiño a Blanquita. Vamos, hermanita, demuéstrale de qué madera estás hecha. Vamos, hermanita, aguanta, yo me quedaré contigo hasta el amanecer.

De asalto en asalto, de retirada en retirada, vamos avanzando a lo largo del precipicio, bordeando el valle del Aiguebrun hasta llegar al fuerte de Buoux. Sonrío y me relamo los belfos. Aquí, Blanquita, estás acorralada: no hay escapatoria, ninguna otra salida posible. Como en una película de espadachines, la cabrita sube de cuatro en cuatro los peldaños abruptos de la escalera secreta. Sube cuatro de un salto para, enseguida, dar media vuelta, rechazar mi asalto y obligarme a bajar tres. Recupera fuerzas en una curva cerrada: Milady no se rinde, pelea con la energía de la desesperación, pero escalón tras escalón, sus fuerzas disminuyen. Su vestido blanco está jaspeado de trazos escarlata, allí donde mis colmillos la han alcanzado antes de tener que recular frente a sus cornadas.

Una vez que ha llegado por fin a lo alto de la escalera secreta, Blanquita, majestuosa, toma aliento, como esperando la última escaramuza, la definitiva. Ha comprendido que el fuerte de Buoux va a ser su último junquillo, el escenario final de su última réplica. Su fina silueta se recorta como una sombra chinesca contra la luna llena, como la de una actriz americana contra la luz de un proyector. Sus cuernos y sus cascos reflejan la luz de los astros, brillan en la oscuridad.

—Deberías rendirte, no tienes ninguna posibilidad, Blanquita, tus fuerzas disminuyen a ojos vistas.

Bajo el dintel de la puerta de entrada, me lanza una última mirada desafiante, como para decirme que está absolutamente decidida a resistir hasta el alba.

—¡Me parece que más bien son las tuyas! ¡Ven a buscarme si eres tan fuerte, Canis Lupus! —me suelta la cabrita en un último desafío.

Su última cornada hace vibrar el aire, pero choca con las ondulaciones del vacío: he esquivado su ataque fanfarrón, su farsa

kamikaze, y ahora su garganta se ofrece a mí, expuesta como la llanura de Cavaillon los días de mistral. La sujeción de mis colmillos es firme, sin vacilaciones, implacable; sin embargo, no secciono, no corto: como un sádico, la aplasto con todo mi peso, degustando ese soplo de vida que conoce sus últimos instantes. Estoy exhausto, y disfruto de este breve momento de victoria antes de pasar al festín.

—Perdóname la vida y serás rico —murmura ella con un sollozo. Haría falta más que eso para hacerme soltar mi presa: ¡qué lejos está la cabrita rebelde que fanfarroneaba por unas flores de junquillo! No digo nada, y para llevar la comedia hasta el final, aprieto un poco más mis colmillos, aumentando la presión sobre esta yugular en la que late la vida. Su pulso y su respiración se aceleran, como para marcar mejor el compás de sus últimos instantes.

—¡Canis Lupus! ¡Perdóname la vida y serás rico! ¿No ves de qué están hechos mis cuernos y mis cascos? —dice ella con un hilo de voz, en un último intento de defender su vida. ¡Qué pobre argucia para hacerme aflojar los colmillos y asestarme una buena cornada de paso!

—¡Espera, pedazo de tonto! ¿No ves que soy la Cabra de Oro? ¡La Cabro d'Or!

Mis colmillos se detienen un segundo, asaltados por la sombra de una duda. Sin aflojarlos miro sus cuernos, que no están lejos de mi hocico: brillan a la luz de la luna llena, centellean con un amarillo resplandeciente. ¿Podría ser? ¡La Cabro d'Or! Todos los provenzales conocen a este animal legendario con el que nos daban la matraca de pequeños cada vez que perdíamos la vuelta del pan. Mi abuela nos la sacaba a colación cada vez que perdíamos algo, ya fuera un soldadito de plomo, una canica o una pelota. ¿La has perdido? Pues ya puedes decirle adiós, ahora estará en la cueva de la Cabra de Oro. Dejamos de creer en ella, como todos los niños, sobre los diez años, cuando empezó a parecernos sospechosa aquella historia del ratoncito que venía por la noche a recoger tu diente de leche y te dejaba una monedita a cambio. O la del barbudo gordinflón que bajaba por la chimenea en Navidad y se volvía a marchar en un trineo. Habíamos metido a la Cabra de Oro en el mismo saco. Aparentemente, nos equivocamos.

La Cabra de Oro nació con el saqueo por parte de los moros de los Baux-de-Provence. Su botín era tan enorme, tan voluminoso, que entorpecía considerablemente su retirada hacia el mar, con la soldadesca pisándoles los talones. Su caudillo Abderramán se rinde a la evidencia: van demasiado lentos, no llegarán enteros a La Londe, donde sus barcos los están esperando. Hay que esconder todo este botín, enterrarlo y volver a buscarlo más tarde, en tiempos menos agitados. Su camino faldea el Luberon, una montaña salvaje y

accidentada por la que no pasa mucha gente y donde hay cientos de escondites. En el fondo de una garganta, tras espesos matorrales y profundos bojes, Abderramán descubre una pequeña baume[89] excavada en la caliza, que no parece muy grande, y sin embargo se hunde profundamente en el corazón de la montaña. Penetra en ella con sus hombres y, en el fondo de la gruta, les pide que entierren su botín. Antes de que la tierra lo cubra de una vez por todas, echa una última mirada a aquellas sortijas, a aquellos collares, a aquellas joyas resplandecientes que no volverán a ver la luz del día hasta su regreso. Casi lo lamenta: todos aquellos esfuerzos, todas aquellas matanzas para que este oro acabe en el fondo de una gruta. A la salida de la cueva, la luz del sol lo deslumbra: sus ojos tardan en volver a acostumbrarse a los rayos del sol. Percibe un movimiento y se dice que seguramente van a tener que eliminar a un testigo inoportuno. Poco a poco, las manchas negras frente a sus ojos desaparecen y la garriga vuelve a tomar forma: no es un testigo inoportuno, sino una pobre cabrita que pasta la hierba que crece a la sombra del muro. Está muy sorprendida de ver a estos sarracenos salir de ninguna parte, pero bueno, ella sigue a lo suyo. Acaba de encontrar una mata de junquillo y se está poniendo las botas. Abderramán sonríe: le recuerda a su país, donde hay cabras hasta en la cima de los árboles. Le acaricia el cuello y le rasca bajo el mentón. Llevado por un viento de poesía, un viento que solo sopla por estos lares, Abderramán le murmura al oído: «Te confío mi tesoro, sácalo a tomar el aire una noche al año, en el solsticio, para que su brillo perdure hasta el día de mi regreso». La cabra menea la cabeza de arriba abajo, como para indicar que ha comprendido y que puede contar con ella.

Abderramán nunca regresó a buscar su tesoro. La soldadesca lo atrapó en una emboscada por encima de Toulon y lo torturó, sin conseguir que confesara la ubicación de su botín. Aunque murió sin volver a ver el brillo de su oro, este no se perdió para todos. La cabra cumplió su deber escrupulosamente, tal como Abderramán le había pedido. Cada noche de San Juan sacaba el tesoro de la baume y extendía sobre la hierba las joyas, los aderezos y la vajilla de oro de los Baux-de-Provence. Estos bebían los rayos de la luna hasta saciarse y se recuperaban durante una noche. Pero la cabra le cogió gusto al juego. La historia no dice si fue el sentido del deber el que conquistó su corazón o si, frente a todos aquellos tesoros esparcidos a sus pies, fue la avaricia la que la fue ganando. El caso es que la cabra empezó a recorrer los senderos por la noche y a recoger los tesoros escondidos por unos y perdidos por otros. ¿Unos florines ocultos en el tronco hueco de un tilo en Auribeau? ¿Una alianza de oro perdida durante un baño en el Salto del Monje? ¿Aquel collar robado en el mercado de L'Isle-sur-Sorgue y enterrado mientras durara la investigación? Todos

acababan amontonados en la cueva de la Cabro d’Or. Con los años, desarrolló una verdadera intuición para dar con los tesoros enterrados, los botines olvidados, las joyas perdidas. Era capaz de olfatear el oro, identificaba su olor en los lugares más improbables, en los escondrijos más insospechados. Sus cuernos y sus cascos perdieron su color natural y empezaron a volverse amarillos: después de pasarse noches y noches husmeando por senderos escarpados, el oro se había convertido en su razón de ser. A veces la gente encontraba en la garriga finos hilillos de oro enganchados en las matas de espino, testigos silenciosos de su paso la noche anterior. Se decía que se había apropiado del tesoro de los templarios de Lourmarin. Que había desenterrado el tesoro de los valdenses en Oppède, y otro de la misma índole en Murs. Se decía que, si te la encontrabas por la noche, detrás de una roca, valía más no seguirla: atraía a los codiciosos, a los avaros, hasta su cueva y allí, siempre fiel a Abderramán, ordenaba a las paredes de caliza que se cerraran sobre ellos.

Todo esto estaba muy bien, pero ¿por qué diablos la mujer-caliza había cruzado en mi camino aquella noche a la Cabro d’Or? ¿Y por qué me había puesto precisamente en la piel de un lobo?

32. BAJO EL PORTÓN DE SAN JUAN

La Provenza esconde sus misterios detrás de lo evidente.

JEAN GIONO

-Perdóname la vida y serás rico.

La Cabro d’Or debía de darse cuenta de que me lo estaba pensando y volvía a intentar inclinar la balanza a su favor. Aflojo los colmillos y le pongo la pata sobre la garganta expuesta, con todas las garras fuera. Mis ojos van y vienen, de sus cascos a sus cuernos, de sus cuernos a sus cascos. Parecen lingotes hendidos brillando a la luz de la luna. La cabra me observa, su mirada sigue la mía e intenta adivinar mis pensamientos.

—Perdóname la vida y serás rico.

—Eso lo dices para salvarte. Pero veo muy bien por dónde vas: voy a acabar emparedado en la caliza, como todos esos pobres infelices que te siguen por la noche. Lo creas o no, yo también conozco las leyendas, y estas me dicen que no volveré a ver la luz del día porque cerrarás sobre mí las paredes de tu cueva.

—Pues si conocieras mejor las leyendas, Canis Lupus, no dirías eso. Créeme, Canis Lupus, no debiste de escuchar con atención cuando eras niño, porque te falta la mitad de la historia. ¿Sabes qué día es hoy?

—Hoy es el día de tu muerte, y sanseacabó. Hubieras debido hacer caso a la llamada del cuerno, como las demás, en vez de atiborrarte de junquillo.

—Hoy es la noche del 24 de junio, y esta noche es la noche de San Juan. Si conocieras bien las leyendas sabrías que esta noche es cuando tengo que sacar los tesoros enterrados de la Provenza, para darles un baño de luz de luna.

No dije nada. Tenía razón. Nuestra abuela nos lo repetía cada vez que Franck perdía la vuelta del pan. A veces era en San Silvestre, a veces en San Juan, dependiendo del humor de mi abuela. La Cabro d’Or vio que había sembrado la duda en mi cabeza, que se había anotado un tanto y ya solo tenía que tirar del hilo para desenredar el ovillo.

—Ni siquiera tendrás que entrar en la cueva: las monedas, las

joyas, los jarrones tienen que salir esta noche para no perder su brillo. Se lo prometí a Abderramán.

Yo no estaba convencido. Tenía toda la pinta de ser una argucia. La cabra es el animal de las mascas por excelencia, el animal del demonio. ¿Cómo confiar en él?

—Puedes entrar conmigo y coger todo lo que puedas llevarte. ¡Y hay mucho, créeme! O puedes quedarte fuera y yo te traigo lo que quieras. Piénsalo. ¿Qué riesgo corres en esas condiciones?

Corría el riesgo de quedarme aprisionado en la caliza por los siglos de los siglos. O de que ella no volviera a salir de su cueva y me quedase con tres palmos de narices. En el momento pensé no, pero sin saber muy bien por qué dije sí. En el último instante me acordé de que no era un lobo de verdad, de que todo aquello no era más que una ilusión creada por la mujer-caliza. De que ahora mismo estaba en la fuente con Blanche, dándome un baño nocturno. De que en realidad no tenía colmillos, y me importaba poco devorar a aquella pobre chivita. Me volvieron a la memoria todos los martes por la noche en casa de mi abuela, cuando nos contaba la historia de la Cabro d'Or para dormirnos. Todas las mañanas en las que perdía la vuelta del pan y lloraba esperando que la Cabro d'Or me la devolviera. Todas las veces que había deseado encontrar su cueva para recuperar la vuelta del pan, y mis canicas de cuarzo y de cristal perdidas camino de la escuela. No lo hice por la mujer-caliza, no lo hice por el oro. Lo hice por aquel crío de ocho años, por aquel atolondrado que lo perdía todo y tenía miedo de que le riñeran.

Levanto la pata, como un emperador romano que levanta el pulgar hacia el cielo y perdona la vida a los gladiadores en la arena. Siento en las almohadillas de mi pata el paso del calor al frío, de la garganta de Blanquita al suelo de caliza, firmando la anulación de la pena de muerte, la revocación de la sentencia. La Cabro d'Or traga saliva y se levanta rápidamente sobre sus patas, contenta de seguir viva y aún preocupada por si se produce un giro en los acontecimientos. En la fortificación desierta, escuchamos por primera vez el silencio reinante, los muros de piedra nos devuelven el pulsar de las estrellas. No lo habíamos percibido en el fragor de nuestra llegada, pero es muy hermoso.

—Hay que darse prisa. El encantamiento de la noche de San Juan solo dura mientras el lucero del alba brille en el cielo. Al alba, cuando desaparece, la caliza ya no se abre. Hay que darse prisa, estamos muy lejos.

Nos miramos. No me atrevo a hacerle la pregunta que me quema los labios, la pregunta que me atormenta desde siempre. Es una ocasión sin igual para averiguar por fin la ubicación de la cueva de la Cabro d'Or, que tantos provenzales han buscado durante siglos.

—¿A dónde vamos exactamente? ¿Dónde está tu cueva?

—Sigue siendo la misma, aquella donde Abderramán me confió su botín. Escogió bien el lugar, siempre me sentí bien allí. Está en la cara norte del Mont Ventoux, antes de Malaucène. Desde aquí hay cuatro horas de camino campo a través por la garriga. Es un buen paseo, pero vamos a coger unos cuantos atajos.

Entonces la leyenda decía la verdad. A veces la vida es más simple de lo que creemos. A la salida de Malaucène hay una gran concreción caliza que se parece a un portón cerrado, como una puerta atrancada por un pesado cerrojo de caliza. Las gentes del lugar lo llaman el portón de San Juan y cuentan que, una noche al año, la Cabra de Oro saca de él todas las maravillas que ha ido juntando a lo largo de los siglos. ¿Por qué nadie había conseguido verla nunca, ni a ella ni a sus riquezas? Seguramente porque nadie se había tomado el tiempo ni la molestia de montar guardia, cada noche de San Juan, delante del portón. Poco importa: en cualquier caso, no iba a tardar mucho en salir de dudas.

El portón de San Juan se yergue ante nosotros como un menhir. En el pasado, mis hermanos y yo habíamos venido a verlo en bicicleta por curiosidad, siguiendo la carretera del Mont Ventoux. No sé qué nos esperábamos, pero quedamos un poco decepcionados: no era más que una gran roca blanca, después de todo. Esta noche se muestra muy distinta. Su silueta maciza y negra se dibuja en el cielo estrellado de la Provenza. Es extraño: con la luz de la luna da la impresión de poder ver como en pleno día, la pared de roca es tan blanca como el mármol. El blanco de la caliza dibuja una arista clara en el negro constelado de la noche. Reconozco esta forma circular, redondeada, a la que debe su reputación.

La Cabro d'Or se aproxima al portón y dice con una seguridad de propietaria: «He aquí lo que tantos han buscado, desde el fondo de las hoces hasta la cima de los montes, y que, sin embargo, siempre estuvo delante de sus ojos».

Tiende una pata hacia delante y desliza su casco en una oquedad de la roca, a la que se ajusta perfectamente. Con un ruido de redoble de tambor de guerra, la caliza empieza a retumbar, impulsada por los magmas celestes y los *lapilli* de Abderramán. Como un peregrino frente al altar que ve sus súplicas atendidas, la Cabro d'Or saca la pata de la oquedad y da dos pasos atrás. Yo estoy maravillado. Después de todo, una roca que se retira no es algo que se vea todos los días. La acción sucede al ruido, el tambor se detiene y la caliza se abre: lo que antes era grieta se convierte en fisura que se convierte en fosa tectónica. Como el telón de un teatro, las dos hojas de la puerta se separan, revelando una cueva que se hunde en las profundidades de la

montaña.

La Cabro d'Or me susurra con una sonrisa:

—Te estoy haciendo entrar por la vía regia, esta noche es noche de fiesta. Tengo una segunda entrada, más discreta, por la cueva de Diou, en las alturas del Mont Ventoux.

Da unos pasos hacia el interior. Huele a humedad, al perfume mineral de las grutas, el incienso de los subterráneos. La cueva está oscura, dentro no se ve nada. A lo lejos, al final del túnel, hay una luz suave, una luz que titila y atrae. La luz del oro.

Alcanzo ese sol antes de lo que hubiera pensado. Es una gran sala circular, punteada por gruesas estalagmitas. La Cabra de Oro ya está en el centro, escarbando con sus cuernos. Pronto me doy cuenta de mi error: no son estalagmitas, son montículos, pilas de oro. Son montones de monedas de oro que, en equilibrio inestable, tratan de mantenerse en pie mal que bien. Al menor golpe con los cuernos se desparraman ríos de lava amarilla que explotan en sestercios, ducados y napoleones. Por un lado, emergen de este magma largos crucifijos como escorias. Por el otro hay lingotes de oro encallados en la caliza, como piroclastos proyectados por una nube ardiente. Grandes candelabros se alzan en este Eldorado lunar, como improbables chimeneas de las hadas. A lo lejos, amplios platos con el escudo del papa forman un círculo de cráteres, como si una lluvia de asteroides hubiera constelado la lava fundida. La Cabro d'Or remueve este magma con grandes golpes de sus cuernos, como un buscador de oro rastreando la pepita.

—Lo había puesto por aquí, no puede estar muy lejos —masculla para su barba mientras hurga en un cofre lleno de joyas que se desbordan con cada cornada, provocando una avalancha de sortijas, colgantes y coronas. Me ve llegar, bordeando las montañas de su tesoro. Bastaría con hacer uso de mis colmillos, con hacer uso de mis garras, para que todo aquel oro me perteneciera. La verdad es que es tentador, y cuanto más avanzo entre las riquezas más me seduce la idea. Ya no se trata de un bocado que llevarse a la boca, se trata de apoderarse de todos los tesoros de la Provenza. La Cabro d'Or me mira como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—Te aviso, por si alguna idea descabellada se te está pasando por la cabeza, de que poca cosa bastaría para que la caliza se cerrara para siempre jamás. —Se calla, como para marcar un momento de reflexión, y luego añade—: Y francamente, no creo que la mujer-caliza te haya mandado aquí para eso.

La miro, estupefacto. ¿Qué sabe ella de la mujer-caliza? ¿Sabe que todo esto, tanto mis colmillos como mis fauces, no es más que una ilusión? Cada vez entiendo menos lo que quiere de mí la mujer-caliza

esta noche de San Juan.

—Ah, ¡aquí está! Ya sabía yo que lo había puesto por aquí.

La Cabro d'Or se da la vuelta con una cadena enganchada en la punta de su cuerno. Se dirige hacia mí, luego baja la cabeza y deja caer la cadena sobre la caliza. Es una especie de collar de largura media, como una cadena para el cuello, de plata blanca. Sus eslabones están finamente trabajados y se entrelazan delicadamente.

—Canis Lupus, aquí está mi tributo por nuestra escaramuza, mi pago por tu clemencia, tu precio por mi vida: he aquí el calabrote de Aníbal.

33. MISTRAL Y ELEFANTES

Leis biou se prenoum per leis bano, e leis ome per la lengo.
(Los bueyes se capturan por los cuernos, los hombres por la lengua).

Ese puñetero viento no para nunca, hace restallar los paneles de la tienda de Aníbal y no le deja concentrarse. Hace ya dos días que este viento loco lo arranca todo a su paso. Dos días que los soldados de Cartago han cruzado este río, dos días que este puñetero viento se ha puesto a soplar y no para.

Aníbal acaba de cruzar el Ródano en algún lugar entre Arlés y Orange. Lleva con él un ejército armado de sesenta mil hombres, quince mil caballos y, sobre todo, treinta y siete elefantes que dejan huella en los lugares que atraviesan y en las gentes con las que se cruzan. El río ha sido un primer obstáculo, un primer anticipo de lo que le espera en los Alpes: una naturaleza impetuosa, indomable, que no duda en herir de frente a su voluntad y a sus elefantes. Aníbal está preocupado: había previsto hacer cruzar a los elefantes a bordo de grandes balsas pero las embarcaciones, demasiado inestables, han zozobrado nada más partir. Esta vez Aníbal se ha salido con la suya haciendo cruzar a los elefantes a nado, pero no puede evitar pensar en el futuro con aprensión.

Los paneles de su tienda no paran de restallar: le dan dolor de cabeza, no le conceden ni un momento de reposo, le impiden concentrarse en el desarrollo de los acontecimientos. Ha llegado hasta allí cruzando España, que su padre ya había conquistado antes que él. Ha comprendido que un ataque frontal a Roma por Sicilia estaba condenado al fracaso. Aníbal quiere tomar Roma por el lado opuesto, dándole toda la vuelta al Mediterráneo, encontrando un paso a través de los Alpes. ¿Por dónde pasar, por dónde continuar ahora? ¿Debe bordear el Ródano hacia el norte o pasar por el sur, siguiendo este río, el Durance, como le aconsejan los hombres que ha enviado en misión de reconocimiento?

El ruido se vuelve infernal. Los paneles de lona hacen tac-tac-tac-tac contra las estacas: es lacerante, es exasperante y no hay ningún sitio donde aislarse. Aníbal ha intentado salir varias veces para

despejarse, pero es aún peor: el viento se le mete hasta los tuétanos a través de la capa e incluso le arranca el casco. Piensa en los Alpes. ¿Encontrará un paso entre las nieves eternas? Los batidores galos dicen que sí, pero ¿conseguirán seguirlos los elefantes? Sentado solo en su tienda da vueltas en la cabeza a sus planes de batalla.

Cruzar el Ródano ha sido tan extenuante que ha hecho levantar el campamento en la orilla misma para dejar descansar a los hombres y, sobre todo, a los animales. Esta noche da orden a los soldados de que se preparen: mañana habrá que levantar el campamento al alba, los Alpes no esperarán un día más.

Al día siguiente, la misma historia pero peor: el viento no ha disminuido ni un ápice. Sigue soplando como un desaforado. Poco importa, las tiendas están recogidas, los hombres en pie, todo está listo. Aníbal da la señal de partida y la columna se pone en movimiento. Al cabo de quinientos metros escasos, aparece un ayudante de campo al galope. Hay un problema en la retaguardia, la caravana no avanza. Los elefantes se niegan a continuar. Los treinta y siete paquidermos están de pie, pero en cuanto intentan caminar son incapaces de dar un paso. Sus cuerpos enormes hacen resistencia al viento. Este viento loco que acosa a su ejército desde que atravesó el Ródano ahora la toma con los elefantes. Les dobla las orejas con sus embates, se les mete por la trompa peor que un ratoncillo. Levanta frente a ellos un muro invisible, un muro que, a pesar de su fuerza, no consiguen atravesar.

Aníbal no puede creer lo que le cuentan. Se dirige al final de la comitiva y una vez allí no da crédito a sus ojos: los elefantes están estancados, como atrapados en una trampa invisible. Aníbal está furioso, pero las malas noticias nunca llegan solas: uno de sus espías le informa de que Escipión acaba de desembarcar en la costa, en la desembocadura del Ródano, con un ejército para impedirle penetrar en Italia. Decididamente hoy es el día de las malas noticias. Tiene que partir rumbo a los Alpes rápidamente, so pena de tener que librar una batalla aquí en la Galia, cosa que no entraba dentro de sus planes.

Aníbal manda llamar a los batidores galos, a los que paga generosamente por su conocimiento de la región y para que le muestren el camino por el que atravesar los Alpes. Desde el primer momento quedaron muy impresionados por sus elefantes, pero hoy guardan silencio, y cuando les hablan del viento se miran con aire de estar al cabo de la calle.

—¿Qué es este viento que lo barre todo a su paso y no deja avanzar a mis elefantes? ¿Cuánto tiempo más va a soplar? ¿Cuándo voy a poder seguir viaje hacia los Alpes? —les pregunta Aníbal.

Los batidores permanecen mudos. Están dispuestos en semicírculo,

y ninguno parece tener ganas de ser el portador de malas noticias.

—Este viento no es como los demás, es el mistral, es Maese Viento —dice por fin una voz anónima que desaparece inmediatamente. Aníbal alza los ojos al cielo. No es la primera vez que escucha paparruchas de este tipo: antes de partir ya había tenido que sacrificar bueyes a Baal Ammon. Había tenido que consultar los oráculos y contar los pájaros del cielo antes de poder lanzar sus elefantes al asalto de los Alpes. Se despidió de Baal Ammon de buena gana; se había hecho a la idea de tener que contemporizar con los pueblos cuyos territorios iba a atravesar, de vérselas con sus ejércitos y con sus creencias. Se esperaba dioses de la lluvia, diosas de las montañas, pero no a este tal Maese Viento. Aníbal escruta el semicírculo de batidores galos para tratar de adivinar quién es el que ha hablado, el que ha revelado su existencia. Hay uno que tiene las cejas canosas y un bigote blanco. Es imposible ver su mirada: no es que tenga los ojos cerrados, es que los pliegues y repliegues de sus párpados se acumulan en una sucesión de estratos inextricable, protegiéndolo del sol tanto como de las miradas ajenas. Las cejas se estremecen, el galo se siente observado.

—¿Y qué es lo que le hemos hecho a tu Maese Viento? —le pregunta Aníbal a bocajarro.

—No es mi Maese Viento, no es de nadie. Es Maese Viento, nada más —le responde tras un silencio el bigote blanco.

—No te salgas por la tangente. ¿Qué le he hecho, a Maese Viento? ¿Por qué sopla de este modo desde que cruzamos el Ródano? ¿Por qué no deja avanzar a mis elefantes? —lo interroga Aníbal.

—Maese Viento es un dios travieso al que le gusta gastar bromas y que hace lo que le da la gana. Tu paso del Ródano no le hace ni fu ni fa, pero ha debido de ver tus grandes animales y ha decidido comprobar quién es el más fuerte.

Aníbal ya sabe por dónde va. Lleva una eternidad peleando con los hombres y también con sus dioses. ¿Ofensas a los dioses? Ha reparado muchas, a fuerza de sacrificios, de holocaustos, de inmolaciones. Puede que los dioses no tengan debilidades, pero todos los sacerdotes tienen su precio.

—¿Cuánto, para que tu Maese Viento acceda a dejarnos pasar, a mí y a mis elefantes?

—Maese Viento debe de soplar bien fuerte en tus oídos, porque no me has escuchado —le respondió Bigote Blanco—. No es mi Maese Viento, y no lo has ofendido en nada. Es un dios niño, hace lo que le viene en gana, lo que se le pasa por la cabeza. Porque es lo que buenamente le place. Puedes enfadarte, rezongar o gritar, no sirve de nada ante la pataleta de un niño. Solo tienes que esperar a que se canse de tus elefantes y se busque otros juguetes. Es todo lo que

puedes hacer.

—¿Cuánto tiempo, antes de que el niño quiera jugar a otra cosa? ¿Cuánto tiempo, antes de que Maese Viento deje de jugar con mis elefantes como si fueran tentetiesos? —pregunta Aníbal.

—No se puede saber. En mi aldea, al pie de la gran montaña de sombrero blanco que ves allí a lo lejos, la leyenda dice que Maese Viento sopla durante tres, seis o nueve días seguidos. Si al tercer día Maese Viento no ha terminado su pataleta, entonces continúa con más fuerza durante tres días más. Y si al sexto día sigue sin calmarse, entonces se desboca durante otros tres días soplando con todas sus fuerzas.

Aníbal mira aquella montaña a lo lejos y acusa el golpe en silencio. Tres, seis o nueve días: no los tiene. Es un lujo que no puede permitirse. Escipión va a intentar batirse con él aquí, en la Galia, antes de los Alpes, para que el ejército cartaginés no pueda invadir Italia. Cada día pasado en el sur de la Galia es un día perdido que lo aleja de su objetivo: Roma. Aníbal debe evitar a toda costa el combate con Escipión aquí, es en Roma donde quiere atacar. Se vuelve hacia uno de los elefantes, aparta de un empellón a su cornaca y tira con todas sus fuerzas del bocado del paquidermo. Este hace ademán de avanzar, levanta una pata, pero, como por arte de magia, una ráfaga de Maese Viento se estrella contra la cabeza del mastodonte, golpea de lleno su trompa y sus colmillos y lo obliga a dar un paso atrás. Aníbal tira una vez más, con más fuerza aún: le responde un barrito peligrosamente similar al del elefante que va a cargar, cosa que no se les escapa a los soldados cartagineses, que se apartan prudentemente. Aníbal también ha comprendido y deja de tirar del bocado. Bigote Blanco mira hacia él, y aunque no se ven sus ojos, aunque su rostro no revela nada, a través de las arrugas puede adivinarse un aire de «ya te lo dije».

Bajo su casco, Aníbal reflexiona. Esto es algo que el estratega no había previsto en sus planes. Si lo que dice Bigote Blanco es verdad, corre el riesgo de quedarse atrapado a orillas del Ródano durante seis o nueve días más. Y dentro de un día o dos, Escipión estará aquí. ¿Debería abandonar a los elefantes? Serán muy valiosos para él en las llanuras del Po, para cargar contra las filas de la infantería enemiga. ¿Debería comenzar ya a prepararse para el combate con Escipión? No parece haber alternativa, pero eso complica sus planes. Aníbal mira aquella montaña del sombrero blanco y piensa intensamente. ¿Es nieve lo que se ve en la cima, en pleno verano?

Aníbal hace venir a Bigote Blanco a su tienda. Más que para resguardarse del viento, para escapar a las miradas ajenas. El cartaginés espera duras negociaciones: sabe que el destino de numerosas batallas está marcado por el secreto. Entretanto, Aníbal se

ha informado sobre el sujeto: sus edecanes le han referido que es un álbico, tribu que vive más allá, hacia el este, al final del valle, sobre las primeras estribaciones de las montañas. Conoce bien la región y por eso Cartago quiso reclutarlo como batidor. Pero algunos dicen que tiene un lado bardo, y su intervención sobre ese tal Maese Viento parece darles la razón. Aníbal lo examina y se decide por un ataque frontal:

—Dices tres, seis o nueve días. Es demasiado: tenemos que levantar nuestro campamento cuanto antes. Es una cuestión de vida o muerte. Quiero saber si conoces alguna forma de calmar a Maese Viento para que mis elefantes puedan volver a poner un pie detrás del otro y yo pueda continuar mi viaje lo más rápidamente posible.

El contraataque no se hizo esperar.

—Maese Viento no es un dios malvado, pero algunos días puede ser abominable. Es un dios travieso, burlón, al que le gusta jugar con nosotros y ponernos en ridículo. Es como un niño, un dios niño que hace lo que se le antoja, lo que le viene en gana. Cuando está de buenas es risueño, juega a empujarnos, a hacernos perder el equilibrio, a colarse a través de nuestras capas y nuestras calzas. Entonces es un niño pasándoselo bien, con la sonrisa de oreja a oreja, un niño que juega con nosotros al escondite. Cuando está de malas es caprichoso, como un niño mimado al que sus padres siempre se lo han consentido todo. Es como un niño que no ha dormido la siesta, que se revuelca por el suelo y patalea para conseguir lo que quiere. Entonces nos atormenta, nos da dolor de cabeza y vale más no salir de casa.

Bigote Blanco hace una pausa, más para evaluar el efecto de sus palabras que para tomar aliento. Aníbal escucha estas informaciones como escucharía las de un espía antes de la batalla: quiere saberlo todo de su futuro adversario antes de lanzarse al asalto.

—Maese Viento te ha visto llegar a su territorio, a ti y a tus elefantes. Es como un niño con un juguete nuevo: quiere jugar con él, no puede prescindir de él. Maese Viento ha debido de venir a verlos cruzar el Ródano por curiosidad: por aquí no tenemos animales tan grandes. Ha venido a verlos como una suave brisa, tímido al principio, pero queriendo comprobar con sus propios ojos aquello de lo que todo el mundo habla. Los ha visto, ha podido medir su gigantez. Luego, su naturaleza alocada ha sido más fuerte que su timidez, y ahora quiere jugar con ellos. Quiere medir sus fuerzas, echar un pulso con ellos para ver quién es el más fuerte. Para él, tus elefantes son tentetiesos: en cuanto se levantan, los tumba de un soplo. Son como soldaditos de madera que tú has alineado pacientemente y que él desparrama de un soplo.

»Llegas y me preguntas cuándo Maese Viento dejará pasar a tus elefantes. Es como preguntar cuándo se cansará un niño de su juguete

nuevo. Es imposible saberlo: puede cansarse mañana, porque ha visto un juguete más bonito, pero también puede perfectamente convertirlo en su juguete favorito y quedárselo para siempre.

»Cuando un niño está jugando y es hora de acostarse, y sus padres le dicen que lo deje y se vaya a dormir, él patalea y se niega. Incluso ya en la cama, está demasiado excitado para dormirse. No quiere dormir, tiene los ojos abiertos, quiere seguir pasándoselo bien con sus juguetes.

»Ahora, extranjero, me preguntas cómo dormir a ese niño. Te doy la respuesta que te darán todos los padres. Cuando un niño no puede dormir no sirve de nada enfadarse, ni mirarlo severamente o reñirle, ni siquiera darle una azotaina. Una llantina no lo calmará. No, lo que calma al niño es un bonito cuento o una canción de cuna. Eso es lo que tienes que ofrecerle a Maese Viento para ayudarle a conciliar el sueño.

Aníbal calla. No sabe qué decir. Se esperaba sacrificios, degüellos, piras, pero en absoluto una canción de cuna.

—Venimos de un pueblo de pastores atrapado entre los flancos del Mount Ventour y otra montaña que no puedes ver desde aquí, lou Louberoun. Criamos cabras y ovejas para ganarnos la vida. En verano, nuestros rebaños suben a pastar a las laderas de la montaña, y no es raro que Maese Viento les cause problemas. Maese Viento se divierte con nuestras ovejas, las vuelve majaretas, empujándolas ahora a la derecha, ahora a la izquierda. Dispersa nuestros rebaños, los desperdiga y los empuja por los precipicios. Vuelve locos a nuestros pastores y a sus perros y por la noche, muchas ovejas se pierden de camino al redil.

»Cuando Maese Viento sopla como si nunca más fuera a parar, cuando hay tantos corderos que no acuden a la llamada y los rediles están vacíos y la barriga del lobo bien llena, los pastores me preguntan cómo calmarlo. Yo les contesto que esperen hasta el final del noveno día, pero a veces ya no pueden más de esperar.

»Entonces pedimos al alfarero que le haga a cada uno de los pastores un fino cuerno de barro cocido, lo que aquí llamamos una toutouro. Nuestro alfarero coge arcilla de las orillas del Calavon, el arroyo que bordea nuestro pueblo. El Calavon es a imagen y semejanza de Maese Viento: puede montar en cólera en un segundo. Sus aguas lo arrastran todo a su paso, tanto los corderos como las serpientes. Las toutouros están hechas de esta arcilla: el tumulto de las aguas evoca las ráfagas de Maese Viento.

»En fila india, los pastores comienzan su peregrinaje, dan inicio a la ascensión al Mount Ventour, la morada de Vintur, el padre de Maese Viento. Lou Mount Ventour es esa gran montaña blanca que puedes distinguir allá a lo lejos, extranjero. Ese blanco que ves en la

cima no es nieve, sino el color de las rocas de allí arriba, que son tan blancas como osamentas. Nada crece allí, excepto las piedras blanqueándose al sol. Los pastores suben a la cima en fila india y, una vez llegados arriba, se ponen a tocar para calmar a Maese Viento. Son sonoridades largas, profundas y vibrantes, que nacen en lo más hondo de sus pulmones y suben a lo más alto del cielo. Empiezan a tocar justo a la puesta del sol, como cuando le cuentas a un niño un hermoso cuento para que se duerma. Bajo la mirada de Vintur, tocan para calmar a Maese Viento, para captar su atención y hacerlo dormir. Tocan toda la noche en su habitación, sin interrupción, para arrullar al niño que duerme, para velar al niño enfermo. Cada vez que sopla en su toutouro, el pastor piensa en su historia personal, en lo que lo ha llevado hasta allí arriba, a lo alto de la cima. Se dirige a Maese Viento y le implora que cese su juego de masacre.

»Por la mañana, al alba, todos los pastores peregrinos contienen el aliento y escrutan lo invisible. ¿Los rayos del sol les harán descubrir un niño tranquilo, que se mostrará clemente, o bien despertarán al pícaro que tan bien conocen? ¿Han tocado los pastores suficientemente bien para detener los caprichos de Maese Viento? La respuesta nunca se hace esperar demasiado, basta con mirar atentamente las pocas briznas de hierba que crecen por allí arriba.

»Extranjero, si la idea de esperar tres, seis o nueve días te resulta insoportable hasta ese punto, entonces sube a la cima del Mount Ventour y toca para dormir a Maese Viento.

»No eres tan distinto de nuestros pastores: el elefante es tu oveja, tu ejército es tu rebaño, los Alpes son tus pastos. No eres más que un pastor a merced de Maese Viento, un pastor que hace preguntas de pastor. La respuesta será la misma que reciben los pastores: tienes que dormir al niño. Debes subir a la cima del Mount Ventour y allí, entre las piedras del color de los huesos, debes acunar a Maese Viento durante toda una noche. Haz sonar tu cuerno hasta tu último soplo; vacía tus pulmones hasta que te arda el pecho. Cuéntale tu historia sin ocultarle nada, sin omitir nada. Y si consigues captar su atención, si tu historia merece ser escuchada, entonces quizás por la mañana Maese Viento se haya calmado, dispuesto a dejar pasar por fin a tus elefantes.

34. UNA TOUTOURO PARA ANÍBAL

Los Alpes, erguidos y cubiertos de nieve, a través de los cuales el cruel enemigo del nombre romano se abrió paso antaño […], me parecieron muy cercanos, a pesar de que estuviesen a una gran distancia.

PETRARCA

Efectivamente, eran piedras. Desde abajo Aníbal habría jurado y perjurado que esta montaña tenía un tocado de nieve y, sin embargo, debe rendirse a la evidencia: pedruscos, guijarros a tutiplén. Este Mount Ventour no es nada comparado con los Alpes que se ha prometido atravesar, y sin embargo llegar a la cima no ha sido tarea fácil. Han subido en fila india, él y sus lugartenientes. En cuanto ganaron un poco de altura desaparecieron los bosques, los pinos les dijeron buena suerte agitando las ramas. Los cartagineses han cruzado los límites de un imperio mineral, de un banco de hielo calcáreo. El amigable suelo en el que el pie se posa con confianza ha desaparecido para dejar paso a una avalancha de guijarros en los que se hunden a cada paso hasta la pantorrilla. Bigote Blanco les ha dicho que esos guijarros son los huesos de los pastores peregrinos que no han conseguido calmar a Maese Viento, de los que no han conseguido dormir al dios niño. Maese Viento no los dejó bajar, jugó con ellos hasta el agotamiento. Aníbal sonríe para sus adentros: Bigote Blanco se ha quedado abajo, ha querido asustarlos, nada más. Y, sin embargo, estos guijarros son verdaderas legiones que rehúyen el combate haciéndote trastabillar: un paso en falso y hete aquí rodando con las piedras hasta el fondo del valle. Un segundo de distracción y las mandíbulas de caliza se cierran sobre ti.

Maese Viento no los está ayudando, todo lo contrario: es como si el dios niño hubiese comprendido que lo iban a acostar, a meterlo en la cama. Hace todo lo posible para impedirles subir: acechando cada uno de sus pasos, las ráfagas les tienden emboscadas en todas las curvas. La morada de Vintur, la habitación de Maese Viento, es un caos de caliza donde no hay lugar para el hombre, donde el ser vivo no es más que un intruso entre los átomos de piedra.

Han llegado a la cresta antes de la puesta del sol. Sus manos y sus

rodillas están cubiertas de arañazos, pero poco importa. Maese Viento los recibe como el amo del lugar. Ha hecho limpieza barriendo el menor rastro de nube del horizonte y obliga a las briznas de hierba a inclinarse ante ellos, como si fueran invitados de honor. Aníbal creía haber conocido vientos violentos, tormentas de arena capaces de borrar una ciudad en una noche, y sin embargo tiene que reconocer que este Maese Viento lo impresiona. Una vez en la cima, él y sus soldados han procurado mantenerse en pie, erguidos, por la costumbre adquirida en el campo de batalla, pero también y sobre todo por dignidad. No ha habido manera: ahora a la derecha, ahora a la izquierda, ahora por delante, ahora desde atrás, Maese Viento no repara en medios para recordarles quién es aquí el amo. Se mete bajo sus túnicas y bajo sus capas, las hace restallar ruidosamente, como estandartes arrancados al enemigo. La única manera de avanzar es caminar encorvado, con la cabeza baja, inclinado contra el viento. Durante un buen rato buscaron el destino final de su peregrinación, el lugar donde los pastores de los álbicos dirigen sus cánticos a Maese Viento, allí donde los peregrinos rompen sus toutouros al alba una vez calmado el dios niño. Aníbal y sus hombres han descubierto un montículo de trompas rotas en pedazos, postrer testimonio de peregrinajes anteriores y túmulo eterno de las cóleras de Maese Viento.

Los hombres de Aníbal miran a su jefe sin saber muy bien si tienen que sentarse o quedarse de pie. Aníbal da ejemplo: no han venido a desafiar a este Maese Viento, y menos aún a ponerlo de mal humor. Al contrario, han venido para dormir al niño, para calmarlo y arrullarlo. Aníbal lleva a sus labios la toutouro que Bigote Blanco le entregó abajo, justo antes de partir. Es una larga trompa de barro cocido, rectilínea, de unos buenos cincuenta centímetros, la embocadura bien redondeada y el pabellón que se ensancha en el extremo. Cierra los ojos y rememora la mirada del galo cuando tocó con la mano uno de los elefantes. Como pago por su ciencia no pidió oro, dinero ni recompensas de ningún tipo. Pidió tan solo que le dejaran tocar los elefantes. Parecía un niño: con los ojos chispeantes, recorría con los dedos los surcos de la piel del paquidermo, cuarteada como una corteza de pino. Su mano se agarraba a la trompa del elefante como aferrándose a la vida.

Aníbal cierra los ojos con más fuerza aún y empieza a soplar. No sale ningún sonido. O mejor dicho sí, un sonido hueco, un sonido vacío: su aliento raspa las paredes de barro sin vida, sin música. Aníbal frunce los labios, rodea con ellos la boquilla de la trompa y sopla de nuevo: el mismo sonido egoísta se hace oír. No le viene a la cabeza ninguna historia, ningún sueño. A su alrededor, mientras las fuerzas de los soldados disminuyen a cada momento, oye

desternillarse a Maese Viento. No, no se va a ir a la cama, no, no tiene sueño.

Aníbal vuelve a intentarlo: inclina la trompa en el sentido de la pendiente, como si la toutouro fuera una ladera más del Mount Ventour. El barro cocido desaparece entre sus labios y el sonido asciende mientras el sol se pone en el horizonte.

Aníbal le cuenta a Maese Viento la historia de una orilla de olas heridas y de sol vengador. Es la historia de la orilla donde él ha nacido, muy al sur, al otro lado del Mediterráneo. Es una historia de arena frente al mar, de arena que quema los pies y de sal que se incrusta en la piel. Es una historia de niños que se pelean, de no he sido yo, empezó él, de cachorros de león del desierto que miran a lo lejos, con la mirada perdida entre las olas. En la trompa se oye la algarabía de los niños escondidos tras las palmeras y, si se escucha bien, el estribillo obstinado de las olas en la playa. Aníbal cambia de partitura, blanca, dos corcheas, negra, y pasa entre las columnas de Hércules. Es la historia de un exilio adolescente bajo un sol que sigue siendo vengativo, pero ahora con espinas andaluzas. Es una historia de conquista, de juramento paterno y de primeras armas. Es una historia de rivalidad, de odio a través de las olas. Las palmeras siguen ahí, pero las clases de estrategia han remplazado al bullicio de los niños. En la trompa siguen oyéndose las olas del Mediterráneo, pero su rumor está cubierto por un ruido de armas, de soldados marchando. Es una historia que les habla a los soldados de Aníbal, aquí en la cima del Mount Ventour. Ellos levantan la cabeza, escuchan en silencio y con gusto cantarían este estribillo a coro. Pero Aníbal no les hace caso y pasa sin detenerse al tercer movimiento.

Aníbal le cuenta a Maese Viento una historia conjugada en presente. Le cuenta a Maese Viento su historia, la que está ocurriendo a orillas del Ródano, al pie del Mount Ventour. Es una historia loca, increíble y fascinante. Es una historia de cumbres que alcanzar, de desfiladeros que atravesar, a pesar de que una historia de travesía hubiera sido más simple. Es una historia de nieves eternas, allí donde solo esperan el blanco de la espuma de las olas. Es una historia de colmillos de elefante, allí donde otros solo conocen los cascos de los caballos.

Es una historia de determinación, con notas duras y sostenidas, con ritmo marcial. Es la historia de Aníbal tal y como se la contó a la asamblea de Cartago antes de partir. Es la historia de Aníbal tal y como él se la cuenta a sus hombres para arengarlos y hacerlos resistir en los momentos difíciles. Sin embargo, en el sonido de la trompa Maese Viento puede oír, detrás de esta música militar, otra melodía muy distinta, una melodía de duda. Maese Viento tiene que aguzar el

oído pero percibe silencios, tiempos muertos entre las notas: oye algunos «hay un paso», algunos «conseguiremos atravesar» y varios «por dónde iremos ahora». Maese Viento escucha a Aníbal y su melodía oculta. Se encuentra un cierto parecido con él: esta determinación ostensible que no se arredra ante nada, este aire resuelto que planta cara a los elementos y a los destinos pero que guarda, al abrigo de las miradas ajenas, un abismo de duda, invisible para el común de los mortales.

Aníbal ha terminado su historia. Sus labios se apartan de la embocadura de la trompa y él abre los ojos a la llanura que se extiende a sus pies. Aún duerme, acurrucada entre las sombras de la noche. Algunas luces brillan aquí y allá, todavía faltan varias horas para que los pueblos abran sus párpados. Le duelen los labios: ha tocado durante horas, sin parar. La noche vive sus últimos segundos, el alba va a abrirse camino en el horizonte, y con ella el sol. Examina atentamente las briznas de hierba para ver si su historia ha dormido al niño. Examina aquellos metrónomos orgánicos y espera la respuesta de Maese Viento.

Las briznas de hierba se inclinan una vez para descargarse del rocío, pero no dos, ni tres. Los metrónomos ya no se mueven, permanecen estáticos. Maese Viento se ha calmado, el niño rebelde ha terminado su pataleta. Aníbal se levanta, extenuado por la noche al raso y rendido de haber tocado durante horas. La toutouro le pesa una tonelada en la mano: aun así, encuentra fuerzas para levantarla y estrellarla contra el suelo, como Bigote Blanco le ha dicho que haga. Sus hombres recogen los trozos y los añaden al montículo de trompas rotas, como los pastores peregrinos habían hecho antes que ellos. Un altar para el próximo capricho de Maese Viento. Un instante después, un rayo de sol hace brillar unas montañas nevadas a los lejos, en el horizonte. La ruta de los Alpes vuelve a estar despejada.

Antes de bajar, Aníbal, en un impulso de devoción, se dice que una última ofrenda a Maese Viento no puede venir mal. Su camino siempre será más fácil si tiene el viento a su favor. Abre la cadena que lleva alrededor del cuello y la desliza en un resquicio del montículo de trompas, entre dos fragmentos de toutouro. Cuando partió de Cartago, hizo grabar en la joya la última frase de su discurso ante la asamblea: *Aut inveniam aut faciam*. Mira las cumbres nevadas que lo esperan, que lo desafían, y murmura, en silencio, para sí mismo: «Encontraré un camino, o lo crearé».

35. EL LAMENTO DE CANIS LUPUS

Tout loub mouaro dins sa pèu.
(Todo lobo muere en su piel).

Abro un ojo, luego dos. Me esperaba ver a Blanche, la fuente, aquella noche de San Juan, pero no, el sueño continúa. Parece que la mujer-caliza sigue teniendo un mensaje que transmitirme. El sitio me resulta familiar: es la cueva de Diou, una gruta en lo alto del Mont Ventoux. Pasé por allí una vez que iba de excursión, hace mucho tiempo. Si entonces me hubieran dicho que era la puerta de atrás del escondite de la Cabro d'Or, no me lo habría creído. La Cabro d'Or ha desaparecido pero el calabrote de Aníbal sigue aquí, colgado a mi cuello. Sigo teniendo mi ropaje de lobo.

A pequeños pasos me dirijo a la salida de la cueva, y la luz del día me deslumbra. El sol acaba de abrirse camino hace un instante por encima del horizonte. Quedan unas cuantas estrellas colgadas en lo alto del cielo, como juerguistas que han cerrado las discotecas y se eternizan en el banco de un parque. Abajo, la llanura se toma su tiempo para salir de la cama: tiene resaca, le gustaría dormir una hora más. En Carpentras, el alumbrado público parpadea, en Vaison una casa se despierta. Yo también parpadeo.

La cabeza me da vueltas, me tambaleo. Asfixiado por el espacio inmenso, estoy como borracho y no consigo caminar en línea recta sobre este banco de hielo calcáreo. El mistralet matutino se desliza sobre mi piel. Actúa como un hilo de Ariadna en un laberinto de percepciones atrofiadas: este simulacro de ventisca me ayuda a encajar el golpe. Voy recuperando la sobriedad después de esta noche de borrachera, guiñando los ojos para distinguir lo real de lo irreal. Me siento sobre mis cuartos traseros para recuperar fuerzas. La cumbre del Mont Ventoux está justo ahí, unos cientos de metros más arriba. Se oyen sonar las esquilas de un rebaño de corderos, más arriba, en la cumbre.

Me dirijo hacia la cima sin saber muy bien por qué. El recuerdo de Aníbal, una peregrinación en honor a Maese Viento, una visita de cortesía a Vintur, quién sabe. Caminar me sienta bien, Canis Lupus

tiene una resaca de mil demonios. Me pregunto cómo va a terminar este sueño, a qué está esperando la mujer-caliza para despertarme de una vez por todas. A lo lejos se alza la antena roja y blanca plantada en la cima monda y lironda del Mont Ventoux.

Aquí todo es blanco blanquísimo, el reino de la caliza. Frente a mí se extiende la cañada de Fonfiole, una avalancha de grava y guijarros, una catedral mineral expuesta a los cuatro vientos. A mis pies, unos cuantos pinos escuálidos intentan codearse con las alturas y extender los límites de la vida. En el silencio resuena un disparo de escopeta. Al instante un dolor intenso, en la parte baja del lomo, me derriba por el suelo. Es violento e indescriptible, una puñalada en la espalda. Empiezo a gañir sin poder evitarlo y busco alguna forma de escapar al dolor. A mi izquierda, a mi derecha, cuchilladas color rojo sangre dibujan rayas sobre el banco de hielo calcáreo. Cada uno de mis pasos es una pincelada escarlata sobre un lienzo blanco, y empiezo a comprender.

Suena un segundo disparo. Tiempo muerto. Una segunda bala ha alcanzado a Canis Lupus en mitad del corazón. Su pulso se detiene, ya no es de este mundo y, sin embargo, yo sigo viendo a través de sus ojos, oyendo a través de sus oídos. La cámara de su mirada, inmóvil, me devuelve un primer plano fijo de los guijarros de caliza frente a su hocico. Estoy aprisionado en sus despojos: intento mover una de sus patas, la de delante, la de atrás, algo, la más mínima parte de su cuerpo, sin resultado. La vida ya no está aquí, se ha ido.

Unos pasos se acercan, rozan los guijarros. El cañón de una escopeta palpa el flanco de Canis Lupus y después, con un sádico esfuerzo, le da la vuelta a su despojo. El rostro del tirador aparece en la pantalla de Canis Lupus:

—Esto, maldito cabrón, es por las tres ovejas que me robaste.

36. EN LA CIMA DEL MONT VENTOUX

Azotado por el inusitado soplo del viento y por la vasta extensión del espectáculo, quedé paralizado de estupor.

PETRARCA

Me despertó el sonido de un motor, un ruido sordo de vaivén que no quería desaparecer. Cubría el canto de las cigarras, pese a que estas se empleaban a conciencia, susurrando su canción de amor a voz en cuello. El sueño de Canis Lupus me había absorbido tanto que tenía la sensación de haber dormido una eternidad, flotando entre un coma en apnea y un sueño de plomo. El sol ya estaba alto en el cielo. Solemos dormir con los postigos cerrados, pero a partir de cierta hora no sirve de nada insistir, la oscuridad tira la toalla.

Me levanté de un salto, sospechando el origen de aquel ruido de motor. Blanche ya no estaba en cama: era sábado, había debido de ir al mercado. Abrí la puerta de la habitación y me di de manos a boca con el Húsar, que estaba montando guardia en el pasillo. Debía de tener hambre, para variar, o quizás quería que lo dejara salir. Abrió la marcha, bajando los escalones de cuatro en cuatro. Se detuvo delante de la alacena de las croquetas y pareció sorprenderse cuando me vio continuar hasta la puerta-ventana que da a la terraza. Maulló como para decir: «Vuelve, es aquí».

Fuera, el ruido era mucho más fuerte: venía directamente del terreno de los Sécaillat. Las hojas y las ramas de los cerezos no me dejaban ver gran cosa. Me puse de puntillas y vi el gran tractor rojo del señor Sécaillat yendo y viniendo justo delante de la fuente. El 6 de julio estaba acercándose a marchas forzadas, y el señor Sécaillat se había puesto manos a la obra con su proyecto de sarcófago. Estaba enterrando a la mujer-caliza. Me entraron unas ganas tremendas de irrumpir en el campo de cerezos e impedirle llevar a cabo su labor de sepulturero. Pero no habría servido de nada: el calor del momento no iba a arreglar nuestras diferencias, al contrario, se nos habría ido la cosa de las manos. Se me llevaban los demonios, pero también me embargaba la nostalgia: nuestras pausas al borde de la zanja, los bocadillos de salchichón y los de jamón y queso parecían hoy estar

lejísimos. Si hubiera sido un poco menos gilipollas habría ido a pedirle disculpas por haber perdido los estribos y habríamos encontrado la forma de dejar a la mujer-caliza disfrutar del azul del cielo. Pero nuestro orgullo mal entendido había sellado su suerte y la había enterrado una vez más. Volví a la cocina, donde el Húsar no se había movido ni un ápice. Me hice un café y me puse al Húsar sobre las rodillas. No era lo que quería, pero se conformó y empezó a ronronear. El ruido del tractor no me dejaba pensar en nada más y cada dos minutos me llevaba de vuelta al campo de cerezos. El Húsar en mi regazo me recordó aquella noche de tormenta en la que se paseaba bajo los relámpagos por encima del muro de piedra. Con él empezó todo.

No tenía hambre, y tampoco tenía ganas de escuchar la radio ni de perder el tiempo en internet. De todas formas, nadie había debido de informar todavía de la muerte de Canis Lupus en el Ventoux: el que lo había hecho no lo iba a ir contando por ahí, y no hay muchos domingueros que vayan a pasearse a la cañada de Fonfiole, sobre todo en pleno mes de junio. El Húsar se volvió hacia mí sobre mis rodillas y me miró con aire conminatorio. Subir al Ventoux era una excelente forma de escapar al sermón de reproches del tractor y de verificar la autenticidad de mi sueño. A decir verdad, no hacía falta: la mujer-caliza no había mentido nunca. El águila culebrera murió tal como ella me había mostrado, en el lugar exacto que ella me había mostrado. No cabía ninguna duda: los despojos de un lobo habían empezado a descomponerse aquella mañana en la cima del Mont Ventoux. Un último rugido del tractor terminó de convencerme, y fui a buscar el coche.

Hay dos carreteras para llegar a la cima del Ventoux, la de Bédoin y la de Sault. Cuando vienes del Luberon llegas por la de Sault. Faltaba un mes para que empezara el Tour de Francia y me llenó de alegría encontrarme con las etapas del futuro calvario de los ciclistas: el Chalet Reynard, el monumento a Tom Simpson. La antena de telecomunicaciones de la cima te veía llegar desde lejos, como la santa cruz vio llegar a Jesús desde lo alto del Gólgota. Curva tras curva, metro a metro, se hacía más imponente. Aparqué el coche al borde de la carretera, junto a la señal del puerto de las Tormentas, última etapa antes de llegar a la morada del dios Vintur. Toda la vegetación había desaparecido dos kilómetros atrás, de modo que era difícil evaluar la fuerza del viento. Pero con el motor apagado podía oírse a Maese Viento desencadenándose fuera. El viento era tan fuerte que movía el coche. El dios niño me daba la bienvenida a su manera. Abrí la puerta sujetándola con las dos manos, para evitar que la forzara en el mal sentido y me obligara a hacer una visita al taller. Tenía bonitos

cuentos que contarle, pero ninguna toutouro para acunarlo. Debían de descansar todas en el despacho del señor Gardiol, a menos que la gendarmería las hubiera requisado como pruebas.

No había un alma viviente, los turistas debían de hacer alto en el monumento a Tom Simpson o en la cima, pero no entre los dos. Desde el puerto de las Tormentas, el camino descendía en una pendiente abrupta hasta la cañada de Fonfiole. No había puesto los pies allí desde hacía por lo menos diez años, pero los sitios me resultaban familiares: los ojos de Canis Lupus los habían transcrito fielmente en mi sueño. Dos acantilados se afrontaban cara a cara y no se dirigían la palabra desde el diluvio. Habían debido de darse de tortas hacía una eternidad y luego aceptar un alto al fuego. Un alud de guijarros inmaculados, testimonio postrero de su disputa, los separaba y rodaba hasta los primeros pinos cien metros más abajo, esporádicos resistentes vegetales a la altura. El sendero bajaba en declive por el acantilado de la izquierda y luego zigzagueaba a través del alud de grava. El tirador había debido de apostarse en uno de los acantilados, dominando desde arriba el alud de caliza: Canis Lupus había debido de ser un blanco fácil, una mota negra encima de un mantel blanco. El sendero presidía la cañada y desde allí no podía escapársete nada. El sueño me volvió a la memoria a medida que los lugares desfilaban ante mis ojos. Me esperaba tener que buscar un poco para encontrar los despojos de Canis Lupus: la cañada era grande, y una vez muertos, sin que el movimiento los delate, los animales se confunden con el paisaje. Había traído unos prismáticos, pero no me hicieron falta: cuatro cuervos, negros como el alma de Satanás, desentonaban en aquel océano de blancura y estaban ya disputándose sus restos.

A mi llegada salieron volando de mala gana y se posaron unos metros más allá. Podía verse el impacto de las balas: Canis Lupus había recibido una primera perdigonada en la parte baja del lomo y una segunda en el pecho, que había acabado con él en el acto. Era triste, me entraron ganas de llorar. Nunca dudé de la muerte de Canis Lupus, de la veracidad del sueño. Pero aquella mañana, cuando me desperté, mientras me tomaba el café, mientras conducía hasta Sault, no la había asimilado completamente. Había pasado la mañana como soñando despierto, en ese estado en que eres consciente de los acontecimientos sin serlo realmente, en el que todo te atraviesa sin afectarte. Ver a Canis Lupus con las fauces abiertas, el costado desgarrado y los ojos fijos me impactó, me asestó un golpe, un segundo despertar mucho más violento que el primero.

Lo veía con la Cabro d’Or, subiendo de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera secreta del fuerte de Buoux. Ahora yacía allí a mis pies, como un felpudo. Tras el águila culebrera, otro baluarte se había derrumbado ante los bárbaros.

El animal seguía llevando al cuello el calabrote de Aníbal. Su divisa brillaba al sol, contenta de volver a ver la luz del día después de todos aquellos siglos pasados debajo del portón de San Juan. Alargué la mano para cogerlo, pero el contacto frío con el cadáver me provocó un estremecimiento. No me lo esperaba, pero siempre se hace raro tocar a un muerto. Reuní todo mi valor y la cadena se desprendió con facilidad. Me la enrollé en la muñeca como una pulsera, dándole varias vueltas. *Aut inveniam aut faciam*.

El mistral seguía soplando con todas sus fuerzas: varias veces me hizo perder el equilibrio mientras bajaba por el sendero a través de la cañada. Abrí bien los oídos a la escucha de Maese Viento para que me diera el nombre del tirador, como había hecho anteriormente con el águila culebrera. El viento soplaba a rienda suelta en la cumbre, sus ráfagas chocaban contra los acantilados y hacían silbar las piedras. Agucé el oído, tratando de distinguir sílabas y palabras como al pie de la Madeleine, pero el mistral solo hacía ruido de viento. Como Aníbal, no sabía muy bien qué hacer, y hubiera dado lo que fuera por que un Bigote Blanco compartiera conmigo su ciencia.

Uno de los cuervos se puso a chillar como para decirme que me diera prisa y que el festín no podía demorarse por más tiempo. Le tiré una piedra para acallarlo, dio un salto a un lado y no dijo nada más. Una racha más fuerte que las otras trajo hasta mis oídos el ruido de un rebaño de ovejas, el sonido de sus balidos y sus esquilas. El ruido venía justo de debajo del observatorio. Agucé el oído. Entre el ruido de las esquilas y los balidos se oía resonar, como un eco lejano, la última frase del tirador, el epitafio que había lanzado sobre los restos aún calientes de Canis Lupus: «Esto es por las tres ovejas que me robaste». Una ráfaga más fuerte que las otras repitió, una vez, después dos, el siniestro epitafio. Bajo la cresta de la montaña, por debajo de la cima, ondulaban unas ovejas. El tirador debía de estar allí arriba, con ellas, quizás me estaba observando desde lejos con unos prismáticos, como un francotirador desde lo alto de su torre de caliza.

Me sabía mal dejar al pobre Canis Lupus a merced de los picos de los cuervos. Pero no me veía arrastrando sus restos, que ya empezaban a oler, hasta el maletero de mi coche. De mala gana abandoné esta contribución al osario del Ventoux, a los huesos de los pastores peregrinos que no habían conseguido hacer dormir al dios niño. Los cuervos se aproximaron dando saltitos en cuanto volví la espalda, y se oyó un frufrú de alas por aquí y por allá.

Volví a coger el coche en el puerto de las Tormentas e hice el último kilómetro que me faltaba para llegar a la cima del Ventoux. Se podía hacer a pie, pero hoy Petrarca estaba bajo de moral: no tuve ánimos para seguir sus pasos, ni siquiera para disfrutar del paisaje.

Quería saber, llegar al lugar donde estaban aquellas ovejas por debajo de la cima y hacerme con las pistas que hubiera. Por mis venas corría la misma impaciencia, la misma fiebre que me había consumido la noche del águila culebrera, cuando había cumplido la voluntad de la mujer-caliza con aquel criador de faisanes y perdigones. La cima se aproximaba, curva tras curva.

Aparqué al lado del observatorio. Miré a mi alrededor, a la llanura y las montañas que Aníbal había contemplado unos siglos antes que yo desde el mismo lugar. Había paseantes y turistas, y ciclistas contentos de poder echar por fin pie a tierra. Fuera, Maese Viento soplaba a más y mejor: los adultos caminaban en zigzag, dando tumbos a derecha e izquierda como si hubieran bebido de más y lucharan contra borrascas etílicas. Los niños dejaban que el viento los sostuviese: se ponían en ángulo agudo con el suelo y jugaban a desafiar la gravedad. Maese Viento estaba en sus feudos, en el reino de su padre. Vintur le dejaba hacer lo que le viniera en gana, podía jugar con toda su fuerza: eran sus dominios, su campo de juego. Nada más abrir la puerta el viento se abalanzó dentro del coche como un perro excitado que quiere salir a pasear. Me traspasó hasta los huesos y su silencio se coló hasta lo más profundo de mis tímpanos. Maese Viento ya no me hablaba, no me decía nada, permanecía mudo.

Descendí por la pendiente para llegar por debajo de la cima, allí donde las ovejas se resguardaban del viento. La capilla de la Sainte-Croix se hacía un ovillo para protegerse del mistral, como el Húsar cuando nos lo olvidábamos fuera los días de mal tiempo y esperaba delante de la puerta para entrar. Frente a la gran cruz, bajo la bóveda de piedra, el rebaño unía sus fuerzas contra el viento, intentando tomar el sol sin dejarse cortar en dos por las ráfagas. Me acerqué, asombrado de que no hubiera ningún pastor guardando los animales.

Un rayo de sol puso de manifiesto mi error: una sombra se recortó del muro de piedra seca y se convirtió en un hombre. Dijo buenos días o cualquier otra cosa, alguna banalidad, tanto da. Claramente era ella, la voz del sueño, la voz del tirador, sin el menor asomo de duda. Lo saludé arqueando las cejas e hice como que estaba contemplando la capilla de la Sainte-Croix. Mejor no llamar la atención, no hacía falta que se acordara de mi visita el día que los gendarmes le hicieran preguntas. Era más prudente así: entre la excavación arqueológica clandestina, las cerámicas depositadas en el museo y el criadero de faisanes, aquello ya empezaba a ser demasiado. Me hice el sueco, di unas cuantas vueltas alrededor de la capilla y volví a tomar el camino del observatorio.

Una vez de vuelta en el coche se hizo el silencio, la gran incógnita. Aunque sabía por fin quién era el tirador, no tenía ni la menor idea de cómo hacerle justicia al bueno de Canis Lupus.

No había nada que comer allí arriba y mis tripas empezaban a rugir de hambre. Lo mejor sería volver al Chalet Reynard, comprar unos bocadillos y luego esconderme y vigilar el rebaño de ovejas. Aquel tipo no se iba a quedar día y noche en la cima del Mont Ventoux, llegada una cierta hora tendría que volver a su redil a pasar la noche.

37. LA ENRAGEADE

Rebaño que conduce a su guardián tarde o temprano acaba triturado por las fauces del lobo.
FRÉDÉRIC MISTRAL

Mis pobres huesos se pasaron toda la tarde sentados sobre los huesos de los pastores peregrinos. La caliza reflejaba el sol, no había quien lo aguantase. Desde donde estaba se veía toda la ladera del Ventoux y podía escudriñar con los prismáticos la capilla de la Sainte-Croix. El pastor no se movía mucho; estaba a la sombra de la bóveda, tan inmóvil que a veces se confundía con las piedras. El rebaño permanecía a su alrededor como la espuma de las olas en torno a un arrecife que aguanta los embates del oleaje. Mirando las formas que tomaba el rebaño uno podía entretenerse buscándoles parecidos, como hacen los niños con las nubes. Un yunque, un avión a reacción, o qué sé yo. A veces las ovejas formaban en escuadrón, dispuestas a recibir al enemigo como es debido. A veces las briznas de hierba las impulsaban a conquistar nuevos horizontes y la forma del rebaño se adelgazaba: una Z de Zorro, una N de Napoleón, un relámpago de lana en un cielo de caliza.

Había comprado unos bocadillos en el Chalet Reynard. Me recordaron a los que tomaba a la hora de la comida con el señor Sécaillat, cuando acabábamos de empezar a cavar. Estos eran menos sofisticados, pero estaban igual de buenos. La hora de comer había pasado hacía rato, el señor Sécaillat debía de estar echándose la siesta. Hubiera dado lo que fuera por volver a compartir con él unos bocadillos al sol, oírlo echar pestes del aceite de oliva —«Te pringas hasta los codos, me estoy poniendo perdido»— y calcular el trabajo que faltaba por hacer. A estas alturas, la mujer-caliza debía de estar bajo un caparazón de plástico, lanzando miradas furiosas y desesperadas para escudriñar lo que le quedaba del cielo de la Provenza. Una bomba dentro del pilón debía de estar haciéndole una transfusión con el mundo exterior, destilando con cuentagotas sus lágrimas de caliza. Empecé a indignarme yo solo en mi solana, preguntándole a Maese Viento qué sentido tenía aquella perfusión, si

lo mejor no hubiera sido desconectarla. Él sopló una ráfaga, luego dos, pero no respondió nada. Por encima de una piedra desfilaban unos zapateros, esos grandes insectos rojos y negros con antenas delante. Una gota de sudor se escurrió de mi frente y cayó interrumpiendo su comitiva.

Un movimiento en la capilla de la Sainte-Croix me sacó de mis ensoñaciones. Aún era de día, pero la tarde ya empezaba a codearse con la noche, y se notaba. El pastor llamaba a sus ovejas, el perro daba vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj, los Napoleón y los Zorro se iban convirtiendo en una O tumultuosa. El rebaño debía de tener entre doscientas y trescientas cabezas. El perro corría en todas direcciones, haciendo un trabajo titánico: ahora por un lado, ahora por el otro, iba a buscar a las rezagadas una tras otra. El pastor le daba órdenes en una lengua que solo ellos dos parecían comprender. Se puso a contar sus animales para asegurarse de que estaban todas allí antes de iniciar el descenso.

En un momento dado pareció llegar a un resultado satisfactorio y se oyó un largo toque de silbato. Durante un instante el rebaño se inmovilizó, como para tomar aliento, y luego se puso en marcha en dirección a Flassan, un pueblo de la llanura. Era una masa compacta que avanzaba en bloque por la garriga, se abría para dejar paso a un arbusto y se volvía a cerrar inmediatamente. Le seguí los pasos, manteniendo una distancia prudencial e intentando averiguar dónde iba a pernoctar el rebaño. El pastor bajaba por la ladera trazando una línea recta sobre la caliza, como la tiza sobre la pizarra. Bajaba rápido, con paso seguro, seguido de cerca por sus ovejas. El perro cerraba la marcha mordiéndoles las pantorrillas a las rezagadas y a las perezosas. Todos bajaban a buen paso: me costaba seguirlos y que no me dejaran atrás.

A medida que bajábamos, la vegetación se iba recuperando: los pinos y los bojes iban ganándole terreno a la caliza, alfombras de musgo se tomaban la revancha delineando el trazado de la raille[90].

Una señal de sendero de Gran Recorrido me reveló dónde estábamos: bajábamos por el valle de la Enrageade. Con el bosque había perdido de vista al rebaño. Oía a las ovejas sin verlas, sus balidos, sus cascos labrando el suelo. El sendero conservaba aún su rastro, hasta los guijarros exudaban olor a carnero. El recodo de una curva marcó el final del camino: un claro donde las ovejas se amontonaban a la entrada de una majada de piedra seca. Había dos construcciones: un gran redil cubierto y, al lado, la majada en sí misma, de tamaño más modesto. El muro del redil debía de medir como máximo un metro de alto: me llegaría por debajo de la cintura, como mucho. Estaba compuesto de tres hileras de piedras grandes

sobre las cuales habían dispuesto largas láminas de chapa roja. En las cuatro esquinas habían colocado sobre la chapa unos grandes pedruscos para evitar que se volara. A la entrada del redil la tierra estaba toda revuelta, delatando las idas y venidas del rebaño por la mañana y por la noche.

La majada era apenas un poco más grande que una cabaña: dos estancias pegadas una contra otra, cada una atravesada por una pequeña ventana. Tenía una gran puerta cuadrada que miraba hacia el claro. Provista de verdaderas tejas de barro, la construcción parecía habitada. Un 4 × 4 con un remolque estaba aparcado contra una de sus paredes. Me quedé entre las sombras del bosque, detrás de un roble, observando a las últimas ovejas entrar en el redil para pasar la noche a cubierto. El pastor las contó una vez más para asegurarse de no haber perdido una o dos por el camino. Me senté sobre el musgo entre dos árboles: ya solo hacía falta esperar a que cayera la noche y a que toda aquella tropa se durmiera para pasar a la acción.

Mientras esperaba a que cayera la noche fui trazando mi plan: soltar a las ovejas como había hecho con los conejos y los perdigones en Javon. Esta vez estaba decidido a llegar hasta el final y no escaquearme ante la prueba de fuego. El 4 × 4 me proporcionaría todo lo necesario. Abrir el tapón del depósito y aspirar el carburante del interior. Dar varios viajes entre el 4 × 4 y la majada y derramar la gasolina al pie de los muros de la construcción. Por que prendiera no había que preocuparse: estábamos a finales del mes de junio y hacía tres meses largos que no había llovido. La hierba estaba reseca como paja, iba a prender al instante.

Me acerqué a la majada y, pegado al muro, di vueltas con el pulgar a la piedra del mechero. Unas chispitas me saludaron por lo bajini con pequeños chasquidos secos, como anunciando la tormenta. Les respondía como un eco el ruido del gas que mi pulgar iba soltando a intervalos regulares como para liberar la presión acumulada. Era un sonido familiar y reconfortante, una música suave que me tranquilizaba. Falta me hacía, me temblaban las manos. Esta noche, ni tipi indio ni zarandajas de ninguna clase, solo un trapo empapado en gasolina para servir de mecha. La llama del mechero se elevó verticalmente e iluminó por un breve instante el muro de la majada.

Aparecieron unas palabras, como conejos a la luz de los faros: pálidas y amarillentas, inmóviles e interrogadoras. Tan sorprendido como yo, el gas dejó de salir durante un segundo y la visión desapareció en la oscuridad. Volví a encender el mechero y las palabras reaparecieron. Era un panel informativo clavado en el muro: la majada había sido objeto de una restauración, subvencionada por la Administración regional y la Unión Europea. Contaba la historia de las

majadas del Ventoux y, entre líneas, la del pastoreo en los montes de Vaucluse. En el siglo pasado había unas sesenta, repartidas entre Flassan y Bédoin. Tuvieron su edad de oro en la primera mitad del siglo XIX, cuando los grandes rebaños recorrían las laderas soleadas, inmensos regimientos al asalto de las briznas de hierba y de las cimas. Los pastores las usaban durante la noche para resguardarse del mistral y sus caprichos. Entre dos párrafos, una fotografía de 1900 mostraba una majada de la *belle époque* posando muy ufana junto a un campesino vestido con un blusón, sacando muro orgullosamente frente a la cámara. Hoy la mayor parte de las majadas estaban en ruinas, montículos de piedras en los que crecen las zarzas, y la ganadería ovina ya no es ni sombra de lo que era. Esta majada había sido restaurada y desde entonces era usada por uno de los últimos pastores del Ventoux.

El gas del mechero carraspeó como para devolverme al momento presente, y la historia de la majada regresó a las tinieblas. En la oscuridad, el olor mareante de la gasolina se intensificaba, destilando, vaharada tras vaharada, un dolor de cabeza de mucho cuidado. Yo seguía girando la piedra del mechero, una vuelta tras otra, una y otra vez: aquí y allá saltaban chispas, haciendo preguntas que quedaban sin respuesta. Ya no sabía qué hacer. Por primera vez me puse a dudar de la mujer-caliza, de Vintur, de mi salud mental, de todo. Maese Viento estaba silencioso, ya no decía nada.

En una mano, un trapo empapado en gasolina me llamaba con insistencia, preguntándome si era para hoy o para mañana. En la otra, mi pulgar vacilaba en liberar el gas y desencadenar la justicia de la mujer-caliza. Sentía latir mi pulso en la punta del pulgar: cada latido inclinaba un poco más la balanza.

De pronto el perro se puso a ladrar dentro como un desaforado. No porque yo hubiera hecho ningún ruido, simplemente despertó en ese preciso instante sin razón alguna. A lo mejor fue en ese momento cuando la mujer-caliza me retiró su confianza. A lo mejor Vintur le pidió en ese preciso instante a Maese Viento que soplara de nuevo y despertara al perro. Sea como fuere, en el interior de la majada estaban en pleno zafarrancho de combate. Puse pies en polvorosa y escapé como un pétachoun[91].

38. EL REY DEL SILENCIO

Un hombre nunca va más lejos que cuando no sabe a dónde va.

JEAN GIONO

Cuando volví del Ventoux, en plena noche, Blanche estaba levantada, mordiéndose los puños de preocupación. Le conté que había salido a hacer senderismo, que me había apartado del camino sin darme cuenta y que había terminado perdido e incapaz de volver al coche. Ya me había pasado, no era tan inverosímil: una vez, durante una excursión por el Luberon, bajé por la cara sur en vez de por la cara norte, por la que había subido. Hacía un tiempo de perros y entre las nubes y la lluvia no se veía nada a dos pasos. No me di cuenta de mi error hasta que llegué a Vaugines creyendo que estaba llegando a Sivergues, una aldea que está del lado completamente opuesto. Tuve que rodear todo el macizo a pie y tardé una eternidad en volver al coche.

Apagué el incendio con Blanche lo mejor que pude y al final nos fuimos a la cama cerca de las tres de la mañana. Estaba extenuado, pero no conseguía conciliar el sueño. Normalmente me duermo con mucha facilidad: me basta con cerrar los ojos para eclipsarme. Por lo visto, es algo impresionante: estamos hablando, charlando, y un segundo después ya no hay nadie. Tener insomnio es algo que me ocurre muy pocas veces, por no decir jamás. Aquella noche Morfeo no daba señales de vida y el descalabro del Ventoux me daba vueltas y más vueltas en la cabeza. Las paredes de piedra de la majada se habían quedado trabadas en el interior de mi cabeza, cortándole el paso al sueño.

Me sentía avergonzado, como un samurái *rōnin* que tuviera miedo de informar del fracaso de su misión. El calor había estado en su apogeo durante todo el día, y aunque con la llegada de la noche la temperatura había bajado ligeramente, seguíamos asfixiados de calor. El pecho de Blanche subía y bajaba, marcando el ritmo de una modorra sin fin. Yo miraba al techo sintiendo cómo el sudor goteaba de mi cuerpo, atravesaba el colchón y se infiltraba en la caliza hasta la capa freática. Era como cavar tu propia tumba. Teníamos los postigos

entreabiertos para que entrara el fresco, pero era inútil. No corría ni un soplo de viento, todo estaba alicaído.

Agucé el oído hacia el exterior, esperando un murmullo, un cuchicheo reconfortante de Maese Viento, pero no había más que la serenata de las ranas con las chicharras de fondo. La muerte de Canis Lupus había quedado impune. Se me hacía difícil aceptar aquel impulso de clemencia repentina, aquella falta de valor que me había hecho flaquear y me había desviado de mi misión.

Unas horas más tarde sonó el despertador. No había pegado ojo en toda la noche.

No sopló una brizna de viento en todo el día. A partir de las diez de la mañana el sol empezó a machacar cada centímetro cuadrado: la más mínima sombra, el más mínimo rincón de frescura fueron acorralados sin piedad. Las horas, las únicas que se movían en aquella modorra, se persiguieron por toda la esfera del reloj de sol. Habíamos oído el tractor del señor Sécaillat hasta las once de la mañana. Luego, con el sol ya alto en el cielo, dejamos de oírlo. No volvió a ponerse manos a la obra hasta las seis, cuando aflojó un poco el calor.

Blanche me había preguntado qué estaba haciendo el señor Sécaillat: es en el campo de los cerezos, y justo al lado de la fuente, ¿no te parece? No estaba al corriente de la visita del catastro yo seguía sin haberle dicho nada para no preocuparla. Le respondí que no tenía la menor idea, que parecía que solo estaba arando su campo. Había intentado echarme una siesta, sin éxito. Después de aquella noche de insomnio esperaba caer como un tronco, pero lo único que conseguí fue contar ovejas a cientos.

Después de cenar, una vez en la cama, esperé a que Blanche se durmiera para levantarme a hurtadillas. Eché mano de la linterna frontal que usábamos para los paseos largos y salí por el garaje. Había un centinela inesperado: el Húsar estaba fuera haciendo su ronda. La frontal se reflejó en sus ojos, dos lunas llenas que te miraban fijamente. Había debido de oír el cerrojo y venía a ver qué estaba pasando allí a aquellas horas de la noche. Vino a frotarse contra mis piernas, intentando colarse por la puerta entreabierta. Debía de tener sed, con este calor. Pareció sorprendido cuando empecé a caminar hacia el terreno de los Sécaillat. No se lo esperaba, pero siguió mis pasos y me adelantó. Había un pequeño toque de arrogancia en sus pasitos rápidos: no, no era él el que me estaba siguiendo, era al contrario. Abrió la marcha, sabía a dónde estábamos yendo, estaba más claro que el agua.

Las obras estaban casi terminadas. Encogía el corazón ver todo nuestro trabajo borrado así, en dos días. El señor Sécaillat había

puesto la cuba dentro de la zanja: estaba rodeada de vigas y puntales, por el momento todavía visibles. La roca y la mujer-caliza ya no se veían en absoluto. A la luz de la lámpara frontal la construcción adquiría un aspecto fantasmal, como un barco hundido surgiendo frente a la linterna de un buzo. El poliéster de la cuba se veía de un blanco deslavazado, lejos de su verdadero color azul. Ver aquel depósito allí, en medio de los cerezos, causaba una impresión extraña: al señor Sécaillat le iba a costar lo suyo convencer al funcionario del catastro de que solo era un estanque para uso agrícola.

Un reflejo de agua centelleó al contacto con el haz de luz de la linterna. El señor Sécaillat había empezado a llenar la cuba, a trasvasar a la mujer-caliza al mundo moderno. No parecía haber mucha agua, una decena de centímetros todo lo más. Apagué la lámpara, dejé allí mis chanclas y bajé. El Húsar me miró con cara de estar diciendo: «Tú haz lo que quieras, pero yo me quedo aquí».

El contacto con el agua me relajó: su temperatura, su olor característico me dieron la impresión de haber vuelto a casa, de volver a ponerme las zapatillas después de un duro día de trabajo. Me agaché, me puse a cuatro patas en el agua antes de sentarme y luego tumbarme completamente. Me sentó bien, pero no tuvo el efecto deseado: la mujer-caliza permanecía muda. Incluso tumbado, el agua no me cubría completamente: mis tímpanos flirteaban con el agua, que no llegaba a cubrir mi pecho. Arrullado por el chapoteo de las ondas abrí los ojos de par en par y escuché: el cielo de la Provenza se extendía ante mí, inmenso e indolente.

Me sentía bien, allí en el agua y, no obstante, el corazón me pesaba como una piedra y me arrastraba hacia al fondo. Era tan triste que daban ganas de llorar. El velo de mis párpados dejó resurgir las constelaciones, empañadas de lágrimas y entrecortadas de sollozos. Una estrella fugaz se deslizó efímera por la parte baja del cielo.

39. LOS CABRIANS

Leis nuech senso som, soun l'infer su la terro.
(Las noches sin sueño son el infierno en la tierra).

El 6 de julio pasó sin pena ni gloria, como si no pasara nada: la visita del catastro había debido de transcurrir sin incidentes. Intenté seguir los acontecimientos desde la terraza con los prismáticos de Blanche, pero no saqué nada en claro. Estaba demasiado lejos, las hojas lo tapaban todo, no se veía nada.

No había vuelto a la fuente. No era por falta de ganas. Meter la cabeza bajo el agua una vez más, oír a la mujer-caliza, aunque fuese una última vez. Cada día me picaba más el gusanillo, pero después de las obras del señor Sécaillat ya no era lo mismo. No tenía ganas de ver aquel sarcófago de plástico, me habría roto el corazón. Era como volver a una tumba sabiendo que dentro hay una persona enterrada viva y que no podemos hacer nada por ella.

El mes de julio desgranó perezosamente cada uno de sus treinta y un días, como un lagarto al sol que economizase sus movimientos. Habían llegado los turistas y ya no había manera de aparcar en ningún sitio. Bajaba temprano a la Maison de la Presse para comprar *La Provence* y vigilar los titulares. No salió ni una sola línea sobre mis incursiones, ni en el criadero de faisanes ni en la majada del pastor. Sería que la gendarmería no querría difundir la información, o bien simplemente que los dos energúmenos no lo habían denunciado. Nada nuevo sobre las toutouros del museo, y tampoco nada sobre el cazador furtivo del águila culebrera. El Departamento Nacional de Bosques había encontrado el cuerpo de Canis Lupus, pero por lo visto a todo el mundo se la traía al pairo.

Perdí el apetito lo mismo que había perdido el sueño: los platos me parecían insípidos y las noches demasiado sofocantes para conseguir dormir. Blanche hizo un *clafoutis*, una tarta de cerezas de las de verdad, todavía con los huesos de cereza dentro. Normalmente las disfruto como un enano y me guardo un hueso en la boca para ir a escupirlo al fondo del jardín. Dicen que los árboles frutales que crecen así, de la nada, son los más resistentes. Hoy la tarta de cerezas no me

supo a nada, y todos los huesos acabaron en la basura.

Por mucho que abriéramos las contraventanas por la noche para que entrara el fresco y las dejáramos entornadas durante día para mantenerlo todo lo posible; por mucho que tuviéramos los ventiladores en marcha durante horas, era inútil. Nada más poner la cabeza en la almohada ya estaba empapado en sudor y era incapaz de pegar ojo. Las noches iban pasando, más largas aún que los días.

Me acostaba al mismo tiempo que Blanche para guardar las apariencias pero a las dos o tres horas me levantaba, completamente empapado, y me iba a la terraza a mirar las estrellas desde una tumbona. En la pared, encima del ángulo de la puerta, un escorpión tomaba el fresco él también. Inmóvil, su aguijón levantado hacia el cielo le daba un aire de reloj lunar, desgranando pacientemente sus cuadrantes nocturnos. Otro invitado, el Húsar, se había aficionado a mis meditaciones noctámbulas. Venía a hacer su cuarto de guardia sobre mi regazo y contemplaba el follaje del bosque cósmico.

La terraza está cubierta a medias por una pérgola, por la cual trepa una parra más vieja que Matusalén. Hasta me pregunto si no estaría aquí ya antes que la casa: el grosor del tronco hace dos veces mi brazo. Ciñe tan estrechamente el arco de la pérgola que todos los veranos tenemos miedo de que nos lo rompa. A partir de mediados de junio, la parra transforma la pérgola en un dosel de grandes racimos negros de moscatel del Ventoux. Solo hay que subirse a un taburete con un par de tijeras y el postre está listo. Son unas uvas deliciosas, pero tienen dos inconvenientes: en cuanto están un poco maduras empiezan a gotear zumo y me pringan las baldosas de la terraza, por no hablar de las colchonetas de las tumbonas. Por último, y sobre todo, atraen a los cabrians[92].

El cabrian es un enorme avispón negro y amarillo, de lo peor que hay por estos pagos. Dicen que su picadura te puede mandar derecho al cementerio. Nada que ver con las buenas abejas libadoras: su vuelo pesado que hace un ruido de bombardero y no tienen problema en insolentarse, atraídos por el agua de la piscina o por el jugo del pollo de tu plato. Los cabrians se han creído que mi pérgola es el *off* del Festival de Aviñón, y todas las noches vienen a darse una panzada con las uvas que cuelgan por encima de la terraza. Y aunque sobran racimos para todos, siempre tiene que haber dos pegándose. Debe de ser el azúcar de las uvas, que se les sube a la cabeza: oyes zumbar sus alas y al instante siguiente los ves desplomarse en caída libre, aferrados uno al otro dándose de tortas. Intentamos ponerles trampas: llenamos de agua azucarada botellitas de Perrier y las colgamos de la pérgola. El cabrian se mete dentro y en general ya no es capaz de volver a salir. A veces funciona, a veces no.

Habitualmente tengo la chancla al alcance de la mano: hay que

aprovechar que están atontados por la caída para chafarlos y dejarlos más planos que una crepe. Aquella noche observé sin intervenir cómo los cabrians continuaban su pelea después de su caída descontrolada: me daba exactamente lo mismo. El Húsar me miró con los ojos muy abiertos, sin entender esta repentina clemencia: me sabía más diligente con la chancla. Contemplé las estrellas y las interrogué en silencio con preguntas condenadas a quedar sin respuesta.

De repente, unos meteoros azules y rojos turbaron la noche, atrayendo mi atención. Eran unas luces giratorias que subían por el camino en dirección a la casa de los Sécaillat. No había sirena perturbando la noche, solo *flashes* de color traspasando la oscuridad. Una ambulancia o, peor aún, los gendarmes. Ya está, no habían tardado mucho: habían conseguido remontar hasta nosotros. ¿Había sido la visita del catastro lo que les había permitido tirar del hilo? Si no, ¿cómo diablos habían relacionado las trompas con el señor Sécaillat? El Húsar abría unos ojos como platos y no perdía ripio. Él también se preguntaba qué estaba pasando. Las luces se detuvieron justo delante de la casa de los Sécaillat. Yo no sabía muy bien qué hacer: ¿presentarme allí alegremente a aquellas horas de la noche? Iba a resultar sospechoso. ¿Cómo explicar el hecho de que estuviese levantado en plena madrugada? Para ser un mínimo sincero, lo que pasaba era sobre todo que estaba acojonado y no tenía ningunas ganas de que me pillaran. Solo quedaba poner una vela en la iglesia y esperar que el señor Sécaillat no se fuera de la lengua y no me arrastrara en su caída. Pero, por ese lado, no había mucho que temer.

En cualquier caso, los acontecimientos decidieron por mí: al cabo de unos minutos las luces recorrieron de nuevo el camino en dirección contraria. Reuní todo el valor del que fui capaz y me volví a la cama.

—Es Mireille Sécaillat, se ha pegado un buen porrazo en las escaleras esta noche—, me dijo mi mujer volviendo a cerrar la puerta de entrada. Cuando se despertó le conté a Blanche lo que había visto por la noche: que había habido movimiento en casa de los Sécaillat, que había pasado algo, aunque no sabía exactamente qué. Elle hizo lo que cualquier persona normal hubiera hecho en semejantes circunstancias, algo de lo que yo era absolutamente incapaz: se puso las sandalias y fue a llamar a su puerta para preguntar si todo iba bien.

—La ambulancia se la llevó esta noche al hospital. Se ha roto el cuello del fémur y la muñeca. Sigue ingresada, no está muy allá que digamos. El señor Sécaillat va a volver al hospital esta tarde, le he dicho que iríamos a verla—, continuó. Sentí una mezcla de alivio y culpabilidad. Había barajado toda una serie de hipótesis tras la partida de las luces, y esta era la que menos me esperaba. Parecía mentira, la

última vez que la vimos Mireille estaba hecha una chiquilla.

Salimos para el hospital hacia las dos. Es la peor hora para mí: después de todas aquellas noches en blanco y la falta de sueño no me habría venido mal una buena siesta. Hacía un sol de plomo que lo machacaba todo a su paso. Solo en lo que tardó el aire acondicionado del coche en ponerse en marcha ya estábamos empapados. Blanche no decía nada y yo tampoco.

Conducía ella, y me había puesto sobre el regazo las flores que había comprado al mediodía. Eran unos lirios que lanzaban largas miradas agonizantes por la ventana y que el aire acondicionado intentaba en vano mantener con vida con un ruido de respiración artificial. El aparcamiento del hospital batía récords de calor y poco faltaba para que el asfalto te abrasara la planta de los pies a través de la suela de los zapatos.

El calor habría podido transformar la entrada del hospital en un remanso de paz reparador, un lugar de gratificante frescura. Pero no, incluso con sus mejores galas de oasis seguía siendo la entrada de un hospital. Odio los hospitales: su olor a desinfectante y a linóleo, sus desvaídas y parpadeantes luces halógenas, sus pasillos largos y rectilíneos por los que la gente se pasea y sus habitaciones idénticas, donde hasta las emociones están controladas por un mando a distancia. Se nota que han intentado, a fuerza de toneladas de productos químicos, enmascarar el olor a enfermedad, a final de vida, a muerte, pero no hay nada que hacer, como con la sangre. Por más que hagas no sale, se queda ahí como una gran bugne[93] descolorida que no puedes dejar de ver. De hecho, no falla. Apenas atravieso la puerta giratoria de la entrada me zumban los oídos, la vista se me nubla y el corazón se me sale del pecho. No tenía más que un deseo, el de marcharme por donde había venido.

En la recepción una enfermera nos pregunta si somos de la familia. No, pero era como si lo fuéramos. Blanche anotó sus datos en el registro de visitas, la enfermera nos dio el número de la habitación y cogimos el ascensor. Blanche llamó a la puerta. Fue el señor Sécaillat quien nos abrió. Bajé los ojos. Era extraño verlo en aquel entorno aséptico, como un desgarrón de autenticidad en el linóleo, como unas migajas de madre naturaleza creciendo entre los azulejos de la piscina municipal. Se apartó para dejar pasar a Blanche. Luego fue mi turno: no supe qué decir, bajé los ojos y miré al suelo. Él tuvo una generosidad que yo no habría tenido: me dio un fuerte y franco apretón de manos, sin añadir una palabra ni decir nada más. Eso era todo. La fuerza de su apretón quería decir que ayer era ayer y hoy era hoy, y que borrón y cuenta nueva.

La señora Sécaillat estaba acostada en la cama con el respaldo levantado a medias. La caída la había lastimado a base de bien, tenía

moratones en la cara y un brazo en cabestrillo. Con los ojos cerrados, salmodiaba una jerigonza incomprensible, una mezcla incoherente de provenzal y francés sin pies ni cabeza que venía de ningún sitio y llevaba a Dios sabe dónde.

—Se despertó en plena noche, tenía sed. Bajó a la cocina a beber un vaso de agua y oí un gran cataplum —susurró el señor Sécaillat ahuecándole la almohada.

»Ha debido de bajar de cabeza los dieciocho escalones. Oí aquel estrépito, me levanté y la encontré así. Llamé enseguida a una ambulancia. Desde entonces no ha recuperado el conocimiento —continuó. Blanche cogió un jarrón que alguien había dejado en el alféizar de la ventana, fue al baño a llenarlo de agua y puso los lirios en la mesita de noche. La señora Sécaillat seguía salmodiando en voz baja. Ni siquiera se había dado cuenta de que estábamos allí.

—¿Y qué dicen los médicos? —preguntó Blanche.

—No se puede hacer otra cosa que esperar y dejarla tranquila. El brazo debería mejorar de aquí a un día o dos, y la cara lo mismo.

—Hay que darle un poco de tiempo para que recupere fuerzas, estoy segura de que enseguida se pondrá mejor.

Una enfermera entró y comprobó un aparato. Se hizo el silencio en la habitación, como si no quisiésemos compartir nuestros secretos con ella. Los murmullos de Mireille Sécaillat continuaban, incesantes. Tendiendo el oído se podía captar en aquel aluvión alguna que otra palabra; el nombre de su hijo fallecido, Gens, aparecía de forma recurrente.

—¿Le ha dado agua de la fuente desde que se cayó? —le pregunté al señor Sécaillat, así a bocajarro. Hablé sin pensar, sin pararme a pensar dos veces en lo que estaba diciendo. Era una idea idiota que se me había pasado por la cabeza, como querer curar un brazo roto con agua de Lourdes. Podía parecer ridículo, pero para mí, ante una señora Sécaillat moribunda, estaba más claro que el agua. La mujer-caliza había curado a Mireille una primera vez: podía curarla una segunda.

—Hace quince días que ya no sale agua. Dejó de manar sobre el 10 de julio, justo después de la visita del catastro. Teníamos unas cuantas botellas en la nevera con las que aguantamos unos días, pero con este calor, hace ya mucho que hemos vuelto al agua del grifo —me respondió el señor Sécaillat con la mayor seriedad del mundo.

Lo miré, anonadado. No había nada que decir, salvo que yo tenía la puñetera razón desde el principio. Había enterrado viva a la mujer-caliza y ella nos había abandonado. Ya no me hablaba, ya no nos regalaba su agua. Era el fin. Él debió de ver la consternación en mis ojos, porque añadió:

—No es el fin del mundo, solo es la sequía, nada más. La capa freática debe de estar bajísima, hace cuatro meses que no ha caído una sola gota. La naturaleza es como nosotros, tiene sed. Solo hay que esperar a que pase.

No tenía nada que decirle. Tanto él como yo sabíamos que no era la sequía la culpable sino sus obras, que habían secado la fuente. Vintur, Maese Viento, todo aquello se había terminado, se acabó. Pasó un ángel. Blanche puso fin al silencio diciendo que no los íbamos a molestar por más tiempo, que Mireille tenía que descansar y que, si el señor Sécaillat necesitaba cualquier cosa, que no lo dudara, que nos avisara, estábamos al lado y, por supuesto, ¿estaba de broma?, no nos molestaba en absoluto.

Mireille continuaba inconsciente y seguía hablándole a Gens como si este se encontrara en la habitación. Me dije que, francamente, qué lástima todo aquello. Ahora el agua había desaparecido y ya no había nada que pudiésemos hacer para remediarlo.

40. EL PRINCIPIO DEL FIN

Per escoundu que fugue lou fus, toujours lou fum pareis.
(Por muy escondido que esté el fuego, el humo siempre acaba saliendo).

De regreso a casa no pude resistir las ganas de ir a la fuente y verificar con mis propios ojos la triste realidad. Blanche me dijo que si estaba loco, que con aquel sol iba a pillar una insolación. No le respondí y bajé por el sendero. Ella se batió en retirada y cerró la puerta de casa. Bajo el sol, el sendero era un auténtico calvario: la fuente parecía lejanísima y era como si ninguno de mis pasos me acercase a ella. Era igual que en los sueños, cuando te persigue el malo y corres pero no sirve de nada porque no avanzas ni un centímetro. Los cerezos se morían de sed, sus ramas colgaban con las hojas alicaídas apuntando al suelo. No corría ni un soplo de aire y, sin embargo, oí como un reproche a través de sus ramas: todo esto es por tu culpa, porque flaqueaste al pie del Mont Ventoux.

Por fin apareció la cuba bajo un sol de plomo. Era la primera vez que la veía a la luz del día. Parecía un caparazón de tortuga al revés, como si la tortuga se hubiera muerto hacía mucho tiempo y el caparazón, vacío, se hubiera quedado en la playa secándose al sol, un poco más seco cada día. Me entraron ganas de ir a buscar un pico al cobertizo de los Sécaillat y plantarlo con todas mis fuerzas en aquella maldita carcasa, de resquebrajar aquel puñetero sarcófago y rescatar a la mujer-caliza. No habría sido más que hacer justicia, que enmendar las cosas.

Dentro del estanque no había ni una gota de agua. Lo rodeé, buscando un acceso. El señor Sécaillat había hecho un trabajo impecable, como de costumbre. La cuba estaba rodeada por un bordillo de madera que escondía perfectamente cualquier cosa que pudiera haber debajo. Buscando bien se podía encontrar un ventanillo, una trampilla que medía la mitad que la más pequeña de las puertas. Una sonrisa me rasguñó los labios: aquello era muy propio del señor Sécaillat. En el peor momento de nuestra discusión, cuando ya no

teníamos nada que decirnos, se había tomado la molestia de mantener una vía de acceso a la mujer-caliza, con lo fácil que hubiera sido cubrirlo todo de cemento y enterrarla viva. Abrí la trampilla y asomé la cabeza. La mujer-caliza seguía allí, con los ojos en la penumbra. No había ni una gota de agua. Poniéndose uno a cuatro patas y contorsionándose se podía llegar hasta la roca.

Me metí bajo la cuba y deslicé las manos sobre la caliza esperando un escalofrío, una sensación de humedad por mínima que fuera. Miré la boca de la mujer-caliza, desesperadamente oscura, desesperadamente vacía: un agujero en la roca, seco como un pergamino, y nada más.

Me estaba muriendo de calor allí metido, como en una sauna, pero no quería volver a casa. Regresar equivalía a admitir un fracaso, un mundo en el que el agua ya no corría, en el que la señora Sécaillat perdía la cabeza y en el que la mujer-caliza permanecía muda. Esta me miraba sin decir nada, con la boca abierta como si estuviera expulsando un torrente de reproches invisibles. Me acurruqué contra la piedra y cerré los ojos. Esperaba que una voz me resonara en la cabeza, me diera instrucciones. No hubo nada, nada de nada.

Con el corazón encogido, empapado en sudor, volví a salir por la trampilla a costa de unas cuantas acrobacias y muchas contorsiones. Fuera, la luz del grand caleu[94] lastimaba los ojos. Unas manchas negras jugaban al escondite con los cerezos y había que fruncir el ceño para hacerlas desaparecer. La cabeza me daba vueltas, los cerezos se cogían de las ramas y bailaban la farandola. Me dirigí a casa a la velocidad de un viejo subiendo el Ventoux en patinete.

El Húsar y Blanche estaban en la terraza. Los saludé con la mano, pero pasaron de mí olímpicamente. Blanche tenía los prismáticos en la mano y miraba detrás de mí, en dirección a Auribeau. Me di la vuelta y vi lo que saltaba a la vista: un gigantesco penacho de humo blanquecino se elevaba a un lado del Luberon, justo debajo del Mourre Nègre. Un conato de incendio. Parecía un viejo volcán que acabara de despertarse y escupiera su ira. El humo no dejaba ver nada: era una humareda blanca y opaca que cerraba el paso a la mirada y ocultaba el cielo. El viento se divertía dándole vueltas y más vueltas antes de hacerla subir a lo más alto del cielo. El mistral, que no había dado señales de vida en todo el día, se acababa de levantar.

Se notaba que soplaba cada vez más fuerte a medida que el sol y el humo subían en el cielo. Se adivinaba una cólera sorda que iba *in crescendo*, un resentimiento asfixiante que estaba pidiendo a gritos salir.

Blanche me tendió los prismáticos: «Es increíble, empezó hace solo veinte minutos, al principio no era nada y ahora tiene la altura de la

torre Eiffel». Nos quedamos los dos plantados en la terraza, de mirones, disfrutando del espectáculo. El Húsar pasaba del uno al otro preguntándose qué bicho nos había picado para quedarnos allí de pie a pleno sol.

No los vimos llegar enseguida. Fue Blanche la primera en oír su runrún e imaginarse de qué se trataba. Volvió los ojos hacia Rustrel y vio un avión antiincendios. Luego dos. Luego tres. De pronto una especie de rugido sordo estalló en el cielo y pasaron por encima de nuestras cabezas. Se pusieron a volar en círculos concéntricos alrededor del Mourre Nègre, como aves rapaces que hubieran localizado su presa y esperaran el momento propicio antes de lanzarse en picado. Alguien había dado la voz de alarma. Como las águilas culebreras, iban estrechando los círculos poco a poco, sin duda preguntándose cuál era el mejor ángulo de ataque para apagar el fuego. El primero se internó en la humareda y debió de soltar su diluvio sin contratiempos, porque unos segundos más tarde volvió a aparecer y ganó altura. Con una precisión de relojero, los otros dos repitieron el mismo movimiento. Instantes después de su última pasada, la columna de humo empezó a vacilar.

41. Y DURANTE TRES DÍAS MÁS

Per amoussa lou fue ie jites pas de pailho.
(Para apagar un fuego no hay que echarle paja).

Al final del primer día pensamos que el incendio acabaría allí, que estaba bajo control; nos equivocamos. Tras el paso de los aviones antiincendios, los bomberos subieron en formación y luego llegaron refuerzos desde Pertuis. Durante todo el día hubo idas y venidas de aviones entre su base, en Marignane, y el Mourre Nègre. Por la noche dijeron en el telediario de France 3 que se trataba de un incendio provocado y que la gendarmería estaba buscando al pirómano.

Pero el viento, erre que erre, redobló su violencia durante la noche, como para aprovecharse de los primeros síntomas de fatiga humana, y los bomberos perdieron el control de la situación. Ahora hacía dos días que se había declarado el incendio y que lo alimentaba un viento de mil demonios.

Pasé todo aquel segundo día contemplando el fuego y observando el combate de los bomberos. Cogí el coche y subí hasta más arriba de Rustrel, justo antes de Lagarde-d’Apt, en los montes de Vaucluse. Desde allí se veía el Luberon de frente, en toda su extensión, un lugar privilegiado para contemplar el incendio. Había devorado toda la colina entre Auribeau y el Mourre Nègre. Sentado en el coche, me sentía incómodo ante el drama que se estaba desarrollando en la montaña. Experimentaba esa fascinación por el fuego que nunca me ha abandonado. De las llamas se desprendía una omnipotencia, una voracidad, una voluntad férrea a la que nada podía oponerse. De regreso a casa Blanche me dijo que a quién se le ocurría ir a contemplar el incendio, que no le extrañaría que la policía me tomara por el pirómano. Tenía razón, como de costumbre.

Por la noche, las imágenes pasaban en bucle en France 3 Méditérranée y también en las cadenas nacionales. Veinte hectáreas más de garriga habían quedado reducidas a cenizas y los bomberos aún no tenían el incendio bajo control. Se veía a los famosos lamentarse por sus segundas residencias. El periodista también entrevistó a una familia de Auribeau que seguía sin poder volver a su

casa. El riesgo continuaba siendo elevado, con un mistral todavía más fuerte previsto para el día siguiente. Si la leyenda no mentía, aquel tercer día debía ser el último, a riesgo de tener que soportar tres días más. Y en seis días daba tiempo a que ardiera todo el macizo.

Por la mañana lo que me despertó fue el mistral. A través de los postigos se lo oía soplar desaforadamente. Las contraventanas chirriaban, las tejas temblaban, los pinos rechinaban. Agucé el oído, como para escuchar una conversación a través de la puerta, como para captar una palabra o dos, pero no oí más que el sonido del viento. Maese Viento seguía sin dirigirme la palabra.

La respiración se hacía dificultosa. Nada del otro jueves, tampoco es que nos estuviéramos asfixiando, era más bien como una carraspera, como cuando te cuesta tragar. Blanche y el Húsar ya estaban levantados. Blanche me hizo un café y puso Radio France Vaucluse para escuchar las noticias del frente. No eran buenas. El Húsar comía sus croquetas en silencio, como si él también estuviera escuchando al periodista. El fuego había vuelto a cobrar fuerza durante la noche y al despuntar el día había continuado ardiendo con renovadas energías. Se habían quemado diez hectáreas más, desde el Mourre Nègre hasta Buoux. Los bomberos habían evacuado durante la noche las localidades de Sivergues, Auribeau y Castellet como medida de precaución. Los habitantes tenían prohibido volver a sus casas. Dormían en casa de amigos o en el salón de actos municipal que el ayuntamiento de Rustrel había puesto a su disposición. También se hablaba de evacuar Buoux y Saignon, pero no se sabía en qué dirección iba a continuar el incendio. El mistral iba a soplar con fuerza durante toda la jornada: el responsable de Protección Civil no era muy optimista. A lo largo del día debían llegar refuerzos procedentes de Marsella, de Niza y hasta de Perpiñán.

Sonó el teléfono, Blanche respondió. Albane quería saber cómo estábamos, había visto las noticias y nos proponía que fuéramos a dormir a su casa. Le hice señas a mi mujer de que tampoco era para tanto, que de momento no hacía falta.

—Hoy voy a ir a ver a Mireille Sécaillat, hace dos días que no hemos ido a verla —dijo Blanche justo después de colgar.

Con el incendio se me había ido completamente de la cabeza la señora Sécaillat y, con ella, su marido. Por puro egoísmo no me hacía ninguna gracia tener que volver al hospital. Ante la sola idea de ir, olores a muerte y a enfermedad me atenazaban la garganta. Tomé un sorbo de café para hacerlos desaparecer, pero sin éxito.

—Deberías venir conmigo, el señor Sécaillat se alegraría. Debe de sentirse muy solo en estos momentos —añadió como si me hubiera leído el pensamiento.

—Había pensado ir a ver a los bomberos, para ver cómo van las cosas y ofrecerles ayuda —Me salió solo, así, sin pensar. Era una excusa tan buena como cualquier otra, y no era tan absurdo como parecía.

—Con el panorama de los dos últimos días ya te puedes imaginar que los bomberos deben de tener mejores cosas que hacer. —Levantó los ojos al cielo y añadió—: Cuando hayas acabado, llámame. Si aún estoy allí, deberías venir tú también. Después de todo el tiempo que habéis pasado juntos el señor Sécaillat y tú para desenterrar esa fuente, es lo mínimo que puedes hacer por él.

El Húsar montaba guardia delante de la puerta-ventana de la cocina. Observaba fijamente el picaporte, mirando directamente al frente sin hacernos el menor caso. Era su forma de decir que había comido bien y que ahora era hora de salir a dar una vueltecita. Hice como si no entendiera y le pregunté qué quería, como si no fuera evidente. Se puso sobre las patas traseras y, erguido sobre sus botas, empezó a arañar el cristal con las patas delanteras. Al cabo de unos instantes, llevado por mi gran magnanimidad, le abrí la puerta: se marchó sin decir esta boca es mía y desapareció entre las hojas de la parra, al pie de la pérgola.

En el cuartelillo de bomberos no había un alma viviente. Todos debían de estar arriba, combatiendo el incendio. En el cielo se oían los aviones antiincendios pasando una y otra vez sobre nuestras cabezas. Aquella mañana, al salir de casa, había contado por lo menos ocho. Los hangares estaban vacíos, sin camiones ni *jeeps*. Solo estaba el encargado de recepción que se ocupaba de la centralita telefónica. El teléfono zumbaba constantemente: llamaba mucha gente de los alrededores para saber si podían quedarse en sus casas. Había bastantes segundas residencias aisladas en mitad de la garriga, diseminadas por aquí y por allá. De momento las autoridades seguían sin evacuar los pueblos de Bonnieux y Saignon. En cambio, la aldea de Agnels y todas las casas de la meseta de las Claparèdes tenían que ser evacuadas sin excepción. Las hoces de Lourmarin estaban cerradas al tráfico.

Entre dos llamadas, el responsable de la recepción me preguntó qué quería. Nos conocíamos bien, habíamos ido al colegio juntos. Le pregunté si necesitaban personal y le dije que estaba dispuesto a echar una mano. Mi propuesta fue recibida con un categórico jarro de agua fría. Las filas no estaban abiertas a los voluntarios: los legionarios del Plateau d'Albion habían empezado a echar una mano aquella mañana, y a mediodía tenían que llegar refuerzos de Perpiñán. Su respuesta me dejó decepcionado pero no me sorprendió: no se entra en los bomberos como Pedro por su casa.

Una vez fuera vi que Blanche me había dejado un mensaje: aún estaba en el hospital; me preguntaba si iba a venir y si me esperaba. Costaba trabajo respirar: era como cuando enciendes el primer fuego del invierno, con la chimenea obstruida por un nido de avispas, y el humo no consigue salir y se queda dando vueltas por el salón. Era exactamente igual. Le contesté que llegaba en diez minutos.

En la habitación del hospital solo estaban Mireille Sécaillat y Blanche. Mireille parecía estar mejor: los moratones se habían atenuado y tenía los ojos abiertos. El médico había dicho que pronto la dejarían irse a casa. El respaldo de la cama estaba levantado y ella observaba lo que ocurría a su alrededor. Sin embargo, cuando le preguntabas cómo estaba enseguida se notaba que tenía la cabeza en otra parte. Sus ojos te miraban sin verte. Seguían tus movimientos, pero también acompañaban otros, fantasmales, como los gatos que miran con los ojos muy abiertos algo que tan solo ellos ven.

—Por un minuto no has visto al señor Sécaillat, se acaba de marchar ahora mismo —me dijo Blanche—. Está preocupado por su campo de lavanda, va a intentar subir hasta la meseta para ver si le ha afectado el fuego.

Aquello era típico del señor Sécaillat. Su mujer en el hospital, el Luberon en llamas y él preocupado por sus macizos de lavanda. Tenía unas cuantas hectáreas en las Claparèdes que cultivaba los domingos para mantenerse en forma. No sabía dónde estaban exactamente, pero si habían evacuado Auribeau y Sivergues lo más probable es que se estuvieran chamuscando.

—No va a poder llegar, las carreteras están cortadas a partir de Saignon. Lo único que va a conseguir es quedarse atrapado entre las llamas —le contesté.

A decir verdad, estaba preocupado: el señor Sécaillat conocía las pistas forestales y los senderos como nadie, y estaba seguro de que evitaría las barreras y conseguiría subir hasta la meseta. Al mismo tiempo, en mi fuero interno, tampoco me inquietaba sobremanera: si alguien conocía bien los caprichos de la madre naturaleza y era capaz de flirtear con ellos, era él.

—Eso fue lo que le dije, pero es cabezón como una mula, no hubo manera.

—Quand l'ase vou pas beure aves beu a sibla —dijo Mireille con un soplo de voz. Tenía más razón que un santo—: no hay quien haga beber a un burro que no tiene sed. Parecía estar de vuelta entre nosotros. Me giré hacia ella y me senté sobre su cama.

—Gens, Gens… —murmuró ella en un susurro.

Ya estábamos, otra vez. Otra vez me estaba tomando por su hijo

fallecido. No sabía si era la caída o el haber dejado de beber el agua de la fuente lo que la había trastocado; en todo caso, oírme llamar por el nombre de un muerto en aquella habitación de hospital se me hacía raro.

—Gens, Gens, siés revengu[95]… —continuó ella en su delirio. Mireille me hablaba en provenzal. Blanche no lo entendía, lo que creaba una intimidad entre la señora Sécaillat y yo en aquella habitación de hospital minúscula, como si estuviéramos los dos solos. Yo no sabía a qué carta quedarme, si echar balones fuera o seguirle el juego y entrar de lleno en su delirio. Le respondí:

—Vo, siéu iéu. Siéu aqui. Sieu aqui, tout vai bèn[96].

Me salió con cuentagotas, después de mucho vacilar, como si cada palabra pesara una tonelada y hubiera que sacarlas una tras otra con un fórceps. Mi provenzal estaba oxidado, pero era sobre todo que no tenía ningunas ganas de decir aquellas palabras en semejantes circunstancias. Pero no se le niega un deseo a una anciana enferma y como, de todas formas, Blanche no se enteraba, no costaba nada retomar aquel juego de rol donde Mireille lo había dejado seis meses antes.

—Noun vole pas mouri eici, me laisses pas mouri eici, Gens[97].

¿Qué podía responderle? Yo no era Gens, ella no era mi madre y, sobre todo, escuchar amablemente y decir las palabras adecuadas en el momento oportuno nunca ha sido mi fuerte.

—Vas pas mouri, fau just leissa lou tèms te requinquiha un pau[98].

No era para echar cohetes, es cierto, pero fue lo mejor que se me ocurrió en ese momento.

—Vole pas mouri eici. Vole mouri à noste oustau, vole mouri à l'oustau. Raduse-me au païs, se te plais, raduse-me au mas[99].

Se hizo el silencio en la habitación. Aunque de verdad hubiera sido Gens no sé qué habría podido decir, ni siquiera si había algo que decir. Los ojos de la señora Sécaillat cruzaron la habitación, resbalaron sobre Blanche y sobre Gens como si ella no estuviera allí y como si él ya se hubiera marchado y se posaron sobre la jarra de agua de la mesilla de noche. Tendió la mano para cogerla. Me apresuré a servirle un vaso, pero Blanche fue más rápida que yo: sacó del bolso una botellita y llenó el vaso hasta la mitad.

—Es agua de la fuente. Es toda la que nos queda, guardaba un poco a escondidas—, dijo, como para justificarse. Debí de mirarla como si acabara de ver a la Virgen porque enseguida añadió, como con reproche: «Lo sugeriste tú la última vez, acuérdate».

La señora Sécaillat puso las dos manos alrededor del vaso que le tendí, mojó los labios, hizo una pequeña pausa y después bebió un gran trago. Me vino a la cabeza la primera vez que probamos el agua

de la fuente, cuando llevamos aquellos vasos Duralex a los labios de la mujer-caliza para recoger su precioso líquido. Era el mismo gesto, pero esta vez estaba viendo la escena en negativo. Mireille se pasó la lengua por los labios y luego dijo, mirándome directamente a los ojos:

—Apa, quand avèn set, es tout ço que i'a de meiour[100].

Se estaba poniendo el sol, y era tan triste que daban ganas de llorar. En ocasiones, varias veces al año, aparco el coche al borde de la carretera y contemplo la puesta de sol sobre el Luberon. Es siempre magnífico y, además, es gratuito. Esta vez era diferente. Era grandioso, era apocalíptico. La humareda que se desprendía del incendio se extendía por el cielo, convertía cada rayo de sol en un prisma y lo devolvía en todos los colores del espectro, del azul cian al naranja sanguina. El humo sublimaba los colores y les daba una especie de textura abrasiva. Hubieras podido creerte frente a un cuadro de Monet en tamaño natural. Impresión. Luberon, sol ardiente. Dolía horrores verlo, pero era tan hermoso que no podías evitar mirar. Con los ojos enrojecidos, entrecerrados, mirabas el sol como se mira un eclipse a través de un negativo. Te sentías culpable de admirar aquella belleza cuando pensabas en todas aquellas hectáreas reducidas a cenizas. Estaba mal mirar, pero aun así lo hacías, a tu pesar. Cuando nos marchamos del hospital las enfermeras nos dieron mascarillas para que no respiráramos el humo y nos dijeron que taponásemos bien los resquicios de las puertas y ventanas. En vano: el humo se infiltraba por todas partes, a través de las fisuras y los intersticios, se pegaba a la piel y te endosaba un dolor de cabeza fenomenal.

El fuego había seguido ganando terreno durante el día. Había alcanzado Buoux y el valle del Aiguebrun. A media tarde las autoridades decidieron evacuar Bonnieux y Saignon. Los bomberos no daban abasto, los aviones llevaban todo el día yendo y viniendo sin parar. El frente del incendio estaba a las puertas del prat dei Mascas, el prado de las Brujas. Mañana estaría seguramente en Rocsalière, en la roca de los Druidas.

Mientras miraba cómo se ponía el sol por el lado de Cavaillon y cómo se peleaban los pinos con Maese Viento, me pregunté si aquella noche Vintur lo obligaría a respetar la regla de los tres, seis o nueve días. Si mañana Maese Viento seguía en danza pasaría a la velocidad superior durante tres días más, y entonces apaga y vámonos.

42. ESPERANDO AL HÚSAR

Un hombre sin defectos es una montaña sin grietas.

RENÉ CHAR

El timbre resonó en la oscuridad, despertándolo todo a su paso. En un abrir y cerrar de ojos estábamos en pie: incluso antes de descolgar el auricular sabíamos que habría una mala noticia al otro lado del hilo. Caminando hacia la cocina, donde está el teléfono fijo, pensaba en la señora Sécaillat: aquella tarde parecía muy débil. Debía de ser el señor Sécaillat para anunciarnos que había fallecido, que se había ido al otro barrio.

Me equivocaba de medio a medio: no era él, sino un mensaje automático grabado en un contestador. Eran los bomberos: había que evacuar. Habían habilitado centros de acogida en el gimnasio del colegio y en el salón de actos de Apt. Los bomberos iban a pasar puerta por puerta dentro de dos horas para comprobar que todas las casas sin excepción habían sido evacuadas. Debíamos coger solo lo esencial, los animales de compañía y cerrar con llave. Eso era todo. El mensaje se repetía en bucle. Lo escuché una segunda vez, para estar seguro de no estar soñándolo, y una tercera vez, para estar seguro de no olvidar nada. Blanche llegó en camisón y me miró tratando de comprender qué estaba pasando. No había tiempo que perder, le tendí el auricular y subí a la habitación de invitados donde teníamos guardadas las maletas.

No tardamos nada. No había forma de saber cuánto tiempo iba a durar aquello pero cogí mudas para cuatro días. Blanche se reunió conmigo en la habitación y añadió unas fotos, las joyas a las que más cariño les tenía y otros objetos con valor sentimental. Eso era todo, cabía en una maleta pequeña.

—Listo, vámonos. ¿Has visto al Húsar?

No lo había visto. Miré en la abertura de la puerta-ventana, donde a veces duerme sobre una alfombrilla vieja. No estaba allí. Bajé al sótano, donde va a echarse a veces, colándose por un antiguo respiradero. Tampoco estaba allí. Salí a la terraza para llamarlo y el humo, el olor a quemado me atenazaron la garganta. Relámpagos de

color rojo incandescente atravesaban la oscuridad: el incendio no se había ido a dormir. Las estrellas habían desaparecido, el cielo no era más que una aurora boreal rojo sangre. Era impresionante: sin ningún punto de referencia, las llamas podían parecer lejanas, pero estaban a vuelo de pájaro. El incendio había devorado la meseta de las Claparèdes hasta las cimas más bajas. Entre el rojo de las llamas se adivinaban sombras chinescas, troncos de árbol terminando de transformarse en antorchas. Rojas y negras a la vez, las piñas caían de las ramas con un silbido, como meteoritos entrando en la atmósfera. Llamé al Húsar gritando desde la terraza, por el jardín, dejándome los pulmones, respirando carbón a cada vez. Miré en todos los lugares donde solía estar, una vez, dos veces, veinte veces, volviéndome loco. No aparecía por ningún sitio. Lo llamé, haciendo bocina con las manos: me desgañité desde la terraza, en el medio del jardín, junto al estanque, en las escaleras, en todas partes.

No respondía. Imposible encontrarlo. Sabía que no lo encontraríamos, de todas formas. Este tipo de acontecimientos perturban a los animales, que se esconden esperando a que pasen. Debía de estar escondido en la madriguera de alguna alimaña, mirándome y pensando: «Estás tú listo si crees que voy a salir». Bajé hasta el portón, llamándolo por el camino. No iba a dejarse ver. Por la carretera subía el camión de bomberos parándose y llamando en cada casa. Llamé una vez más al Húsar. Blanche sacó el coche del garaje. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y me dijo con un sollozo:

—Tenemos que irnos, no podemos esperar más.

La noche fue difícil. Nos personamos en el salón de actos de Apt, donde los empleados del ayuntamiento nos dieron café, mantas y más información. La intensidad del fuego se había duplicado durante la noche y fuera el mistral continuaba desbocado. Un destacamento de bomberos se había quedado atrapado entre las llamas y había conseguido escapar por los pelos. Poco después, las autoridades habían decidido evacuar las viviendas. Habían puesto a nuestra disposición habitaciones de hotel y los habitantes del lugar se habían ofrecido a alojarnos si no teníamos ningún sitio a donde ir. Blanche quería ir a casa de Albane, pero las carreteras estaban cortadas. Nos dieron una habitación en un hotel, en la plaza del ayuntamiento. No conseguimos pegar ojo en toda la noche. Yo estaba preocupado por el Húsar, me preguntaba dónde habría podido meterse. También estábamos inquietos por la casa: aunque el fuego aún estaba lejos, bastaba con que Maese Viento cambiara de humor y de rumbo y ya podíamos despedirnos de ella. Si era cierto lo que contaba la leyenda, al cuarto día el mistral se convertiría en el mistralas, un viento peligroso y malo como la peste. La sabiduría popular decía que

cuando soplaba el mistralas, las estadísticas de criminalidad aumentaban, y que no era solo una coincidencia. En la oscuridad me pregunté qué hacía Vintur, por qué no llamaba al orden a su hijo malcriado. Después de todo, el Luberon era su territorio, el dios no podía dejar que ardiera el macizo sin hacer nada.

Por la mañana, el café del hotel tenía un sabor amargo que no desaparecía ni poniéndole azúcar. En la radio estaban dando las noticias con las novedades de aquella noche. Había una reunión informativa prevista en el ayuntamiento a las once. Hasta entonces no había gran cosa que hacer, aparte de dar vueltas por la habitación como un león enjaulado.

Me gustaría poder decir que todo lo que pasó después fue fruto de una madura reflexión, que me armé de valor para encontrar una solución y arreglar las cosas. Pero no, todo ocurrió de forma natural, sin una verdadera voluntad por mi parte. En piloto automático.

Salí del hotel y me puse a recorrer las calles al azar. No era muy agradable: el aire estaba cargado, se respiraba mal, los ojos te ardían. Algunas personas llevaban mascarillas cubriéndoles la boca.

Mis pasos me llevaron hasta la Place Carnot, donde el museo, la biblioteca y la catedral se miran de hito en hito desde hace lustros. Al verlos me vino a la cabeza aquella mañana de diciembre en la que soplaba el siroco y yo deposité las toutouros en los escalones del museo. Me parecía que había sido hacía una eternidad, y sin embargo fue ayer. Los escalones del museo seguían allí, fieles a su puesto, no se habían movido del sitio.

La empleada de la taquilla me miró como si fuera un extraterrestre, preguntándose qué tipo de pirado era capaz de venir al museo en semejante día. Cogió mi billete, me devolvió el cambio y eso fue todo. Las vitrinas, los jarrones y los *gladius* me recibieron como un decorado de teatro, esperando a que los actores subieran a escena y dijeran su texto. Las campanas de la catedral empezaron a tocar, debían de estar dando las nueve.

—¡Hombre, mira quién ha venido a vernos después de todo este tiempo! —dijo una voz a mis espaldas.

Era el señor Gardiol. Llevaba una gran taza de café en la mano y salía de su despacho.

—Es increíble, no has cambiado nada. ¿Así que no te has convertido en Indiana Jones? —dijo con una sonrisa. Se metía conmigo, recordando a aquel chaval de catorce años que soñaba con corretear por las catacumbas. Una voz que se parecía a la mía le recordó mi nombre y le respondió unas cuantas banalidades, habló del incendio «Es inconcebible, espero que cojan al pirómano ese», y de

unas cosas y otras.

—Venga, hay que celebrar este reencuentro como es debido, te invito a un café —dijo haciéndome pasar a su despacho.

Seguía siendo la misma leonera de siempre: revistas amontonadas, pilas de libros a mansalva, estratos de artículos impresos y recortes de periódicos que te llegaban hasta la rodilla. Tres tazas vacías jugaban a la petanca en un rincón, con una cucharilla como boliche. Sobre el escritorio campaba un ordenador; un ratón y un cenicero lleno a rebosar se empujaban para conseguir los favores del teclado. Contra la pared, entre una estantería y la ventana, estaban apiladas tres cajas blancas que reconocí inmediatamente. Me hice el sueco lo mejor que pude y miré hacia el lado opuesto.

Encima de otra estantería, una vieja cafetera medio llena meditaba en silencio. El señor Gardiol me sirvió una taza y me ofreció una silla. Se repantingó en su sillón y puso los pies encima de la mesa.

—Entonces, qué, ¿qué es de tu vida? Me han dicho que trabajas para el Ministerio de Educación, ¿no has querido seguir con la arqueología? —me lanzó con una sonrisa. Intercambiamos las futilidades de rigor: en la vida no se hace siempre lo que se quiere, y aparte del trabajo, cuéntame, cómo te va. Se me hacía raro encontrarme en aquel despacho veinte años más tarde. Si me lo hubieran dicho, no me lo habría creído. Era como si estuviéramos fuera del tiempo, como si aquellos veinte años no hubieran existido, como si él y yo tuviéramos kilos y centímetros de menos. El señor Gardiol hizo una pausa para tomar otro sorbo de café. Las cajas blancas me lanzaban miradas furtivas, sin saber muy bien qué había venido a hacer allí, a fin de cuentas. El conservador del museo se desternilló: el muy tuno había sorprendido mi mirada.

—Ah, por eso has venido a molestar al viejo ermitaño en el fondo de su cueva, ¿eh? ¡Has visto mi foto en el periódico! Me sacaron fatal. Está bien, me alegra ver que no has perdido completamente el interés por los enigmas de la historia.

Se levantó y fue a abrir una de las cajas blancas que estaban junto a la ventana. Sacó de ella una toutouro y le quitó delicadamente el papel de burbujas. Se notaban los años de experiencia escarbando entre el polvo. Se volvió, se acercó a mí y me la dio:

—Con cuidado, ¿eh?, que siguen siendo elementos probativos. Los gendarmes me las han dejado aquí porque ya les han tomado todas las muestras que han podido y no saben qué hacer con ellas en la comisaría.

Llegué al extremo de poner cara de estar subyugado, fascinado por lo que tenía entre las manos. El señor Gardiol sonreía, orgulloso de poder seguir maravillando a su joven becario con su labor y sus descubrimientos. Pobre de él, si supiera. Volvió a sentarse detrás de su

escritorio.

—Cuando construyeron el observatorio en lo alto del Mont Ventoux, después de la guerra, los obreros desenterraron un montón de fragmentos de cerámica que resultaron ser trompas de terracota. La tribu que vivía en la región antes de la llegada de Julio César, los álbicos, subía allá arriba para rendir culto a un dios viento y a Vintur, un dios de las montañas del que no se sabe prácticamente nada, quitando dos o tres inscripciones aisladas. En la época causó sensación: ¡chúpate esa, Petrarca, tú que pensabas que habías sido el primero en subir al Mont Ventoux! Cincuenta años más tarde, seguimos sin saber mucho más: qué poderes le atribuían los álbicos a este Vintur, qué le pedían, qué pinta en esta historia su dios del viento, etcétera.

Hizo una pausa antes de continuar:

—Hace unos meses, alguien dejó en las escaleras del museo una decena de cajas y se marchó sin dejar rastro. Los resultados de la datación llegaron hace dos meses: las trompas encontradas en lo alto del Ventoux y las de las cajas datan de la misma época y fueron fabricadas en el mismo lugar. Moraleja de la historia, con *h* minúscula: a menos que les echemos el guante a los marioles[101] que me dejaron estas cajas y que les hagamos tres o cuatro preguntas, me temo que no averiguaremos nada más sobre las trompas del Ventoux. ¡Adivina, adivinanza! —dijo mirando pensativo los posos de café de su taza.

No dije nada. No sé ni siquiera si había algo que decir, si esperaba una respuesta o, incluso, si era una acusación velada por su parte. Lo miré a los ojos y luego me batí en retirada y me puse a examinar otra vez la toutouro por los cuatro costados. No era la más bonita ni la más trabajada. Ni siquiera la mejor conservada. Pero tenía un aspecto auténtico, un aspecto que parecía decir «conmigo no valen trucos», y que volvía ensordecedor el silencio del despacho del señor Gardiol. Ella sola acababa con todos los secretos, todas las mentiras de los últimos meses.

—Por qué los álbicos subían a la cima del…

El señor Gardiol se interrumpió en mitad de la frase. La empleada de la taquilla asomó la cabeza por la puerta y preguntó:

—Señor Gardiol, ¿puede venir un momentito, por favor? Hay un problema con el equipo del Fangas.

Él la miro con cara de decir: «Ahora no, ¿es que no lo ve?», pero se rindió ante su mirada desesperada.

—Un segundo —me dijo, y luego se levantó y la siguió. Dejé la toutouro acostada encima del escritorio. Ella me observaba, lanzándome miradas insinuantes.

El sonido de sus voces se alejó, perdiéndose entre las colecciones

del museo. De pronto el despacho pareció vacío, como si el señor Gardiol hubiera sido una pared maestra y sin él la habitación se preguntara cómo iba a hacer para mantenerse en pie. En el silencio, las cajas blancas me miraban, sentadas la mar de buenecitas junto a la ventana. No decían nada pero su silencio lo decía todo. Seis meses más tarde, éramos como dos amigos que vuelven a verse después de mucho tiempo y no saben si estrecharse la mano o darse dos besos.

Pasó un segundo, di tres pasos hacia ellas y mis manos se encontraron sin decir nada sobre las tapas de las cajas blancas. Habían dejado de pertenecerme, actuaba como en trance. Levantaron la tapa de una caja y se hundieron dentro. Las toutouros estaban allí, todas ordenadas y modositas. Una vocecita susurraba en mi cabeza, meliflua: «Una más o menos, ¿quién se va a dar cuenta?». Otra le respondía, tajante: «Claro que se van a dar cuenta, son el cuerpo del delito, ¿o te crees que lo primero que han hecho los gendarmes no ha sido contarlas?». A decir verdad, daba igual, no las oía, no las escuchaba, hacía oídos sordos. Cogí una al azar, la primera que encontré. El corazón se me salía del pecho, latía tan fuerte que tapaba todos los demás ruidos de alrededor. Sin pararme a mirarla, volví a ponerle a la caja la tapa de plástico y di media vuelta. Hice un alto en la puerta del despacho, intentando acallar los latidos de mi corazón para saber dónde estaban el señor Gardiol y su empleada. Parecía que se encontraban en los pisos superiores. Apreté la toutouro contra mi cuerpo y di los pocos pasos que me separaban de la salida del museo.

Eso fue todo. Ya está, no hay mucho más que decir. Todo ocurrió en piloto automático, sin pensar demasiado. Fuera, el sol ya estaba alto en el cielo. El aire cargado de humo te atenazaba la garganta, los ojos te empezaban a picar. El mistral soplaba sobre la Place Carnot, las hojas de los plátanos y las colillas formaban remolinos en los rincones. No había ni un alma por la calle. Ya eran las once, Blanche debía de estar en la reunión informativa. Pasé por el coche antes de reunirme con ella y escondí la toutouro en el maletero, debajo de un montón de ropa.

En el ayuntamiento, la sala estaba de bote en bote, había que encogerse para poder sentarse. Blanche me vio llegar y me lanzó una mirada de reprobación. «¿Dónde diablos te habías metido?». Los bomberos casi habían terminado su intervención. Nada del otro jueves, la verdad: decían que la evacuación era preventiva, que el fuego aún estaba bastante lejos de las casas. Estaba prohibido volver a ellas, las carreteras estaban cortadas en todo el macizo hasta nueva orden. Los aviones antiincendios seguían yendo y viniendo y los bomberos querían hacer un cortafuegos alrededor de las casas más amenazadas. La previsión del tiempo no era buena: no se

contemplaban que amainara el mistral, ni mucho menos.

A la salida, Blanche me volvió a preguntar dónde me había metido. Le contesté que había ido a la biblioteca y que se me había pasado el tiempo sin darme cuenta. Una respuesta como cualquier otra. Volvimos al hotel a coger nuestras cosas antes de ir a buscar el coche para marcharnos a Aix. Las hoces estaban cerradas: había que rodear todo el Luberon y pasar por Cavaillon.

43. LA ÚLTIMA RAÏSSE

Nous es fouel quau li vai, mai fouel quau li retourno.
(No está loco el que va al Ventoux, está loco el que vuelve).

«Si encuentran al pirómano, no tienen más que quemarlo vivo, así se le quitarán las ganas de volver a hacerlo». Delante del telediario de la noche, Albane comentaba cada frase del periodista. Estaba entrevistando a dos o tres famosos que venían a lamentarse por sus vacaciones interrumpidas. Los gendarmes confirmaban que se trataba de un incendio provocado: los bomberos decían que el fuego se había originado nada menos que en tres puntos distintos. Un pastor del Ventoux vino a denunciar que alguien había querido prenderle fuego a su majada a finales de junio, hacía menos de un mes, y que podía ser perfectamente el mismo tipo. La gendarmería había hecho un llamamiento a los eventuales testigos para que se manifestaran, y el periodista indicó el número gratuito al que podían llamar.

Escuchábamos en silencio, sin decir nada, con la cabeza metida en el plato. Habíamos llegado a casa de Albane después de comer y nos habíamos pasado la tarde con los ojos clavados en nuestros teléfonos, esperando que el frente del incendio se detuviera antes de llegar a las casas. Los aviones habían hecho varias pasadas y habían soltado un producto retardante entre las casas y el fuego. Hasta ahora había sido efectivo, pero no podía garantizarse que bastara si el mistral continuaba soplando como un condenado. Blanche había llamado ya varias veces a la centralita de bomberos para pedir noticias de la casa y del Húsar. No habían encontrado al animal.

Los habíamos avisado por la mañana, antes de marcharnos del salón de actos del ayuntamiento: me dijeron que volverían por la tarde y que lo buscarían. El señorito seguía sin asomar por allí. Era una tortura esperar sin saber a qué santo encomendarse, dándole vueltas cada treinta segundos. Había varios sentimientos llamando a la puerta y no era fácil decidir a cuál abrirle primero. Estaba la preocupación por la casa, por todo lo que habíamos construido juntos desde hacía quince años, algo a medio camino entre lo material y lo sentimental, una mezcla entre el seguro, la cuenta bancaria, los álbumes de fotos y

todos nuestros recuerdos. Estaba el Húsar, que era un ser vivo pero que, como me recordó muy amablemente mi cuñada, no dejaba de ser un gato. Estaba el sentimiento de culpabilidad por meterlo todo en el mismo saco y por preguntarme qué tenía que preocuparme más.

Durante el postre recibí una llamada de Franck, cosa en sí misma excepcional: mi hermano no me llama lo que se dice nunca. No hay ninguna razón en particular, simplemente es así, eso es todo. Un año después de la muerte de Andréas Franck se fue a estudiar a París y allí se quedó. De niño ya era un crío taciturno, y la muerte de Andréas no arregló las cosas. El tiempo hizo el resto. Franck había visto las noticias y llamaba para preguntar cómo estábamos y para saber qué había sido de la casa. Entre unas cosas y otras, nos liamos y estuvimos al teléfono más de tres cuartos de hora. Cuando colgué, todo el mundo había terminado: nadie tenía ganas de jugar al parchís y nos fuimos a la cama. Esperé dos horas para dar tiempo a que se hiciese el silencio en la casa y a que Blanche se durmiera. La toutouro me llamaba en sordina desde el maletero del coche donde la había dejado por la mañana. Me había estado llamando a lo largo de todo el día, resonando en un rincón de mi cabeza, por encima de las instrucciones de los bomberos, de las conversaciones de Blanche o de Albane. Me levanté sin hacer ruido, haciendo lo posible por no despertar a nadie, y cogí el coche en dirección al Ventoux.

Desde lo alto de la cumbre se veía el incendio de otro modo. Era tan pequeño, estaba tan abajo. Una cerilla ardiendo en la noche. Punto rojo sobre fondo negro. Costaba trabajo creer que en realidad había verdaderas llamas, verdaderos árboles. Al abrir la puerta del coche volvías al mundo real: el viento se encargaba de darte la bienvenida como es debido, furioso vigilante de aquel lugar que no quería irse a dormir. Era imposible caminar en línea recta, primero dabas tumbos a la derecha y luego a la izquierda, como un barco en medio de una tempestad.

Aparqué junto al muro del observatorio y abrí el maletero con precaución. Saqué la toutouro del plástico y la apreté contra mí. Ingenuamente, busqué con la mirada el lugar donde los álbicos, Bigote Blanco y Aníbal habían tocado para calmar a Maese Viento. Según el galo, los pastores peregrinos habían dejado tras ellos un pequeño montículo de toutouros rotas, sus últimas ofrendas a Vintur. Pero, evidentemente, hacía ya mucho tiempo que el montículo no estaba: tanto el transcurso de los siglos como las obras del observatorio habían dejado su huella.

Lo más razonable habría sido ir a tocar a cubierto en la capilla de la Sainte-Croix, pero no estaba exactamente en la cima del Ventoux, sino ligeramente más abajo. Si había que tocar toda la noche para

tener una oportunidad de calmar a Maese Viento, más valía hacer las cosas bien y tocar donde el dios niño me oyera. El montículo debía de estar en la cima del Ventoux, en su punto más alto, y este no debía de haberse movido mucho a lo largo de los siglos. Hoy estaba señalado por un cartel que indicaba pomposamente «Cima del Mont Ventoux 1911 metros». Generaciones de ciclistas habían pegado pegatinas en él. Me apoyé contra el poste y me dejé caer hasta su base. Sentado en el suelo, mi cuerpo ofrecía menos resistencia al viento. Me puse la toutouro entre las rodillas y la sujeté con dos piedras que tenían toda la pinta de estar allí precisamente para eso. Tres briznas de hierba que estaban junto a mi pie se pusieron a hacer de metrónomos: balanceándose ahora a la izquierda, ahora a la derecha, le marcaban el compás a Maese Viento. Me llevé la toutouro a los labios. Se veía el incendio a lo lejos, en la oscuridad, faro del mundo real en un mar de quimeras. Empecé a soplar y cerré un ojo, luego los dos.

Seguía siendo más difícil de lo que parecía. Intenté seguir el ejemplo de Bigote Blanco, fruncir los labios como él le había enseñado a Aníbal. Pero el resultado no estaba a la altura de mis expectativas. Al primer intento no salió ningún sonido aparte del ruido del aire que escapaba de mis labios como de una bolsa de aspirador agujereada. Pero a Aníbal también le había costado la primera vez.

Después de dos o tres intentos más, un sonido consiguió abrirse paso penosamente. Era más bien un chillido de ratón, un ruido de goma arrugada más que otra cosa. No era precisamente melodioso: después de todo, me alegraba de estar aquí solo en la cima del Ventoux, sin público que asistiese a aquel triste espectáculo. No lo debía de estar haciendo bien: con ese sonido no podía esperar dormir a nadie y menos aún a Maese Viento.

Acomodé la toutouro en una posición diferente, en un ángulo con la pendiente menos abrupto, haciéndola seguir suavemente la línea de la ladera. También intenté fruncir los labios no como en una sonrisa forzada frente a la cámara, sino más bien como cuando le estás soplando a una taza de té hirviendo, demasiado caliente para bebértelo.

Un sonido salió, como por error. Un sonido tímido que asomaba la nariz para ver qué estaba pasando ahí fuera. El pájaro que saca la cabeza del nido después de una nevada. Tan sorprendido como él, casi dejo de soplar, y él se puso a temblequear, preguntándose si estaba viviendo sus últimos instantes. Como un adolescente que está aprendiendo a conducir, todo orgulloso por haber conseguido embragar, apreté un pelín más el acelerador de mis pulmones y le concedí a aquella primera nota una decena de segundos de vida suplementarios. Esta quemó los últimos átomos de oxígeno de mis pulmones, persiguiéndolos hasta el último. Sin aliento, mis labios

expulsaron la boquilla de la toutouro como si les estuviera produciendo quemaduras de tercer grado.

Eso fue todo. No era gran cosa, pero era extenuante. La toutouro pesaba una tonelada entre mis manos y los labios me ardían. Abrí los ojos: las tres briznas de hierba me miraban socarronas. Seguían balanceándose, siempre al unísono, al ritmo de los caprichos de Maese Viento. Era deprimente y empecé a preguntarme qué había venido a hacer aquí, queriendo calmar a un viento loco y rezándole a un dios que ya no tenía ningún creyente aparte de mí. Era ridículo, y los tres metrónomos me lo dejaban bien claro. En la oscuridad las ráfagas alternaban, seguían soplando una vez hacia la izquierda y otra hacia la derecha: Maese Viento no tenía ganas de acostarse y me lo hacía saber claramente. Me daban ganas de marcharme, no quería quedarme allí, qué sentido tenía aquello.

Únicamente un pequeño fósforo rojo, a lo lejos en el horizonte, me pedía que me quedara, que no me fuera. Se hizo el silencio en la cima del Ventoux. Maese Viento me miraba con los ojos de un niño que espera que le cuenten un cuento, con la cabeza reposando cómodamente sobre la almohada. No sabía qué decirle, o más bien, no tenía valor para decirle las palabras que esperaba. No había ningún sitio a donde ir, ningún lugar en el que esconderse. Pasó un minuto: no, por ese camino no tenía que ir. A mis pies, los tres metrónomos empezaron a marcar de nuevo el ritmo de Maese Viento. Estaba alborotándose otra vez, su temperamento se estaba imponiendo de nuevo, iba a volver a empezar con más brío aún. A regañadientes mis manos llevaron la toutouro a mis labios, cerré un ojo, luego los dos…

Es la historia de un niño que vive en su mundo, que solo sale cuando no tiene más remedio y no puede evitarlo. Es la historia de un niño que no habla, que no ha hablado desde la guardería hasta el colegio. Sus padres lo llevan a ver a doctores y a personas de bata blanca para intentar entender por qué no habla, para intentar entender qué es lo que le pasa. No es que no pueda hablar, es que no tiene nada que decir. ¡Es solo que está mejor en su mundo, que tiene tantas cosas en la cabeza y tan pocas —cree él— que los otros estén dispuestos a escuchar! Es la historia de mundos tan complejos, de universos tan absolutos que ninguna palabra, ni la más simple, ninguna frase, ni la más larga, sería capaz de describirlos. Cuando intenta hablar las frases se le quedan trabadas en la garganta, que es demasiado pequeña para dejar pasar todo lo que tendría que decir. Lo siente todo un poco más, lo siente todo un poco mejor, con una intensidad que a veces lo asusta. Cuando cierra los ojos, cuando imagina, los colores siempre son más vivos, los sonidos son más cautivadores, los aromas más embriagadores. Es la historia de una

realidad más verdadera.

Cuando está con los otros el mundo es menos intenso, menos atractivo, como si hubieran puesto un velo de algodón sobre todo lo que le rodea. Se siente obligado a contemporizar con ellos, a arriar velas para poder atracar en el puerto de los demás. Sigue a flote pero se acopla mal, como dos piezas de un mecano que no van juntas. En el colegio los profesores han aprendido a aceptarlo, a no preocuparse por aquel rey del silencio. Están, eso sí, los suplentes que, los primeros días, se preguntan por qué este niño está ahí solo en un rincón, y vienen a hablar con él. La dirección los pone al corriente. Es normal, no pasa nada, él es así. Con los otros niños se siente ridículo, se siente limitado: así que prefiere no decir nada, ausentarse, prefiere quedarse en su mundo, que es tan vasto.

Es la historia de un príncipe en su reino. Su reino está en todas partes, él consigue recrearlo, llevarlo consigo, transportarlo en sus neuronas vaya donde vaya. En el asiento de atrás del coche mira pasar el paisaje y ve tomar forma a sus historias, ve a sus héroes levantarse, luchar y morir. En las salas de espera, con las manos sobre las rodillas, las mira y sus héroes renacen para nuevas historias. En el jardín de casa, es allí donde todo comienza, donde nace su imaginario, los días sin colegio, los sábados y los domingos. Los estanques se convierten en océanos Pacíficos, las carpas en Moby Dick, en Nautilus. Los muros de los bancales se convierten en las murallas de sus ciudadelas, los lagartos en fénix, en dragones inmortales. Los árboles se transforman en mundos perdidos, sus ramas en lianas colgando sobre el vacío. Cuando su madre lo llama para merendar, él no la oye: está demasiado lejos, la voz de los demás no consigue penetrar en sus pensamientos. No regresa hasta la noche, cuando ya no hay luz suficiente para defender Cuzco o el castillo de Peyrepertuse, y debe de ser la hora en que ponen *El Zorro* en la tele. La hora es algo que no va con él: los minutos, los segundos son una cosa que cambia todo el tiempo y, sobre todo, casa mal con los mundos que construye. La aguja grande y la pequeña son dos sables que intentan despedazar sus mundos, embajadores intrusos del mundo real que se incrustan cada día en la piel de su muñeca.

Es una historia de intromisiones del mundo real. No le hacen mucha gracia que digamos. Cuántas ciudadelas desbaratadas, cuántos juramentos rotos, cuántas búsquedas interrumpidas por una puerta que se abre «Qué te cuesta responder, te hemos estado buscando por todas partes», por una mirada «Ah, estás ahí, no te había visto». Cuántos regimientos, cuántos batallones invisibles aplastados por las zancadas de Papá-Mamá a través del salón.

Al principio lo ponían fuera de sí de rabia, todas sus construcciones pacientemente ensambladas, minuciosamente preparadas, barridas con

un gesto de la mano solo por el hecho de ser invisibles. Todo aquel derroche de horas, todo aquel lujo de detalles simétricos, toda aquella riqueza de universos perfectos que caían hechos pedazos, y todo por culpa del mundo real irrumpiendo como un elefante en una cacharrería.

Pero había tenido que aprender a contemporizar, a interiorizar su ira so pena de más preguntas idiotas, de más visitas al especialista. Allí donde otros solo veían cambios de humor, caprichos imprevisibles, él veía reacciones lógicas frente a la pérdida irremediable de mundos hundidos, de universos aniquilados.

Con el paso del tiempo había crecido pero nunca había abandonado las llaves de su reino. Las llevaba en el bolsillo y las sacaba cuando podía, a la menor ocasión. Simplemente había comprendido que el Exterior nunca sería lo bastante grande para su reino: valía más guardar este último para él, bien escondido y a cubierto de las miradas ajenas. Había aprendido a aceptar que una barrera se erigía para siempre entre el mundo real y su reino, infranqueable para los demás pero no para él, con un poco de práctica. Ya había renunciado a la idea de hacer venir a los Otros a su mundo: era demasiado duro, demasiado difícil. Si querían quedarse a toda costa enclaustrados en su realidad anodina y sin relieve, después de todo era su problema. Con ellos se ponía un disfraz de normalidad, un camuflaje para pasar desapercibido, para ser tolerado a falta de poder ser aceptado. Había aprendido a esconder los verdaderos colores, a acallar los verdaderos sonidos, a no pronunciar las verdaderas palabras: eran demasiado potentes, demasiado fuertes para los demás. No, solo se permitía ver, oír y hablar cuando regresaba a su reino.

Había crecido, ahora ya era grande: podía disponer de sí mismo, ir hasta el final del camino, más allá del portón, del otro lado de los campos. El Luberon se le ofrecía y, por primera vez, su reino encontró un terreno a su medida. Por primera vez no había nada que cambiar, nada que empequeñecer: todo era perfecto, todo era grande, todo era sublime. Los colores tenían los buenos tonos; los olores, los buenos aromas; los sonidos, la buena intensidad. Era el decorado perfecto donde representar sus historias, donde vivir sus aventuras. Se lanzó en cuerpo y alma por aquellos senderos, recorriendo aquellos caminos como si fueran las vías de los universos que construía. Los pueblos eran ciudadelas inexpugnables; los arroyos, ríos Amazonas que corrían por su reino.

Cuando oía llegar gente en sentido contrario, paseantes, turistas, se escondía entre los arbustos. No es que fuera miedoso o tímido: no, es solo que quería permanecer en su reino, evitar que todo se derrumbara por culpa de unos simples intrusos de paso. Los arbustos

ocultaban sus catedrales de quimeras y sus acueductos de ilusiones. El Luberon era un área de juegos a la altura de su reino: la garriga era su sabana; los ocres, sus cañones; las chozas de los pastores, cavernas secretas. Las filas de cerezos eran alineamientos de dólmenes donde esconderse de las legiones romanas; las hileras de viñas, laberintos por los que seguir a los mosqueteros; los macizos de lavanda, saltos de vallas de los Juegos Olímpicos.

La caliza se había convertido en el cemento perfecto sobre el que había construido su universo y la locura de Maese Viento —como en otros tiempos la puerta de su cuarto abriéndose sin avisar— ponía en peligro mundos enteros, amenazaba con reducir a cenizas todo lo que él había construido pacientemente.

Tomé aliento como después de un largo rato en apnea: ruidosamente, con los pulmones ardiéndome dentro del pecho. Tenía los labios como brasas y los ojos llenos de lágrimas: había tocado durante horas, sin cesar. La noche había pasado, el cuento había devorado las horas. Lo único que quedaba para escuchar era el silencio, contaminando el vacío en la cima del Mount Ventour. Abrí un ojo, luego los dos y, sin esperar más, miré a mis tres metrónomos, los testigos de la cólera de Maese Viento. Bajo la luz de la luna planea por un momento la sombra de una duda, como la de un pájaro nocturno volando sobre el suelo de caliza. Inmóviles entre las osamentas de los pastores peregrinos, las briznas de hierba están en posición de firmes, conteniendo el aliento y mirando fijamente a los astros que brillan sobre ellas.

Al cabo de cierto tiempo comprendí que la ciencia de Bigote Blanco había funcionado una vez más. Vintur había prestado oídos a mi petición, Maese Viento había escuchado mi toutouro y finalmente se había ido a dormir. El Luberon iba a poder respirar por fin.

Me levanté e hice unos cuantos movimientos para disipar el agarrotamiento de aquella larga noche. El alba no iba a tardar en llegar, ya estaba casi asomando. A lo lejos, el fósforo rojo atraía la mirada, a saber por cuánto tiempo aún.

Un relámpago me respondió en silencio y arañó el cielo, seguido inmediatamente por otro. *Plic, ploc*, las gotas empezaron a constelar la caliza. Acababa de estallar una tormenta. Las primeras gotas, tímidas, procuraron caer sin hacer ruido, como si no quisieran despertar a Maese Viento. A las siguientes, más temerarias, les traía sin cuidado y empezaron a calarme, poniéndome como una sopa. Comencé a correr hacia el coche, pero unas palabras de dos mil años de antigüedad me detuvieron en seco. Se le había prohibido a Aníbal abandonar la cima con su toutouro so pena de despertar al dios niño. No, había que

hacerla añicos allí arriba, como una última ofrenda a Vintur, y formar con sus fragmentos un montículo para los pastores peregrinos que vinieran en el futuro.

Se me apareció el rostro del señor Gardiol y con él la espinosa cuestión de cómo iba a hacer para salir de aquel atolladero. Pero de perdidos al río: después de la excavación arqueológica clandestina, los conatos de incendio y la toutouro robada al museo, la destrucción de una prueba no era más que un detalle. Tenía la conciencia tranquila, no valía la pena arriesgarse a provocar la ira de Vintur o, peor aún, a despertar a Maese Viento.

Las gotas de lluvia me goteaban del pelo, se me metían en los ojos y me impedían mirar la toutouro directamente. Tenía un nudo en el estómago. Pero debía cerrar el círculo, tenía que terminar lo que había empezado y era ahora o nunca. Cogí la trompa con las dos manos y los brazos extendidos y la estrellé con todas mis fuerzas contra la caliza de la cima.

44. AQUÈU DE GIPOUTOUN[102]

El sol hace cantar a las cigarras, pero antes de morir cantan una última vez a la luz de la luna, porque la luna es el sol de los muertos.

PAUL ARÉNE

El mistral amainó, así, de golpe, sin decirle nada a nadie. La tormenta matutina, tan corta como intensa, echó un jarro de agua fría a las esperanzas de las llamas más temerarias. Listo, circulen, no hay nada que ver. Los bomberos recorrieron el macizo asestando el golpe de gracia a los focos más recalcitrantes. Lo habían dicho en las noticias y nosotros habíamos llamado a los bomberos para confirmarlo: sí, podíamos volver a casa.

Estelle nos miraba mientras recogíamos nuestros bártulos. Hablaba de unas cosas y otras, por aquello de dar conversación, pero se veía que le daba pena que nos fuéramos. Se había acabado el incendio, genial, pero le hubiera gustado que el tito y la tita se quedaran un poco más. Nos acompañó con Albane hasta el coche; la grava chirriaba bajo nuestros pies haciéndole la competencia a las chicharras. Por la ventanilla, Estelle nos gritó que la llamásemos en cuanto hubiésemos encontrado al Húsar. Blanche le respondió claro que sí para no decepcionarla, pero nos esperábamos lo peor. Francamente, no había muchas razones para ser optimistas: según los bomberos el fuego había pasado muy cerca de la casa, y los aviones antiincendios habían tenido que dar muchos viajes para evitar que fuera más lejos.

Seguían recomendando que no se atravesara el macizo pero no pude resistirme al deseo de pasar por las hoces. No sé por qué, era más fuerte que yo. Pasar por Cavaillon hubiera sido como pasar por la puerta de atrás, por caminos escondidos, cuando no tenía nada que reprocharme, todo lo contrario. Le di un manotazo al intermitente y cogí el camino de Lourmarin. Casi sin hacerlo aposta, así sin más, un espasmo de memoria muscular. El coche avanzaba solo. Blanche levantó los ojos al cielo, pero no dijo nada: sabía que era una batalla perdida.

Una vez que sales de Lourmarin hay un centenar de metros antes

de entrar en las hoces. El motor funcionaba al ralentí, el coche avanzaba lentamente. Al fondo de la carretera unas barreras metálicas seguían bloqueando la entrada de las hoces. Seguramente a los servicios de seguridad civil aún no les había dado tiempo a quitarlas. Se las veía de lejos: se acercaban lenta pero indefectiblemente, atraídas como las polillas por las luces de los faros. No había absolutamente nadie, ni policías ni bomberos. Ni un alma viviente. Cuando llegamos delante de las barreras abrí la puerta del coche y bajé, dejando el motor en marcha. Pensé en lo que había hecho el señor Sécaillat unos días antes, cruzando campo a través para ir a ver su lavanda, y lo peligroso que nos había parecido. Solo teníamos que dar media vuelta y pasar por Cavaillon, era lo mismo. Bueno, era lo mismo, pero no era exactamente lo mismo: era escoger la cara sur para subir al Olimpo, penetrar en los dominios de Vintur sin pasar por todos los espasmos de dolor de la Coulobre. Pensé en las peregrinaciones de los álbicos, hace veinte siglos. Subían por sus propios medios a la cima del Ventoux, hollaban donde nadie había caminado nunca antes, rodeados de lobos y otros animales salvajes. Todo por un dios que solo ellos conocían y por un viento recalcitrante. Nosotros íbamos a volver en coche sentados cómodamente, por una carretera de asfalto que otros habían trazado mucho antes. Y allí estaba yo, vacilando si correr el menor riesgo frente a aquella ciudadela de cenizas.

Miré por detrás de las barreras, miré la carretera desaparecer detrás de las primeras murallas de caliza. Miré el calabrote de Aníbal rodeando mi muñeca, el regalo de la Cabro d’Or y testamento de Canis Lupus. Brillaba al sol, y cada una de las palabras que tenía grabadas se imprimó con láser en mi retina. *Aut inveniam aut faciam*. Encontraré un camino, o lo crearé.

Al principio no era nada del otro mundo, todo estaba como siempre. Los espasmos de la Coulobre no habían cambiado ni un ápice, la garriga seguía codeándose con la caliza. La carretera serpenteaba entre los bloques de roca y los pinos canijos de siempre arrebañaban lo poco que la caliza había tenido a bien dejarles. En el coche crecía una curiosidad malsana al ritmo de los cambios de marcha y los ruidos del motor. En cada curva nos preguntábamos si del otro lado estaría quemado, si en lugar del blanco y el verde veríamos el negro del carbón. Pero no, curva tras curva el triste espectáculo se hacía esperar: todavía faltaba.

Hasta que no cruzamos el Aiguebrun no nos dimos cuenta de que habíamos cambiado de mundo y de época. Era como si la Coulobre acabara de caer ayer sobre el Luberon y, en su agonía, lo hubiera destrozado todo. Del lado izquierdo, el Pequeño Luberon seguía igual

a sí mismo, aunque muy silencioso. Los pájaros y las chicharras no decían nada, habían dejado de cantar, como si tuvieran miedo de hacer volver a la bestia del más allá.

Del lado derecho, la garriga había sufrido sin rechistar la furia de la Coulobre, los pinos aguantaban estoicos, pero se los veía hundidos. Cada curva era un espasmo de dolor y dejaba ver los troncos calcinados, negros como el alma de Satanás. Esqueletos de pinos con escamas de carbón emergían de las cenizas a decenas, como las cruces de un campo de batalla de la Primera Guerra Mundial. Negro, negro, negro por todas partes. El blanco de la caliza simplemente había desaparecido. Se notaba que la madre naturaleza había sufrido lo suyo bajo los estertores de la Coulobre y que aún estaba noqueada, preguntándose qué acababa de pasarle.

En el coche, nadie decía ni pío, divididos entre la angustia y las ganas de acabar cuanto antes. No había ni un alma y yo pisaba el acelerador a fondo, como si yendo más deprisa la vista sufriera un poco menos.

En el puerto del Pointu, el móvil de Blanche empezó a sonar y ella lo cogió. Hubiera merecido que la fusilaran en el acto, como si hubiera descolgado en mitad de un funeral. Pero por el tono entendí que era importante, que había pasado algo grave, aun sin saber exactamente qué. Una vocecita me dijo que listo, que la casa se había quemado y que nuestro gozo en un pozo. Blanche colgó y me miró, pálida, con el rostro lívido. Ya está, por fin habían encontrado al Húsar, o lo que quedaba de él.

—Era el hospital. La señora Sécaillat no está nada bien. Su estado ha empeorado durante la noche y creen que no va a pasar de hoy. Llevan toda la mañana llamando al señor Sécaillat y no responde. Hace dos días que no ha ido al hospital.

Miré a Blanche sin saber qué decir. Me hubiera gustado tener una buena explicación, palabras tranquilizadoras que decirle, pero no me salió ninguna. Nada que no me pasara siempre, ese tipo de cosas nunca han sido mi fuerte.

—No estamos muy lejos del hospital, llegaremos allí en diez minutos —le dije a Blanche pisando el acelerador.

—Han mandado a los bomberos a su casa. Tienen miedo de que no haya respetado la prohibición de paso y se haya quedado atrapado entre las llamas por el camino.

Había que ser poco avispado para no darse cuenta de lo que había ocurrido. Aquel cabezota había debido de querer pasar pese a las carreteras cortadas y se había quedado atrapado por el fuego. No hacía falta esperar a que volvieran los bomberos para saber qué había sido de él, estaba más claro que el agua. En mi cabeza se hizo un gran vacío, como si le hubieran quitado el sonido a la televisión y la

película continuara. Las imágenes de las hoces empezaron a pasar a cámara rápida.

No bien se abrieron las puertas automáticas del hospital, las ganas de marcharme de allí me encogieron el estómago. Llegamos frente a la recepción, y Blanche se presentó.

—¡Ah, usted es la que habló conmigo por teléfono hace diez minutos! Menos mal que ha respondido, ya no sabíamos a quién llamar. Teníamos su número gracias a sus visitas y…

—¿Cómo está la señora Sécaillat? ¿Podemos verla? —la interrumpió Blanche.

—Ha empeorado mucho en estas últimas horas, la hemos cambiado de habitación, ahora está en el primer piso. Sí, van a poder verla.

Cuando nos dirigíamos al ascensor, la enfermera añadió: «Han llamado los bomberos, acaban de encontrar el coche». Miré a Blanche. No dijo nada, yo tampoco. Me miró a la cara y luego se dirigió hacia las escaleras, sin esperar el ascensor. Yo di media vuelta y volví al coche.

Llegar a casa era entrar en una zona de guerra. La garriga seguía allí, no se había quemado, pero mostraba los estigmas de los bombardeos de los aviones antiincendios, que no habían escatimado esfuerzos para salvar las viviendas. No habían hecho las cosas a medias. Habían esparcido agua con un aditivo retardante que lo había recubierto todo de un color ocre rojizo. Los pinos, los matorrales, las piedras, la casa, todo se había vuelto de color rojo sangre. La naturaleza parecía decaída, como aplastada por una lluvia torrencial. Apestaba a un olor químico que daba ganas de vomitar. No se había quemado nada, todo estaba intacto y, sin embargo, todo estaba diferente. Iba a llevar su tiempo que el paisaje volviese a ser como antes.

Hubiera podido ir directamente a casa de los Sécaillat, pero no tenía ganas de darme de bruces con los bomberos y con las preguntas que me iban a hacer inevitablemente. Y, de todas formas, en la casa no encontrarían nada, no era allí donde había que buscar. Crucé campo a través como en trance, mis pies avanzaban, un paso tras otro, en mitad de la garriga apocalíptica. Todo estaba alicaído, todo estaba rojo, resaltando contra el azul del cielo. Un cuarto de luna cabezota se resistía a desaparecer. Subí por el campo de cerezos: tenían las ramas colgando, tocaban el suelo como si estuvieran cargadas de cerezas. Con las ramas a media asta, rendían su postrer homenaje a aquel que había pasado días y noches a su cabecera, luchando contra la helada, contra la sequía, contra el mildiu.

Me dirigí hacia el estanque de la mujer-caliza. Era como caminar hacia una tumba. La cuba no era una excepción, se había vuelto de color rojo ocre como todo lo demás. Me agaché y agarré el tirador de la trampilla, en el reborde. Me faltaba valor para ir más lejos. Era como abrir un sarcófago sellado hacía milenios. En mi muñeca, el calabrote de Aníbal centelleaba al sol. Apareció la divisa, bañada por la luz. *Aut inveniam aut faciam*. Tomé aliento, abrí y eché una ojeada al interior.

Allí estaba, acurrucado contra el rostro de la mujer-caliza, con una botellita vacía en la mano.

Hubiera podido pensarse que dormía.

Volví a ponerme en pie. En el silencio, en medio de la nada, una cigarra rompió a cantar. Solo se la oía a ella, ninguna otra le respondía. Cantaba desaforadamente, habría podido despertar a un muerto.

De pronto sentí algo contra mi pierna: era el Húsar, que había venido a frotarse contra mis pantorrillas. Había salido de sabe Dios dónde. Tendí la mano para acariciarlo: levantó la cabeza y me miró. Guiñó un ojo, luego los dos, y me indicó el camino a seguir.

EPÍLOGO

L'absenço es la maire de la denembrenço.
(La ausencia es la madre del olvido).

Ahora el lector puede cerrar este libro: ha debido de obtener las respuestas que buscaba, le gusten o no. No está obligado a contentarse con ellas, no está obligado a creérselas al pie de la letra. Es libre de explicar todo lo ocurrido como le plazca, y si tiene una explicación más satisfactoria, pues mejor para él. No obstante, merece, por haber llegado hasta el final, un caramelo para después, un último cuento antes de dormir, el más hermoso de todos.

Al principio de todo, era el mar. Lo cubría todo, las montañas, las colinas y las planicies. Un día decidió retirarse, el cuento no dice por qué. En lo más alto de una montaña, una roca abrió los ojos. Era una gran roca de caliza, fornida y sólida. La primera cosa que vio fue el sol. Era la primera vez que veía el amarillo y le pareció hermoso. Preguntó lo que era, y el astro le respondió: «Soy el Sol, Vintur». Vintur abrió bien los ojos y miró a su alrededor. A lo lejos vio el mar centelleando que se confundía con la línea del horizonte. Era la primera vez que veía el azul, y le pareció hermoso. Le preguntó al Sol lo que era, y el Sol le respondió. A lo lejos vio unas grandes montañas, todas blancas y que brillaban, ellas también. Era la primera vez que veía el blanco y le pareció hermoso. Le preguntó al Sol lo que era, y el Sol le respondió. A sus pies vio el valle, y sus bosques. Era la primera vez que veía el verde y le pareció hermoso, este también. Le preguntó al Sol lo que era y, una vez más, el Sol le respondió.

Cada mañana, Vintur veía cómo el Sol se levantaba y cómo la vida se despertaba a sus pies, y durante siglos no se cansó. Siempre veía algo nuevo, algo hermoso que no conocía. Le preguntaba al Sol lo que era: a veces el Sol sabía y le respondía. A veces el Sol no sabía: entonces mandaba al fondo del valle al más fuerte de sus rayos y la respuesta volvía a subir con él. Con un brillo de luz, el Sol le decía a Vintur lo que era, y Vintur estaba contento.

Un día, Vintur observó movimiento, como un revuelo en el valle.

Le preguntó al Sol lo que era y el Sol le respondió: «Son los álbicos, Vintur». Por una vez, la roca no quedó satisfecha con la respuesta y le preguntó quiénes eran aquellos álbicos. El Sol le respondió: «Los álbicos son los hombres, Vintur». Él nunca había oído hablar ni de los unos ni de los otros. No dijo nada y los miró en silencio, con su mirar calcáreo. Construían cabañas, cazaban y recolectaban en el bosque. Comparados con las montañas, con el mar, eran pequeñitos e insignificantes. Vintur habría podido cansarse, pero no, le entró curiosidad por ellos.

Un día vio entre ellos algo muy hermoso, muy puro. Nunca había visto nada tan delicado, ni siquiera cuando el Sol extendía sus largos brazos para empezar su jornada. Vintur le preguntó al Sol lo que era, y el Sol le respondió con una sonrisa: «Es una mujer, Vintur». La roca no preguntó nada más y se contentó con mirarla. Era hermosa.

Le entraron ganas de hablar con ella. Él, que se había pasado siglos contemplando el valle sin hablar con nadie más que con el Sol, ya no pudo quedarse quieto ni un minuto más. De repente se sintió muy solo allí arriba en la cima de la montaña. Se sintió feo, allá arriba, como un bloque de caliza sin forma y sin encanto. Vintur rebuscó entre sus átomos de piedra y tomó forma humana: orejas, una nariz, una boca, brazos y piernas como los que les había visto a los álbicos. Vintur miró su reflejo en el mar, allá a lo lejos, y le pareció hermoso. Se levantó y bajó al valle, caminando en línea recta hacia delante.

Encontró a la mujer que había visto poco antes al borde de una fuente. Todo alrededor florecían los cerezos. Se estaba bañando, el agua parecía estar caliente. Ella lo vio llegar desde lejos pero simuló no haber notado su presencia hasta el último momento, cuando estuvo justo a su lado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él con su voz mineral.

Ella bajó sus ojos almendrados y le dijo su nombre. A él le pareció hermoso y le sonrió.

—Y tú, ¿quién eres? No eres de aquí, nunca te había visto.

—Soy Vintur, el dios de la caliza, el dios de las montañas.

Ella se echó a reír: embustes le habían contado muchos, pero de semejante calibre, ninguno. Vintur se mosqueó cuando oyó la risa de la joven y quiso impresionarla para no pasar por el tontaina de turno. Miró el pilón de caliza que rodeaba la fuente y tendió los brazos hacia el lugar en el que manaba el agua. Con un gesto, reorganizó los átomos de piedra y el rostro de la joven apareció sobre la pared de caliza.

Aunque la joven quedó embarazada muy rápidamente, el parto no fue bien: el bebé se movía en todas direcciones y hacía lo que se le

antojaba. El Mistral mató a su madre al venir al mundo: sus ráfagas, sus embates eran demasiado violentos, demasiado imprevisibles para una mortal. La joven álbica murió en el parto, dejando a un Vintur inconsolable, solo con su hijo.

Vintur permaneció largas horas postrado junto a la fuente donde se había encontrado con la joven por primera vez, contemplando su rostro esculpido en la pared. Los álbicos venían a visitar al dios triste e intentaban sacarlo de su melancolía, pero no había nada que hacer. Callaba, con los ojos perdidos en el vacío, dándole vueltas a sus recuerdos y a su dolor. Cada día que pasaba se sentía menos hombre, más caliza.

Un día, Vintur no pudo más y tomó una decisión: quería volver a su montaña. Quería volver a ser roca, volver a sumirse en su sueño de piedra y no sufrir más. Comunicó su decisión a los álbicos, que protestaron y suplicaron: ¿qué iban a hacer ahora sin él? Ya formaba parte de su pueblo. Vintur los escuchó y antes de partir les hizo un regalo. Recogió arcilla del río cercano, la amasó durante un rato y luego les enseñó cómo hacer con ella finas trompetas.

—Regreso al lugar donde nací, regreso a mi montaña, regreso a mi sueño de piedra —les dijo—. Pero, a pesar de todo, no os quedáis solos. Os dejo a mi hijo, cuidad de él como si fuera uno de los vuestros. Una vez al año podréis subir con él a la cima y despertarme soplando dentro de estas trompetas con toda la fuerza de vuestros pulmones. Abriré un ojo, luego los dos, y os escucharé.

Y Vintur volvió a su montaña. Los álbicos aprendieron a vivir sin él pero con su hijo, lo que no era fácil. Berreaba por montes y valles, hacía una trastada tras otra sin miedo al castigo: intenta que te obedezca el hijo de un dios y verás. En el fondo, los álbicos no le guardaban rencor: lo que le hacía falta era un padre y una madre.

Una vez al año, en primavera, cuando los cerezos se cubrían de flores y maculaban de blanco toda la naturaleza circundante, los álbicos subían a lo más alto de la montaña y soplaban en sus toutouros para despertar al dios dormido. La roca abría un ojo, luego dos, y les sonreía. Se interesaba por ellos, daba su opinión cuando le preguntaban, y cuando no, escuchaba. Los álbicos tenían muchos problemas, muchas tribulaciones: el verano había sido demasiado seco, el invierno demasiado frío. Todos los años un tema salía indefectiblemente a colación: su hijo, aquel diablillo, aquel niño rebelde. Soplaba con frío y con calor, era imprevisible, era insoportable, hacía lo que le daba la gana. El Mistral dispersaba muy a menudo los rebaños y los lobos se ponían como el Quico. Vintur fruncía su ceño de liquen para guardar las apariencias, sermoneaba un poco a su picaruelo para cubrir el expediente y a los álbicos les dio un

último consejo: «Tenéis las trompetas, podéis usarlas para dormirlo, algo es algo». Pero al minuto siguiente ya estaba riéndose de buena gana, y el Mistral le respondía como un eco.

Todas las primaveras tenía lugar la misma ceremonia. Los cerezos daban la señal de la ascensión y los álbicos llevaban sus toutouros a la cima del Ventoux para despertar al dios de caliza. Él los escuchaba, hablaba con su hijo, que seguía fiel a sí mismo, y luego posaba sus ojos sobre el Luberon, justo delante, con el valle a sus pies y, en su rincón más escondido, la fuente, que seguía manando aún y siempre. Cada año se le encogía el corazón a la vista del rostro grabado en la caliza, y cada año una lágrima brotaba de la roca. Entonces les pedía a los álbicos que se retiraran, que lo dejaran volver a su sueño de caliza y se quedaba dormido para escapar al dolor. Los álbicos pensaban que el dolor pasaría con el tiempo, pero ¿qué es el tiempo para una piedra? Nada, una mota de polvo de la nada, un átomo de la nada.

Llegó una primavera en la que Vintur les pidió a los álbicos que no lo despertaran más, que lo abandonaran de una vez por todas a su sueño de piedra. La vista de la fuente lo hacía sufrir demasiado y ya no deseaba aquel sufrimiento. Pidió a los álbicos que no lo despertaran más, que rompieran sus toutouros y que olvidaran hasta su nombre. Los álbicos argumentaron cuanto pudieron, intentaron una última vez consolar al dios de caliza, pero de nada sirvió. Se retiraron del Ventoux, dejando solo en la cima al Mistral, que no quería bajar.

De regreso al valle se reunieron alrededor de la fuente: el rostro seguía estando grabado en la pared. Los álbicos lo miraron una última vez y luego cada uno de ellos estrelló su toutouro contra la pared de caliza. Primero una, luego veinte, luego cien. Las toutouros de los ancianos, las de los jovencitos. Las de los que habían hecho la peregrinación a la cima del Ventoux hacía mucho tiempo y habían guardado su toutouro como una reliquia, debajo de su lecho. Las de los que aún no habían tenido ocasión de hacerla y ya lo tenían todo preparado para la próxima primavera, para la próxima ascensión.

Una vez rellenada la fuente, los álbicos la sepultaron bajo un muro de piedras calizas, ofrenda postrera ante un túmulo eterno. No les enseñaron a sus hijos dónde estaba la fuente ni para qué servían las toutouros. Los hijos de sus hijos olvidaron incluso el nombre del dios de caliza y transformaron aquellas toutouros inútiles en tarraietos, esos ruiseñores en miniatura que se cuelgan en las paredes como decoración.

Y nunca, lo que se dice nunca, el viento les obedece. El Mistral sigue haciendo lo que le viene en gana y ciertos días sopla con todas sus fuerzas como si quisiera despertar a una vieja roca de caliza. ¡Hay tantas en la cima del Ventoux! Una tarde de septiembre, subí y le



preguntée al viento cuál de ellas era Vintur. No me respondió.

NOTAS

1

2 Ensenada estrecha y alargada, rodeada de rocas abruptas, característica del Mediterráneo. Las del litoral de Marsella son reputadas por su belleza. (*N. de la T.*)

3 Lluvia.

4 Benjamín.

5 Sombrero.

6 Levanta-sombrero.

7 Voz de tempestad.

8 Sol.

9 Mazacote.

10 Ajo hervido.

11 Quien tiene salvia en el jardín no necesita médico.

12 Lo que no se puede evitar, hay que dejar que ocurra.

13 Niño pequeño.

14 Como agua por la pendiente.

15 Del año de Maricastaña.

16 Marmota.

17 Aperitivo alcohólico compuesto por licor de anís, agua y jarabe de horchata. (*N. de la T.*)

18 Roca.

19 Un idiota tira una piedra a un pozo, pero hacen falta muchos sabios para sacarla.

20 Restos.

21 Nada.

22 No sé.

23 Referencia a un célebre verso de la tragedia *Andrómaca* (1667), del dramaturgo francés Jean Racine: «Pour qui sont ces serpents qui sifflent sur vos têtes?». (*N. de la T.*)

24 Gratín.

25 Variedad de uva, típica de los vinos provenzales. En España se la

conoce como monastrell. (*N. de la T.*)

26 Glotón.

27 El que no tiene padre ni madre, debe hacérselo él mismo.

28 Aquí es donde hay que cavar para ver si hay agua.

29 Roca.

30 Cretino.

31 ¡Por el amor de Dios!

32 Afectación.

33 Florituras.

34 Esqueleto.

35 El que construye sobre la grava, pierde tiempo y esfuerzos.

36 Se removía.

37 Revoltijo.

38 Largo, fuera.

39 El que calla nunca miente.

40 Cándida.

41 Estaba enfadada.

42 Aquí, el agua es oro.

43 Una vez dentro del agua, hay que nadar.

44 Cuando el trigo va bien, todo va bien.

45 Gañanes.

46 Urracas.

47 Si no somos más, que no seamos menos.

48 Barriga.

49 Trufa.

50 El tronco de Navidad o *bûche de Noël* es un postre tradicional navideño de origen francés. Suele presentarse y decorarse de forma que parezca un tronco listo para la chimenea. Su origen se remonta a la tradición precristiana de quemar en el hogar un gran tronco de madera para celebrar el solsticio de invierno. (*N. de la T.*)

51 El Ravi es una de las figuritas más características del tradicional belén provenzal, que representan diferentes personajes u oficios. *Ravi* significa «contento, feliz»; este personaje encarna al tonto del pueblo, y se le representa con los brazos levantados en señal de alborozo. (*N. de la T.*)

52 Con la cara descompuesta.

53 André Raimbourg, alias Bourvil, fue un actor y cantante francés de los años cincuenta y sesenta. *El agua ferruginosa* es el título de un celebérrimo *sketch* cómico del actor. (*N. de la T.*)

54 Diantre.

55 En la tradición provenzal existe la costumbre de servir en la cena de Nochebuena trece postres distintos que representan a Jesús y a sus

doce discípulos. Su composición puede variar según los lugares, pero suele incluir higos secos, pasas, nueces, almendras y avellanas, dátiles, uvas, carne de membrillo, frutas confitadas y algunos dulces regionales. (*N. de la T.*)

56 Raví, ¿con qué vas a soñar esta noche?

57 Castor y jabalíes.

58 Lapas.

59 El prado de las Brujas.

60 Sombrero.

61 Montones de piedras.

62 Desde luego.

63 Animal mítico del Luberon.

64 El árbol trasplantado no da muchos frutos.

65 En Francia, según la tradición, el más joven de los presentes debe meterse debajo de la mesa y designar desde allí a qué persona le toca cada trozo de *galette des Rois* —el equivalente del roscón de Reyes—, para garantizar el reparto aleatorio de las porciones. (*N. de la T.*)

66 Ventoso. (*N. de la T.*)

67 Bacalao.

68 La *fougasse* es un pan típico de la gastronomía provenzal, de forma plana, corteza blanda y miga esponjosa, elaborado con harina de trigo, levadura y aceite de oliva. Comparte origen e ingredientes con la *focaccia* italiana. (*N. de la T.*)

69 Poca cosa más.

70 Originariamente una marca comercial, actualmente se utiliza este nombre de manera genérica para cualquier licor dulce a base de cerezas. (*N. de la T.*)

71 Jarabe de origen provenzal obtenido por maceración de frutas y plantas, entre ellas el higo, la mandarina y la genciana. Se bebe mezclado con agua o gaseosa. (*N. de la T.*)

72 Poco espabilado.

73 Si el mar hirviese tres horas, pescaríamos peces cocidos.

74 Tú te vas y yo me quedo.

75 Juerguistas.

76 Según la tradición provenzal, trae buena suerte tener dinero en los bolsillos cuando se oye por primera vez el canto del cuco en primavera. Si lo tienes, la fortuna estará de tu lado, si no, será un año malo económicamente. (*N. de la T.*)

77 El barco y las naranjas. Expresión provenzal que significa quererlo todo sin renunciar a nada, tener pretensiones exageradas. En la Provenza medieval, las naranjas eran un producto costoso que se importaba de España y se transportaba en barco por el Ródano desde

Marsella hasta Lyon. Un barco con su cargamento de naranjas suponía, pues, una suma de dinero considerable. (*N. de la T.*)

78 La dejaban atontada.

79 Apretujar, meter en un lugar estrecho.

80 Escándalo.

81 Coño.

82 El mistral no tiene amigos, ni tampoco abrigo.

83 El *Mistral gagnant* (literalmente «mistral ganador») era una golosina vendida en Francia en los años cincuenta y sesenta, consistente en un polvo acidulado dentro de un sobre de papel, que se aspiraba con una pajita. El nombre *mistral* hace referencia a su frescor, y *ganador*, al hecho de que algunos sobres tenían la palabra «gagnant» en su interior, en cuyo caso se ganaba un sobre gratuito. El nombre de esta golosina adquirió popularidad en los años ochenta gracias a la canción *Mistral gagnant*, compuesta en 1985 por el cantante Renaud. (*N. de la T.*)

84 Energúmeno.

85 Espabilado.

86 La región.

87 Bobalicona.

88 Alicaída.

89 Gruta.

90 Sendero.

91 Cagón.

92 Avispones, en provenzal. (*N. de la T.*)

93 Mancha.

94 El gran farolillo: el sol.

95 Gens, Gens, has vuelto…

96 Sí, soy yo. Estoy aquí. Estoy aquí, todo va bien.

97 No quiero morir aquí, no me dejes morir aquí, Gens.

98 No te vas a morir, solo necesitas tiempo para recuperarte un poco.

99 No quiero morir aquí, Gens. Quiero morir en nuestra casa, en casa. Llévame de vuelta al pueblo, por favor, llévame de vuelta a la masía.

100 El agua, cuando tienes sed, es lo mejor que hay.

101 Listillos.

102 El que viene de un país imaginario.